Leiva vs. Ferreiro:
Una comedia negra que empieza mal y acaba peor.

IVÁN FERREIRO Y MARÍA ROD

Una novela

METEORO y el SEÑOR CONEJO

HarperCollins
Narrativa

Leiva vs. Ferreiro:
Una comedia negra que empieza mal y acaba peor.

IVÁN FERREIRO Y MARÍA ROD

Una novela

METEORO y el SEÑOR CONEJO

HarperCollins
Narrativa

IVÁN FERREIRO
Y MARÍA ROD

METEORO y el SEÑOR CONEJO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

Meteoro y el Señor Conejo

© Iván Ferreiro y María Rodríguez, 2023

© 2023, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: María Pitironte

Ilustración de cubierta: Marcos Balfagón

ISBN: 9788491398691

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Agradecimientos

A Leiva

1

Los músicos nunca se conocen de una vez. Nos vamos encontrando por ahí al coincidir en los mismos sitios; nuestros recorridos son limitados, al fin y al cabo. Por ejemplo, yo conocí a Coque Malla la tercera vez que nos vimos, aunque para él fue la quinta; para Bunbury fue la segunda y para mí la sexta, etc. La primera vez que vi a Leiva todavía era el cincuenta por ciento de Pereza. Nos conocimos la cuarta vez que yo lo vi, la tercera para él. Yo estaba en un garito cualquiera después de un concierto, cuando Leiva se acercó con su paso elástico, y se sentó sin más. No es la primera vez que me sucede, empiezas con unos y acabas con otros; es difícil determinar la fecha exacta en la mayoría de los casos, pero ese día lo recuerdo igual que se quedan grabados en tu memoria sucesos modestos sin saber por qué, como cuando de niño pisé una oruga sin querer, o el olor acre de los fuegos artificiales de las fiestas de San Juan.

Reconozco que en aquella época la música de Leiva no me atraía demasiado, así que no mostré mucho interés. Pienso que los amigos son una cosa seria; por ello a medida que me hago mayor cuido mejor a los antiguos y me resisto a los que puedan surgir; la amistad requiere demasiada energía, y tengo muchas cosas que hacer. Pero cuando te dedicas a esto conoces gente constantemente, caras que aparecen delante de la tuya y se esfuman al momento siguiente sin que recuerdes sus rasgos; ojos, narices, bocas que se abren para preguntarte cosas y recitar tus canciones como si fuesen suyas y tú ya no tuvieses nada que ver con ellas. En ocasiones te aferras a alguien buscando calor, igual que el pastor se apretuja contra las ovejas durante el vendaval. Pocas veces encuentras algo más, algo que perdure más allá de una cama deshecha o una conversación en un bar de carretera bajo una sombrilla de helados Camy.

Incluso con desgana, aquel día yo hablé y hablé, cualquiera que me conozca lo sabe: no callo ni debajo del agua, como se suele decir.

Me gustaría ser más circunspecto, un tipo serio, de esos que parece que reflexionan con cuidado sobre lo que los rodea y aguardan el momento preciso para soltar una frase sublime que te deja boquiabierto. Pero no, soy incapaz de ocultar mis opiniones, incluso las más triviales; si mi cabeza alberga frases sublimes, no le doy tiempo a madurarlas porque le sucede algo, no puede dejar de funcionar, y esa parte de mi cerebro que se ocupa del lenguaje debe de estar averiada, ya que nunca descansa. Con el tiempo lo he asumido (me parece lo más inteligente). El caso es que me lancé a hablar —no sé de qué; de todo, seguramente—, mientras Leiva escuchaba con atención como si lo que yo decía le pareciese importante, hasta que finalmente dijo que le gustaban mis canciones. No fue para mí una novedad porque la mayoría de las personas con las que hablo me lo dice en algún momento y es algo que ya ni percibo; quizá creen que es lo que deseo escuchar y me complacen, aunque nunca sabré si son sinceros porque admiradores y aduladores se confunden entre el gentío.

A Leiva le creí, y me sentí orgulloso de mí mismo por un instante. Yo sabía que mis canciones eran buenas, aunque solo fuera porque hablaban de mí con sinceridad, la parte más honesta de mí mismo. Me lancé de nuevo y divagué sobre ellas sin parar, de aquello que me inspiró para modelarlas poco a poco, mencionando títulos que siempre me costaba encontrar varias noches de insomnio. Él confesó que no se sabía mis títulos y prefería que le hablase directamente de las letras. La primera en la frente, merecida tal vez. No me amilané y recité versos al aire, palabras grabadas a fuego en mi memoria; pero tuve que repetirle algunos, iba demasiado rápido. La segunda en el pecho, una pizca cruel. Finalmente admitió que no había escuchado todavía mi último trabajo y entonces me callé. Uno de esos momentos en que te das cuenta de que el planeta gira, aunque tú ya no estés en él.

Admito que no fue un comienzo prometedor. Por qué te haces amigo de unos y no de otros es siempre un misterio; nunca se sabe dónde se esconde esa persona que un día saludas sin mucho afán con un gesto de la barbilla y poco después le suplicas que sea tu padrino de boda. Con su sombrero negro y un pendiente de gitana que le bailaba en la oreja, a menudo me pregunté por qué aquel tipo amable de hablar melodioso y lento, repleto de titubeos, nos

había pasado a todos por encima como una apisonadora y caía bien a todo el mundo. Porque nadie podía negar que Leiva poseía algo indefinible y tierno que sus pertrechos de tipo duro eran incapaces de mitigar y que, en resumidas cuentas, le ayudaba a conseguir contratos con grandes corporaciones internacionales. El caso es que nos hicimos inseparables y sí, fue padrino en mi segunda boda.

Si en aquella época alguien me llega a decir que un día intentaría matarlo, no lo habría creído.

Hoy quiero contaros esa historia.

Siempre he guiado mi vida de acuerdo a dos preceptos, la ley de la sierra y la ley del ladrón. Los dientes de la sierra señalan que cuando estás en el fondo solo queda el ascenso; la ley del ladrón implica vivir a tope el presente sin preocuparte por el futuro. Intento compaginar ambas, aunque no siempre es fácil.

Mi segundo matrimonio, como tantas otras cosas, también fracasó y dejó un nuevo campo de batalla maloliente de cadáveres, humo y destrucción. Leiva y yo seguimos viéndonos de vez en cuando; coincidíamos en conciertos propios y ajenos. Él tocaba cumbre; yo me estancaba al borde de la pendiente mientras intentaba conservar un equilibrio cada vez más difícil. Después de cada encuentro, yo volvía a la rutina con un regusto agridulce en el paladar y el desánimo propio del regreso de unas vacaciones felices, intentando determinar en qué momento la música había dejado de ser divertida para convertirse en un trabajo destinado a pagar la factura de la luz y la pensión de vástagos comilones.

Todo cambió una mañana de agosto cuando casualmente, si es que las casualidades existen, Leiva y yo visitamos el punto exacto desde el que Ramón Sampedro se lanzó al mar quedándose tetrapléjico.

Si caminas al borde del pequeño barranco, encuentras, casi por sorpresa, una piedra plana y redonda que conmemora su triste historia. No sin un tenue escalofrío, coloqué ambos pies dentro del círculo y miré hacia el fondo, donde danzaba sin cesar una ola turquesa e invitadora. A pesar del viento frío, apetecía realmente

zambullirse y dejarse mecer por el agua mirando al cielo.

—Si tropiezas no iré a salvarte —advirtió Leiva a mi espalda, a tres metros del saliente.

Con su abrigo negro ajustado, del que sobresalían dos piernas flacas rematadas por botas puntiagudas, me recordó a un personaje de Tim Burton. Como tantas veces, no pude evitar pensar que su aspecto físico estaba en las antípodas del mío. Mis holgadas camisas de algodón contrastaban con aquellos grandes cuellos de aire retro, tejidos sintéticos que se ceñían a un cuerpo estilizado, gafas oscuras que ocultaban adónde dirigía su mirada. Mi aspecto siempre fue anodino en comparación: me corto el pelo cuando me acuerdo de que está largo y mi armario contiene ropa sencilla que puedes encontrar en cualquier parte sin romperte mucho la cabeza, colores neutros y tejidos básicos. Tal vez sea el calzado el que se lleva mi parte más exótica, pero no sabría decir por qué. En una entrevista, meses después, Leiva dijo que mis abrigos le horrorizaban, y yo me reí con disimulo, aunque con ganas de quemarlos esa misma noche. Nada de todo aquello me importaba demasiado, pero confieso que me pregunté muchas veces en qué momento, entre concierto y concierto, se pondría a buscar por Madrid camisas setenteras que rozarían lo ridículo en cualquier otro que no fuese él.

—¿No quieres probar? —pregunté.

—Ni hablar, me da mal rollo.

Me apuntó con su teléfono y posé con sonrisa falsa.

—Si te caes yo sí te rescataría —añadí.

—Ambos sabemos que mientes. —Sonrió.

Observé cómo se alejaba trastabillando entre las rocas hacia el único edificio de aquella costa agreste, un bar, por supuesto, con la primera planta destinada a pensión barata.

Nos recostamos en sillas de plástico desgastadas por el salitre y disfrutamos del aire fresco con ambas manos en los bolsillos, mientras observábamos a un grupo de turistas que no parecían

turistas, sin teléfonos dispuestos a fotografiar los rastros de la tragedia, ni retratos por turnos sobre la placa redonda, haciéndome sentir un tanto pueril.

Leiva estornudó, sacó del bolsillo un paquete de pañuelos de papel y se sonó la nariz sin apenas hacer ruido.

—Creo que voy a pillar una gripe en pleno verano.

Siempre quejándose de algo, Leiva parecía la persona menos sana del país. Tal vez por ello sus conocimientos en medicina, que provocaban extrañeza al haber elegido dedicarse a la música, eran inagotables.

—Lo que tú digas, Doc —me burlé.

—¿Sabes cuánta gente muere de gripe cada año? Más que en accidentes de tráfico.

—¿Y por qué no te vacunas?

—Si veo una jeringuilla me desmayo.

Me importaba un pimiento todo el asunto, la verdad. Bastantes agobios tenía en mi vida como para temer una semana en la cama por causas justificadas. De hecho, pasar una semana en la cama por causas justificadas sonaba muy apetecible.

—Pues gracias a ellas hemos acabado con la viruela, la rabia o la polio —dije.

—Qué ingenuo eres. —Carraspeó un poco—. ¿Tú respiras bien?

Me arrebujé en la silla y contemplé la línea del horizonte que sostenía un carguero a punto de caer a un abismo insondable. La cháchara recurrente de Leiva sobre avances y retrocesos médicos, que solía sacarme de quicio, actuaba en ese momento como una especie de nana, y me dejé llevar sin hacerle mucho caso, contemplando el mar. Su sonido rítmico me retrotraía a las noches estivales de la infancia, en que escuchaba aquella voz de caracola desde la cama, y suspiré con satisfacción; el panorama era tan placentero como un gramo entero de soma, capaz de curar diez

sentimientos melancólicos sin efectos secundarios.

—Yo no podría dormir en un lugar como este —opinó Leiva mirando las ventanas sin molduras de la pensión—. Sin el sonido del tráfico me daría la impresión de haberme quedado sordo.

Madrid era en sí mismo un efecto secundario perjudicial para la salud, ruido, polvo, tubos de escape para aire venenoso. Si el océano era el soma, Madrid era una raya de coca. El mundo entero está allí en ese preciso momento antes del bajón que te aplasta. En solo una semana echaría de menos todo aquello, pero no en aquel instante, no todavía.

Por la puerta de aluminio del bar salió una mujer de mediana edad, mandil estampado y camisa remangada hasta los codos, el pelo sujeto en un moño jaspeado de canas. Puso en la mesa dos cervezas frías y un cuenco de gusanitos, el soma de cualquier niño.

Bebimos amargor con agrado.

—Podíamos comer aquí —sugerí—. Seguro que ella hace el pulpo mejor que Pepe Solla.

—Sí, pero dentro; si no, nos morimos. —Leiva se subió las solapas, tal vez preguntándose qué clase de clima era aquel en pleno agosto —. Ojalá sea el típico comedor de manteles blancos, vajilla blanca gastada y una flor de plástico como adorno.

Sonreímos. El encanto de lo costumbrista.

El grupo de turistas que no parecían turistas ocupó dos mesas a nuestro lado sin reconocernos. Ninguno de nosotros dijo nada, quizá jodidos en el fondo, quizá aliviados también. Aquel era el reino de Ramón Sampedro, poeta y mártir, merecedor de una película. Un menú plastificado en cada mesa, doblado sobre sí mismo y sujeto por un cenicero, recordaba en cursiva algunos de sus versos: Cuando yo caiga, como fruto maduro del árbol de la vida, dejadme allí mismo, donde yo caiga, para que me abrace el sol y el viento y la luna, que la vida me devore mordisco tras mordisco.

Sentí un estremecimiento que me recorrió la columna vertebral.

Leiva se sonó los mocos, acumulando sobre la mesa clínex arrugados.

—Tal vez tengas alergia —lo mortifiqué.

Algo en el mar llamó mi atención. Una sombra oscura.

—La verdad es que me pica la nariz. —Miró alrededor como si pudiese identificar partículas malignas con un solo vistazo—. Tenemos que encontrar una farmacia.

—No te preocupes tanto. En el escenario te olvidarás.

Lo sabía porque yo también olvidaba todo sobre el escenario, el único lugar en el que me sentía seguro. Agucé la vista e intenté abarcar una franja mayor de agua. La sombra de dragón emergió con picos dentados sobre el lomo, un monstruo marino ancestral, siempre al acecho para devorarme mordisco tras mordisco. No moví un músculo, mirando expectante el lugar en el que supuse volvería a aparecer su cresta. Imaginé un ojo grande que me escrutaba incluso desde debajo del agua, babeando sal, deseando que cayese a lo hondo y oscuro para dejarme postrado en una cama durante décadas.

Leiva se revolvió inquieto en su silla, como un niño que se ha puesto los zapatos al revés.

—Me pasa algo en los dedos. Los tengo tan helados que ahora mismo se me caería al suelo la guitarra.

La sombra surgió de nuevo, disgregada en varias aletas puntiagudas.

—Mira allí. —Indiqué con la barbilla—. Hacia aquellas rocas.

—¿Qué pasa?

—Atento.

Leiva observó algas y espuma. De pronto aparecieron, cuatro o cinco.

—Tiburones —susurró aterrado.

Sonreí con tristeza. Siempre me gustaron los tiburones y muchas veces he pensado que yo mismo era como ellos, en movimiento constante; si me quedo dormido me muero. Pero su destino es que nadie los entienda, sobre todo por culpa de Steven Spielberg.

—Son delfines.

Aliviado, Leiva abrió la boca por la sorpresa, un madrileño atónito por ver animales salvajes en su entorno natural. Yo tampoco había visto muchos delfines en mi vida, aunque no lo dije. Cuando era pequeño, hubo uno que veraneó en Baiona, nadando entre los barcos. Se dejaba acariciar por los más valientes, pero a mí me daba miedo; era enorme, y no encontré ninguna razón que le impidiese morderme la pierna y arrastrarme al fondo. Todavía no la encuentro. Son tan depredadores como los tiburones; sin embargo, caen bien a todo el mundo.

A punto de avisarlos del acontecimiento, Leiva miró a la mesa de los falsos turistas, enfrascados en su conversación sin darse cuenta de nada. Le toqué la manga y me llevé un dedo a los labios para indicar silencio, nuestra pequeña venganza.

Comimos en el comedor repleto de ventanales bajo sendas fotografías de Rocío Jurado y María Dolores Pradera, que se miraban de soslayo la una a la otra mientras, a pesar de la estrecha vigilancia de Leiva, los delfines desaparecieron en el océano profundo.

Hacía justo un año de mi último trabajo, Confesiones de un artista de mierda, título tan revelador como irónico al incluir una recopilación de antiguos éxitos, precisamente porque los nuevos no estaban ni siquiera en el lejano horizonte. Trataba de iniciar cada día centrándome en lo cotidiano, respirar, comer, leer, dejarme llevar, en estado catatónico, hasta la mañana siguiente, sin poder comentar con nadie esa desazón que me devoraba por dentro porque a los demás mi vida siempre les parecía mejor que la suya, y porque yo también creía que era mejor.

Me sometí a la ley de la sierra sin quejarme, aferrándome a la idea de que el bache en el que me encontraba conservaba en sí mismo la esperanza de salir a la superficie en algún momento, mientras la incertidumbre me aplastaba y me impedía tomar iniciativas, y repasaba, una y otra vez, todo lo que había hecho mal, y recorría con nostalgia la carretera repleta de curvas por la que había llegado hasta donde me hallaba, los obstáculos que tuve que sortear, locales con suelos de serrín, dormir en un Ford Fiesta de tercera mano, escenarios con los andamios a la vista en plazas de pueblos remotos donde interrumpen las campanas; nebulosas de gente que pisé, rodeé o aparté a un lado, personas que no aportaban lo que yo necesitaba, que no comprendían mi visión y cargaban a mi espalda proyectos que no me interesaban. El examen de todo aquello que entonces me agobiaba poseía en aquel momento cierto encanto por el hecho de que existía una meta nítida. Pero ¿qué se hace una vez conquistado el ochomil? Imaginé a Edurne Pasabán en la cumbre del mundo, sola y mirando a lo lejos, porque todo está muy muy lejos antes de comenzar el descenso, mucho más peligroso, cuando la mayoría se muere y no hay recursos para recuperar su cuerpo, que se queda allí congelado como señal de tráfico para los próximos.

Mis hijos se acercaban a la adolescencia, esa etapa en que un padre deja de ser un dios todopoderoso y, a sus ojos, se convierte de repente en un tipejo que se equivoca en todo. Tenían razón, pero a nadie le gusta admitirlo. Mis hábitos malsanos no encajaban con lo que se espera de un progenitor responsable, pero nadie nos suele advertir de en qué consiste tener hijos ni del suplicio que supone: pocas satisfacciones e innumerables desvelos. Cuando te das cuenta, es demasiado tarde y tus esfuerzos, por pocos que sean, nunca son recompensados. Hasta el tío más duro se ablanda como mantequilla ante sus retoños mientras le meten el dedo en el ojo sin compasión. Y de pronto llega la pubertad y te ves presa de un naufragio en una balsa minúscula, con dos chavales enfadados que cuestionan todas tus decisiones y a los que no les da la gana de remar. Solo por ellos yo había dejado Madrid y acababa de mudarme a Gondomar, a una casa rodeada por un ejército de eucaliptos, tan altos como una muralla, que poblaban la mayoría de mis pesadillas. Me empeñé en transformar aquel reducto en un hogar tradicional, con horarios sensatos y cesto de la ropa sucia. Destiné el sótano a montar mi

estudio, gasté todos mis ahorros en construir una pequeña piscina para no verme obligado a pisar la playa, y planté un roble, endeble y larguirucho, que, como en un otoño perpetuo, soltaba más hojas sobre el agua de las que dejaba pegadas a las ramas. Intentar pescarlas todas con el ganapán fue mi pasatiempo favorito muchas noches de insomnio.

Los días se desarrollaban en un circuito cerrado: discusión con el mayor, discusión con el pequeño, discusión por teléfono con su madre, discusión por teléfono con la mía. Por la mañana, mientras tomaba café asomado a la ventana de la cocina, veía a la oveja del vecino comerse mi césped y ambos nos mirábamos en silencio bobino. Agotado, cada atardecer me fumaba un porro lamentando que no hubiese nada nuevo bajo el sol.

Según antiguos proverbios, todas estas desgracias me habían convertido en un hombre.

Y ahí estaba yo, con los pies juntos, dispuesto a lanzarme de cabeza desde el acantilado de mis desdichas, cuando recibí el mensaje de Leiva que inició la aventura.

Debí de haber recordado que tiburones y delfines nunca se llevaron bien, pero solo podía leer una y otra vez, con una sonrisa bobalicona y el aire contenido en mis pulmones, aquellas cinco palabras: Te desafío a un duelo.

Yo tenía catorce años y una novia de colegio, de esas que se peinan con raya a un lado y se sujetan la melena con una horquilla. Me propuso ir al cine a ver La princesa prometida y acepté, no porque me apeteciese ver damiselas en apuros y caballeros que las rescatan del dragón para conseguir un casto beso en los labios, sino porque las filas de butacas oscuras eran perfectas para indagar bajo la blusa.

Se apagaron las luces y me olvidé de cualquier tesoro que escondiese su ropa, embrujado por aquella historia sencilla repleta de escenas entrañables y simpáticas, y sobre todo por Íñigo Montoya, honorable, valiente, con aspecto de pirata y un poco

pícaro. Tenía todo lo que me gustaba; incluso era más guapo que el americano, por muy rubio y de ojos azules que fuese. Su espada bailaba con elegancia, ligera y peligrosa, hábil como ninguna otra, lo que hacía que te preguntases desconcertado por qué los campeonatos de esgrima eran tan aburridos.

Mi novia me dejó, tal vez decepcionada por la ausencia de tocamientos a los que pensaba resistirse con indignación, y regresé a casa pensando en afrentas intolerables que justificasen un desafío. Supongo que el honor era algo mucho más importante siglos atrás, cuando te jugabas la vida si te atrevías a bromear. Hoy tenemos la piel más dura y aguantamos de todo disimulando el gesto, pero qué encanto tenía aquello del duelo al amanecer y, sobre todo, la figura del enemigo eterno; alguien que al fin y al cabo debía de ser una especie de alter ego, tu cara b, por decirlo de alguna manera. La literatura y el cine nos han enseñado que el duelo a muerte suele convertirse en el principio de lealtades inmortales. Desde Robin Hood y Little John hasta Son Goku, que se peleó violentamente con aquellos que, en capítulos posteriores, se aliaron con él para siempre en la lucha contra un enemigo peor. ¿Era Leiva mi alter ego?

¿Pistola o espada?, escribí.

Yo guitarra, tú teclado.

Leiva y yo sellamos el pacto de esa manera tan tonta, tan cotidiana, por otro lado. Creo que todos hemos jugado de pequeños a cosas así, a desafiar a tu primo con dramatismo y, espalda contra espalda, dar diez pasos y disparar con el dedo índice cinco minutos antes de la merienda.

Señor Leiva, escribí, usted y yo solos. Puede elegir su arma y sus padrinos, pero le prometo que no saldrá indemne de este duelo. Ahí lo dejo.

Las amenazas preliminares viajaron a lomos de ciento cuarenta caracteres durante el resto del verano, y confieso que disfruté como un crío. Cada vez que recibía un mensaje, el corazón me daba un vuelco en el pecho y planeaba con cuidado mi respuesta, buscando sinónimos dieciochescos con secreta ilusión, construyendo frases

con gramática propia del Medievo que encendían en mi interior unas brasas que creía apagadas.

Supongo que todos pensaban que solo éramos dos colegas que hacían un poco el tonto y nada más, pero sin duda éramos rivales. Competíamos por ser el mejor, por hacer más conciertos y entrevistas, por tener más titulares, más sexo y risas, más dinero. Aunque amigos, cuando dos artistas se sientan a una mesa, siempre hay un comensal invisible entre ellos, peludo y voraz, que dirige el pensamiento de ambos con sutileza. Algunos dicen que es verde, pero es negro como el carbón y, por mucho que intentara deshacerme de él, me acompañaba hasta en mis sueños. Si las cosas me iban bien, guardaba un extraño silencio; pero su susurro siempre volvía, justo en mi oreja izquierda, agazapado tras una noticia del periódico, un nuevo evento o un comentario que reflejase el éxito de los demás. Ahora se hacía fuerte mientras algo muy intenso se agitaba en mi interior, algo primitivo que provenía del mismo origen de la humanidad, cuando, alrededor de una hoguera y al son de viejos tambores, las pinturas de guerra surcaban ásperas mejillas con sed de sangre, y los corazones latían alocados antes de la batalla.

Batirme en duelo a muerte tal vez fuese mi salvación.

Aquel lúgubre verano que se llevó consigo a Ray Bradbury y Neil Armstrong, depositó al Curiosity sobre el rojizo suelo marciano y devastó Galicia con incendios llegó a su fin con descargas de lluvia enfurecida mientras yo preparaba mi maleta.

En pijama, con el sonido de la tele de fondo, expuse sobre la cama la ropa que consideraba necesaria y empecé a eliminar toda la que sobraba. Años haciendo lo mismo no han supuesto un aprendizaje útil para escoger las prendas correctas a la primera, no sé por qué.

La búsqueda de calzoncillos limpios siempre implicaba inconvenientes, y decidí que el sucio me lo pondría al día siguiente esperando no tener un accidente que me delatase. Lo estaba acercando a mi nariz con precauciones cuando la pantalla del televisor se llenó con un astronauta.

Mi generación es hija de Star Wars y Star Trek. Crecí soñando con espadas láser, con llegar a la Luna en una nave espacial o con luchar con extraterrestres con tentáculos en lugar de brazos; el espacio exterior siempre fue mi aspiración. Me senté en una esquina de la cama y subí el volumen con expresión maravillada al ver al astronauta salir de la cápsula.

Esa noche en mi dormitorio, Felix Baumgartner se lanzó al vacío desde un globo sonda, a casi cuarenta mil metros de altitud. Con su traje blanco acolchado abrió una portezuela redonda, sacó primero un pie y luego el otro, y se quedó allí quieto durante un minuto eterno mirando al vacío, asomado al borde de nuestro planeta.

Contuve la respiración imaginando la duda terrible durante aquellos segundos previos, cuando la certidumbre de que la caída se produzca en la dirección correcta de repente se difumina. Abajo el mundo bullía, millones de humanos nacían y morían en ese instante, ardían bosques o estallaban bombas en algún sitio sin que llegase hasta él sonido alguno. Estaba solo, y más allá todo era negro e inmenso. El gran cristal oscuro de la escafandra impedía ver su rostro, quizá aterrorizado ante el desafío. Tal vez intentando recordar la razón científica que le impediría salir despedido hacia el espacio, confiando en que arriba y abajo continuasen en el mismo sitio y las reglas no hubiesen cambiado. Era un salto de fe, y él lo dio, y al principio pareció que flotaba, cayendo despacio hacia algo gigantesco y redondo, pero enseguida empezó a dar vueltas sin control, la peor pesadilla de todo el equipo.

Pegado a la pantalla sentí el vértigo en la piel, y la bilis me ascendió por el esófago con sabor a premonición funesta, como si su destino y el mío fuesen a la par. A sus pies la humanidad al completo aguardaba expectante, dispuesta a engrandecerlo si todo salía bien o a honrar un bonito cadáver si algo, por minúsculo que fuese, salía mal. El mundo pendiente de aquella figura blanca que bailaba en la nada. Imaginé su angustia porque era mía; la sentí en el estómago durante aquellos minutos eternos, cuando la cercanía de la muerte se mezcla con la vergüenza del fracaso. Cómo recuperar la estabilidad cuando no hay puntos de referencia, cómo adoptar una postura cómoda para que el aire entre en los pulmones y la saliva no inunde tu nariz, cómo mantener tus fluidos dentro del

cuerpo y no convertirte en un amasijo de mierda contra el suelo.

Por fin se estabilizó y se abrió el paracaídas, aplausos de hombres y mujeres con auriculares frente a hileras de ordenadores, alivio en mi cara mientras enjugaba los ojos húmedos con el calzoncillo sucio. Mejor jugársela con el estómago vacío, pensé; un alimento excepcional sigue siendo vómito repugnante si decide brotar de tu interior.

Dos semanas después yo tenía un pequeño bolo en el Galileo y le propuse a Leiva tocar juntos.

Las entradas se agotaron en veinticuatro horas. Las mismas que tardé en tener un ataque de pánico.

Soy un animal nocturno; me acuesto muy tarde y me levanto por la tarde, cuando la claridad ya no puede hacerme daño. Pero la víspera del encuentro estaba tan nervioso que no pude dormir y decidí recorrer andando las diez o doce manzanas que me separaban del Galileo.

Las horas posteriores a los conciertos suelen deformarse en mi memoria porque no contienen nada imprevisto. Cualquier película mala sobre músicos te cuenta la verdad —ya sabéis de lo que hablo —; por eso me confunden las horas previas, cuando comparto las calles con mascotas, autobuses escolares, ofertas de supermercados, carteros en Vespa…; todo lo que florece bajo la luz solar.

Caminé por la acera como con resaca, deslumbrado por el colorido, presa de un despiste turístico. No reconocía nada y avancé a tientas, atisbando por las bocacalles, hasta llegar a mi destino. Contemplé perplejo esa calle que había visitado tantas veces de madrugada y descubrí que tenía árboles. Enfrente de un establecimiento de frutos secos con toldos de rayas, al lado de una polvorienta tienda de radiadores, resulta que estaba el Galileo a las seis de la tarde.

Las columnas de fuste fluorescente que custodiaban su entrada ahora eran grises, y la fachada, que de noche brillaba con neón, de día no la comprendí. Empujé la puerta y entré con timidez, pasando

bajo el reloj parado con estrellas en lugar de números, que indicaba la hora de levantarse para los animales de granja. En la sala principal, con cien sillas Thonet patas arriba y mesas de mármol con olor a detergente, no había rastro de magia. El hechizo se rompía cada amanecer como en un cuento de hadas, desvelando sus grietas y rincones ocultos. Ser testigo de las bambalinas que sostienen el espectáculo me hizo daño.

De pronto unas manos me taparon los ojos.

—Abracadabra —susurró una voz a mi espalda.

Las manos se retiraron y me encontré un local atestado de gente charlando animada, el escenario preparado para la actuación, los neones encendidos, focos de colores barriendo las mesas.

—Calcular el momento de la entrada es una virtud que todo artista debe aprender.

Me di la vuelta y abracé a Ángel Viejo con cariño y agradecimiento.

No es fácil explicar a un ser así, un hechicero de sonrisa perpetua y bonachona de estilo Gandalf el Gris, alguien por encima del bien y del mal y que conoce todos los secretos.

—Perdona por llegar tan temprano —me disculpé.

—Los músicos son criaturas sorprendentes —dijo al aire—: puedes aprender todas sus costumbres en un mes y después de cien años aún te sorprendes.

Tras décadas apostando por el talento de jóvenes desconocidos, Ángel Viejo era más sabio por viejo que por ángel. Capaz de poner en marcha una magnífica actuación con apenas un puñado de confeti y una lluvia de lentejuelas, el perfecto director de pista medio oculto tras un pliegue del telón mientras vigila que no te caigas del alambre.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó.

—Todo.

—Las explicaciones que necesitan los jóvenes son largas y fatigosas —dijo alzando una ceja—. Lo único que puedo decir es que, en caso de duda, sigas siempre tu olfato.

—¿Mi instinto?

—Ajá.

—Quizá debería esperar arriba.

—Sensata decisión.

Subimos las estrechas escaleras y abrí la puerta del camerino, un cubículo estrecho tatuado de suelo a techo con pintadas de pequeño formato, firmas de autor, cientos de rastros de carmín con forma de labios, muñecos de factura adolescente de cuyas bocas brotaban simplezas, tacos, tópicos y groserías entre exclamaciones entusiastas. Un espejo de contorno perimetrado con diez portalámparas se apoyaba sobre el tablero que hacía de mesa, lo que remataba el pintoresco estilismo de cualquier garito que se precie. La perfecta hilera de botellines azules de Solán de Cabras era el único detalle contradictorio del conjunto, delatando la profesionalidad de los usuarios a pesar de estar urgentemente necesitados de un curso de dibujo básico. Eso era todo.

—¿Seguro que quieres esperar aquí solo? —Desplazó una mirada amorosa hacia todas las esquinas del cuchitril como si fuese a implosionar en cualquier momento y quisiera conservar aquella tierna imagen en su memoria.

Asentí. Él dudó un instante, y me dio la impresión de que iba a darme esos sucios lápices de colores, afilados hasta el fin, que los adultos conservan durante décadas para entretener a un niño mientras los mayores debaten asuntos serios.

—Bien —dijo cerrando la puerta—. Entonces el tablero está listo. Las piezas se mueven.

Me dejó intrigado, pero mucho más tranquilo. Colgué mi viejo abrigo del perchero y dejé que el silencio y la quietud me invadieran. Solo, sentado en la silla de plástico, inspiré

profundamente el mismo aire que respiraron todas aquellas caricaturas, Antonio Vega, Javier Krahe, Faemino y Cansado, Juan Tamariz, Los Secretos; ese aire pastoso incapaz de ventilarse que permanecía flotando a mi alrededor susurrando cosas, ocultas alianzas y traiciones, triunfos y desánimos, amores rápidos, canciones olvidadas.

Yo formaba parte de todo eso.

Me despertó Leiva.

—Hola, chulo, siento el retraso, pero me liaron.

Me había quedado dormido sobre la mesa con la cabeza entre los brazos y me incorporé desorientado, los hombros doloridos por la postura, la cabeza embotada. Fuera se escuchaba cierto jolgorio extraño y tuve la sensación de hallarme en el Overlook, en una fiesta de muertos y serpentinas.

—¿Qué hora es? —farfullé frotándome los ojos.

—¡Es la hora!

Me vi arrastrado a trompicones escaleras abajo.

—Pero si no hemos ensayado…

—¡El ensayo es para cobardes, chulo! —chilló Leiva excitado—. ¿De qué tienes miedo?

Pasó su brazo delgado sobre mis hombros y salimos al escenario, donde ya aguardaban mi teclado y el pañuelo de Leiva atado al micro.

Cientos de bocas abiertas aullaron a la vez, alimento crudo de artistas, y por fin resucité.

Fue un concierto pequeño, una especie de juego entre los dos, en el que intercambiamos canciones como quien comercia con cromos en el recreo. Cuando lo recuerdo me doy cuenta de que aquel primer

encuentro fue único. Quizá la improvisación, o la falta de expectativas, le confirió un aura distinta de tranquilidad o disfrute. Lo pasamos bien. Tan cómodos como probando acordes en mi casa a las cinco de la mañana, nos deslizamos suavemente entre las canciones y compartimos letras como si resbaláramos por una pradera de hierba fresca y reconfortante hasta llegar al final. Cuando Amaro apareció de repente a mi lado, lo abracé en público como si hiciese siglos que no nos veíamos, y sentí la fraternidad como algo físico que unía mis órganos y tendones no solo con él, sino también con Leiva, apurando los últimos minutos entre la euforia de un hervidero de cabezas que cantaron Turnedo con nosotros, el momento de decirnos adiós.

Después abrazos, felicitaciones, palmadas en la espalda de desconocidos histéricos en los que habíamos conectado pelados cables cerebrales que chisporroteaban como bengalas a mi alrededor. Luego beber, fumar, reír, tocar, asentir, saludar, gritar, todo a la vez mientras la pista se iba despejando de público poco a poco.

El reloj parado marcaba la hora en que, según Sabina, la vida olía a serrín y sueldo de camarero, cuando tocó abandonar el local y seguir la fiesta en otro, a dos manzanas de allí. Subí corriendo las escaleras para recuperar un abrigo imprescindible si no quería pillar un catarro en la noche madrileña. La excitación y el alcohol me hicieron entrar en tromba en el camerino, y golpear la puerta con tanto ímpetu que rebotó contra la pared y se cerró después con un golpe seco que me provocó un ataque de risa floja.

Pero, por mucho que lo intenté, no pude volver a abrirla.

La música, que amortiguada por una eficaz insonorización de paredes y techos alcanzaba las plantas de los pies con un suave retumbe, de pronto se desvaneció dejando un pitido en mis oídos.

Primero golpeé la puerta con los nudillos, luego con los puños, presa del desconcierto y la indignación, y finalmente vino un aporreo desorganizado producto del pánico. Jadeando, apoyé la oreja en la puerta para intentar escuchar algún signo de vida que no

pude captar, y aullé, igual que un loco encerrado en una celda acolchada, llamando a Leiva, a Amaro, a Ángel Viejo. Pero nadie acudió en mi auxilio.

Lloroso y afónico, incrédulo sobre todo, intenté tranquilizarme. Pese a la humillación, todavía podía aportar una divertida anécdota cuando acudiesen al rescate, risotadas y palmadas en la espalda, rubores camuflados por la oscuridad que al día siguiente serían agua pasada. Cogí el teléfono con ansiedad, pero el indicador de cobertura, sin siquiera una mísera rayita, se burló de mi mala suerte y maldije entre dientes. Me consolé pensando que tal vez nadie contestase a mis llamadas. No eran horas de verificar citas o acordar reuniones, sino de abandonar los dispositivos electrónicos en bolsillos y dedicarse a contactos personales.

Imaginé a ese grupo variopinto formado por los músicos, amigos, amigas, algún camarero enrollado y los acoplados de última hora, desconocidos y pesados, que suele juntarse tras los conciertos para tomar copas hasta que amanece, callejeando alegremente, desaparecida la tensión, pero todavía excitados por la hazaña de haber resuelto con éxito la actuación. Ese grupo en el que, si por un segundo echas a alguien en falta, enseguida lo olvidas pensando que se habrá liado por ahí o lo estará pasando bien en otro lugar. Quizá yo mismo lo hice en alguna ocasión, o en muchas, quién sabe, porque nunca recuerdas a quién has dejado atrás en una de esas noches.

Ahora era yo el que me había quedado atrás y, cada vez más enfadado, bebí un botellín de agua, y luego otro, que lancé con rabia contra la pared. Sentía que me habían robado algo, ese momento mágico de desmelene posconcierto, cuando podía saborear un atisbo de felicidad durante el resto de la noche porque al día siguiente solo podría lamentar que todo hubiese terminado.

Caminé por mi celda cada vez más aprisa midiendo el espacio, cuatro pasos hacia la puerta cerrada, cuatro pasos hacia la pared contraria. Cuatro por cuatro dieciséis. Cuatro por siete veintiocho. Empecé a sudar. Cuatro por diez cuarenta. Cuarenta y dos años tenía yo desde agosto. Cuando mi padre cumplió cuarenta, la broma entre mis tíos era regalar un bastón.

—¡¿Dónde cojones está mi bastón?! —pregunté al aire deseando que estuviese en mi poder para liarme a bastonazos con la puerta.

No sé cuánto tiempo transcurrió, minutos u horas, mientras caminaba en trance por mi jaula de animal de circo entre función y función, y hablaba solo en voz alta hasta que, derrotado, me derrumbé en la silla de plástico sin saber qué hacer. Las caricaturas me contemplaron desde las paredes en penumbra y me invadió la tristeza. Desde el espejo me devolvió la mirada un tipo canoso y greñudo con barba descuidada, ojeras y mejillas hundidas, que recordaba a mi padre de manera inquietante. Me acerqué a mi reflejo hasta distinguir con detalle las arrugas que rodeaban sus ojos. Había en mí algo estropeado, torcido, que disimulaba ante los demás cada día y me observaba en aquel preciso instante. No parecía un buen compañero de prisión, pero al menos él no me había dejado atrás.

Juntando las palmas de las manos una sobre otra a cada lado del cristal, recitamos el santo y seña de mi cofradía, habitual desde que se estrenó Cosas que hacer en Denver cuando estás muerto.

—Copas de yate —dijimos a la vez.

De pronto, las bombillas se apagaron y se hizo la oscuridad más absoluta.

Aparté la mano como si hubiese recibido una descarga.

—¿Hola?

Nada.

El acúfeno se instaló en mi cabeza, cada vez más fuerte, y empecé a chillar sin control, asustado de mis propios gritos.

Había alguien tras la puerta, intentando abrirla desde fuera. Me incorporé esperanzado entre la negrura, un poco mareado también, y me alejé todo lo que pude mientras empujaban para desatrancarla. Un golpe seco. Imaginé a un bombero fornido, equipado con mono y casco, quizá un hacha o un ariete moderno,

que acudía a mi rescate mientras todo estaba en llamas. Otro golpe. La puerta se abrió con estrépito.

Una silueta a contraluz guardaba silencio, tal vez sorprendida de encontrarme allí. No era un bombero. En la mano llevaba una linterna que enfocó a mis ojos, deslumbrándome.

—¿Quién eres? —susurré.

Volvió el haz de luz hacia sí mismo desde abajo, como cuando juegas a los monstruos, y mostró una cara monstruosa y azulada que me paralizó de terror.

—Soy yo.

Me relajé un poquito, nadie decía «soy yo» si no esperaba ser reconocido. Además, aquella voz me resultó familiar.

—¿Wyoming? —Me di cuenta de que estaba tan afónico que apenas me salió un hilillo de voz.

Soltó su risita típica.

—Gran Wyoming, Iván, no lo olvides.

No me moví, igual que si ese «yo» al que le abres en mitad de la noche resultara finalmente ser un fantasma. ¿Qué narices hacía Wyoming en el Galileo con una linterna?

—¿Eres… real?

Creo que fue la primera vez en mi vida que tartamudeé. Tartamudo y afónico, menudo desastre.

Él guardó silencio unos segundos y desapareció por el pasillo.

No parecía amenazador, aunque fuese un fantasma. Tal vez había muerto esa misma noche y todavía vagaba desconcertado por lugares que había frecuentado en vida. O quizá el muerto era yo, y sentí un escalofrío que recorrió toda mi espina dorsal. Dejadme allí mismo, donde yo caiga… Caminé vacilante hacia la luz, venciendo mi extraña resistencia a salir de la celda como un gato que en el

veterinario no abandona la seguridad del transportín, a pesar de que en casa lo odia.

Seguí a Wyoming por las escaleras hasta el solitario escenario. Entre la penumbra distinguí taburetes desordenados, cables y polvo, que delataban que todavía no había llegado el personal de limpieza a ponerlo todo patas arriba con desinfectante.

—¿Qué hora es? —preguntó mi voz cascada.

—Aquí siempre son las seis.

Avanzamos por el pasillo de los cuartos de baño, abrió una puerta camuflada en la pared y descendí por un estrecho pasadizo rumbo a un mundo tenebroso, acorde con catacumbas y esqueletos emparedados.

—¿Dónde estamos? —musité aturdido.

No respondió. Abrió una pesada puerta chirriante y lo seguí a un cuarto oscuro que olía a humedad. Me detuve con cautela, ¿estaría soñando, todavía sentado en el camerino?

Escuché el clic de un interruptor, y la estancia se iluminó.

Parecía un refugio nuclear. Sofá raído, un camastro estrecho en un rincón, estanterías con bidones de agua, latas de legumbres, rollos de papel higiénico, pilas, una toalla colgada de una alcayata en la pared. Un cajón de cerveza hacía de mesilla de noche, y sobre ella, un cepillo de dientes y varios libros con esas pegatinas con códigos típicas de las bibliotecas públicas.

—Bienvenido a mi hogar —dijo con una sonrisa.

Ahora sí que parecía amenazador y busqué una vía de escape por si decidía atacarme con un tenedor, o algo así. Me senté con cautela en el sofá, que se quejó con chirridos de muelles viejos, y observé en silencio, intimidado como un niño perdido.

—Tengo ocho pisos en el centro. —Con una cerilla encendió un hornillo que no pasaría ninguna medida de seguridad y colocó encima una cochambrosa cafetera italiana—. Me ofrecieron mucha

pasta y también alquilé mi casa.

—¿Vives aquí? —grazné.

—He vuelto a mis orígenes. Aquí empecé, tocando ahí arriba a cambio de un techo. Aún lo hago de vez en cuando.

El café burbujeó en la cafetera y la apartó del fuego. Lo sirvió en dos vasos de Nocilla con dibujitos de Bob Esponja y me dio uno, sin azúcar ni leche. Disimulé las ganas de largarme de allí corriendo y bebí un trago. Estaba amargo y me abrasó la garganta.

—Mi lema es necesitar pocas cosas, y esas cosas necesitarlas poco. ¿Lo conoces? —dijo—. Ahora soy mucho más feliz.

—¿Y qué haces con el dinero que ganas? —La garganta me dolió horrores y me llevé la mano al cuello.

—Nada, lo dejo en una cuenta corriente sin moverlo. Es mi rechazo al sistema, y no veas cómo sufren los banqueros. Me encanta que me propongan negocios, los escucho con atención y luego digo no. Es divertidísimo.

Asentí, convencido ya de estar soñando.

—Abre la boca —dijo de pronto.

La cerré con fuerza, aterrado.

—Estudié Medicina, ya sabes; déjame echar un vistazo. —Cogió el cepillo de dientes, limpió el mango con la camisa y me apuntó con él, aguardando.

—No creo…

Con celeridad felina me introdujo el cepillo en la boca y tiró de mi mandíbula hacia abajo para abrirla.

—Di a.

Intenté gritar, pero solo le eché el aliento.

—Umm —asintió mientras me examinaba—. Si te ves capaz, puedes beber zumo de limón con miel. A mí me resulta asqueroso. Aunque lo mejor es silencio absoluto durante tres o cuatro días, que también es asqueroso, pero funciona. En una de mis últimas afonías escribí un libro de cuatrocientas páginas. Puedes probar.

—Debo irme —musité, y me levanté.

—Ven a visitarme cuando quieras —respondió—. Por cierto, tienes picado el segundo premolar derecho.

2

Indiferente, el cometa se desplaza durante siglos por la oscuridad del universo, invisible en la negritud del espacio, hasta que se acerca al Sol y empieza a morir. Desde aquí abajo vemos brillar su cola de residuos, un bonito enfermo que pronostica desastres naturales, caída de monarcas, nacimiento de engendros, sonido de trompetas. Cuántas vueltas debe dar antes de desintegrarse con un fogonazo final es un misterio. Después el olvido, más bien temprano que tarde según el reloj cósmico.

Mi órbita me alejaba de Madrid y me llevaba de nuevo a casa. Hice la maleta de cualquier manera y me dirigí al coche, aparcado en la calle. En la acera, un senegalés vendía discos pirateados sobre una manta y me detuve a observar los títulos. Entre Bustamante y Alejandro Sanz estaba el último de Leiva.

—¿No tienes nada de Iván Ferreiro? —pregunté con voz cascada.

—¿Juan qué?

No contesté y arrastré la maleta hasta el coche. El cristal trasero me acusó con un «guarro» merecido que borré con la manga y abandoné la ciudad sin ganas, sentenciado a conducir seis horas sin haber dormido y a cumplir mi condena en Gondomar contemplando la muralla de eucaliptos, comprobando cuántas hojas había perdido el roble, dialogando sin palabras con la oveja del vecino y discutiendo en directo con mis hijos un fin de semana de cada dos.

Conocía la carretera con esa intimidad que permite actuar como un autómata, mientras surcaba las inmensas praderas de mi mente, salpicadas de arbolitos solitarios, cultivos amarillos encajados entre sistemas de riego portátiles, hileras interminables de Mazinger Z eléctricos en los que se posaba de vez en cuando un ave rapaz al acecho. Ruinas de castillos y torreones destartalados sobre colinas esporádicas, triste testimonio de antiguos campos de batalla,

señalizaban la primera parte del recorrido.

Al pasar Benavente se dice que llegas a Galicia, montañas y verde, túneles y curvas, y el viajero experimenta cierto alivio, a pesar de que aún queda la mitad del camino y la cuenta atrás se hace eterna. Nunca he sentido mayor sensación de soledad que cuando realizo en coche este trayecto. Yo estaba en el Benavente de mi vida, y mirar hacia adelante semejaba una pronunciada pendiente por la que me deslizaba sin poder evitarlo. Tenía la sensación de que lo importante ya estaba hecho y no tenía nada nuevo que aportar, canciones que hablaban siempre de lo mismo, amor y desamor, encuentros y desencuentros, nada interesante en realidad.

La vida real sucedía en otra parte. En la radio se hablaba de las próximas elecciones estadounidenses y por qué siempre eran en martes. La América moderna tenía un presidente negro y pacifista amenazado por un pintoresco pato Donald, que solo hacía reír al mundo con sus ocurrencias, mientras en la vieja España se ahogaban seis millones de parados y los desahuciados se tiraban por los balcones. La vida solo era un gran monstruo que masticaba huesos.

Casi tres horas después pasé de largo la ría de Vigo con el puente de Rande, su islita con mansión, grúas de astilleros, bateas desperdigadas y las Cíes al fondo como imponentes protectoras de ciclones. El descenso desde la autopista permitía una visión general del Val Miñor que abrumaba. Desde lo alto se podían ver cientos de casitas salpicadas por las faldas de las montañas que llegaban hasta el mar, con las islas Estelas y la puesta de sol, mi finis terrae personal. Más allá solo estaba el océano, con sus delfines y tiburones, hasta llegar a América, con sus Obamas y patos.

Me atrincheré en Gondomar, donde tomaba miel con limón, evitaba los espejos y aguardaba la llamada de Leiva con una excusa preparada para mi desaparición: una noche loca de sexo con una desconocida; menuda avería la de anoche y tal. Era muy tópico y, por ello, verosímil. En los días siguientes aumenté el frenesí sexual inventado. Una amiga de la infancia, aquella antigua novia con horquilla en el pelo, por ejemplo, un tórrido reencuentro aplazado durante veinticinco años. Incluso la busqué en las redes, donde encontré múltiples fotografías de su felicidad vital cuando se olvidó

de mí. Me sonrió desde una hamaca, un cóctel con sombrillita en la mano y pamela de rafia, frases tántricas sobre amistad y superar desencantos entre foto y foto. Una mujer afortunada. En un arrebato de autocompasión, revisé los perfiles de mis ex. Todas radiantes y dichosas hasta la náusea, nuevas parejas, nuevos proyectos, nuevas mascotas, viajes apetecibles a lugares de belleza opresiva.

Iván, ¿qué estás pensando?, me preguntó mi Facebook.

A ti qué te importa, mamón empalagoso.

Igual que la de Darth Vader, mi respiración dentro del casco se escuchaba muy intensa, inspiración, exhalación. Mi mano enguantada se extendió despacio, inspiración, exhalación. Abrí la portezuela redonda, inspiración, exhalación, y contemplé el mundo. El panorama me cortó el aliento y mis ojos se humedecieron ante la maravilla. Una lágrima se deslizó por la mejilla mientras yo sonreía, inspiración, exhalación. Acerqué la mano para limpiarla, pero tropezó con el casco. No poder tocarme la cara me angustió hasta lo indecible, inspiración fuerte, exhalación rápida. Pestañeé con inquietud y me sorbí la nariz. Todo me cosquilleaba e hice muecas con la boca para intentar aliviar el picor. Creí que había una hormiga dentro del casco, jadeo rápido y miedo enorme a empañar el cristal. La hormiga me correteó por la cara buscando un orificio. Moví la cabeza de un lado a otro al borde de la histeria. La hormiga se metió en mi nariz y avanzó hacia el cerebro. Soplé con fuerza por las fosas nasales y todo se inundó de mocos.

Desperté aliviado y me rasqué los brazos intentando eliminar la sensación de bichos que recorrían mi cuerpo. Mala señal, decidí mientras recogía vasos sucios, platos sucios, ropa sucia, sábanas sucias. Abrí todas las ventanas de par en par para dejar que el frío viento se introdujese en la casa como un torbellino revisando todas sus esquinas y rincones, levantó pelusas de polvo, y revolvió mis partituras, facturas pendientes de pago, tickets de aparcamiento, livianos papeles de liar que alzaron el vuelo jugando a alcanzar el techo. Entre los cojines del sofá encontré monedas, filtros de tabaco, un bolígrafo sin tapa y dos mecheros, y un sostén que debía de llevar ahí desde la época en que yo confesaba mis mierdas. Perseguí

por la alfombra un trozo de papel arrugado con acordes y versos que apunté alguna vez y había olvidado. Si pudiera volver otra vez hacia atrás, repetiría mil veces todo lo que hemos pasado, leí. Supuse que fue un día gris cuando escribí aquello, uno de tantos, y sentí tal tristeza que tuve que hacer esfuerzos para no llorar.

Cerré las ventanas tiritando y me di una ducha caliente. Limpié el vaho del espejo con la toalla y me asomé con precaución, preparado para apartarme de un salto, pero era yo, el pelo mojado pegado a la piel y barba de anciano, intentando recordar cuándo me había hecho una paja por última vez.

De pronto sonó ese chisme enchufado a la pared que viene de serie con la wifi y solo se usa para colgar a tu suegra o a los que se empeñan en que cambies de compañía telefónica.

—Hola, Iván. —Era IA, y tragué saliva.

IA era mi mánager, mi mentor, un amigo, un padre. Podría decir más cosas de él y siempre me quedaría corto. IA era de esos seres superiores que sabes que existen porque algún día alguien te habló de ellos, pero nunca esperas conocer a ninguno. Lo sabe todo, es el puto amo, el jefe de todo esto, el hombre con un plan, el que mueve los hilos, y demás eufemismos que se os ocurran. Es amigo de Bono, de Bruce y de los Rolling, aunque no escucha música y a nadie parece importarle: la entiende desde otro sitio que yo no sabría explicar. Cuando tienes la suerte de que alguien como él pose su mirada sobre alguien como tú, cualquier cosa que haces en la vida es exclusivamente para que no descubra que eres un fraude. Con eso lo digo todo.

—Hola —farfullé.

—¿Cómo va el nuevo disco?

Estrujé el teléfono sin darme cuenta. Hacer un disco puede ser agotador, componer doce o quince canciones que encajen unas con otras, pulir las letras, los acordes, los arreglos. Que suene diferente del anterior, pero parecido al anterior para que nadie se lleve un susto, y, sobre todo, que sea mejor que el anterior; no solo gustar a tus fieles, sino fabricar fieles nuevos, llenar más estadios, colaborar

con artistas más importantes que se rompen la cabeza igual que tú con cada nuevo disco. Cada nuevo disco es un reto más difícil precisamente cuando tienes menos energía, menos frescura, menos ilusión, menos cosas que contar. En estos casos la palabra «disco» puede llegar a convertirse en una pesadilla con bichos.

—Bien, bien… —mentí—. Trabajando.

Silencio al otro lado de la línea. Atrás quedaron los tiempos en que, entusiasmado, llamaba a IA a las cuatro de la mañana para que escuchase algo por teléfono sin importarme despertarlo y desvelarlo con mi entusiasmo para divagar sobre una idea magnífica, la canción del siglo, lo mejor que había hecho hasta el momento.

—¿Qué tal duermes?

Mierda. Nuestra comunicación había ido decayendo con el tiempo. Empecé a dejar que sonase el teléfono sin responder, vibrando sobre la mesa o dentro de mi bolsillo, para obligarlo a escribir un mensaje con el motivo de su llamada y que no me cogiese con la guardia baja, poder planear una disculpa y prevenir el desastre del fin de nuestra relación profesional porque yo estaba acabado. Si supiese entonces lo que sé hoy, habría actuado de otro modo y no repetiría nada.

—Ahora tengo tiempo para concentrarme —me escabullí.

Pausa silenciosa que grita. IA siempre fue un maestro en echarte una bronca sin palabras. He visto a altos ejecutivos tartamudear como colegiales frente a su plácida sonrisa.

—Hay un asunto que os podría interesar —dijo finalmente.

Un cosquilleo de excitación me recorrió la espalda.

—¿A quiénes?

—¿Has recibido el paquete?

—¿Qué paquete?

Salí al jardín y subí corriendo la empinada cuesta hasta la entrada,

con solo una toalla atada a la cintura. Los eucaliptos me observaron con reproche, y el cartero, que llegaba en ese momento, también. Volví a casa con el paquete bajo el brazo y lo abrí con ansiedad. Era una tablet.

Aunque hacer un nuevo disco es una parte fundamental del proceso, los músicos ya no vivimos de las ventas. La crisis comenzó en el momento en que podías hacerte con un cedé en el Carrefour de paso que comprabas una lechuga. Esto acabó con las tiendas de discos; en cambio benefició a las fábricas de mantas en una época en que ser mileurista era algo muy malo. Después vino el ascenso del videoclip, que enriqueció sobre todo a los Gangnam Style de las cloacas, y finalmente las descargas gratuitas que todos realizáis aunque nadie lo confiesa en público.

Entre el fin del glamour y el comienzo de aquella guerra despiadada, nadie se acordaba de los músicos, misteriosos individuos que vivíamos del aire y contemplábamos la escena aturdidos. El nuevo chic se instauró en la asistencia a los conciertos y de eso sobrevivimos hasta hoy, en que ser mileurista es un privilegio. Afortunadamente, muy de vez en cuando nos mezclábamos con los grandes para promocionar cosas que no nos interesaban por la única razón de que solían pagar muy bien. Y el dinero sigue siendo el amo del mundo, digan lo que digan.

Decidí olvidar el abandono en el Galileo. Me convencí de que no era algo importante, gajes del oficio y demás frases hechas que uno se dice a sí mismo para salvaguardar la autoestima. Puse Take on me de Anni B. Sweet para intentar contagiarme de la alegría despreocupada de su ritmo antes de escribir en Twitter.

Señor Leiva, déjese de cobardías, usted y yo tenemos un asunto pendiente todavía, caballero.

Los numeritos se volvieron locos. Nuestros admiradores seguían al pie del cañón (¿cuándo trabajaba esa gente?).

No lo he olvidado, señor Ferreiro, respondió Leiva al instante. Tengo las armas engrasadas y listas para el combate. Su insulto no quedará

impune.

De pronto tuve muchísimas ganas de dar saltos por el salón. Qué divertido era aquello, todo el mundo volvía a preguntar con expectación mientras la sangre fluía por mis venas. Enchufé la tablet, la encendí y la pantalla se iluminó de azul con cuadraditos inquietantes. Pulsé y toqué aquí y allá durante quince largos minutos preguntándome cómo narices íbamos a componer algo con ese trasto. Acudí a internet y encontré un artículo que se titulaba Windows para ineptos en 39 pasos. ¿Treinta y nueve pasos? Llamé a Leiva, tan inepto con la informática que no haría un chat ni con Keith Richards. Tal vez por eso se había producido un milagro.

—¿Cómo vas?

—Me tiembla un ojo —dijo—. Estoy acojonado.

—Me refiero a si entiendes el sistema.

—¿El sistema óptico?

—No, el informático.

—¿Lo de las ondas radiactivas y el cactus?

Así no íbamos a ningún sitio, pensé.

—Así no vamos a ningún sitio —dije.

Pero ¿qué más daba? Aquello de la tablet era una chorrada igual que pensar que los actores utilizaban las colonias que anunciaban, o que Arguiñano se creía que el caldo envasado en tetrabrik era casero casero.

—Lo mejor es que vengas a mi casa y hagamos la canción como siempre —propuso Leiva—. Será nuestro secreto —añadió.

Sonaba sensato, pero…

—Tengo a los niños; tendrás que venir tú.

Leiva hizo una pausa casi imperceptible.

—Vale.

Puse de nuevo a Anni, y esta vez lo disfruté.

El duelo continuaba.

Existe una discriminación hacia los que vivimos lejos de la capital, y quien diga lo contrario miente. Se da por hecho que eres tú el que tienes la obligación de desplazarte y, si por alguna razón muy muy justificada no puedes hacerlo, entonces el otro tarda esos segundos en acceder al terrible sacrificio de planear un viaje indeseado, que siempre prefiere tomarse como unas vacaciones para que le parezca aceptable abandonar el lugar donde sucede lo importante.

Puedes estudiar Derecho —o Medicina, o fontanería— y poner un despacho en cualquier ciudad pequeña y vivir muy bien, pero todo lo relacionado con el ámbito artístico, industria, promoción, etc., está en sitios con rascacielos y copas que cuestan el triple. Los que tardamos horas en llegar a nuestros Benaventes respectivos lo sabemos muy bien. Por eso casi siempre nos vamos y algún día volvemos, cuando estamos cansados de la carretera y los aviones y los hoteles baratos y de alquilar cuchitriles de estudiante cuando ya empiezan a salirte canas y de llegar dos días tarde a los funerales de tus parientes. Pero ya no perteneces a ningún sitio; intentas organizar tus bolos a distancia, mantener el ritmo a distancia, ilusionarte cuando crees que la ilusión está a mucha distancia. Y aprecias como un regalo que alguien deje todo eso, aunque solo sea un fin de semana, para visitar tu paisaje diario, que tiene la obligación de ser, al menos, bonito, verde y montañero, o azul y playero, o marrón y volcánico, o blanco y nevado. Eso que los de la capital consideran naturaleza en estado puro, para contárselo luego a los que viven entre cemento.

Recogí a Leiva en el aeropuerto de Peinador, tan minúsculo que daba igual que entrases por la puerta de salidas o llegadas porque todo se reducía a un mismo vestíbulo. Nos dimos un abrazo sincero y en el coche hablamos del proyecto, que gracias a Leiva supondría mucha más pasta que si me lo encargaban a mí solo. Lo llevé al puerto de Panxón a comer, que es casi lo único que podemos hacer

los de esta zona para no decepcionar a los turistas sin que ellos lo sepan, dejando en una nube de confusión las múltiples actividades alternativas y maravillosas que no daría tiempo a llevar a cabo porque en realidad no existen.

El clima se alió conmigo. Era uno de esos días despejados y tranquilos, cielo azul y mar calmado, que nadie imagina encontrar en Galicia, y menos en otoño. La brisa olía a alga y erizo, barquitos de pesca se mecían con pereza balsámica y bandadas de gaviotas chillonas volaban hacia poniente, ocupadas en asuntos propios.

El sol calentaba tanto que nos fuimos despojando de capas de abrigo hasta quedarnos en manga corta. Leiva lucía tatuajes y metales, y yo, piel pálida y sosa.

—En agosto hace frío y a finales de octubre calor —dijo Leiva.

—El mundo al revés —dije yo.

—Más bien el cambio climático. Cuando se derritan los glaciares, todo esto será agua.

Para los neuróticos los demás nunca hacen comentarios al azar. Como también somos muy egocéntricos, piensas que observaciones sobre glaciares o contaminación de alguna manera se refieren siempre a ti, así que en ese momento me dio la impresión de que Leiva dijo aquello para fastidiarme, y que podría resumirse en que Madrid sobreviviría y Playa América no. Y para justificar su predicción estornudó siete veces seguidas.

Miré la ensenada, la playa en forma de media luna que recorría tres kilómetros de arena blanca. Imaginé que de pronto veíamos atónitos cómo se retiraba el mar y regresaba en una ola furiosa que lo arrasaba todo, las casas, los barcos, las personas, las tablets, sillas y mesas de Estrella Galicia flotando por ahí. Busqué a mi alrededor algún lugar seguro, pero no nos daría tiempo; aquel paisaje fascinante era en realidad una trampa y, si llegaba el fin del mundo, huir sería inútil.

Paradójicamente eso me pareció un consuelo.

El camarero nos sirvió dos platos de realidad y me concentré en la ley del ladrón. Comer era un placer compartido por ambos. Saboreamos un arroz de mariscos espectacular que nos mantuvo callados, y abrimos nuestras papilas gustativas en silencio reverencial ante un manjar sencillo con olor a vacaciones, que compensaba haber sobrevolado Benavente hacía un par de horas.

Leiva me regaló un cactus envuelto en celofán que coloqué al lado de las tablets, cada una en su caja.

—Por las ondas —dijo.

Cogió la guitarra y tocó un buen rato dejándome embelesado. Después probó el resto de los instrumentos desperdigados por el salón como un niño que se entretiene en una tienda de juguetes. Y todo sonó tan de maravilla que me empequeñecí de envidia mientras algo verde me susurraba al oído que jamás estaría a su altura y cualquiera de mis éxitos había sido fruto de la casualidad.

Por fin paró aquel suplicio de excelencia y el aire entró de nuevo en mis pulmones.

—Tengo una melodía que podría valer. —La tocó y me gustó.

Me devané los sesos para aportar algo interesante, entonces recordé los versos del papelito.

—Yo quizá tenga una frase.

No sabría explicar el método para hacer canciones. Cada uno se defiende como puede, con melodías que tarareas en la ducha o la canción infantil que cantó tu hija en el colegio; anécdotas personales, novelas o ensayos, dolor y alegría, todo vale. Pero es un hecho comprobado que si tienes una buena primera frase es más fácil desgranar lo que viene después.

El problema es que a veces la primera frase que se te ocurre no es muy allá y, sin embargo, eres incapaz de pensar en otra. Le das vueltas en tu cabeza, intentando escapar de esas palabras sin conseguirlo, no sé por qué. Finalmente lo convencí de que la idea

de recrearnos en el pasado era la adecuada. Leiva tocó unos sencillos acordes que nos gustaron y lo demás salió solo, estribillo estrafalario incluido. En realidad, era una canción mediocre, de esas que tenemos todos y nos gusta durante un periodo de tiempo muy corto para tratar de olvidarla lo más rápido posible después de haber cobrado. El resto de la historia de Anticiclón, con parafernalia sobre tablets y composición a distancia, aunque falsa, es conocida por la mayoría.

El día se apagó con la lentitud de un viernes cualquiera mientras el sol arrastraba un telón negro salpicado de estrellas. Nos recostamos en las tumbonas húmedas y viscosas de la piscina, con una birra en una mano y un porro en la otra. El silencio era tan absoluto que podríamos ser los únicos supervivientes de un maremoto y ni siquiera nos habríamos enterado.

La magia se rompió cuando escuché las quejas de Leiva sobre sus múltiples rupturas de corazón a manos de mujeres guapísimas, las dificultades ridículas que le ocasionaban las mil ideas que tenía para mil nuevos discos, y la sospecha de que alguien de su numeroso equipo le estaba robando millones, aunque había tardado meses en darse cuenta.

Hay que ser gilipollas para envidiar los problemas de otro. Aun así, no solo lo hice, sino que también me alegré muchísimo de que Leiva tuviese mogollón de problemas. En conclusión, yo era una mala persona integral, un tonto del culo, y me puse tan nervioso que casi me levanto a recoger las hojas de la piscina a pesar de no ver un pimiento.

Cómo conseguir que Leiva envidiase mis problemas fue la solución idiota que encontré en ese momento y, con ánimo comprensivo, me arranqué a protestar contra mi mánager, las discográficas y demás seudoartistas que copaban las playlists de manadas de paletos ignorantes, rematando con un episodio sexual escandaloso en el camerino del Galileo con una antigua novia que se había vuelto ninfómana de repente. No me juzguéis con dureza: la autocompasión es una emoción adictiva.

Por supuesto Leiva se esforzó en convencerme de que yo era un buen músico a pesar de mis reparos, dijo que mis temas eran

maravillosos, que a él le gustaría estar a mi altura y demás cosas que dicen los buenos amigos y jamás satisfacen un ego infinito.

—Todas mis ex se consuelan con canciones tuyas —concluyó—. Pero eso no sucede al revés.

Aquello debía de significar algo y finalmente me tranquilicé, cansado de mí mismo. Nos quedamos callados un buen rato mirando las estrellas mientras sentía el acecho del insomnio y la angustia nocturna, a pesar de que muchos podrían llamar a esto relax.

—Qué lugar tan bonito —opinó Leiva con simpatía, contemplando los oscuros eucaliptos—. Se respira una paz maravillosa.

Todos los visitantes urbanitas decían algo así el primer día. Después me hizo la pregunta madrileña por excelencia.

—¿Y aquí qué se hace?

Sábado, día de hijos. Múltiples instrucciones maternas sobre hacer los deberes antes de los videojuegos, no salir de casa sin cazadora, acostarse temprano y jarabe a las cuatro en punto para el menor, pobre de ti como te olvides.

Podría repetir aquí multitud de clichés sobre la paternidad, y todos serían ciertos. Podría hablar de lo fácil que parece visto desde fuera, y de los fallos incomprensibles que ves en los demás cuando tú todavía no tienes hijos. Podría echar pestes sobre los errores que se cometieron en mi familia cuando yo era pequeño y juré no reproducir jamás, a pesar de lo cual, lo hice. Podría anunciar a bombo y platillo que nadie te enseña a ser padre, que los hijos no traen manual de instrucciones y demás frases hechas que me dan asco. Muchos alegan que disfrutan de los pequeños momentos, de las sonrisas y miradas amorosas que les dirigen sus vástagos, de compartir sumas y restas, de preguntas simpáticas o de lo gracioso que fue aquella vez que los niños rompieron los apuntes de tu último trabajo. Hipocresía pura. Lo que todos sabemos y no decimos es muy sencillo: ser padre es muy aburrido. Para mí contemplarlos

mientras dormían y no daban la lata fue quizá lo mejor de su infancia. Y yo ni siquiera los contemplaba; cerraba la puerta de su habitación aterrado de que pudieran despertarse en mis horas más productivas, deseando que durmiesen catorce horas seguidas. A medida que crecen, la cosa arrecia, pero ya no es aburrido, es espantoso. En fin, que no hay nada mejor para deprimirte que pensar que eres un mal padre, que es lo peor que puedes pensar de ti mismo.

Aquel iba a ser un fin de semana de hijos con visitante famoso que no tiene hijos, lo cual introdujo en la ecuación variables impredecibles. A los niños les encantó que Leiva estuviese en casa. Anticipaban lo que podrían contar el lunes en el instituto. A Leiva también le encantó pasar un fin de semana de padre putativo porque el lunes se habría olvidado de todo. Para mí se multiplicó la tensión: no es lo mismo ser padre en privado que en público. Una cosa es admitir frente a tus amigos que lo haces mal esperando palmaditas comprensivas en la espalda, y otra muy distinta es ponerte en evidencia. La única defensa que te queda para salvaguardar tu autoestima es un buen ataque.

—¿A qué jugamos? —propuso Leiva.

Los niños lo miraron con ilusión.

—Antes hay que hacer los deberes —contraataqué yo.

Los niños me miraron con decepción. Leiva y yo nos retamos con la mirada.

—De acuerdo —accedió Leiva—. Vamos a jugar a hacer deberes. ¡Me pido ser el profe!

Tuve que reconocer que era listo, el cabrón. Por alguna razón los niños, esos seres misteriosos y desagradecidos, hicieron su tarea escolar con entusiasmo, sin protestas y concentrados, mientras su maestro supervisaba, corregía, explicaba y traducía. Lo que a mí me llevaba dos días de discusión, persecuciones y enfados, Leiva lo resolvió en cuarenta minutos. Después se fueron los tres a recoger las hojas de la piscina por primera vez en sus vidas.

Mientras yo comprobaba ecuaciones de primer grado y la conjugación del verbo to be, oía sus risas. Me asomé a la ventana con rabia contenida.

—¿Vemos una peli? —Los tres me miraron como si hubiesen olvidado quién era yo—. Tenemos La vida de Pi.

Se miraron entre los tres, compartiendo secretos.

—¡Queremos ir de excursión! —dijo el menor.

—¡Por el monte! —puntualizó el mayor.

—¡Somos exploradores! —afirmó Leiva.

Los tres gritaron al cielo con entusiasmo indígena.

—Hace frío. —Miré al mayor—. Ven a tomar el jarabe. —Miré al menor—. En una hora será de noche. —Miré a Leiva.

Los niños miraron a Leiva esperando su resolución. Hicieron un corro con las manos en los hombros y murmuraron cosas, llegaron a un acuerdo entrechocando puños con virilidad y entraron en casa sin mirarme a los ojos. Cerré la ventana sin sentirme satisfecho; mi duelo personal con Leiva me había convertido en un aguafiestas.

Se hicieron dos bandos, Leiva quería Batman y yo Pi, pero ganó él por mayoría absoluta. Mis hijos se me antojaron un par de memos embobados por preferir a un metrosexual de látex en lugar de maravillarse con un Richard Parker asombroso. Leiva se sentó en el sofá con un admirador a cada lado mientras me adjudicaban el papel de poner en marcha la película, hacer palomitas de microondas y sentarme en la butaca incómoda que nadie quiere usar, aunque en todas las casas hay una.

Domingo. Nos montamos en el coche, cargamos en el maletero mochila, toallas, termo, bufanda y una especie de pancarta improvisada a última hora con dos finas ramas de eucalipto y una funda de almohada blanca.

Me porté bien y no me quejé, simulando un entusiasmo que no sentía. Si el deporte rey para adultos me parecía tedioso, no os quiero ni contar un partido de chavales de doce años. Mi complexión física nunca fue atlética, no hay más que echarme un vistazo, y mis dos descendientes la habían heredado a pesar de ser más altos que su padre, cosa nada difícil. Ingresar en un equipo, soñar con meter goles, con que te fiche un club y con ganar el balón de oro son las típicas pajas mentales de un niño que algún día elegirá otro camino más acorde con sus capacidades, pero que durante la infancia parecían totalmente verosímiles a pesar de los resultados mediocres, no solo personales, sino de todo el equipo de sexto C.

El plan era el siguiente: primero, partido, y después llevaríamos a Leiva al aeropuerto. Como cada domingo de partido, intenté convencer a mi hijo de que si no jugaba no pasaba nada, de que un fin de semana de descanso era algo bueno en realidad, y finalmente de que teníamos un invitado en casa. Todo fue inútil. Sobre todo, cuando el invitado desayunó con una camiseta de rayas blancas y rojas, y un ocho negro en la espalda.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté asombrado.

—Nunca salgo de casa sin mi camiseta —manifestó con orgullo.

Con sus pantalones cortos y un gran FERREIRIÑO en la espalda, mi hijo sonrió emocionado y vi con cierto fastidio cómo chocaba palmas con Leiva en un copas de yate futbolero.

Conduje en silencio, como un chófer, escuchando la conversación que se desarrollaba detrás. Leiva preguntó todo aquello que a mí jamás me había interesado, gracias a lo cual me enteré de colores, delanteros, portero, bandera…; todo, y de que el equipo contrario poseía un historial mejor, con un tanto por ciento de victorias humillante para el resto.

—¿Cómo se llama tu equipo?

—Los Submarinos.

—¡Me encanta! —dijo Leiva—. ¿Y el otro?

—Áridos Muñoz.

—Una mierda de nombre —opinó Leiva, con razón.

Por el retrovisor vi que Ferreiriño asentía con poca convicción.

—Lo peor es que siempre nos ganan, la última vez por 25/4 —se lamentó.

—¿Me estás diciendo que hubo casi treinta goles? ¡Qué divertido!

—Yo con empatar me conformo.

Leiva no se desinfló.

—No, no, no, no, no, la actitud es fundamental. Repite conmigo: ¡Les vamos a romper el culo!

—¡Les vamos a romper el culo! —gritó Ferreiriño.

—¡Les vamos a romper el culo! —grité yo con el puño en alto.

—En realidad, no me gusta el fútbol —dijo el mayor.

—A mí tampoco —añadió Ferreiriño—. Pero, si no juego, no tengo amigos.

La cara de Leiva mostró una perplejidad similar a si hubiera escuchado que respiraban nitrógeno.

—Y entonces ¿qué os gusta? —preguntó con sospecha.

—Leer —dijo Ferreiriño.

—Las matemáticas —dijo su hermano.

—Ya, leer es genial… —Leiva pareció dudar, pero enseguida recompuso filas y se lanzó al ataque—. Y con las matemáticas se puede ayudar mucho. Estadísticas, entrenamientos, estudiar la técnica de cada jugador como si fuese una ecuación. Tu labor es fundamental para entender la dinámica del contrario, romper psicológicamente al enemigo y todo eso, ¿comprendes? ¡Podrías ser un gran míster!

En el cristal sucio dibujó con el dedo un campo de fútbol en miniatura en el que empezó a trazar rayas incomprensibles. Ferreiriño y el gran Míster escucharon con mucha atención las diversas estrategias, pases, defensa y ataque.

—¿Y yo qué hago? —pregunté sintiéndome desplazado.

—Tú eres la grada, lo mejor de todo. —Leiva acercó su cabeza a la mía como si fuese a contarme un secreto—. Tu obligación es animar a tu equipo y, te lo advierto, es un juego sucio.

De acuerdo, eso me gustó; en la batalla los bajitos debemos ser hijoputas.

—Se pueden hacer rimas muy chulas —prosiguió Leiva—, como ¡Sí, sí, sí, el submarino ya está aquí! En cambio, podemos desmoralizar a los rivales con: ¡Áridos Muñoz, se os pasa el arroz! ¡Muñoces, muñoces, os vamos a dar coces! ¿Qué te parece?

Nos reímos todos, la verdad. ¿Por qué nunca se me había ocurrido a mí?

Aparqué al lado del campo, un rectángulo de tierra con algunos manchones verdes, y vi que en la única grada ya estaban las quince o veinte personas habituales.

Mi rutina era sentarme un poco apartado y fingir interés. De vez en cuando respondía a las miradas de mi hijo con una sonrisa, un brazo erguido o un aplauso esporádico, pero pocas veces estaba atento a la monotonía de figuritas en pantalón corto corriendo de un lado a otro. Solía destinar aquel tiempo muerto a la revisión de correos, responder mensajes, consultar noticias…; en fin, lo normal. El resto de progenitores era gente tranquila, cuidadosa de ofrecer un modelo de civismo y educación, buenos padres y alguna buena madre, que soportaban el evento con alegría antes de tomar el aperitivo. Algunos sabían a qué me dedicaba yo, aunque nunca venían a mis conciertos. Sus saludos se limitaban a un gesto de la barbilla o, como mucho, un «cómo van las cosas» cortés que no esperaba una respuesta detallada.

Aquel día fue diferente. En cuanto vieron a Leiva, con sus gafas,

pendientes, gorra de chulapo y camiseta del Atleti, se hizo un silencio espeso antes del cuchicheo generalizado. Chavales de ambos bandos miraron desde el campo como un rebaño de vacas, dudando si huir o seguir pastando. Me puse nervioso. Leiva animó y entrechocó manos con Ferreiriño, que salió disparado a su puesto, y yo me senté con los demás padres y madres mientras Leiva y el gran Míster desplegaban la pancarta con el dibujo de un submarino.

—Cuidado con el Rubio —susurró Leiva—. Ese juega bien.

Observé a un niño menudito, flaco, de rodillas prominentes.

—¿Cómo lo sabes?

—Um, es el conjunto, la postura, esa indiferencia calculada. Pero su mirada es felina.

En cuanto el árbitro pitó, el Rubio voló sobre la cancha con el balón enredado en los pies y metió un gol antes de que Ferreiriño pudiese coger aire.

—¿Ves? Solo de verlo parado ya puedes saber cómo juega. —Leiva se levantó de golpe y aulló un ¡¡¡¡Hala, submarinos, torpedo al enemigo!!!! que me dio un susto de muerte.

Nos pusimos a gritar los tres. Ferreiriño nos miró ilusionado y los Submarinos reaccionaron. Un pase, otro, lanzamiento a portería y ¡¡¡Uuyyyy!!! No se desanimaron, intentaron la jugada de nuevo culebreando entre unos Muñoces desconcertados que se defendieron bastante bien. Los padres Áridos se veían estupefactos por esos pirados de la grada y guardaron sus teléfonos sin saber qué hacer; en cambio, los padres Submarinos, al principio algo confusos, nos miraron finalmente con una sonrisa y empezaron a unirse a las arengas. ¡¡Torpedo, torpedo!!, los Submarinos se vinieron arriba y parecía que en lugar de cuatro jugadores hubiese cien, por aquí, por allá, saque de esquina, saque de banda, robar al enemigo hasta la camisa, goles de uno, goles de otro, ¡una cosa bárbara! Ferreiriño se multiplicó por tres, en mi vida pensé que un hijo mío pudiese correr tanto, un puto jamaicano que, aliado con otro muy alto y moreno tipo Loquillo, hicieron frente a los ataques surcando la pista como tiburones hambrientos. ¡¡¡Goooooolll!!! El portero Muñoz debía

tener ojos en la espalda para combatir el constante peloteo a puerta. El Rubio hacía lo que podía, pero era como si jugase solo y empezó a poner cara de pocos amigos. A pesar del frío, comencé a sudar. Hasta el árbitro, profesor de ciencias en momentos menos emocionantes, tenía los pelillos húmedos pegados a la frente. Y así, a lo tonto, llegamos al descanso ganando diez a ocho.

Submarinos y Áridos hicieron sendos corrillos con sus entrenadores respectivos, ambos eufóricos como nunca, mientras Ferreiriño me lanzó una mirada de felicidad que recordaré hasta mi lecho de muerte. Pero, por lo visto, aún había trabajo que hacer.

—Míster, ¿tú qué opinas? —preguntó Leiva.

—El ala izquierda de los Muñoces está más vacía que la derecha cuando defienden. —Consultó sus apuntes—. El Rubio marca casi todos los goles sin pasar la pelota y ataca siempre por el centro.

Yo ni me había fijado en eso. Mi impresión era que todos corrían como locos y punto.

—En cambio —prosiguió el Míster—, los Submarinos tampoco aprovechan los pases; tiran a puerta, aunque fallen y haya jugadores solos.

—Fantástico —coincidió Leiva—. Ahora disimula porque los entrenadores son muy tiquismiquis. Haz como que le llevas un zumo a tu hermano, y le indicas que defiendan por el centro y ataquen por la banda izquierda, y que muevan la bola como en el pinball para descolocar al enemigo. A Loquillo le insistes en que entre él y el Rubio no puede caber ni un papel de liar, y al portero, ¡que espabile, joder, que está tan parado que le va a mear un perro!

El árbitro, que remojaba en agua su cabeza sudorosa y despeinada, pitó el comienzo de la segunda parte. Los Submarinos parecían mejor organizados, Loquillo estaba a cien, a mil; acosaba al Rubio sin tregua hasta ponerlo histérico. Ferreiriño pasaba la pelota, con mayor o menor fortuna, pero jugaba en equipo como abducido por el fantasma de Messi, o de Pelé, o de qué se yo. Una maravilla que hizo que se me saltaran las lágrimas mientras jaleaba y aplaudía, diciendo frases como ese tropezó con una piedra o árbitro ciego que

no tenía ni idea de dónde habían salido. Los Muñoces no se habían quedado atrás y parecían más enteros, más concentrados en un enemigo a su altura. Entonces el Rubio se compinchó con otro de aspecto fuerte y coloradote que daba un poco de miedo, y se confirmaron mis sospechas cuando empezó a repartir a diestro y siniestro. Cuando Ferreiriño cayó por su culpa delante de la portería contraria, grité ¡¡¡Penalti!!! con una exaltación que me sorprendió, furioso a más no poder. Los padres Muñoces tampoco eran mudos, como descubrí ese día, y gritaban tanto o más que nosotros gracias a una especie de tenor que apareció entre sus filas y que eclipsaba cualquiera de nuestras voces, a pesar de ser cantantes.

Pases, goles, golpes, caídas, cabreos de uno y otro bando con el árbitro, embrollos entre jugadores, entrenadores histéricos, saques de faltas, abrazos entre nosotros, miradas malignas al Rubio, señalar con indignación al Colorado, felicidad y excitación… Nunca me lo había pasado tan bien. Una puta locura.

Siempre me he jactado de no haber probado jamás una hamburguesa. Me refiero a esas cosas de aspecto repugnante que mercadean cadenas de bazofia rápida, como si el objetivo fuese engullir en lugar de comer. Incluso la visión de la fotografía publicitaria más favorecedora, con su carne de aspecto jugoso, hojas frescas y loncha de queso amarilla que se desliza por los bordes de un bollo recién horneado, y, por supuesto, familia de guapos celebrando cumpleaños en un local limpio, me solía provocar arcadas simbólicas. Salvo si fuese tripulante de la Estación Espacial Internacional, donde para no morir de inanición debería alimentarme a base de asquerosidades empaquetadas al vacío, muy similares a las hamburguesas, por cierto, nunca he visto ninguna ventaja evolutiva en consumir una boñiga voluntariamente.

Pues bien, ese día me comí una en la cafetería del aeropuerto sin quejarme, con eso lo digo todo.

Cada uno con su cutre bandeja de plástico, sentados a una mesa de frío metal sobre un suelo lleno de servilletas usadas, repasamos excitados cada jugada, cada gol, la cara de desconcierto del entrenador contrario, el codazo que recibió Ferreiriño en el pómulo

por parte del Colorado dejando un testimonio de la hazaña, la compenetración maravillosa del equipo submarino que merecía, a juicio de los cuatro, un artículo en el periódico, sí señor.

—¿Por qué no eres futbolista? —preguntó a Leiva Ferreiriño, convencido todavía de que en esta vida querer y poder eran sinónimos.

—No tenía aptitudes. —Leiva dirigió una mirada reflexiva a la lejanía, como rememorando su infancia—. En realidad, quería ser bailarín de ballet clásico.

Me quedé perplejo. ¿Ballet? Jamás lo habría imaginado. Tantos años de amistad creyendo que lo sabes todo del otro y de repente te suelta algo así. Imaginé al Leiva niño, flaco como un alambre, con moño, malla y pantis rosados, dando saltitos gráciles frente a un enorme espejo.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Porque la gente se reía de mí.

El Billy Elliot de Barajas sonrió con cierta tristeza, como si las piedras de los gamberros le hubiesen arrebatado la oportunidad de su vida; como si la oportunidad de su vida no fuese tocar bien todo lo que hiciese ruido y arrasar como cantante de rock, como si ser cantante de rock solo fuese una alternativa aceptable.

—¿Nos dejas el teléfono? —preguntó el Míster.

—Queremos llamar a mamá —dijo Ferreiriño.

Se alejaron de la zona de sonidos de vajilla y conversaciones para hablar a solas con ella, que quizá por una vez estaría orgullosa de mí.

—Son unos chavales estupendos. —Suspiró Leiva.

—Lo sé —contesté yo porque siempre se contestaba algo así.

Pero ¿de verdad lo sabía? ¿Conocía a mis hijos? Un día cualquiera depositan en tus brazos un ser vivo minúsculo y cabezón

exactamente igual a todos los demás, aunque te dicen que ese es tu hijo y no tienes más remedio que creerlo. Durante mucho tiempo solo come, duerme, llora y caga, y de repente otro día cualquiera, unos años después, te das cuenta de que es una persona con ideas propias. Entre una cosa y otra no tengo ni idea de qué ocurre.

Observé cómo reían y hablaban de forma atropellada intentando acaparar el móvil. ¿Qué relación había entre ellos? ¿Se llevarían bien de adultos, como Amaro y yo? ¿Serían un apoyo el uno para el otro el día que sus padres faltásemos de este mundo? ¿Serían buenos padres con mis nietos? En conclusión, ¿tenían enfrente un buen modelo?

—Solo necesitan un poco de motivación —dijo Leiva como si hubiese escuchado mis pensamientos.

¿Habría hablado yo en voz alta? ¿Sabía Leiva algo que yo desconocía sobre pedagogía infantil? Yo también había sido niño, incluso tuve un amigo que bailaba ballet, aunque mi madre hizo todo lo posible para que aquello terminase por si acaso me convertía en homosexual, como si fuese algo contagioso. ¿Cómo se llamaba? Pablo, o quizá Pedro… Tal vez en la actualidad bailaba en el Bolshói recibiendo aplausos de una platea de aristócratas enjoyados, o quizá también desistió de su sueño por culpa de un vecindario inculto e intransigente.

Por megafonía anunciaron el final de aquel día glorioso y acompañamos a Leiva a la puerta de embarque. Estrechó la mano del Míster con firmeza, de hombre a hombre, mencionó nombres de entrenadores famosos y le recomendó estar pendiente de aquellos magníficos estrategas de un mundo ajeno para mí. Ferreiriño se abrazó a él con lágrimas en los ojos, agradecido hasta la médula por su confianza y estímulo, que había logrado sacar lo mejor de sí mismo. Finalmente se despidió de mí con un abrazo corto, palmadas varoniles en las respectivas espaldas y una mirada cómplice que no supe muy bien cómo interpretar.

Lo vimos desplazarse por la pasarela de cristal hasta el avión, sin saludar con la mano, abstraído ya con su teléfono, supuse que revisando mensajes y compromisos ineludibles después de unas cortas vacaciones, tal vez deseando dejar atrás aquella esquina de la

península, dejar atrás Benavente y dejarnos atrás a todos para emplearse a fondo en avanzar y no repetir nada.

Una pequeña familia esperó para ver el despegue justo cuando comenzaban a caer las primeras gotas de la borrasca grisácea, que empujó el anticiclón y la luz del sol hacia otras tierras. Conduje en silencio por la autopista mojada, con los limpiaparabrisas oscilando de un lado a otro mientras Mina también telefoneaba con su voz de terciopelo, sintiendo una especie de satisfacción blanda y pesada por la labor bien hecha al ver por el retrovisor a los niños concentrados en sus nuevas tablets, que por lo visto ya sabían manejar sin consultar nada en internet.

Aparqué en doble fila delante de la casa de su madre y se despidieron de mí con rapidez, con ganas de regresar a su vida cotidiana, la de verdad, donde estaban todas sus cosas y se sentían cómodos.

Abracé a cada uno con una fuerza y un amor que me desbordaba.

—Ha sido el mejor día de mi vida —dijo Ferreiriño.

Y desapareció con su hermano por una puerta que yo nunca había cruzado.

Me quedé unos minutos en la calle, bajo la lluvia, con las luces de emergencia encendidas, mientras aguardaba algo impreciso. Quizá verlos por la ventana despedirse de nuevo, quizá que me invitaran a subir para cenar los cuatro en la cocina, una visión de familia normal un domingo cualquiera antes de lavarse los dientes y el beso de buenas noches, de acostarme junto a M y dormir de un tirón como en los viejos tiempos.

Volví a casa solo, para estar solo, y me tumbé en un sofá frío que todavía conservaba la forma de Leiva y el olor de Ferreiriño y el Míster, como si fuesen fantasmas de mi pasado.

Llamé por teléfono a Amaro con ganas de hablar con alguien, de contarle lo contento que estaba, que conseguimos hacer la canción, el éxito del partido, que me había comido una hamburguesa sin vomitar. En resumen, el fin de semana maravilloso que había

disfrutado, que todos habíamos disfrutado.

—Hola, hermano —me saludó.

Me eché a llorar.

3

En 1992, justo cuando los Piratas comenzaban su andadura y la Margot de Pereza fue reina del instituto, Philip K. Dick imaginó que la radiación ya habría matado a todos los animales de la Tierra; por eso Rick Deckard se obsesionó con tener una oveja.

La elección de esa oveja también pasó a formar parte de mis obsesiones. Si Harrison Ford estaba dispuesto a asesinar a Rutger Hauer y Daryl Hannah por conseguir una, aquello tenía que significar algo. En la entrada de mi casa, mi oveja pastaba concentrada. Arrancaba hierbajos durante un rato y luego masticaba tranquilamente con la cabeza erguida. Desde la cocina, golpeé con suavidad con la uña en el cristal de la ventana y jugamos a ver quién retiraba antes la mirada. Perdí yo. Bastaría acercarme corriendo y dando gritos para que ella huyese, pero solo mirar lo llevaba bien, sin precipitarse a consumir energía innecesaria.

—Parece tan simple… —me lamenté.

—A mí me parece un símbolo —opinó Amaro sirviéndose un café—. Nosotros también somos animales.

—Ya, pero ¿por qué no elegir un perro o un gato?

Se encogió de hombros.

—Tal vez porque el perro es servil y el gato un bastardo.

Contemplamos a la oveja mientras comía las hierbas altas que escaparon de la cortadora de césped. No poseía grandes recursos de supervivencia y tampoco corría demasiado; su única defensa era agruparse y esperar que se comiesen a otra, igualito que nosotros. Lo cierto es que tenía aspecto de buena gente.

—Quizá la oveja es el animal que mejor nos representa. —Amaro puso Tu sombra de Christina Rosenvinge—. Tampoco tenemos cuernos, colmillos o garras. Nuestra fuerza reside en el rebaño.

Me pregunté dónde estaba el mío, mi protección contra los lobos. La oveja baló alegremente, contenta con su destino; luego siguió rumiando sus pensamientos a pesar de que estaba sola, como si un foco invisible la señalase como la única víctima posible.

—Definitivamente nos parecemos más a una oveja que a un androide —decidió Amaro dejando la taza en el fregadero.

—¿Aunque sea igual que una persona? —Pensé en Rutger Hauer, que más parecía un dios—. Es difícil diferenciar a un replicante de un humano perfecto.

—No sabría muy bien cómo definir a un humano perfecto.

—Alto, guapo, una polla más pequeña de lo que le gustaría…

Amaro sonrió.

—¿Y si el androide fuese defectuoso?

—¿Una polla enorme?

Nos reímos. Hablar con Amaro siempre conseguía tranquilizarme, relativizar mi sensación habitual de estar al borde de un precipicio, de que todo podía ir peor de lo que ya iba. Llevábamos toda la vida manteniendo este tipo de conversaciones hipotéticas, si era mejor espadachín Íñigo Montoya o el americano, si el alien tenía algún interés en violar a la navegante Lambert o más bien era un deseo oculto de Ridley Scott, sobre el inquietante bucle temporal de Terminator o sobre cómo sería ser hijo de Darth Vader… Con la luz apagada, cada uno en su cama, conversábamos sobre estas y otras cosas hasta que él se quedaba dormido y yo contemplaba los reflejos del tráfico en el techo con el pasar de las horas.

La oveja pareció atender a nuestra risa mientras cagaba un engrudo de conguitos. Mi vecino era como Deckard, eligió tener una oveja solitaria como alegoría de la humanidad. Tal vez el futuro nos reservaba un destino similar, de animal gregario a mascota de seres

superiores, y de pronto comprendí toda la esencia de Blade Runner: cualquier tipo corriente que se encontrase frente a un Rutger Hauer magnífico desearía matarlo.

Después de un par de días de divagaciones terapéuticas, la vida, con sus exigencias constantes, reclamó su lugar y Amaro se marchó.

Empezó a dolerme la muela en cuanto salí de casa. Pasé por la farmacia y me pertreché de calmantes diversos, que consumí sentado en una cafetería sin quitarme el abrigo. Mi reflejo en el cristal me mostró a alguien con aspecto de vagabundo y desvié la mirada hacia un televisor gigante y plano, que ocupaba la esquina superior del techo, con ánimo de sumergirme en desgracias ajenas que mitigasen las mías.

Obama había ganado gracias al apoyo de mujeres, hispanos y jóvenes; todo lo demás iba mal. Disney planeaba lanzar tres nuevas entregas de La guerra de las galaxias, la Iglesia pataleaba contra el matrimonio homosexual, y cada vez era más evidente que las promesas electorales de nuestro presidente del Gobierno valían tan poco como las mías.

Me sentí mejor y, a pesar de que debían de estar en clase y no podrían responderme, escribí sendos mensajes a mis hijos rememorando los buenos momentos pasados el fin de semana. El mayor contestó enseguida para informarme de que había decidido ponerse un pendiente en la nariz. No supe qué responder. El menor tardó diez minutos más, quería tatuarse un delfín, aunque no sabía si en el antebrazo o en la pantorrilla, tenía que pensarlo un poco más. Yo maldije en silencio. La influencia de Leiva se extendía sobre mi progenie de forma inquietante, y la muela coincidió con mi veredicto propinándome un latigazo.

Apagué el teléfono y respiré hondo un aire que olía a margarina y leche hirviendo. Para disimular las náuseas cogí un Marca y leí con desgana los titulares: Doblete en medio del drama, Infarto masivo en el Sardinero, Dos asistencias y un mal vecino, Pleno al 15 del Cebolla Rodríguez, El nueve se reencontró con patada voladora, El levitador reina en el aire…

No entendí ni una palabra. Si Rutger Hauer quería sobrevivir más le valía dejarse de tanta filosofía y aprender la jerga futbolera. ¿Qué clase de periódico era ese? Lo doblé y lo dejé sobre la mesa y me pregunté a quién pretendía engañar. Por no saber, no sabía ni jugar al futbolín. El fútbol solo me interesaba para llenar un estadio con miles de personas que encendían mecheros mientras me veían a mí sobre el escenario. De hecho, la única vez que pisé Balaídos fue en el 83, cuando cumplí trece años.

Mi regalo fue acudir a ese evento del que todo el mundo hablaba. Primero salió Luz Casal con su voz grave, luego Rosendo Mercado con su voz de lija, y finalmente Miguel Ríos. Guapo, fuerte, viril, ricitos morenos como los de Íñigo Montoya y un lunar sexi en la mejilla, una voz maravillosa; dominaba el escenario con su pantalón de rayas blancas y negras ajustado a unos muslos potentes, de futbolista, ¡un rockero de verdad! Buenas noches, bienvenidos, hijos del rock and roll, os saludan los aliados de la noche. ¡¡Síií, joder!! Aquello fue algo increíble, rayos láser que formaban letras, explosión de humo, guitarra, batería, teclados, flauta travesera, una banda de verdad que me decía a mí solo que un neón de color rosa se hacía cargo de las cosas, insistía en que me apease de un caballo o me incitaba a recordar aquel día en que me bañé en un río de agua fría.

Yo, que desde los seis años me sabía de memoria todas las canciones de los Beatles y creía que el rock había que cantarlo en inglés, descubrí que en español también podías decir cosas raras que sonaban de maravilla. Fue una especie de epifanía. Yo también quise vivir en la carretera y lloré con el Himno a la alegría, hermanos todos, veintidós mil personas hermanadas para siempre. Volví a casa en éxtasis; abandoné el estadio como un zombi, en shock postraumático, y pisaba los restos de la batalla compuestos de colillas, latas de Fanta y jeringuillas.

Es posible que aquella noche, precisamente sobre un campo de fútbol, fuera el principio de todo lo demás. El primer día del resto de mi vida, cuando se implantó en mi cabeza una idea, como en la película Origen, y no me abandonó hasta conseguir acariciar algo similar.

Había un olor rancio, como a humedad o polvo, a algo viejo y gastado. Me hallaba sentado en el patio de butacas de un teatro, solo, en penumbra. Sobre mi cabeza brillaba una inmensa esfera de espejos iluminando las volutas de los capiteles, las columnas doradas y las panzas de los palcos; la tenue luz no alcanzaba las esquinas, que permanecían en sombras. Miré a mi alrededor las filas ordenadas de asientos vacíos esperando que sucediese algo, que comenzase el espectáculo. Redoble de tambores, aunque en el foso no había nadie. El telón de terciopelo rojo se abrió con fluidez, sin hacer ruido, deslizándose en preciosas ondas. Una multitud se apretujaba en el escenario, un centenar de hombres y mujeres o más. Formaban un grupo, un conjunto compacto como un bosque de eucaliptos, mirándome como un rebaño.

Me asusté sin saber por qué; mis manos se aferraron con fuerza a los brazos de la butaca.

—¿Quiénes son? —pregunté a IA, sentado a mi lado.

—Es el público.

Tenía razón, conocía aquellas caras. Solían mirarme desde abajo, coreando mis canciones.

—¿Y qué hacen ahí?

Empecé a respirar más rápido, casi jadeando.

—Esperan. Todos estamos esperando.

Estrujé con los dedos los brazos de la butaca. Mis nudillos estaban tan blancos que parecía que la piel se había desintegrado y podía ver los huesos.

—Pero ¿qué esperan? ¡¿Qué queréis de mí?! —les grité.

Nadie contestó; solo miraban. Los reflejos de la bola de espejos sobre sus camisas trazaban caminos de puntitos brillantes.

—Esperan el nuevo disco, Iván —dijo IA—. Quieren escuchar tu voz.

Intenté levantarme, pero fui incapaz de moverme. Mis manos estaban pegadas al asiento. Un par de hormigas corretearon por mi brazo.

—Necesito salir de aquí —imploré.

—No se puede.

—¿Por qué?

Muchas más hormigas, decenas, rápidas, subieron hasta mi cara y me dieron pequeños mordiscos en la mejilla. Traté de librarme de ellas contorsionándome en mi asiento como una culebra.

—Porque estamos en un avión.

Abrí los ojos, confuso.

—¿Qué?

—Creo que tiene el cinturón apretado —dijo el auxiliar de vuelo.

Me froté la mandíbula. La muela me taladraba el hueso como si quisiera atravesar mi cuerpo hasta los pies. Pedí un whisky, tomé dos pastillas de ibuprofeno, y mientras el cóctel empezaba a hacer efecto miré por la ventanilla, pero no vi nada.

Viajar en avión de noche es un poco como morir. Te alejas de la superficie y flotas ahí arriba, suspendido en el aire de forma incomprensible, apartado de la vida cotidiana como si te diese un infarto. En esos minutos que tardan en reanimarte, estás muerto, suspendido en algún lugar oscuro en el que no se oye nada. Pensar en caer y estrellarme contra el suelo no me resultó angustioso, sino relajante: tranquilidad, descanso, alivio, paralizar el pensamiento. Me pregunté qué pensaría Baumgartner justo antes de lanzarse al vacío. Yo me imaginé mi funeral. Supuse que alguien lloraría, siempre llora alguien en los funerales, pero no mucho, con discreción, quizá mi madre, quizá mis hijos, aturdidos entre tanto besuqueo, quizá M, quizá Amaro también. Posiblemente Leiva no podría asistir porque estaría en Alaska, Pernambuco o Shanghái. Una pena; ya le dedicará una canción por ahí, comenta la muchedumbre que se reúne a las puertas del tanatorio, de la iglesia,

del cementerio. Hablan de ti un poco: qué horror, qué joven, qué injusto y tal; luego comentan otras cosas: tengo el coche en el taller y vine en taxi, o con fulano, ayer me picó una avispa, qué caros están los taxis, pero aquí no hay quien aparque. Se visten de oscuro, preparados para reencuentros esperados e inesperados, no sabía qué ponerme, se ve alguna corbata, algún abrigo de piel todavía, te queda bien, estás guapa, más delgada, más canoso, ahora uso gafas de cerca, muchos besos y abrazos, cuchicheos y frases hechas, tengo que ir a recoger a los niños, tengo que ir al súper, he quedado con, te llamo un día de estos, adiós, hasta luego, a ver si nos vemos en una ocasión más alegre, quizá mañana mismo, mañana mismo ya estaremos alegres.

En un par de días me habrían olvidado.

Llegué a la Joy Eslava desde el aeropuerto con el tiempo justo. El camerino estaba abarrotado y tuve que abrirme paso a empujones.

—Ya creí que no venías. —Nervioso, Leiva me dio unas palmadas en la espalda.

—Señor Leiva —dije con afectación—, no me perdería este encuentro ni aunque la luna cayese sobre mi cabeza. —Me di unos golpecitos con el puño en la cabeza y la muela protestó.

—¿Qué te pasa? —Leiva se alarmó.

—Me duele una muela.

Leiva se llevó la mano a su mejilla con cara de espanto.

—¿Por qué me lo cuentas justo ahora?

No supe qué decir; al fin y al cabo, no era como tener gonorrea.

—¿Tienes fiebre? ¿Hay infección? Ven.

Me llevó al cuarto de baño y abrió un botiquín repleto de pastillas de todos los colores y formas.

—¿Para qué necesitas todo esto? —pregunté cogiendo una apretada venda.

—No la toques, o la contaminas. —Me la arrebató y la encajó en su lugar correspondiente.

—Pero si está plastificada.

—Ya, pero por si acaso. —Cogió el termómetro y se lo metió en la boca a modo de chupachús—. Mira: cualquiera de estas píldoras es maravillosa. Elige tú: ¿roja o azul?

¿Píldora roja o azul? Me encantó la pregunta y sonreí como un bobo.

—Roja, por supuesto.

Me comí la pastilla sin tener ni idea de su contenido. Leiva se sacó el termómetro, lo miró con atención y asintió satisfecho. Luego lo introdujo en el bolsillo del pantalón.

—Por si acaso —volvió a decir.

Lo vi excitado, sin parar de hablar y moverse, yendo de un lado a otro hablando con gente conocida o desconocida para mí. Alguien le preguntó cuándo tocaría de nuevo con Pereza, y Leiva respiró hondo. Yo también odié a ese tipo.

Imagínate que tienes una novia. Al principio todo va fenomenal, como en cualquier relación íntima, pero con el tiempo la cosa deja de funcionar, es difícil explicar por qué, mil detalles insignificantes al principio se van haciendo grandes a medida que pasan los años, empiezan las broncas, las discusiones, los llantos de uno y otro lado, y un día la relación se acaba. A pesar de todo, sigues, te comes la píldora azul e insistes en cambiar, mejorar, comprender, cien píldoras azules, pero en el fondo sabes que no hay nada que hacer y, destrozado, aceptas la verdad y anuncias tu ruptura. Lo normal es que todo el mundo te apoye (qué se le va a hacer, a veces las cosas no funcionan, etc.). Pero imagínate lo horrible que sería que te pregunten constantemente cuándo vas a volver con ella, que por qué rompisteis, que qué pasó, insistiendo sin descanso, machacones,

que volváis a estar juntos, aunque sea un tiempo, que ellos quieren veros juntos y sonrientes porque son ellos los que desean eso, no tú, ni tu novia tampoco.

Pues esto es lo que pasa cuando se fractura un grupo, y todos lo hacen tarde o temprano. Romper un grupo es similar a un divorcio; nunca es bueno, civilizado o dialogante; es el resultado de broncas, odios y no soportar esas pequeñas cosas que antes te parecían chulas. Y quien diga lo contrario miente, así que mentimos todos. Leiva se escabulló con medias sonrisas y confianza en un futuro perezoso, quién sabe; a lo mejor, sería estupendo; tengo que prepararme, siento no poder atenderte ahora mismo, mientras el tipo escribía en una libretita satisfecho de haber formulado la pregunta de rigor.

Me senté en una esquina, entre amplificadores y cables. Alguien me dio una birra, otro me pasó un porro, uno me pidió que me apartase o me sentase en otro sitio, un flash de una cámara, risas.

Los momentos previos a un concierto no deben diferenciarse mucho de los momentos previos a un partido de fútbol. Se estiran músculos, se animan unos a otros, recomendaciones de última hora, se repasan detalles de iluminación, orden de los temas, alineación general y banquillo. La tensión es palpable, mezclada con una euforia exagerada.

Leiva se acercó a mí con el termómetro en la boca.

—Primero salimos nosotros y al final vienes tú. —Comprobó la temperatura—. ¿Te sabes la canción?

—Tranquilo, ¡les vamos a romper el culo!

Chocamos palmas en un copas de yate como si nos jugásemos la vida de verdad, y a velocidad pasmosa el camerino se vació y me quedé solo. De pronto miré con sospecha la puerta cerrada, me levanté de un salto y la abrí con violencia. Más sosegado, la abrí y cerré tres veces más para comprobar que no me iba a jugar una mala pasada —yo también tenía mis por si acasos—.

Por los pasillos vacíos me llegaron los acordes del nuevo disco de

Leiva, su primer trabajo en solitario y que ya iba viento en popa. También compaginaba su incesante actividad con otra gente, otras bandas, otras colaboraciones. Tal vez Leiva era un androide que nunca dormía. Yo tampoco dormía, pero estaba siempre agotado, dando cabezadas en cualquier lado, en cualquier postura, con contracturas musculares, eternamente cansado.

Me desperté con la cabeza apoyada en un enchufe. Dolorido, masajeé dos puntos rojos en mi sien que sugerían la mordedura de un vampiro. ¿Qué hora sería? Temprano, porque aún se escuchaba el follón del concierto. Respiré aliviado. La presión de la vejiga me obligó a visitar de nuevo el baño y eché una larguísima meada mirando a un azulejo. Me lavé las manos tranquilamente, abrí el botiquín de Leiva y me sequé los dedos con las gasas, sin poder reprimir una risita maliciosa.

—El duelo continúa, señor Leiva; no baje la guardia —dije para mí solo.

Sentado en el váter revolví un poco el contenido del botiquín: pinzas, pomadas, Betadine, tiritas, alcohol de noventa grados, colirio, una pequeña navaja con mil cachivaches desplegables… Parecía increíble que aquel estuche con cremallera albergase en su interior la diferencia entre vivir o morir. Si el avión se estrellase en una isla desierta, como la de Perdidos, cualquiera daría saltos de alegría si tuviese en su poder aquel artilugio salvavidas, y me apeteció poseer uno idéntico. Volví a colocar todo en su interior, pero la cremallera no cerraba, como si el contenido hubiese aumentado de tamaño por culpa de una manipulación chapucera y delatora. La vergüenza me puso un poco nervioso y lo intenté de nuevo cambiando algunas cosas de sitio. Fue peor, ahora estaba mucho más desordenado y necesitaría al menos tres estuches para guardarlo todo.

En un torpe intento de aligerar espacio, metí en el bolsillo bandejitas de pastillas de colores y un par de vendas, dejé todo lo demás como buenamente pude y me dispuse a hacer mutis por el foro y no regresar jamás salvo por orden policial. Entonces me fijé en que sobre el lavabo había un estante de cristal con una oruga de polvo blanco y un billete de veinte euros enrollado y, francamente, tal y como estaban las cosas no me lo pensé demasiado. La oruga

penetró en mi cerebro y horadó neuronas a su antojo, proporcionándome una corriente eléctrica que sacudió mi cuerpo entero.

Abandoné el camerino de puntillas, como un ladrón. Todo el mundo debía de estar pendiente del concierto y me relajé, deambulando por corredores vacíos con decoración de principios del siglo pasado. Detrás de una barra solitaria encontré a un barman que sacaba brillo a los vasos con un paño, y ese gesto tan de siempre, tan de película, me gustó tanto que me senté en un taburete.

—Buenas noches, señor Ferreiro.

Vaya, que alguien me reconociese cuando no lo esperaba también me gustó.

—Buenas noches.

—¿Qué desea tomar?

—Un Ballantine's con hielo.

Calculé que tendría unos setenta años, aunque todavía conservaba su atractivo, ojos penetrantes, bigote definido, dientes fuertes y blancos. Sobre su cabeza una mata de pelo ondulado, abundante y jaspeado de canas, formaba olas impecables de gomina. Hoy en día es raro ver camareros mayores, cuando los jóvenes tienen mayor resistencia y están dispuestos a cobrar menos. Un camarero mayor en una discoteca de moda, con chaleco granate, camisa impoluta y pajarita, amable y pausado, era un anacronismo reconfortante.

Después de servirme el whisky, cogió una copa casi esférica y se puso un brandi. Me pareció extraño y miré a un lado y a otro por si aparecía por allí uno de los jefes.

—No se preocupe, ya formo parte del decorado. —Saboreó un trago —. ¿Le apetece un habano?

Sacó dos del bolsillo de su chaleco, grandes y oscuros como falos. Cortó la punta de uno de ellos y lo tomé con reverencia. Contemplé las hojas enrolladas a la perfección, percibí su olor penetrante a tabaco fuerte, e inmediatamente pensé en mi padre. Los puros

pertenecían a otra generación, no a la mía. Ahora solo se repartían en las bodas al final del banquete, pero las bodas con banquete también empezaban a formar parte del pasado. Mi padre, en cambio, todavía conservaba ese pequeño placer de mantener entre los labios una colilla gruesa, cuyo aroma siempre me recordaba al chocolate.

De las manos del barman surgió un fósforo encendido que acercó a mi cara con delicadeza mientras yo chupaba. Brindamos entrechocando nuestras copas, bebimos un trago y fumamos en silencio un rato. Sabía rico, la verdad. Un humo espeso se instaló sobre los dos en una nube que invitaba a la reflexión.

—¿Aquí es legal fumar? —Se me ocurrió de pronto.

Lo que sucede de manera habitual en el camerino de un músico podría decirse que es de todo menos legal, pero, qué sé yo, indignarse por no cumplir unas normas y luego incumplir otras tranquilamente suele definir al ser humano perfecto.

—Las leyes vienen y van, pero hay cosas que nunca cambian. Los poetas llevan siglos hablando de lo mismo. —Sonrió, lo que reforzó mi impresión de que ese hombre me conocía—. Cuando emprendas tu viaje a Ítaca pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias —recitó con voz de tenor.

Sonaba bonito. Todo suena bonito al final, cuando llegas.

—Ya había ganado la guerra; tal vez debió quedarse.

—¡Entonces nada sabríamos de sirenas o lestrigones! —se escandalizó el barman—. ¿Qué interés tiene un Ulises gordo y aburrido?

Me dio pena Ulises, agotado de tener aventuras. Los poetas de mi tiempo, Aute, Víctor Manuel o Antonio Vega, que siempre cantaron sobre esas cosas que nunca cambian, o Serrat y Sabina, que ya lo habían hecho todo, ahora decían por ahí que ese todo era mentira, hace tiempo que el mundo no gira a mi alrededor. ¿Qué le esperaba al poeta cuando al fin llegaba a Ítaca? ¿Dolían demasiado los huesos para levantarse del sofá y asomarse a la ventana? Me

pregunté dónde estaría la mía, esa isla solitaria y pequeña donde me aguardaba Penélope enredada en su tejido. Solo de pensar en ello, mi cuerpo envejecía un poco. Yo ya había recorrido un camino tortuoso hasta alcanzar aquello que soñaba desde el Rock & Ríos y no deseaba regresar a ninguna parte. Me encantaría quedarme en esa playa troyana hasta el fin de mis días, engordando y aburriéndome sin angustia, ni fútbol, ni nuevos discos, ni nada, aunque estuviese solo para siempre. ¿Por qué no podía ser así? ¿Cuándo se acababa el dichoso camino? Pensé en Leiva, que seguía avanzando sin cesar ni mostrar muestras de cansancio, y deseé una pantalla de televisor que distrajese mis pensamientos.

Miré con disimulo a aquel hombre intrigante, que se dedicaba a limpiar vasos con un paño a pesar de tanta metafísica. Su panza abultada sugería una odisea propia.

—¿Siempre ha trabajado aquí?

—Antes esto era el teatro Eslava, donde estrenaron autores como Lorca y Valle-Inclán. —Echó un vistazo alrededor con un gran suspiro y luego me miró a los ojos—. Podría decirse que vivo aquí.

—¿Como el fantasma de la ópera?

Sonreímos, y me acordé de Wyoming, que vivía en el sótano del Galileo recorriendo sus pasillos con una linterna.

—Todo gran teatro tiene su fantasma, señor Ferreiro. Sin ir más lejos, en ese saloncito en el que usted estaba hace unos minutos, se cometió un crimen.

¿Un crimen?

—¿Cuándo?

—Olmet era mucho mejor dramaturgo, desde luego, pero Vidal no soportaba aquella rivalidad. —Proporcionó un movimiento giratorio a su brandi y lo contempló ensimismado—. ¿Le suena?

¿Rivalidad entre colegas? Pues sí, me sonaba.

—El prestigio siempre está detrás de cualquier duelo —añadió.

Un escalofrío me sacudió la espalda.

—¿Y qué pasó?

Bebió lo que quedaba de un trago y echó el aliento con satisfacción.

—Imagínese. —Señaló la nube de humo con la barbilla—. Todavía se percibe el olor a pólvora.

¿Pólvora? ¿En una discoteca?

—Eso no va a pasarnos a nosotros. Leiva y yo somos amigos —afirmé con seguridad.

—Entonces, ¿por qué no está con él en el escenario?

No supe qué contestar y mi sensación de seguridad se diluyó un poco. Lo cierto es que no me apetecía ver a Leiva con su banda, formando parte de ese bosque de caras que miran desde abajo. Yo ya no era público, no quería serlo más, eran ellos los que tenían que verme a mí. Por eso había sacrificado tantas cosas.

—Somos amigos —insistí.

—Ellos también lo eran, señor Ferreiro.

Al fondo del escenario se proyectaba una tablet gigante con los mismos cuadraditos del Windows 8 que fui incapaz de manejar. Esperaba que a nadie se le ocurriese hacerme una prueba en directo, y supuse que Leiva también lo esperaba, aunque ya había alcanzado ese estado eufórico de todo me resbala típico del final de un concierto.

Toni Garrido, conductor del evento financiado por Samsung, Google o vete tú a saber, me presentó a un público entregado que chilló al ver cómo Leiva y yo nos abrazábamos sonrientes, y me dejé engullir por una ola de alegría por haber cogido aquel avión nocturno a pesar de la desidia.

Aquel era mi sitio, el mejor sitio al menos, donde nada podía

hacerme daño y en el que yo pensaba más a menudo que el mundo era un lugar que merecía la pena ser salvado. Ninguno de los que allí estábamos pretendía inventar nada ingenioso, alcanzar otros planetas o mejorar la vida de los desfavorecidos; en esos momentos nadie se preocupaba por los desfavorecidos porque nosotros éramos los elegidos. Solo queríamos cantar, bailar, vibrar, olvidarnos de ese mundo que alguna vez quisimos cambiar y en ese instante amábamos sin condiciones.

No necesité mi chuleta habitual porque desde las primeras notas el público empezó a cantar con nosotros. Que se supiesen la canción antes de estrenarla fue una especie de catarsis que me hizo volar, literalmente, hasta la gran bola de espejos que lideraba las alturas con sus reflejos bajo frescos de aspecto renacentista. Sencillamente me dejé llevar por ellos, los de ahí abajo, que me alimentaban con su devoción; cantamos para ellos y sobre todo para ellas, cientos de mujeres y sonrisas, hombros descubiertos, voces agudas, largas melenas recogidas para soportar el calor. Y no la consideré en absoluto una canción mediocre, sino buenísima. Una canción capaz de aquello tenía que ser de las mejores. Si algún acto puede ser lisérgico de verdad, fue ese; en serio.

Ya nadie encendía mecheros en los conciertos, ni siquiera al aire libre, como en aquel de Balaídos; ahora te apuntaban con sus teléfonos móviles para dejar un testimonio audiovisual del encuentro y compartirlo en las redes. Supuse que era otra peculiaridad del ser humano eso de asistir a un evento en directo para verlo a través de una pantalla minúscula, con poca definición, sonido pésimo, vibraciones de la mano, conversaciones y gritos de los que tienes al lado. En resumen, perderte la emoción del momento para verlo exactamente igual que los que no estuvieron allí.

Y, bailoteando frente al micrófono y repitiendo el estribillo, me pregunté qué pensaría una civilización futura si encontraba aquellos registros de la humanidad extinta. ¿Entenderían de verdad el significado, la comunión telepática que se establecía entre una aglomeración de cabezas histéricas? Recé para que así fuese; si no, pareceríamos idiotas. Se me antojó imposible construir un androide que poseyera tal cantidad de contradicciones como para confundirse

con un ser humano de verdad, confuso él mismo la mayor parte de su vida, e igual de confuso que el propio Rutger Hauer cuando murió llorando bajo la lluvia sin entender nada.

Tal vez fue en sus últimos momentos cuando más cerca estuvo de ser perfecto.

La canción llegó a su fin y me despedí alzando la mano para que Leiva terminase con sus bises. Lo esperé entre abrazos y felicitaciones de todo aquel que se queda en el backstage a beber cerveza, a perseguir orugas con una sonrisa alicatada en la cara, y a bailar como si el cuerpo hubiese cogido carrerilla y ya no pudiera detenerse de golpe.

—¿Qué tal tu muela? —me dijo Leiva al terminar.

Me sorprendió que se acordase porque yo mismo lo había olvidado. Me toqué la mejilla y constaté que el dolor se había evaporado.

—¿Qué muela?

Reímos a carcajadas. Y, no en la pista, sino allí donde nos encontrásemos, bailamos con la música de Julieta Venegas, Alaska, Mala Rodríguez. Estábamos en el cenit y nos desperdigamos por el local como bolas de billar por el tapete, chocando con unos y otras, estrechando manos, hablando de nuevos proyectos, mintiendo sobre nuevos discos, hasta que alcanzamos esa fase en la que pareció que el tiempo se detenía, igual que el reloj del Galileo, alcanzando un estado semicatatónico típico de los lugares sin ventanas, luces parpadeantes, música altísima y consumo de estupefacientes. Era el momento de decir chorradas que te parecían tremendamente perspicaces, teorías magníficas que no tenías reparos en contar a cualquiera días después, sin comprender por qué nadie captaba su sutileza. Le pregunté a Toni por qué su nombre aparecía en los créditos de Kill Bill y se rio; pregunté a un joven camarero dónde estaba el barman del puro y también se rio; pregunté a Leiva qué aparato se usó para hacer el condensador de fluzo de Regreso al futuro y se rio antes de alejarse.

—Un molinillo de café —respondió una voz a mi espalda—. El mismo que se ve en la cocina de la nave Nostromo.

Era Juancho, su hermano. Parecían gemelos, sobre todo en la voz.

—Era nuestra película preferida. Nos encantaba divagar sobre el futuro, qué seríamos de mayores, dónde estaríamos al cabo de diez años…

—Yo creía que a estas alturas ya se podría surcar el espacio a la velocidad de la luz… Pasar a otro universo a través de un agujero negro…

Sonrió, tal vez pensando, igual que yo, qué gusto daba encontrarse con un alma gemela. Me sorprendió el paralelismo entre la vida de Leiva y la mía, ambos con un hermano menor que seguía nuestros pasos y con el que habíamos compartido los mejores momentos de la infancia.

—¿Alguno acertó? —Los imaginé de pequeños, hablando con la luz apagada hasta que Leiva se quedaba dormido y Juancho miraba las luces del tráfico reflejadas en el techo.

—Una vez Leiva llamó a una pitonisa. Le dijo que estaba entre dos mundos, rodeado de sombras, o algo así.

Miramos a Leiva de brazos cruzados —el termómetro le sobresalía del bolsillo trasero del pantalón— escuchando atentamente a un tipo con aspecto de chupatintas.

—Yo también llamé a una —dije—. Me dijo que todo lo que conozco desaparecerá y que ya tengo un pie en otra dimensión. Me pareció genial.

—Pues, a raíz de esa chorrada, mi hermano se volvió hipocondriaco.

Reímos a carcajadas.

Y entre una cosa y otra se acabó la fiesta porque llegó esa hora en la que a nadie le apetecía reír más y solo pensabas en largarte. Contemplé a la multitud moviéndose en un desorden ordenado

mientras las bolas de billar iban colándose en los agujeros y despejando la mesa. La pista empezó a vaciarse con rapidez, los camareros hacían caja, la música se volvió pésima, el guardarropa se colapsó. Últimas despedidas, risas flojas, estrechar de manos, dobles besos en mejillas sudorosas, intercambio de números de teléfono, parabienes tardíos. Aquel era mi rebaño, donde me camuflaba frente a los depredadores deseando que se comiesen a otro.

Me dirigí al camerino a recoger mis cosas y encontré a Leiva con cara preocupada.

—¿Qué pasa?

Parecía conmocionado. Me llevó al cuarto de baño y cogió el botiquín del estante. Su aspecto maltrecho sugería que había luchado con gallardía. Por la cremallera medio abierta sobresalían paquetes de gasas a modo de vísceras.

—¿Quién sería capaz de algo así? —gimió.

¿Qué podía decir? Sin duda, lo mejor era confesar, inventarme alguna herida, un corte en un dedo, quizá un hachazo de la muela que me obligó a rebuscar un remedio rápido, otra pastilla roja, por ejemplo. ¿Para qué tener un botiquín si no lo usas en una urgencia? ¿Y qué importaba el orden cuando estabas inmerso en el caos de un bombardeo? Allí no había sucedido nada irreparable, en mi opinión.

—Ni idea —mentí.

El problema de la confesión fue que su cara compungida como si se hubiese muerto su perro, finalizada ya la hora de las risas, me hizo temer una reacción desproporcionada. Recordé que en una de estas ocasiones dije que no me gustaban las canciones de Melendi y me prometió una paliza, y eso que ni siquiera éramos amigos. Porque es una verdad incuestionable —otra de nuestras contradicciones imposibles de replicar— que en una noche de borrachera, cuando no calibramos bien las consecuencias, cualquier hombre puede perder a un amigo. Incluso si el colocón alcanza el nivel adecuado, podríamos llegar a matar. Y, si no, que se lo digan a Olmet.

—Hoy me han contado que en esta habitación se cometió un asesinato —informé con ganas de que olvidasen cualquier clase de material sanitario.

—¿Aquí? —Leiva se estremeció.

—Fue hace mucho, creo.

Juancho, digno representante de la nueva generación, tecleó rápidamente en su teléfono y encontró el dato.

—Hace ya casi un siglo que una presencia fantasmal vaga por los rincones de la discoteca Eslava —leyó con afectación—. Se dice que habita en la zona alta del edificio, pero de vez en cuando baja a divertirse bailando con los jóvenes al ritmo de la música electrónica. Parece que el espectro de Olmet se niega a abandonar el edificio.

—Olmet —confirmé—. Exacto.

—A mí los fantasmas me dan mal rollo —dijo Leiva.

Juancho nos mostró una foto de la víctima. Tupé ondulado de gomina, bigote, sonrisa socarrona, dientes blancos que sostenían un puro…

Le arranqué el teléfono de las manos para cerciorarme.

—¿Qué significa esto? —Miré a ambos con sospecha.

Silencio.

—¿Me estáis tomando el pelo? —insistí con una sonrisa nerviosa—, porque es una broma buenísima, desde luego.

—¿De qué estás hablando?

—Está más viejo, pero es él. —Contemplé la foto—. Vamos, es igual que él.

—¿Igual que quién?

—Que el tipo de la barra. El que me invitó a un puro.

Silencio, cejas alzadas, muecas socarronas de incomprensión.

—Mirad, aún tengo la colilla. —Rebusqué en el bolsillo y saqué el billete de veinte euros enrollado. Lo miré con estupor—. Os juro que no tengo ni idea de dónde ha salido esto.

Los dos se echaron a reír. Yo también. No entendía nada, pero todavía me parecería guay si terminase con una aclaración razonable, como, por ejemplo, que apareciese el doble de Olmet haciendo tachán.

Pero nadie apareció, ni hizo ademán de aclarar nada, como si el bromista fuese yo.

¿Qué estaba pasando? ¿Era el Día de los Inocentes? Tan alelado como si mi cerebro se hubiese convertido en algodón, vi cómo Leiva tiraba el botiquín mancillado a la papelera y organizaba con los demás el abandono del local cargados de cables, flight cases, bolsas… Intenté descubrir risitas cómplices, el entusiasmo contenido y nervioso de los que dan sorpresas, pero solo vi cansancio, seriedad y eficacia al recoger material de trabajo.

La muela recuperó posiciones de ataque y me palpé la mejilla, apoyado en la pared, para no estorbar a toda aquella gente que se movía a cámara rápida mientras yo me sentía como en el fondo de un lago, alternando entre la incredulidad, la risa y el espanto.

La incredulidad ganó fuerza: era imposible, o casi, y lo mejor sería, para salir de dudas, encontrar al barman de parecido razonable con Olmet treinta años después de la foto.

Agarré a Leiva por un brazo y lo arrastré fuera del camerino.

—¿Adónde vamos?

Juraría que la vez anterior había torcido a la izquierda, en dirección contraria al escenario. Pero tal vez me confundí porque llegamos a una puerta cerrada y allí no había ninguna barra.

—Iván…

—Creía que era aquí.

—Estoy agotado.

—Yo también.

Dimos la vuelta y subimos infinidad de escaleras. Nuevos pasillos curvados de los que nunca se veía el final, repletos de puertas cerradas, sugerían un juego de acertijos.

—¿Sabes qué hora es?

No respondí y abrí una de las puertas con rabia. Era un palco minúsculo, a gran altura. La bola de espejos parecía un planeta suspendido que giraba lentamente.

Miramos hacia abajo con vértigo y nos echamos hacia atrás a la vez. Mi corazón latía tan alocado que me llevé la mano al pecho.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó Leiva con brusquedad.

No comprendí su acritud. ¿Cómo que qué me pasaba? No me atrevía ni siquiera a formular una frase en voz alta por si conjuraba demonios. ¿Debía llamar a Iker Jiménez para pedirle consejo? ¿O la cosa iba de alucinaciones y psicosis?

—Creo que me va a dar un infarto.

Leiva puso cara de horror y se introdujo el termómetro en la boca.

—Me parece que te has metido muchas mierdas esta noche. ¡Pareces un crío!

Un tiquismiquis paternal era justo lo que me faltaba por oír.

—¡Llevo toda la vida metiéndome estas mierdas! —alegué en mi defensa.

De pronto recordé lo único extraño que había consumido y me invadió la cólera.

—Tú me diste la pastilla roja. —Lo señalé con un dedo acusador.

—¿Qué?

Me llevé las manos a la cabeza con incredulidad, comprendiendo todo al instante. Era una puta conspiración.

Leiva se alejó de mí todo lo que pudo en aquel pequeño espacio, consciente del precipicio tan cercano, tan fácil…

Con precipitación histérica, saqué de mi bolsillo las vendas y el blíster arrugado intentando identificar las pequeñas letras escritas al dorso.

—¡Has sido tú! —estalló Leiva comprendiendo lo del botiquín.

—¡Me has drogado! —estallé yo.

—¿Qué dices? ¡Solo era un analgésico!

—¡Por tu culpa he visto a un fantasma!

En fin…

Me gustaría contar que, igual que en Twitter, nos dirigimos insultos caballerosos el uno al otro, tipo «canalla» o «miserable», pero fue mucho más prosaico; las peleas de verdad no están hechas para la poesía. Poseídos por una furia extraña y primitiva, ambos vociferamos sin valorar las consecuencias mientras la bola esparcía sus reflejos sobre nuestras caras desencajadas, y todo finalizó cuando Leiva abandonó el palco con un fuerte portazo.

Me quedé hipnotizado mirando el planeta que giraba frente a mi cara, indiferente a mi desgracia, intentando comprender cómo habíamos llegado hasta allí.

Seguramente todo se desarrolló muy rápido, pero mi sensación fue que sucedió a cámara lenta, como los sucesos traumáticos que se graban en una foto fija en el cerebro. Creo que nunca me había pasado algo así y sospecho que a Leiva tampoco, y tuve la fuerte impresión de haber presenciado nuestro particular divorcio musical, ese por el que nos preguntaría el tipo de la libreta mientras ambos

decíamos frases hechas sobre poner distancia, tomarnos un tiempo, y tiernos deseos de éxito para el otro, para ambos, para la humanidad al completo.

Avergonzado, deambulé sin rumbo por los pasillos y escaleras temiendo encontrarme con Leiva o alguno de su cuadrilla, pero solo vi espacios vacíos. Eché de menos a Amaro y sus sensatos consejos, siempre a punto para mis desatinos, mientras descendía por aquel laberinto oscuro, casi deseando toparme de nuevo con Olmet, sumergirme en su cándida filosofía sobre odiseas vitales y dejarme consolar por alguien que conocía de primera mano cómo era un final de tragedia.

Acabé saliendo del edificio por una puerta que daba a un callejón lateral, bajo la luz de un sol poderoso que me cegó. Mi teatro nocturno, de música, copas y duelos, se había desplazado a otro teatro diurno de domingo, con calles alegres y repletas de gente, que como una marea me arrastró hasta la Puerta del Sol.

Un pitido agudo dentro de mi cabeza me impedía escuchar nada con nitidez hasta que, en lo alto, aquel reloj que no solía marcar horas, sino años, me torturó con doce campanadas atronadoras que debían de anunciar algo, porque la gente se dispersó del centro de la plaza para situarse tras vallas amarillas con el emblema del ayuntamiento. Los callejones atestados, a uno y otro lado, me obligaron a avanzar a paso rápido por el centro de la calle Alcalá, sin tráfico, con más y más vallas, como si aguardase el paso de un cortejo real. Sentí las miradas de todos ellos sobre mí, juzgando mi resaca, mi mala pinta, mis ganas imperiosas de vomitar en algún lugar discreto que no encontraba por ninguna parte mientras las campanadas me perseguían con insistencia, sin parar nunca, como alertando de un incendio antiguo o quizá de una nueva celebración desconocida.

Creí que me estaba volviendo loco y aquello era mi picota, desfilar frente a toda la población madrileña por el centro de la calle principal. Pronto empezarían a tirarme verduras pochas y tomates, las risas y burlas, caras sonrientes esperando que les proporcionase la misma diversión que un oso amaestrado. Entonces me di cuenta

de que no me miraban a mí, sino mi espalda, y sintiendo un escalofrío intuí que algo enorme se me acercaba por detrás.

Me di la vuelta, aterrado, y lo que vi me dejó paralizado.

Miles de ovejas se acercaban a mí con rapidez, extendiéndose como una alfombra entre las barreras de los edificios. Cencerros, moscas, olor intenso, balidos ocasionales y el ronroneo de mil patas sobre un suelo extraño, liso y yermo, componían una unidad de pesadilla. Algunas ovejas daban algún salto repentino por encima de las demás, reajustando constantemente sus posiciones a pesar de conformar un solo ente, un rebaño enorme dispuesto a engullirme que se deslizaba como líquido hacia la puerta de Alcalá. Era como cerrar algún círculo macabro, la venganza de la oveja del vecino frente al humano imperfecto y cretino, que se cree importante, aunque solo sea uno más entre el rebaño.

Supongo que decir que me sentí aturdido se quedaría muy corto. Yo ya estaba más allá del aturdimiento, sin comprender nada, harto, como Ulises, de aquellos dioses mezquinos que jugaban conmigo a imponerme nuevas pruebas, nuevas peripecias y peligros, con lo fácil que sería, una vez alcanzada la gloria, tumbarse sobre la arena y morir.

Me quedé quieto, en silencio, aguantando la respiración, convenciéndome a mí mismo de que aquello tan grande y elaborado no podía ser real.

Luego me explicaron que sí, que fue real, y que no, que no estuve en silencio, sino que empecé a dar alaridos, que temieron una estampida por mi culpa y por eso tuvieron que arrastrarme hasta la ambulancia.

4

Leer el prospecto de un fármaco psiquiátrico hace que te preguntes por qué alguien querría ingerir veneno de forma voluntaria si no fuese para suicidarse de forma lenta y horrorosa. Por eso los panfletos de los medicamentos tienen una letra tan diminuta que a partir de cierta edad solo puedes leerlos con lupa, como un documento bancario que no quieren que comprendas realmente, o no lo firmarías jamás.

Sentado en el váter, me entretuve al menos quince minutos con principios activos que escondían náuseas, pesadillas, delirios e incluso ceguera, aunque por lo visto evitar la psicosis era un efecto no garantizado. Eso sí, todas las píldoras eran blancas y neutras, supuse que para evitar asociaciones locas, pero tan pequeñas que cuando una se me cayó al suelo me fue imposible encontrarla.

Rastreando por las baldosas me vino a la mente un pensamiento depresivo, aquello de Chéjov y el rifle colgado de la pared. ¿Qué debía ocurrir en el tercer acto si en el primero salen antipsicóticos y espectros? Ser incapaz de imaginar qué me deparaba el destino me provocó un ataque de angustia, y constaté que un hombre adulto puede acuclillarse bajo un lavabo colocado a altura estándar.

—¿Qué hace usted ahí? —Ante mis ojos aparecieron dos piernas enfundadas en un uniforme hospitalario—. Le han dado el alta.

Las piernas me pasaron mi parte médico, que, de forma incomprensible, era legible de principio a fin, aunque seguía siendo indescifrable para mí. Se suponía que aquello era el análisis de mi lado oscuro; sin embargo, no se mencionaba a Olmet, ni las pastillas rojas. Tampoco aparecía la palabra «oveja» por ningún sitio, demostrando que, aunque yo mismo no entendía qué había ocurrido, desde luego la psiquiatra aún menos. El tratamiento, en cambio, estaba repleto de medicamentos con equis y zetas por

doquier que podrían valer para una crónica marciana sobre una familia del pueblo Celexa, distrito de Zoloft, por ejemplo, donde el feliz padre Wellbutrin y la madre Lexapro criaban al pequeño Ritalin, la alegría de la casa.

Me incorporé indignado y pregunté al celador si alguna vez había visto un fantasma.

—¿Usted sabía que envejecen? —añadí.

Me miró impertérrito. Alto, pálido y fibroso, tenía pinta de ser capaz de cometer un crimen a cambio de un puñado de billetes.

—Tome su medicación —propuso.

Resumiendo, tragué unas cuantas pastillas bebiendo directamente del grifo, tratando de no pensar en la adicción y la derrota que proclamaban. Total, para un músico no hay ningún problema en consumir drogas peligrosas, conocidas o desconocidas; quién sabe qué nos metemos en realidad.

Una vez, con dieciséis o diecisiete años, me comí un tripi, un trocito inofensivo de confeti que se me pegó al paladar como una hostia.

El sitio de moda aquel verano era el viejo cine de Gondomar reconvertido en discoteca. No recuerdo gran cosa de la noche en sí; lo único que sé es que a las ocho de la mañana me encontré solo en el gran aparcamiento vacío. Hasta Playa América había unos siete kilómetros por la carretera general y decidí que volver caminando era una opción aceptable. Cuando me puse en marcha, se instaló dentro de mi cabeza el La, la, la de Massiel, no me preguntéis por qué, y su estribillo fue guiando cada uno de mis nueve mil quinientos setenta y tres pasos, uno por cada «la».

Antes de entrar en casa, el día ya amanecido y olor a café en el ambiente, escuché una vocecilla que pedía socorro desde el interior del garaje cerrado de Lisardo, el vecino. Me detuve todavía en la calle, aguzando el oído. Socorrooo, escuché de nuevo. Me acerqué a la cancela y atisbé el interior.

—¡Hola! —dije en voz alta.

—¡Ayúdame! —respondió una voz amortiguada.

—¿Dónde estás?

—¡En el coche!

Contemplé la casa de Lisardo, una vivienda de dos alturas fea y gris que había construido él mismo. Nadie esperaba gran cosa de aquel tipejo. Ceñudo y cascarrabias, siempre se negó a devolvernos las pelotas que nos caían en su huerta. Incluso un verano mis primos y yo encontramos la parte superior del muro con trozos de cristales adheridos con cemento. De vez en cuando imaginábamos qué podía hacer con nuestras numerosas pelotas, aumentando el montón verano tras verano, pero tener a un hombre secuestrado en su garaje sobrepasaba mis expectativas.

—¡Iván! ¿Qué haces ahí?

Me volví sorprendido hacia mi edificio y vi a mi padre en pijama y con expresión de enfado asomado a la terraza del segundo piso. Al principio sentí un gran alivio: un adulto que me ayudaría a resolver la situación.

—¡Aquí hay alguien encerrado! —grité.

En las terrazas del tercero se asomaron mi tía Mercedes y mi abuela.

—¡Sube inmediatamente! —insistió mi padre.

—¡Pero está pidiendo socorro! —insistí yo.

—¡Que subas!

En la terraza del primer piso apareció el tío Fernando con expresión risueña y un café en la mano.

—Hay un tipo encerrado ahí. —Señalé con insistencia.

Mi prima María apareció al lado de su padre, despeinada como si la

hubiesen despertado mis gritos.

—¿Qué pasa?

—Es Iván, que está borracho —le explicó mi tío.

Nadie me creía y todos miraban divertidos mientras yo me ponía cada vez más nervioso.

Mi padre decidió bajar a buscarme con ganas de arrastrarme de una oreja hasta mi cama. Con su batín de seda bien abrochado y sus zapatillas de cuero, descalzas por el talón, le faltaba una escopeta para parecerse a un conde de Berlanga, o algo así, fastidiado por un revolucionario que interrumpía su desayuno.

—Hay alguien ahí que… —repetí con un hilito de voz.

—¡Cállate de una vez! ¡Estás dando un espectáculo!

Me agarró de un brazo mientras yo forcejeaba débilmente, todavía convencido de que no había sufrido una alucinación, aunque empezaba a dudar de mí mismo.

Solo habíamos dado unos pasos cuando de nuevo escuché la vocecilla.

—Socorrooo.

Mi padre se detuvo en seco.

—¿Ves? —dije yo con satisfacción.

Llamamos al timbre, salió Lisardo, abrió el portón del garaje y vimos su dos caballos de color crema polvoriento. Estaba vacío.

—Ayuda —musitó la voz desde el interior del maletero.

No sé si os acordáis de cuál es el tamaño de un dos caballos, muchísimo más pequeño que los coches de ahora. Pues el maletero ni os cuento. El año anterior mi madre había vendido el suyo porque no cabía la silla de la playa, con eso lo digo todo. El caso es que allí dentro había alguien embutido que se desperezó ante

nuestras narices revelándose como un hombre de altura normal, y que parecía tan resacoso como yo.

Mi padre se quedó mudo de pasmo mirando a un Lisardo con sonrisa de trastornado, como si hubiese gastado una broma graciosísima a aquel infeliz del maletero.

Nadie entendió bien qué sucedió allí y a nadie pareció importarle. Lo más curioso fue que, a pesar de que yo tenía razón y efectivamente había alguien pidiendo socorro, y se constató que Lisardo era un psicópata peligroso, en mi familia perduró la idea de que yo era un bala perdida sin remedio y que era el hecho de consumir drogas lo que provocaba que me pasasen cosas raras.

En fin, que aquel día confirmé que iba por el buen camino del rechazo y la intransigencia social hermanados con el mundo del rock. Desde entonces le guardo a Massiel un cariño especial.

Con un gesto, el celador me indicó que me sentase en la silla de ruedas. Nos miramos unos instantes a los ojos. Los dos sabíamos que yo no quería sentarme en la silla, del mismo modo que también sabíamos que al final lo haría, así que me senté y me dejé conducir dócilmente por los pasillos. Rodamos por suelos de linóleo encerado y cruzamos puertas batientes de goma rumbo a la libertad. Al llegar a la entrada principal me levanté con pesadez, el celador se despidió con un murmullo y me abandonó en la calle, donde inspiré el aire contaminado de manera similar a un recluso octogenario que ya ha cumplido su condena y no sabe adónde ir.

Me di la vuelta, embotado, y contemplé durante un rato el hospital, un edificio con millones de ventanas y una boca que tragaba gente sin cesar a modo de agujero negro de gravedad infinita, centro ponzoñoso de una galaxia de cuerpos que giraban a su alrededor hasta que caían en él, más tarde o más temprano.

El cielo, una superficie grisácea y uniforme de luz crepuscular, no permitía distinguir si el día empezaba o terminaba.

—¿Qué día es hoy? —pregunté a un ciego sentado a una mesita

plegable, repleta de ristras de boletos sujetas con pinzas para tender la ropa.

—Hoy es el sorteo del once del once de la Once —declamó.

Me eché a reír, y con un billete de veinte euros enrollado que alisé contra el muslo compré un número al azar, ese azar cósmico que me bamboleaba a su antojo.

—Buena suerte —escuché a mi espalda.

Su optimismo no me consoló y tiré el informe a la papelera.

Se acercó un taxi y levanté la mano. Por la ventana trasera se asomó Ray Loriga alzando su brazo para saludarme, aunque no se detuvo. En el siguiente iba Dani Martín y, antes de doblar la esquina, hizo círculos en su oreja simulando que debíamos mantener una charla.

Durante un rato, mientras aguardaba otro taxi, observé interesado el hueco de la papelera en el que se vislumbraban millones de partes médicos.

—Hola, chulo.

Me volví dando un respingo y vi a Leiva en la acera, gafas, pendientes y demás.

Lo miré aturdido, sin saber si llevaba allí parado minutos u horas, sin saber si yo mismo estaba plantado en la calle desde hacía minutos u horas.

—¿Hoy todavía es el once del once? —pregunté.

Quizá no lo dije en voz alta. Mis movimientos eran lentos, la lengua había aumentado de tamaño y me tropezaba con los labios. Me convencí de que me caía la baba sin darme cuenta.

—¿Has escuchado lo que te acabo de decir? —Sonrió y me palmeó la espalda—. La revista Rolling Stone me ha dado el premio al mejor disco del año.

Uno escucha algo así y le dan ganas de comprarse una mágnum.

Él siguió hablando, lo sé porque movía los labios igual que cuando la gente habla, aunque yo no podía comprender lo que decía. Eso sí, parecía muy contento; tanto que en un impulso lo empujé con todas mis fuerzas, justo cuando pasaba un autobús. Oí un frenazo que retumbó en mis oídos y sobre el asfalto vi a Leiva quieto, roto, en un charco de sangre, el sombrero puesto, a pesar de todo. Los gritos ocuparon el espacio, sirenas por algún lado, camilla, gestos de horror, dedos acusadores; «yo lo vi todo», chilló el ciego. Imaginé su funeral, más multitudinario que el mío, con panegírico a dos páginas en la revista Rolling Stone.

—Es una noticia estupenda —mentí.

A su espalda el autobús se alejó a cámara lenta y desapareció tras la esquina como una oportunidad perdida.

—Vamos, que llegamos tarde. —Comenzó a caminar con prisa. Leiva siempre tenía prisa, igual que el conejo de Alicia.

—¿Adónde? —Lo seguí con esfuerzo.

—Pues a la entrega de premios, claro.

—Pero ¿qué día es hoy?

—Sábado.

—¿Otra vez?

—Sí, cada siete días se repite, ya sabes.

Empecé a sudar. No quería presenciar su puto premio, joder, y ¿por qué no me acordaba de la última semana?

—Estoy muy cansado…

—Iván, es en estos eventos donde se cuece el pastel. ¿No querías que te presentase a Sabina?

Subí en su vieja furgoneta con olor a perro y hortalizas y circulamos

por las calles iluminadas.

Por alguna razón, de pronto era de noche. En mi vida había tenido tanta sed.

En la discoteca Kapital estaba todo el mundo, Supersubmarina, Rubén Pozo, Jaime Urrutia, Vetusta Morla, Leonor Watling… En cuanto entramos, Leiva fue engullido por un tumulto de felicitaciones que me desplazó hacia una pared.

—¡Píllame una birra! —me gritó alzando el dedo índice mientras se alejaba rodeado de mil cabezas.

Deslumbrado entre flashes y pánicos varios, saludos y sonrisas amigables aquí y allá, intenté acceder a una barra. Pedí un par de cervezas y me bebí ambas allí mismo para aplacar aquella sed rara mientras observaba el panorama de gente guapa que reía y gesticulaba alegremente.

Había un rollo endogámico en todo aquello. Una revista que vivía del pop-rock esparcía migajas por el suelo, y los músicos picoteaban histéricos para pillar alguna cosa del año que proporcionase un poco de propaganda. Si Eroski organizase una entrega de premios a Bimbo, Chiquilín y Valor por el pan de molde del año, la galleta del año y el chocolate del año, no sería muy distinto.

Con otras dos botellas en las manos, me abrí camino hasta distinguir el sombrero de Leiva a lo lejos charlando animado con Sabina, que también llevaba un sombrero similar. Me resultaron tan parecidos que sospeché algún tipo de parentesco sombrío. En cualquier caso y con ansiedad repentina, di golpes y empujones para avanzar más rápido entre aquella marea compacta, recibiendo a cambio miradas sorprendidas y gestos de rechazo, hasta conseguir acercarme a ellos con mi sonrisa más amable. Mirándome de soslayo y sin dejar de hablar, Leiva cogió una cerveza de mi mano y Sabina la otra, y sin más me dieron la espalda como si yo fuese el camarero.

Me puse tan colorado que mi cara entró en combustión.

Volví a la barra y pedí otras dos cervezas dispuesto a no rendirme. Entonces me di cuenta con pesar de que las personas dejan de tener rasgos definidos en esa penumbra gritona y se convierten en una masa, un rebaño que bala y salta para ocupar posiciones centrales, lejos de los peligrosos bordes donde atacan los depredadores. El caso es que ya no pude localizar los sombreros.

Cansado del acecho fui al cuarto de baño, extrañamente vacío y limpio todavía. Apoyé las cervezas en la encimera de los lavabos y me introduje en uno de los cubículos justo antes de que entrasen dos tipos hablando en cuchicheos. Cada uno se metió en un compartimento, yo guardé silencio.

—Junio es perfecto. —Reconocí a Loquillo; el susurro de los gigantes es atronador para las pulgas—. Estoy sin un puto duro.

Su potente chorro se introdujo en algún váter.

—Habría que buscar un título chévere —contestó Ariel Roth con su chorrito.

—En una gira el título es lo de menos. —Subida de cremallera—. ¿Todos para uno y uno para todos?

Pensé que era un asco de título.

—¿Cómo ves Uno de los nuestros?

Sonaron dos cisternas simultáneas y escuché sus pasos acercándose a los lavabos. Me pregunté quién sería ese al que consideraban uno de los suyos.

—Me encanta. Me pido a De Niro.

—Yo a Ray Liotta.

Frotar de manos bajo el agua.

—Y que colabore mucha gente. A más gente, más plata.

—Con que participe Leiva es suficiente.

¿Leiva? Aguanté la respiración.

—Tenés razón.

—Pero no digas nada todavía.

El agua dejó de correr.

—Mirá, alguien se dejó aquí dos birras enteras.

—A ver si les han meado dentro. No te fíes nunca de los rockeros.

Risas. Se van por la derecha. Escena tres, un Iván jodidísimo se acerca a los lavabos arrastrando los pies y se mira en el espejo, donde un tipo socarrón sonríe.

—Te has quedado atrás otra vez —dijo.

—Vete a la mierda —musité sin convicción.

Contemplé su expresión extraña, los ojos desorbitados. Vestido con una parka granate y un polo a rayas verdes y rojas, semejaba un niño grande al que su madre había vestido para una fiesta de cumpleaños. Me miré sin comprender de dónde había salido aquella ropa ridícula a más no poder, y sentí el impulso de salir a dar explicaciones desde el escenario —que todo fue culpa del celador de la silla de ruedas, por ejemplo—. En realidad, me dieron ganas de largarme de allí sin despedirme de nadie. El fulano del espejo me miró con condescendencia.

—Ay, Iván, en realidad este es tu sitio, estás donde siempre has querido estar. —Abrió los brazos para mostrar el cuarto de baño—. Quizá haya un premio para el artista de mierda del año.

Empezó a reír. Parecía un pirado, pero me hizo gracia, no sé por qué. Tal vez porque ya estaba borracho. El caso es que me caía bien aquel tío de aspecto grotesco.

—¿No tenías ganas de mear? —preguntó.

Vi cómo sacaba la polla del pantalón, apuntó a su botellín medio lleno y lo llenó hasta arriba.

Nos reímos a carcajadas, doblados por la cintura.

Taponando las bocas con los dedos, lavé ambas botellas bajo el grifo y las examiné con ojo clínico anticipando algo impreciso que ahora me sonroja, pero que, en aquel momento, me pareció graciosísimo.

—¿Y ahora qué?

Se encogió de hombros con picardía.

—Tal vez alguien más tenga sed —sugirió.

Suspiré, miré a mi compinche con algo semejante al afecto, y junté palmas en un copas de yate untado de lealtad y relax. En la caída no me había abandonado, y de entre todo el pequeño cosmos que había en la discoteca, esos planetas, estrellas y galaxias que bailaban en la pista, tal vez él fuera mi único amigo. En ese instante tuve una revelación, la sensación grandiosa de que yo era la materia oscura que ordenaba el caos del universo, y por eso mismo tenía una misión que cumplir, aquella misma noche.

Visité el cuarto de baño tantas veces que alguien podría haberse interesado por mi salud si es que alguien se hubiera interesado por mí, cosa que no sucedió. A base de beber cervezas, fabriqué dosis escandalosas de orina con las que rellenaba botellines en una proporción que no resultase delatora, y, mientras la entrega de premios se desarrollaba entre aplausos, silbidos y miradas envidiosas, yo me convertí en esa persona encantadora que repartía cervezas heladas a todo el mundo. Sidonie, Lori Meyers, Xoel López, Love of Lesbian, El Último de la Fila, Amaral, Alaska y Mario… Sois todos unos hijos de puta, les decía con alegría. Y se reían mientras aceptaban mi regalo y bebían una parte de mí, de mi lado más negro, hasta que me sentí tan borracho que fui incapaz de tragar nada más.

Hay una fotografía del evento en internet, seguro que podéis buscarla, en la que estoy con Leiva y Kiko Veneno mostrando orgulloso su galardón. Yo sonrío con cara de loco, Leiva sostiene una birra en la mano.

Siempre hay un hombrecillo solitario en las pistas de baile. Feúcho, tal vez con gafas, jersey espantoso y mirada huidiza, que baila genial. Se coloca en una esquina y de inmediato se arranca a bailar con ritmo rodeado de desconocidos que también bailan, pero mal. Aquella noche yo también fui ese hombrecillo solitario bailando ajeno a todo, con los ojos entrecerrados, sin importarme un bledo el resto de la gente, sin intentar ligar con las chicas ni sonreír a nadie más. Empecé a dar vueltas con los brazos abiertos, imitando a Baumgartner en caída libre, y tuve la sensación de estar viéndome a mí mismo desde arriba levitando a cuatro metros del suelo, sin saber si llevaba veinte minutos o veinte días girando como un derviche en trance o un planeta a punto de colapsar.

Al final me mareé, alguien me empujó fuera de la pista de malos modos y di por finalizada mi contribución a la alegre noche madrileña. Agotado, me escabullí hacia la amplia terraza de la azotea, me tumbé en una hamaca húmeda que me hizo sentirme como en casa, y me dejé acunar por el susurro de Najwa Nimri cantando El último primate.

No hay estrellas en Madrid. La visión del firmamento que se palpaba en Gondomar, desvelando mi pequeñez y la de Leiva, también la de Sabina o la de cualquier persona importante de la tierra, siempre me pareció reconfortante. En las grandes ciudades, en cambio, uno podía enorgullecerse de sus propios logros porque solo podías compararte con otros humanos.

Me fijé en que en la hamaca de al lado había alguien recostado que exhibía su perfil. Y ese perfil rocoso, inconfundible, me resultó tranquilizador.

Era Javier Bardem. O Ramón Sampedro. Quizá ambos.

—Tengo una estrella propia, en LA —explicó con su voz áspera.

Tenía un flequillo casi rubio, delicado y suave, del todo inesperado. Me incorporé e intenté mostrar una apariencia aceptable a pesar del malestar, con la sensación de que apestaba a ganado ovejero. No todos los días te encuentras con una estrella de cine y me apeteció

dejar en su recuerdo la huella imborrable de alguien afable, simpático, inteligente y centrado, un músico de éxito a su altura, del estilo de una noche conocí a Iván Ferreiro en una azotea… Debería comentar algo de su última película, pero no la había visto, aunque supuse que todo el mundo le hablaba de lo mismo, igual que a mí me hablaban de mis canciones sin que me importase mucho. Tal vez podríamos hablar de Sampedro, de lo que implicaba estar treinta años en una cama mirando el mundo por una ventana con un grueso jersey de cuello cisne.

—No me gustan tus canciones —me dijo Sampedro.

Al parecer implicaba decir lo que pensabas sin filtro de ningún tipo. Puede que por eso no me molestase su sinceridad.

—He sufrido una mala experiencia, o varias —me disculpé acordándome de Olmet, de la discusión, de las ovejas por las calles, del hospital, del premio de Leiva, de lo felices que eran todos menos yo.

—No existen las malas experiencias. —Su expresión rebosaba la confianza de aquel que conocía la caída y solo pedía que lo dejasen allí mismo, disfrutando del abrazo del viento y de la luna—. Alguien agita los dados en algún sitio, y tú bailas a ese son.

Un miedo pegajoso se me adhirió a las costillas.

—Pero ¿quién…, quién agita los dados?

Se encogió de hombros y miró de soslayo hacia el cielo opaco y grisáceo, como si estuviese aburrido.

—Eso es lo de menos. La cuestión es adaptarte o morir.

Un halo de sabiduría nefasta y pantanosa, de tragedia griega y premonición, me aplastó contra mi hamaca. Me invadió la pena y me sentí solísimo, con ganas de compañía y tolerancia. Una novia estaría bien, pensé revolviéndome inquieto. O quizá no tan bien.

Creo que ha llegado el momento de hablar de mis novias, aunque es un asunto del que no me gusta hablar. Un día Bebe dijo que para las mujeres que se dedican a la música es difícil encontrar pareja

porque a los hombres les intimidan las mujeres famosas; en cambio, a los músicos les sucedía lo contrario. Hay alguna diferencia entre hombres y mujeres que se me escapa, aunque presumo de feminista siempre que puedo.

Me gustan las mujeres inteligentes, pero mi vida ha sido un infierno con cada una. Chocamos, sobre todo, en las cosas que yo quiero y las que quieren ellas. Lo que yo quiero es follar y que me cuiden, creo que soy un hombre fácil, ¿no?, que no protesten por la hora a la que me acuesto, que pongan su mano sobre mi frente febril cuando estoy enfermo y que me digan de vez en cuando que soy el mejor en todo. Y a ser posible que no quieran tener hijos; me bastaba con los dos primeros.

—¿No sabes cuidarte solito? —me dijo mi hermana.

—Mamá te mimó demasiado —me dijo Amaro muchas veces.

—Es una pena que usted no tenga hijas —me dijo la psiquiatra.

—Eres un gilipollas egocéntrico —me dijo M antes de hacer las maletas.

—Te comprendo —dijo Leiva cuando nos conocimos—. Yo siempre estoy deseando salir corriendo de mis relaciones.

Suspiré de satisfacción ante un alma gemela; al fin y al cabo, la mayoría de sus canciones trataban de eso, de amoríos y revolcones varios que lo habían hecho millonario. Yo también canté acerca de esas cosas, acerca del desamor, sobre todo, ¿qué otras cosas nos pasaban? Daba igual; los amigos eran la única compañía que un músico necesitaba, yo te cubro la espalda y tú la mía, en plan mosqueteros. Algún día haremos juntos algo grande, recordé que Leiva me dijo en una ocasión.

Sin embargo, eché de menos una mujer que me abrazase en ese instante.

Miré a Sampedro postrado en su sabiduría, las piernas estiradas bajo la manta, la lana del cuello cisne le rozaba su barbilla rasposa.

—¿Algún consejo? —le pregunté.

Estiró el cuello para beber de su cóctel por una pajita y dijo:

—Tírate de cabeza, pero cae de pie.

Me desperté aturdido y caminé hacia la barandilla como un sonámbulo. A siete pisos de distancia, el tráfico que discurría por la calle Atocha en dos ríos contrapuestos de luces rojas y blancas poseía una extraña belleza.

—Te vi bailando —dijo Leiva a mi espalda.

En la mano sujetaba con desgana su premio, las letras de metal esmaltadas en rojo formando el logotipo de la revista Rolling Stone, y recordé que tuve un pin exactamente igual enganchado en alguna cazadora. Se acercó a mi lado y miró hacia abajo. Me dio la impresión de que estaba a punto de lanzar el premio contra el edificio de enfrente, donde había una farmacia de guardia iluminada de verde.

—Me diste envidia —añadió muy serio.

¿Se burlaba de mí?

—Si alguien tenía motivos para bailar eres tú.

—¿Lo dices por esto? —Miró el trofeo con expresión compungida—. Esto no vale nada.

Pues me encantaría que me lo hubiesen dado a mí, no dije. También me encantaría que todo el mundo me felicitase por mi nuevo disco y ser amiguete de Sabina, no dije tampoco. Es más, que esas putas cursivas fuesen mías me haría muy feliz en ese momento, pensé.

—Los premios son una farsa —dije en cambio.

—Sí —coincidió.

Admito que queda guay y modesto decirle a tu colega perdedor que los premios son de oropel, pero tanta melancolía me estaba tocando bastante los cojones. Cualquiera diría que el premio representaba para él algo doloroso, tal vez el no haber alcanzado todavía cotas más altas, insatisfecho con las alcanzadas hasta el momento,

mientras yo, allá abajo, invisible incluso con prismáticos, jadeaba a los pies de la montaña.

—¿Sabes? Hace tiempo que no me siento yo mismo. Estoy subido en una ola que me lleva de acá para allá sin poder decidir nada.

—Una ola gigante —apunté mientras mi olita me acariciaba los pies, incapaz de desplazarme flotando a ningún sitio.

—Exacto. Tú me comprendes, amigo.

Pues no, y no solo no comprendía nada, sino que también sentí que me transportaba una ola gigante, pero de rabia. Hacía falta ser cretino para decirme aquello en su puta fiesta de celebración después de abandonarme recién salido de un hospital sentado en una cochina silla de ruedas, pensé mientras calculaba las fracturas que podía producirle a Leiva una caída fortuita, galardón incluido.

—A veces tengo una sensación extraña —dijo, y se llevó las manos a la cabeza—, como si hubiese alguien aquí dentro que me impidiese pensar con claridad. No sé cómo explicarlo. Quizá me estoy volviendo loco.

Eso lo entendía un poco mejor.

—Quizá te sentó mal tanta cerveza —dije con malicia.

Palpó su pequeño estómago con aprensión.

—Pues, ahora que lo dices, lo noto un poco revuelto. Creo que debería ir a urgencias.

—No digas tonterías. —Preferí no seguir indagando en malestares estomacales, por si acaso—. Lo que tienes es hambre. A ver si encontramos algo de comer por ahí.

Después de la entrega de premios había un piscolabis para no sé cuántos invitados y deambulamos por los pasillos buscando el salón donde se servían los canapés. Torcimos aquí y allá por donde nos indicaba el sentido común, escuchando de fondo el sonido de una

fiesta que iba y venía tras las paredes como ráfagas de viento, pero acabamos delante de una puerta de esas que se abren al empujar una barra horizontal. Sobre ella, un cartel verde mostraba una silueta, recortada a contraluz, que escapaba de alguna catástrofe.

Volvimos a intentarlo cambiando nuestro recorrido. Pasamos por la pista de baile vacía que me vio dar vueltas, deambulamos a derecha e izquierda por pasillos y vestíbulos húmedos, y, de alguna manera, llegamos de nuevo a la misma salida de emergencia. Nos dio un poco la risa floja al recordar a los Spinal Tap y lo intentamos por tercera vez. Caminamos en silencio, subimos y bajamos escaleras girando exclusivamente a la izquierda para buscar la salida del laberinto como si pedaleáramos por los pasillos enmoquetados del Overlook. Mas, por mucho que lo intentamos, siempre desembocábamos en aquel logotipo fugitivo.

Lo miramos en silencio.

—Si cruzamos esta puerta, ya no podremos volver atrás —advertí.

A mi cabeza vino una imagen de un gran titiritero tirando de cordones que movían mis piernas y brazos. Puede que decirlo en voz alta sonase raro.

—Pues yo diría que algo nos indica que este es el camino correcto —opinó Leiva empujando la barra sin más.

La puerta se abrió y salimos al típico callejón destinado a carga y descarga, tan estrecho que solo había coches aparcados en uno de los lados. A nuestra espalda la puerta se cerró con un ruido sordo y definitivo.

Puede parecer una tontería, pero, en vista de las cosas que me pasaban últimamente, me había preparado para algún prodigio, aunque no sabría decir cuál. Respiré aliviado por estar en una bocacalle normal y corriente, nocturna y solitaria, en la que no pasaba nada. Y que no pasase nada era lo mejor que podía pasar en esos momentos.

Respiré una bocanada de aire fresco y advertí que en alguna parte alguien silbaba con maestría, cada vez con mayor nitidez, la

melodía de El puente sobre el río Kwai. Aparcada en el hueco entre dos coches había una camioneta roja repleta de bombillas encendidas, como si fuese Navidad. Uno de sus costados se abría de forma longitudinal, la parte superior hacía de toldo y la inferior de barra. En su interior iluminado, que chisporroteaba esparciendo olores aromáticos, una abundante señora trajinaba entre sartenes.

Instalar tu negocio en un callejón aislado, por donde debían de pasar muy pocos clientes, consiguió que me asaltase una duda inquietante, y miré a Leiva mientras señalaba con el dedo aquella estampa de luz hopperiana.

—¿Tú la ves?

El silbido cesó de golpe, como aguardando una respuesta.

—Qué oportuna, ¿no? —Sonrió Leiva.

Nos acercamos atraídos por un imán invisible y nos sentamos en sendas banquetas que cojeaban directamente sobre el pavimento. La minúscula cocina, de un crema grisáceo que debió de ser blanco alguna vez, tenía un viejo fogón y media nevera, también un pequeño fregadero con grifo, aunque no parecía que allí, en medio de la calle, pudiese estar conectada a una toma de agua o electricidad. Las paredes repletas de fotografías Polaroid firmadas, amontonadas unas encima de otras, permitían ver a Raphael, José Carreras y Montserrat Caballé, Julio Iglesias bocabajo, las Grecas y aquel tipo que cantaba lo del mojo picón. Por encima de nuestras cabezas, un loro disecado nos vigilaba fijamente con su ojo de cristal, y me estremecí de grima.

—Buenas noches —saludó el loro de forma inesperada.

Leiva y yo dimos un respingo. La cocinera le dirigió una sonrisa maternal y acarició sus plumas azules.

—¿Puede volar? —preguntó Leiva señalando al loro con la barbilla.

—Por supuesto. —Su voz era grave y aterciopelada, de locutora de radionovelas—. Aunque no es fácil alejarse del suelo.

No sabría calcular la edad de aquella mujer, entre treinta y sesenta

todo era posible. Llevaba un mandil blanco anudado alrededor de su amplia cintura, y el cabello recogido en un moño imponente al que le faltaban milímetros para rozar el techo. Ojos vivos y penetrantes, sonrisa de niña traviesa, sus brazos sonrosados me recordaron a las magdalenas recién hechas.

—¿Y si no encuentra el camino de vuelta? —dije.

—Quizá acabe en un lugar mejor.

—O peor.

—Ese es el riesgo.

Echó dos filetes gruesos en la plancha caliente con un frishhh, luego picó setas, guindilla, añadió especias, moviéndose dentro de aquel reducido recinto con la soltura que proporciona la experiencia.

—Bajo la piel se oculta nuestra parte más sucia —filosofó—, tubos, pellejos y vísceras que trabajan sin cesar y constituyen lo que somos en realidad. Criar esos tejidos blandos y repugnantes es la esencia de lo que llamamos gastronomía.

—Se nota que te gusta cocinar —comenté mientras observaba a un imberbe Camilo Sesto, Raffaella Carrà rubicunda y lentejuelas, Sarita Montiel fumando pelirroja.

—Lo que me gusta es crear nuevas recetas. —Añadió una cucharada de cacao y picó unas hojas extrañas—. Lo más importante es la materia prima. Si trabajas con un buen producto, todo lo demás viene rodado.

—Pues igual que a nosotros —apuntó Leiva—. Somos músicos.

Deseé que hubiera sacado la cámara y ver mi foto entre Santiago Auserón y Germán Coppini, por ejemplo, pero no lo hizo.

—¿Y sois buenos? —dijo ella mirando el trofeo olvidado en un extremo de la barra.

—¿Lo dices por esto? —Leiva lo contempló un rato.

—Sí, ¿qué representa?

—Que le damos a la gente lo que le gusta, nada más —resolvió Leiva.

—Sí —coincidí—, hay que dar a la gente lo que le gusta.

Ella sonrió mostrando unos dientes pequeños y blancos, separados entre sí.

—La gente compra muebles de Ikea y come patatas fritas congeladas; consume lo barato y fácil, aunque no le guste demasiado. —Le ofreció al loro pipas de girasol—. Él también comería pan duro si no hubiese nada más…

Solo con el pico y su lengua negra, el loro pelaba cada pipa en un santiamén y tiraba la cáscara al suelo.

—Vivimos una época distinta —musitó Leiva después de unas diez pipas.

—Ya no existen tiendas de discos —me disculpé por los dos—. Ahora te enmarcan un cuadro o te venden tarjetas de memoria.

Nos quedamos callados un rato.

—En realidad, esto no significa nada —dijo Leiva de pronto mientras cogía el trofeo—. De hecho, te lo regalo.

Me sorprendí, un poco celoso. Ella también pareció sorprendida.

—¿De verdad? —Lo estudió despacio y lo colocó en una estantería apartando varios frascos—. Tal vez pueda serme útil…

Cortó en rodajas un par de tomates deformes, no de esos bonitos y homogéneos que venden en los supermercados y recuerdan al chicle cuando los masticas. Los aliñó con sal, aceite y vinagre y los probamos con deleite, mojando pan en la salsa, mientras ella montaba dos platos perfectos con rapidez y los ponía delante de cada uno. Comimos en silencio y casi podría jurar que nunca he vuelto a comer un filete tan delicioso, salvo otro que comí unos meses más tarde.

—Así que músicos… —dijo, evaluándonos con la mirada—. Hay mucha gente fantástica que toca en la calle o canta en el metro. Suelo invitarlos a cenar, y a cambio me cuentan su historia. El arte existirá siempre.

—También los artistas muertos de hambre —añadí.

—De vez en cuando sienta bien ver a la muerte de cerca —dijo ella.

El loro empezó a silbar La muerte tenía un precio mientras la cocinera servía tres chupitos de hierbas de una sucia botella de cristal. Cogió el suyo y lo alzó a la altura de mis ojos.

—Por los artistas muertos de hambre. Nazdrave —dijo con fuerte acento antes de beberlo de un trago.

—Nazdrave —la secundó el loro.

Chapurreamos nazdrave y repetimos el ritual. El fuego invadió mi aparato digestivo de forma agradable.

—Bien. —Nos preguntó sirviendo tres chupitos más—: ¿Y cuál es vuestra historia?

Eso me preguntaba yo.

—Creo que no tenemos ninguna.

—Hemos hecho un concierto —dijo Leiva.

—Uno muy pequeño —dije yo.

—Pero estupendo —dijo él.

Estupendo para él; extrañísimo para mí. Me pregunté si entre nosotros habría algo más allá del Galileo.

—Entonces creo que nos hemos encontrado demasiado pronto —dijo la cocinera—. Podemos vernos de nuevo después de vuestro viaje.

—¿Qué viaje? —pregunté.

—La vida siempre es un viaje.

—Bueno, ya veremos adónde nos lleva el destino —dijo Leiva.

—Ah, sí, el destino. —Ella nos miró a uno y a otro—. Nunca te lleva adonde deseas.

Empecé a sentirme tremendamente incómodo, como si hubiese cenado demasiado.

—Pues parece que tú has estado en muchos sitios.

—Yo soy una viajera mental —dijo dándose unos golpecillos en la sien—. Con la imaginación puedes ir a todas partes, ¿a que sí?

Su boca sonreía, pero sus ojos no. Me dio la impresión de que eran agujeros profundos como lagos profundos, escondiendo cualquier cosa. Noté un retortijón en las tripas.

—Me gusta tu camioneta —dijo Leiva evaluándola con ojo clínico.

—Solo le falta un baño para ser perfecta —opiné.

La cocinera se rio.

—Hay cuartos de baño que es mejor no frecuentar, ¿no te parece?

Me puse colorado, sospechando que ella sabía algo… De pronto tuve la sensación de que flotábamos en el espacio, la calle parecía tan lejana y negra que no podía ver el suelo bajo mis pies, y sentí un vértigo espantoso que me subió desde el estómago.

—Tenemos que irnos —dije—. ¿Qué hora es?

—Siempre es aquí y ahora, señor Ferreiro —dijo ella.

Parecía decepcionada y tuve una sensación rara, como de náuseas.

—Te lo contaremos todo la próxima vez que nos veamos —dije por decir.

Leiva me miró frunciendo el ceño.

—De acuerdo… —dijo ella con suavidad.

Abrió la nevera y cogió un viejo cuaderno de tapas gastadas, demasiado grande para ser la típica libreta de hacer cuentas. La vimos repasar algunas páginas murmurando con los labios hasta detenerse a escribir algo mientras asentía con la cabeza, aunque me dio la impresión de que no apuntó bistec a la plancha con guarnición, sino otras cosas, tal vez conjuros y maleficios.

—Parece que me vais a dar más trabajo del que pensaba…

—No te preocupes: nosotros comemos cualquier cosa.

—Pues yo no.

No sabía de qué estábamos hablando y se me ocurrió hacer un chiste. Me suele pasar cuando estoy nervioso.

—¿A nosotros no nos invitas? —Intenté sonreír con soltura, pero me salió fatal.

Ella se echó a reír como si hubiese contado un chiste.

—Te crees muy listo, ¿no? —dijo clavándome la mirada.

Hubo unos instantes de silencio tenso, en espera de algo indefinible. Finalmente ella cerró su cuaderno con un golpe seco mientras chasqueaba la lengua varias veces y negaba con la cabeza. Y ese gesto de negación me congeló algo por dentro.

—En fin, ya veremos si vuestra historia merece la pena —dijo muy seria—. De momento tenéis que pagar.

El loro empezó a silbar.

5

Aquella misma noche, como si súbitamente hubiese decidido que yo debía volver a casa, Leiva me acercó a la estación de Chamartín. Me dejé llevar sin resistencia, dócil como una oveja después de una trashumancia agotadora. Al atravesar el vestíbulo contemplé las altas y cilíndricas bóvedas, como enormes tubos de teletransporte, tan parecidas a gusanos que me dio grima pensar que estaba a punto de introducirme en uno de ellos. Descendimos al pasillo subterráneo repleto de pantallas. Cada pocos minutos, una señal electrónica indicaba la vía para un recorrido, y un grupo de personas desaparecía por la escalera diez, rumbo a Saturno.

—¿Te llamo mañana? —le pregunté.

Una corriente de aire helado, típica de las estaciones de tren, me provocó un escalofrío.

—Mejor te llamo yo —dijo él.

El altavoz anunció mi destino. Leiva se despidió con un copas de yate flojo, sin mucha fe, y me empujó hacia el torniquete de mi vía.

—Saluda a los chavales de mi parte —añadió con cortesía.

Y se marchó sin mirar atrás, diluyéndose en la acuarela de aquella gente que miraba pantallas con obediencia.

Cuando el tren partió, desapareció la gran urbe y salté al negro hiperespacio. En aquella oscuridad tenebrosa, durante seis horas solo pude ver mi propio reflejo en la ventana, como transitando la Tierra Media hacia Gondomar, mi Gondor personal, comarca de andanzas romanas y germánicas, petroglifos y dólmenes, bosques y ríos. Si Gondomar era Gondor, Madrid era Mordor, tierra seca y volcánica donde se forjaban anillos de poder. No rechazaría tener uno de esos, aunque en realidad nunca me gustaron los anillos.

Proporcionaban a mi mano un aspecto pulcro y repelente, de estilo sacerdotal, que me ponía los pelos de punta. En cambio, Leiva poseía un joyero bien surtido, con calaveras, ruta 66 y demás parafernalia, peso añadido que le impedía levitar en su flacura. En los aeropuertos siempre tardaba un buen rato en desprenderse de tanto metal para no pitar en el control, formando una caravana de impacientes.

Recostado en mi asiento me engarcé un auricular en cada oreja y conecté la radio. Las ondas nocturnas suelen programarse para insomnes preocupados, suicidas potenciales, deprimidos por el desamor o conspiranoicos gubernamentales. Pasé de una emisora a otra buscando algo ameno hasta decidirme por una voz metálica y femenina que disertaba sobre el apocalipsis maya. Por lo visto los mayas habían pronosticado el fin del mundo para dentro de unas semanas, y me resultó curiosa esa obsesión recurrente por la destrucción de la humanidad. Supuse que lo que daba más rabia de morirte era que el resto de la gente siguiese viva; era muchísimo mejor que se muriese todo el mundo a la vez. El método era lo de menos, Lars von Trier imaginó al planeta Melancolía chocando contra el nuestro, y esa certeza de un final definitivo provocó en su depresiva protagonista una sumisión relajante, disfrutando incluso del evento, un alivio para inadaptados y dementes. Tal vez por eso cada cierto tiempo se propagaba una amenaza catastrófica. El efecto 2000, por ejemplo, que ya casi nadie recuerda, vaticinaba un viaje en el tiempo a 1900, luz de gas y máquinas de vapor, el Titanic zarpando de nuevo desde Liverpool, el acabose de la civilización. Sin embargo lo único que sucedió, que yo sepa, fue que una biblioteca de Pensilvania creyó que había prestado un libro durante un siglo, y un paquete tardó en llegar a su destino diecinueve años, según el recibo de MRW. Eso fue todo, más o menos. Si aquellas mentes sesudas de los ochenta, capaces de crear constructos fabulosos como Internet y WhatsApp, supiesen algo de los mayas, no habrían olvidado incluir entre sus cálculos un simple calendario.

Conseguí dormitar hasta Vigo, con un traqueteo incrustado en la cabeza, convencido de que aquello del fin del mundo no iba conmigo. Y, sin embargo, ya había llamado a mi puerta, aunque yo aún no lo sabía.

Leiva no me llamó al día siguiente, ni en muchos días supe nada de él.

Abrí la portezuela de la cápsula y, sin la incómoda escafandra, contemplé el planeta allí abajo, azul y limpio. Salté al momento y me di cuenta de que no tenía por qué caer, podía volar en la dirección que desease tan solo extendiendo mi brazo derecho, como Superman. El aire frío agitaba mi pelo largo, mi barba larga, mis piernas desnudas bajo la bata, mientras sobrevolaba un mapamundi de exquisitos colores marinos y selváticos, tierra amarilla, turquesa y coral. Dejé atrás las colinas esmeralda de la Comarca y el río Brandivino, Rivendel y sus cascadas, las cavernas oscuras de Moria y Benavente. Acaricié con la mano los áridos picos de las Quebradas del Sur y las Tierras Brunas antes de sobrevolar Isengard y Rohan, y por fin, más allá del monte Galiñeiro, estaba Gondor, con su roble calvo y la muralla de eucaliptos, la oveja que pastaba en el césped sin cortar, y mi viejo libro de tapas de cuero donde escribía canciones cada noche. Todo era plácido y bonito.

Quise llegar cuanto antes y escribir un nuevo disco entero, así que aumenté la velocidad solo con el poder de mi mente, rozando las copas de los altos árboles como un misil, el increíble hombre bala surcando los pastos. Pero me di cuenta de que iba demasiado rápido. Demasiado ansioso por llegar, iba a colisionar contra mi casa dentro de un segundo. De pronto apareció ante mí un loro que silbaba Don't worry, be happy, con las plumas tan azules que hacía daño mirarlo. Lo seguí planeando hacia una zona despejada, agua blanda para recogerme en la caída que ya mojaba la punta de mis zapatillas. Aunque algo no iba bien porque olía fatal, a ciénaga apestosa, y bajo la superficie del agua estancada y burbujeante vislumbré a los muertos, pálidos e hinchados, los que se habían quedado atrás definitivamente. Intenté contener la respiración ante aquel hedor repugnante braceando en pleno vuelo para no caer de cabeza, pero estrellé contra el pantano. Las aguas sucias y espesas me engulleron, los muertos me acogieron en un abrazo amoroso que me hizo gritar de terror, y el lodo se me metió por la nariz y la boca, provocándome arcadas dolorosas.

Me desperté pegajoso de sudor y corrí al baño. Vomité bilis y una

pequeña píldora que se hundió lentamente en el váter. A saber qué efectos secundarios ocasionaba la hija de puta; fetidez delirante, probablemente, porque, a pesar de estar despierto, toda la casa seguía oliendo mal. Me resultó tan insufrible que me extendí un churretón de Vicks VapoRub en el bigote, anulando mi sistema olfativo con una nube de mentol. Empezaron a picarme tanto los ojos que tuve que ponerme las gafas de sol mientras desayunaba una tostada que sabía a dentífrico.

Con el volumen a tope y una desatada Mónica Naranjo declarando a gritos su supervivencia, tardé un rato en percatarme de que llamaban a la puerta.

Amaro me miró estupefacto, con gesto de asco o pavor. Temí haberme transformado en Gollum durante el sueño.

—¡¿A qué huele?, por Dios! —suplicó tapándose la nariz.

—¿Tú también lo notas? —Sonreí aliviadísimo.

¿Ya mencioné que tenía el estudio en el sótano? Alargado, de cuatro por ocho metros, gomaespuma en el techo, mil enchufes, cables y tal. Durante la bonanza había comprado el equipo necesario para grabar yo mismo y, poco tiempo después, ya estaba todo desfasado, así son las cosas. Poco a poco fui dejando allí multitud de trastos, instrumentos, bafles, atriles, una silla del salón que alguien bajó para escuchar un tema, un mueble con cajones, cajas de embalaje, flight cases vacíos. Sin duda era el mejor lugar de la casa, donde podía atisbar algo de felicidad.

Hacía un año que no lo pisaba.

Con gafas de sol y ambos bigotes pringosos de Vicks VapoRub, bajamos al jardín y abrimos la puerta corredera. Mi estudio nos recibió maloliente, mohoso y moribundo. De pronto era mucho más pequeño, el techo más bajo, sus medidas torcidas, la pared interior mostraba una enorme mancha de humedad con puntitos negros. Aparté mi dedo de un teclado al notar una pátina pegajosa y verde mientras una salamandra viscosa reptaba hacia un rincón. En algún lugar se escuchaba una gotera enloquecedora depositando en el suelo un charco, espeso y marrón, reseco en algunas partes, que

avanzaba hacia el viejo sofá como lava. Me di cuenta de que mis propias heces brotaban de la pared empapando partituras, cómics, cojines, alfombra…; todo. Una escena escatológica de La espuma de los días.

Empezamos a gritar a la vez, huimos corriendo y vomitamos al pie del roble, uno al lado del otro, lo que nos quedaba en el estómago. Cuando recuperé el aliento, empecé a jadear y a escupir saliva tóxica, convencido de que jamás me desharía de aquella sensación pantanosa en los pulmones.

Amaro me miró con la mano apoyada en el tronco del árbol.

—Esto es demasiado. —Babeó con tristeza—. ¿Se puede saber qué cojones has hecho?

—Nada.

¿Qué quería decir? Parecía un padre riñendo a un niño travieso por una ventana rota.

—Pues para no haber hecho nada estás destrozando tu vida.

Me indigné, claro, como el niño travieso que no tiene la culpa de que otro haya roto el cristal. Amaro se incorporó y me miró desafiante.

—¿Y ahora qué?

—Pues no sé… Habrá que llamar a emergencias, o a los bomberos —improvisé.

En realidad, no tenía ni idea. Amaro sonrió como si yo hubiese contado un chiste.

—Ya puestos —opinó—, ¿por qué no al Ejército?

No supe si se estaba burlando de mí o hablaba en serio.

—¿Eso no es para zonas catastróficas o algo así?

Miré mi casa, desintegrándose poco a poco, y me dio la impresión

de que se hundía en sus propios cimientos ante mis narices. Una zona catastrófica en toda regla.

—Tal vez lo mejor sea quemarla…

—¡Basta! —Amaro perdió los nervios dando saltitos histéricos—. Estoy harto de tus mierdas.

Solté una carcajada. Tenía gracia, ¿no? Mis mierdas, un artista de mierda, la mierda del estudio…

Amaro me dio una bofetada.

Me quedé asombrado. Quizá hubo un segundo en el que los relojes se detuvieron, el viento cesó de mover las hojas, el planeta dejó de girar sobre sí mismo, la muela latió levemente resurgiendo de su hibernación.

Con el bigote todavía pringoso, Amaro se despojó de camisa, zapatos y calcetines.

—La zona catastrófica empiezas a ser tú —declaró antes de saltar a la piscina.

Igual que al Overlook, a mi casa le suelen convenir mis neurosis. Que ella sola decidiese convertir mi estudio en cloaca tenía visos de justicia poética que me negué a aceptar y contacté con un chapuzas de la zona.

—Tienes pinta de denisovano, ¿no? —me saludó.

Pues él tenía pinta de haber salido de La Jetée, pensé, pero no dije. Bajito, pelo largo y gris que sujetaba con una coleta, barba larga, flaco y desaliñado, pantalones flojos, gafas de pasta y ausencia de un diente incisivo delataban su indiferencia constitucional. Lo acompañaba en su tarea un perro, grande y negro, con el que mantenía sensatas conversaciones y que me gruñía cada vez que lo rozaba sin que a su dueño le importase un pimiento.

Lo llevé al estudio apretándome la nariz con los dedos. Se situó

frente a la gran mancha y la estudió con ojo clínico. Si advertía la peste no lo demostraba. El perro, en cambio, se quedó fuera olisqueando el roble.

—¿No notas ese olor extraño? —le pregunté.

—No debería resultarte extraño. —Me miró a través de sus cristales gruesos—. En realidad, huele a ti.

Me puse colorado.

—Qué abandonado está esto, ¿no? —Cogió un Muy Interesante reseco y le echó un vistazo tan tranquilo.

—Escucha: si no lo soluciono rápido me voy a morir de asco —supliqué.

—De acuerdo. —Dobló la revista y se la metió en el bolsillo—. Veamos…

Se acercó a la pared, la husmeó y golpeó con los nudillos en varios sitios. Luego se dio la vuelta y miró la estancia. Durante un minuto permaneció estático como una estatua, tan inmóvil que creí que se había muerto de pie.

—El suelo está desnivelado —dijo finalmente.

—¿Qué? —Miré la colada de pringue.

—Un declive del dos o tres por ciento.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la evacuación fluye hacia el oeste —extendió su brazo derecho señalando el fondo del estudio—, en lugar de hacia el sur —extendió el izquierdo señalando el jardín—, que es lo lógico.

Sin un solo pestañeo, de nuevo se quedó quieto en esa singular postura, de juez de línea o controlador de pista de aterrizaje.

Desconcertado, rocé su manga y dio un respingo, cogió un lápiz grueso de carpintero, se acercó a la mancha de la pared y dibujó su

contorno. Luego pintó varias equis misteriosas, curvas, rayas. Se alejó para ver con perspectiva el diseño, sacó el teléfono y le hizo una foto que me enseñó circunspecto.

Suponía que me iba a explicar recorridos de cañerías o algo así, pero lo que vi era un elefante, con trompa, ojo y oreja.

—Está majo, ¿no? —dijo.

Me quedé tan pasmado que no supe qué decir. Salió mirando el teléfono y lo seguí nervioso hasta su sucia furgoneta, abrió el portón trasero, se puso un casco enorme con un visor en los ojos y volvimos al estudio.

—Ajá. —Echó una ojeada asintiendo.

Se quitó el casco y me ayudó a ponérmelo. Era como las cámaras infrarrojas de las películas y todo cambió de color. Los teclados, cables y ordenadores brillaron como pintados con grafiti. Entonces miré hacia arriba y vi el cosmos sobre mi cabeza.

Abrí la boca, fascinado. El fondo ya no era blanco sino negro, y la humedad se extendía en constelaciones de un verdiazul fosforescente. Toda una galaxia se desgajaba por techo y paredes trazando ríos de una hermosura arrolladora. Extendí la mano, convencido de poder tocar una estrella con la punta de mis dedos, pero él me quitó el casco con brusquedad.

—Es mejor no ponérselo durante más de un minuto. Hay que tener cuidado con estas cosas.

Echó una última ojeada al estudio mientras yo aguardaba su veredicto, deseoso de que me dijese que todo era facilísimo y barato de solucionar. Pero dijo lo que nadie quiere escuchar de boca de un fontanero.

—Hay que picar.

Casi lloro.

—¿Cuánto crees que tardarás en repararlo? —balbuceé.

Me miró con gesto de extrañeza mientras se encogía de hombros.

—¿Cuánto tardas tú en hacer una buena canción?

Me ruboricé de nuevo y recordé aquella ocasión en que un productor de la Warner me pidió un hit, así por las buenas, y me entraron ganas de escupirle en un ojo.

—Lo primero que hay que hacer es cerrar la llave de paso —dictaminó.

—¿Y qué voy a hacer mientras tanto?

—Pues abonar el jardín, ¿no? —sugirió.

Esta vez, en cambio, palidecí.

—Pero tranquilo —añadió mirando al cielo—, vienen chubascos.

A pesar de que aquello me provocó un estreñimiento instantáneo, debo admitir que los días siguientes el trabajo manual adquirió un valor nuevo y desconocido. Desmontamos el váter y sondeamos sus entrañas con odómetro y boroscopio, realizamos cálculos sobre los intestinos de mi casa intentando comprender su organismo y digestiones. Aprendí a usar la maza, la importancia de los ángulos y el equilibrio, y que palabras como «lechada» o «mártir» ampliaban su significado en programas de bricolaje.

De vez en cuando aquel tipo se quedaba petrificado en su pensamiento, como si estuviese muy lejos, en una dimensión desconocida, aunque no parecía peligroso, y acepté esas desconcertantes pausas meditativas como parte de su personalidad, igual que él parecía aceptarme a mí sin cuestionarme. En resumen, me caía bien. Al final de la jornada laboral nos tumbábamos en las hamacas a fumar una hierba espectacular que cultivaba él mismo y me vendía a precio de coltán. Advertí que hacía días que la oveja brillaba por su ausencia y, descartado que hubiese peregrinado solita hasta Madrid, se me ocurrió de pronto que el perro y ella hubiesen mantenido un cambio de impresiones con final violento. Tal vez podría sustituirla sin que el vecino se diese cuenta; al fin y al cabo, la ventaja del rebaño se esfumaría si sus miembros se

diferenciasen unos de otros. La ciencia había decidido clonar a Dolly por alguna razón.

—Tengo que conseguir una oveja —dije.

El fontanero me miró a través de los polvorientos cristales de sus gafas con gesto de sospecha. Luego fumó un rato en silencio, sopesando la situación con delicadeza.

—Creo que necesitas una novia —opinó.

Lo que de verdad necesitaba era algo que me obligase a salir de mi cloaca particular y, afortunadamente, Aldeas Infantiles me propuso un concierto prenavideño para ayudar a niños gallegos en proceso de exclusión social. Nadie puede negar que no hay nada como un espectáculo benéfico para lavar conciencias, y la mía estaba tan sucia como mi casa. Me reuní con una mujer minúscula de la edad de mi abuela, con una chapa publicitaria de la organización en la solapa. Recalcó que lo único importante era recaudar lo máximo posible, así que me dio permiso para llevar a quien quisiera.

Por supuesto llamé a Leiva, que, después de mucha insistencia, al fin contestó al teléfono.

—Estoy enfermo —me saludó.

¿Y? Yo me sentía enfermo, mi casa estaba enferma; de hecho, todo el mundo estaba enfermo en mayor o menor grado, y no dejaba de hacer cosas.

—¿Qué te pasa?

—Un eccema extraño.

—Habrás comido alguna porquería.

—Creo que alguien me ha infectado.

Sí, yo mismo, pero solo un poquito. De hecho, me pasé una tarde entera leyendo en internet sobre los efectos beneficiosos de beber

orina, al menos la propia. Hay cantidad de gente rara por ahí.

—Te habrá picado una araña —sugerí.

Eso se decía por Gondomar ante granos sospechosos y siempre te quedabas más tranquilo, aunque olvidé que los madrileños tenían fobia a todo lo que tuviese más de cuatro patas.

Cambié de tema y empecé a hablar con entusiasmo del concierto, un magnífico duelo mano a mano sobre el escenario. Que viniese a casa unos días, aire limpio, eucaliptos, cigarrillos de coltán…

—Suena bien, chulo, pero no sé si podré…

Me sonó a pegarme con un palo en los dientes.

Por la ventana, vi al fontanero en el jardín. Se estaba construyendo una cabaña de un metro cúbico con palés, para tener al enemigo cerca, dijo, mientras el perro esparcía meadas estratégicas con las que marcaba un perímetro de seguridad. Suspiré hondo sin entender por qué Leiva no decía simplemente que sí y que mañana estaría en la puerta de mi casa, como haría yo.

Llamarlo yo no había sido una buena decisión y me arrepentí de no haber encargado las negociaciones a IA, que con su voz suave era capaz de convencerte de lo que le diese la gana. Me lo imaginé en un cuartito repleto de pantallas y conexiones informáticas, manejando a la humanidad mientras acariciaba a un gato. ¿Qué diría él en un caso como este?

—Ferreiriño tiene otro partido. —Recurrí al chantaje emocional.

—¿Cuándo es el concierto?

Creí que casi le había convencido y me sentí poderoso. Yo era el Señor de los Anillos, la materia invisible que ordenaba el caos.

—El 21 de diciembre.

—Pues tengo un bolo, lo siento.

Después de colgar me aplastó la desilusión sin saber qué había

hecho mal. Era posible que la medicación aumentase mi torpeza o afectase a mi sagacidad natural, o puede que las pastillas no tuviesen nada que ver y siempre hubiese sido más torpe y menos sagaz de lo que creía. En cualquier caso, me dio la impresión de que Leiva no lo lamentaba en absoluto.

Para fastidiarle decidí pasar al plan B: organizar un concierto grandioso y multitudinario en el teatro principal de Vigo y convocar a un montón de gente.

Creí que por estar en el cartel habría tortas, pero no hubo ni una. Al parecer todo el mundo estaba muy ocupado, con bolos por aquí y por allá, nuevos discos y compromisos varios. Histérico, recurrí a aquel que nunca me fallaba, aunque estuviese harto de mis mierdas.

—Yo me ocupo —dijo Amaro en tono tranquilizador.

Mientras yo continuaba con las reparaciones del estudio, él contactó con varios colegas del gremio, incluido Rubén Pozo, lo cual me pareció muy audaz, aunque hasta el día anterior al concierto no iba a llegar nadie.

Me dio un sofoco.

—¿Y cuándo vamos a ensayar?

—No se puede tener todo —respondió Amaro sin alzar la voz.

Ya.

La víspera del concierto le pedí al fontanero su vieja furgoneta, que, a pesar de los bidones para vaciar y limpiar el pozo negro, tenía el tamaño adecuado para trasladar a una banda numerosa con estuches de instrumentos, amplificadores y tal. Me senté al volante y estornudé unas cien veces antes de encender un motor que petardeó alegremente expulsando humo negro como el carbón.

—Trátala con cariño —me recomendó—; no dejes que se enfade.

Estuve a punto de preguntar a qué se refería, pero consideré que no

valía la pena.

Podría decirse que los amigos que participábamos en el concierto constituíamos un grupo variopinto. Aparte de Amaro, de Vigo venían, o más bien ya estaban, Nicolás Pastoriza, Roy Basanta y Eladio Santos, que, con sus aperos respectivos y disensiones sobre política local, recordaban a los hermanos Dalton. Mientras conducía entre las calles les enseñé el cartel definitivo. Fondo color berenjena con estampado floral, estilo papel de pared setentero, y una foto enmarcada en líneas sinuosas en la que se me veía recostado sobre el teclado.

Lo examinaron en silencio analítico sin hacer ningún gesto.

—No se te ve muy animado —opinó Nico.

—Fue cosa de la fotógrafa —mentí.

—Pues menos mal que no te pidió que hicieses el pino —dijo Roy.

—Quedaría mejor con tipografía medieval —sugirió Eladio.

—¿Por qué?

—Todo queda mejor con tipografía medieval.

—No me gustan los que dicen que lo de antes era mejor —se lamentó Nico—. Lo único que echo de menos de los ochenta es la televisión, veníamos del blanco y negro y de pronto llegó el color.

—Pues yo solo canto en hexámetros —informó Roy.

—Pasé mi niñez viendo programas musicales en el salón de mis padres —prosiguió Nico—, pero ahora a la tele ya no le interesa la música, sino la competición, quién se hunde y quién triunfa, el enfrentamiento como formato, la cacería, confrontación en torno a cualquier cosa. Es algo malsano, queremos followers, la nueva fama, que nos deis la razón, el chivato como protagonista; hasta la política es espectáculo. En cambio, la música, el cine, la literatura, el arte…; todo sobra. Es perverso. Ya no hay clubes…

—A mí me gustaría reivindicar el pergamino Vindel. —Eladio alzó

el puño en actitud republicana.

—¿Por qué no tocamos en un club? —se quejó Nico mirando al vacío.

—Porque ya no existen —recordó Amaro.

Pues así estaban las cosas por el norte.

Desde el sur llegaron Noni, con su acento andaluz, y Álex Ferreira, con sus caracolillos a modo de casco, que, aunque venía de República Dominicana, indudablemente también era sur. Ambos nos esperaban en la puerta del hotel envueltos en un sentido del humor que traían de serie y no encajó bien entre los Dalton, poco chistosos por naturaleza. De todas formas, los sureños también dejaron de sonreír en cuanto vieron el póster. No pude evitar pensar que nos habíamos equivocado en el elenco y lancé una mirada de preocupación a Amaro. Él me devolvió otra que, si pretendió aliviar mi angustia, esta vez no lo consiguió: no era fácil ordenar el caos cuando el caos imperaba en lo más profundo de ti mismo.

Después de las presentaciones y palmadas en la espalda de rigor, conduje a norte y sur hasta mi estudio en la abarrotada furgoneta.

Las reformas del estudio iban bien. Las lluvias y el frío contribuyeron a limpiar el ambiente, y despejarlo de mil trastos ayudó a recuperar un espacio necesario para meter a tanta gente. Abrí la puerta corredera desde el exterior y con los brazos en jarras mostré orgulloso mis posesiones, pero me di cuenta de que los demás se quedaban fuera en silencio.

—¿Qué pasa?

Los seis me miraron como si una tarántula caminase sobre mi cabeza. Entraron cautelosos y con expresión asustada, manos y jerséis tapando narices y bocas, y contemplaron la pared picada en surcos verticales hasta el techo, donde un boquete comunicaba con el cuarto de baño del piso superior.

Antes sus caras estupefactas decidí explicar, como un catedrático impartiendo un seminario, que la casa poseía un aparato digestivo

parecido al nuestro, con una serie de tubos largos y tortuosos que iban desde la boca al ano, es decir, váter y fosa séptica. Con el dedo señalé el recorrido de las tuberías, cuyas forma y curvatura permitían a sólidos y líquidos moverse desde los diferentes desagües de la casa a modo de mecanismo peristáltico. El proceso de vaciado de las deposiciones se veía afectado por varios factores, dependiendo sobre todo del contenido graso, que, igual que en el cuerpo humano, se disolvía mucho peor en los jugos intestinales antes de formar parte de la materia fecal.

—En este caso, el problema proviene de dos desarreglos sucesivos —proseguí bajo miradas patidifusas—. Durante un tiempo, y por causas todavía desconocidas, el recorrido intestinal de las heces se realizó de forma tan lenta que se fueron atascando aquí y aquí —señalé los puntos fatídicos—, impidiendo cualquier evacuación, ya fuese sólida, líquida o gaseosa.

La obstrucción fue aumentando lentamente por el consumo continuado, y una parte de la masa se fue ablandando más de lo normal, fue haciéndose más pastosa y líquida, y se coló poco a poco a través de válvulas viejas o defectuosas que empaparon otros elementos absorbentes de la anatomía; a saber, paredes y suelos. De ahí venía la gran mancha de la pared. Abrí los brazos y la mostré fascinado, incidiendo en lo asombrosa que era la madre naturaleza al ser capaz de pintar elefantes con excrementos acuosos sin venir a cuento.

—A menudo —coloqué mi mano sobre la pared—, estas manifestaciones osmóticas vienen acompañadas de sensación de calor y sudor intenso. Por eso, a pesar del frío exterior, la superficie está cálida al tacto aumentando la temperatura de la habitación en varios grados. Podéis tocar si queréis comprobarlo.

Me miraron pálidos y verdosos antes de salir corriendo a vomitar a la vez en una ceremonia contagiosa que me desconcertó. Al cabo de unos minutos realmente extraños, en los que todos tosieron y escupieron al pie del roble como un coro disciplinado, insistí en que no era para tanto.

—Pues teníais que haber visto el primer día…

—Calla, por Dios —suplicó Eladio.

—Cuando venga el experto tenéis que poneros el casco de visión ultravioleta; vais a flipar.

—¿Quién? —Amaro se limpió el sudor de la frente.

—El fontanero. Es más caro que un psicoanalista, pero todo lo entiendes mejor —aseguré—. Al parecer, el olfato es un sentido extraño que no se comporta como los demás: si lo sometes a exposición constante de un aroma determinado, deja de percibirlo. Según él, ya inmune para siempre a cualquier hedor, eso fue una gran ventaja adaptativa que hizo evolucionar a la especie.

—No digas tonterías —dijo Nico entre jadeos.

Por lo visto, la evolución de la especie era muy lenta, y, cuando me empeñé en que esperasen allí mientras iba al aeropuerto a recoger a Rubén, por poco me linchan, así que todos se metieron de forma atropellada en la furgo como un camarote móvil de los hermanos Marx. De nada sirvió mi insistencia en la necesidad de al menos un ensayo previo, ajustar ritmos y melodías, ordenar la lista de canciones y los turnos de salida al escenario. Además, no cabíamos todos, la furgo estaba llena de bidones de productos químicos y, para mayor inri, faltaba un asiento.

—Tranquilo, man —musitó Álex—, ya nos apañaremos.

El trayecto hasta el aeropuerto ya no fue como ir a un funeral, sino como ir directamente en el coche fúnebre. Por el retrovisor atisbé cabezas calvas y peludas, norteñas y sureñas, de diversas gamas cerúleas, que eructaban de vez en cuando inundando el aire de una acidez estomacal muy poco agradable, sobre todo cuando un intenso aguacero obligó a cerrar las ventanillas y nos sumió en la oscuridad total.

—Enciende las luces —dijo Amaro—. No se ve nada.

—Me pregunto si ese fontanero conduce con el casco puesto cuando anochece —dijo Noni.

—A lo mejor sus ojos también han evolucionado hacia el espectro infrarrojo —sugirió Roy alardeando de que por el norte también se hacían chistes de vez en cuando.

—Están encendidas desde el principio —contesté rabioso.

El interior se llenó de vaho y froté el parabrisas con la mano dibujando un óvalo de visión precaria, tipo escafandra.

—Al menos este trasto se lava por fuera —dijo Nico.

—Lo peor es el estruendo. Da la impresión de estar dentro de una lavadora —opinó Álex.

Encajé las bromas sin protestar; de hecho, la situación parecía tan peligrosa que nadie se rio. Los limpiaparabrisas, dos varillas de juguete que se deslizaban sobre el cristal con un ruido molesto sin evacuar nada de lluvia, me obligaban a conducir despacísimo para no despeñarnos por la cuneta.

—Si hubieseis esperado en el estudio, habría venido en mi coche —dije molesto por aquella comunidad del anillo improvisada, asumiendo los múltiples peligros, pero quejándose nada más partir.

Callaron como niños amonestados por un Gandalf severo, tal vez considerando que el estudio habría sido la mejor opción para conocerse entre ellos plácidamente, contar putos chistes y dejarme en paz con sus náuseas y sonidos guturales. En cambio, ahora estaban húmedos y malhumorados, y tal vez con ganas de regresar a sus respectivas comarcas y mandar aquel proyecto a tomar por culo.

Tardamos tanto en llegar al aeropuerto que, en la entrada principal, bajo una liviana y ridícula chaquetita vaquera, Rubén tiritaba como un perro abandonado.

—Os presento a Rubén, de Pereza —dije sin más al retrovisor.

Saludos y parabienes corteses, luego nada. No era la ceremonia de bienvenida aeroportuaria que había previsto y arranqué rápidamente.

—¿A qué huele? —preguntó Rubén embutiéndose entre gruñidos y reacomodación de posturas.

—Lo entenderás cuando lleguemos al estudio —susurró alguno.

Bien, de momento la cosa iba mal.

—¿Podéis cambiar de tema? —sugerí nerviosísimo.

—Tú mira a la carretera —recomendó Amaro.

Miré los diez metros de carretera que podían verse y pisé el acelerador como si la pierna derecha se me hubiese quedado rígida de repente.

—¿Y qué es eso de la pereza? —oí a mi espalda.

—Se refiere al grupo que tenía con Leiva —aclaré.

—Ni me lo menciones, chulo —añadió Rubén.

Se hizo un silencio lúgubre recordando viejas alianzas profesionales, solo interrumpido por la tos del tubo de escape y el chirrido del embrague cada vez que cambiaba de marcha.

—Tener un grupo es jodido —opinó finalmente Noni—. A veces odio a Lori Meyers, pero no puedo vivir sin ellos.

—Sí —coincidió Eladio—, el concepto «seres queridos» siempre es relativo.

—Mis antiguos grupos me han visto llorar y arrastrarme por el suelo —se lamentó Nico—, me robaron canciones, me han puesto zancadillas y una vez hasta quisieron pegarme un tiro… —Soltó un profundo suspiro—. En realidad, los quiero un montón.

Yo también suspiré recordando a Los Piratas. Hubo una época en que pensé que jamás íbamos a separarnos, y sin embargo todo se torció.

—Creo que Leiva toca mañana en La Riviera —dijo alguien.

Sonó como una bofetada. Precisamente el último concierto de Los Piratas también había sido en La Riviera, y fue una despedida triste y maravillosa. Aun consciente de que no tenía ningún sentido, imaginé a Leiva capaz de organizarse un bolo cojonudo solo para no venir al mío, en un teatro de provincias y aún encima sin cobrar.

Respiré hondo y aumenté la velocidad por aquel pavimento empapado y repleto de curvas, mientras en la achacosa furgoneta se instalaba un mutismo incómodo que pronosticaba un concierto desastroso.

—Creo que está despejando —mentí para calmar los ánimos mientras fuertes ráfagas de viento nos zarandeaban de un lado a otro.

Miradas escépticas me acecharon desde el retrovisor. Para disimular la inquietud reinante encendí la radio, que contestó con un zumbido indescifrable.

—Busca algún cedé en la guantera —supliqué a Amaro.

El disco entró con docilidad y María Jiménez empezó a cantar Se acabó. Desconcertados, miramos la radio como si los extraterrestres se estuviesen comunicando con nosotros.

—¿De quién es esta furgo? —preguntó Rubén.

Se escucharon algunas risillas burlonas, y Amaro pasó a la siguiente canción, Te estoy amando locamente de Las Grecas. No nos quedó más remedio que reírnos, la verdad, mientras descendíamos la empinada colina con los ánimos visiblemente más relajados.

—Iván, aléjate de ese tipo.

—¿Dónde se compran estas rarezas?

—En el top manta.

—En gasolineras.

—Pues a mí me encanta esta canción. Habría que hacer una versión para mañana.

—Seguro que salimos en la prensa nacional.

—A saber cuál es la siguiente —dijo Amaro pulsando el botón de avance.

No reconocimos los primeros acordes, tipo excursión campestre, hasta que Cecilia empezó a cantar mi querida España, esta España mía, esta España nuestra, y estallamos en carcajadas. La tensión del principio se disipó por completo mientras tarareamos la letra a coro, y me sentí agradecido con la fontanería en general y sus estrafalarias elecciones, que habían transformado el mal humor generalizado en una fiesta.

Para acompañar a aquella energía renovada, de pronto paró de llover. Los músculos de mis brazos y cuello, contraídos hasta el extremo hasta hacía nada, se volvieron de goma, con una agradable sensación anestésica, convencido del éxito de la función. Teniendo en cuenta que ya habían vomitado todos, nadie protestaría por el olor del estudio, y, mientras Rubén abonaba el roble, los demás podríamos empezar a trabajar de una vez.

—Iván —advirtió Amaro—, creo que vas muy rápido.

A mi espalda se hizo un silencio tenso y entonces me di cuenta de que, igual que en una película muda, íbamos a cámara rápida por una empinada carretera que parecía el cauce de un río. Contuvimos la respiración ante un magnífico rayo de sol crepuscular que iluminó la ciudad entera con la ría al fondo, y sentí un repentino ataque de vértigo al ver la altura de la caída por la ladera, más pronunciada de lo que imaginaba. Empecé a sudar aterrado. La inercia de un vehículo antiguo con exceso de peso no era fácil de manejar, y supe por instinto que si pisaba el freno podía provocar una matanza. Con suspiros ahogados, vimos acercarse a velocidad imposible la siguiente curva, tan cerrada que tuve mis dudas sobre si llegaríamos hasta el teatro dando vueltas de campana. Giré el volante y las ruedas giraron con obediencia, pero por alguna razón la furgoneta siguió en línea recta tomando sus propias decisiones.

Cecilia siguió cantando plácidamente cuando empezamos a derrapar. Pisé el freno y la repentina tracción hizo girar la furgoneta al fin, pero basculando con energía a uno y otro lado

como en un baile caribeño, hasta estabilizarse en espeluznante equilibrio solo sobre dos ruedas. Petrificado de pavor, vi el horizonte en un ángulo equivocado y supe que un movimiento en falso haría que volcásemos. La siguiente curva llegó sin tiempo para reaccionar mientras a mi espalda escuchaba súplicas y plegarias a los dioses del estilo frena frena o no quiero morir. Un nuevo abismo se abalanzó hacia nosotros, y todos empezamos a chillar enloquecidos. Un segundo antes de despeñarnos di un volantazo y las ruedas aterrizaron sobre el asfalto con un golpe brusco, directos hacia un árbol. Los gritos arreciaron mientras yo giraba de nuevo invadiendo el carril contrario, por el que apareció un coche con luces azules en el techo cuyos vaivenes vacilantes hacían pensar que en su interior experimentaban un espanto no muy distinto del que se vivía dentro de la furgoneta, transformada a esas alturas en puro alarido. Ambos conductores intentamos rectificar la trayectoria de impacto hasta perder el control zigzagueando por la carretera en un ritual macabro, que terminó con dos trompos simultáneos y los vehículos detenidos frente a frente a unos cinco milímetros de distancia.

Hubo un momento en que pensé que finalmente había conseguido matarlos a todos, porque nadie se movió ni dijo ni pío. En cambio, justo cuando Mocedades comenzaba a entonar Tómame o déjame, del otro coche bajó un guardia civil ileso, pero enfurecido.

Uno podría pensar que los calabozos siguen siendo lugares húmedos con barrotes y un retrete a la vista, pero aquel cuarto limpio con mesa, sillas y una ventana que daba a la calle nocturna era apenas una sala de espera y casi me sentí decepcionado.

Desde un punto de vista conceptual no hay nada más cutre y deprimente que una sala de espera, y para los impacientes como yo, cualquier espera representa el infierno. Sin embargo, palpé el valor de la amistad auténtica cuando, a pesar de haber visto la muerte de cerca, nadie del grupo me exigió explicaciones ni me dirigió ningún reproche. Más bien al contrario, intentaron animarme jovialmente disertando sobre calabozos y potenciales fichas policiales vergonzantes para cualquiera menos para rockeros. De hecho, alguno sugirió que podíamos cambiar el cartel del concierto, que

por lo visto les parecía de un banquete de primera comunión, por una foto de todo el grupo entre rejas.

Quizá saber que estás vivo de milagro afloje alguna cosa cerebral, porque nos dio una especie de ataque. ¿Sabéis cuando se desencadena un episodio de risa boba y descontrolada e, incluso sabiendo que es del todo inconveniente, no hay manera de parar? Pues así nos reímos a lo loco, y nos sentó bien porque en realidad no queríamos pensar en estadísticas de tráfico ni conciertos abortados ni en furgonetas confiscadas ni en la posibilidad de fichas policiales. Así que soltamos toda la tensión riendo hasta el exceso recordando los detalles escabrosos de nuestro accidente.

La risa se cortó en seco cuando se abrió la puerta y entró un batallón de guardias civiles con expresión hostil. Eran todos iguales, con sus uniformes sin tricornio, una legión de androides con boinas verdes y enormes botas negras listas para cocear.

—Se acabó la fiesta —susurraron al unísono.

La situación era tan grotesca, y estábamos tan acojonados ante la autoridad competente y serísima, que de nuevo estallamos en carcajadas contagiosas, aterrados de reírnos pero incapaces de parar. Si llega a ser al revés, si fuésemos nosotros los policías que detenemos a una pandilla adulta de imbéciles risueños, creo que nos habríamos hartado de dar hostias plenamente justificadas. Por suerte, aquellos hombres no se dejaron tentar por nuestra aparente crisis, sino que se limitaron a indicarles la salida a todos menos a mí. Yo era el conductor y, por tanto, el único responsable de aquel desastre.

Mis cómplices se resistieron un poquito con la boca pequeña, protestaron otro poquito mientras se ponían chaquetas y cazadoras, y maldijeron su suerte un poquito más al dirigirse en fila india a la puerta. Se despidieron con abrazos y gestos de comprensión, jurando que me sacarían de allí cuanto antes y esas cosas que se dicen a un condenado, y finalmente desaparecieron en la noche, eufóricos y felices.

De alguna manera, al principio me alivió quedarme solo, pero después de la risa vino el silencio, después del silencio el lamento,

y después del lamento la vergüenza al pensar cómo le iba a explicar a aquella mujer bondadosa y solidaria, que había organizado con ilusión y esfuerzo un concierto benéfico, que este nunca tendría lugar.

Las horas nocturnas transcurrieron lentas como años mientras esperaba no se sabe qué en aquella sala de espera, hasta que el amanecer emergió poco a poco por la ventana y me deslumbró. Era el 21 de diciembre de 2012, día del apocalipsis maya.

El cielo despejado, ausente de meteoritos o erupciones solares, indicaba que el fin del mundo no sería el final para todo el mundo, sino solo para mí. Derrotado, me incliné sobre la mesa y escondí la cabeza entre los brazos, casualmente en la misma postura que mostraba el maldito cartel, considerando la posibilidad de que fuese ese póster premonitorio lo que habían visto los mayas al calor de una hoguera y colocados de peyote, mil trescientos años atrás.

Me despertó alguien llamando a la puerta. Alcé la cabeza, aturdido, me levanté, agarré el pomo y la puerta se abrió como un milagro; quizá nunca estuvo cerrada con llave.

Era el fontanero.

—¿Qué haces aquí? —Atisbé por encima de sus hombros a ambos lados, pero no vi a nadie.

—Vengo a recoger la furgoneta.

—¿Qué hora es?

—Hora de largarse. Este lugar apesta —dijo husmeando una de las paredes impolutas antes de alejarse.

Hui mirando a mi espalda, inquieto por si aparecían los boinas verdes. Me escurrí sigiloso por anchos pasillos sin encontrar al fontanero, vigilando aquellas puertas cerradas tras las cuales dormitaban las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, hasta llegar a un viejo ascensor. Entré en él apresurado, con ganas enormes de fugarme de una vez, pero cuando iba a pulsar algún

botón vi que solo había dos, uno rojo y uno azul.

¿Qué significaba aquello? Tal vez si pulsaba el azul me convertiría en fugitivo de la justicia, pero si pulsaba el rojo me enteraría de que chupaban mis fluidos en alguna vaina acuosa instalada en una estantería eterna. Negué con la cabeza sin dar crédito, convencido de que alguien se estaba riendo de mí en alguna parte. Me encontraba en ese momento fatídico en el que Neo se da cuenta de que haber elegido la pastilla roja fue un error, aun sabiendo que la pastilla azul representaba una vida mediocre con dificultades para llegar a fin de mes. La súbita revelación de que lo de la píldora roja o azul era un callejón sin salida me impactó tanto que no supe qué hacer.

Salí rápidamente del ascensor bibotonal escapando de su acertijo maligno.

En algún sitio oí ruidos de voces y pasos que me provocaron taquicardia y me apresuré de nuevo por los pasillos en busca de un escondite. Encontré refugio en un cuarto de baño y me deslicé rápidamente dentro de un cubículo mientras escuchaba a mis captores aproximándose, seguramente con pistolas desenfundadas y porras listas para golpear. Ay, madre, me dio tanto miedo que la contención intestinal de mis propias tuberías por fin se liberó y no me quedó más remedio que utilizar el váter. Y ahí estaba, en plena faena liberadora, cuando oí abrirse la puerta del baño.

—Aquí, en cambio, huele bien —escuché decir al fontanero.

Tiré de la cisterna delatando mi posición, y salí aliviado en todos los sentidos.

Solo vi a la mujer diminuta de la edad de mi abuela, con chapa publicitaria de Aldeas Infantiles en la solapa. Su expresión aparentaba cierto consuelo por encontrarme, a pesar de que en las manos llevaba papeles oficiales que tenían pinta de ser mi expediente delictivo. Imaginé escritas en ellos las numerosas infracciones que había cometido: exceso de velocidad, traspasar la línea continua, poner el vehículo a dos ruedas, llevar a un pasajero de más, colisión con un coche patrulla. Tal vez proseguía con delitos más graves como posesión de cierta cantidad de

estupefacientes encontrada en la guantera o veinte litros de productos químicos sospechosos, que, aparte de desinfección y desatasco de piscinas, quizá podrían usarse para fabricar explosivos. Mi fin del mundo por escrito.

Me rendí dispuesto a afrontar las consecuencias, fueran cuales fuesen, entre las cuales estaba decepcionar a aquella santa que basaba su vida en un proyecto humanitario.

—Lo siento, pero hay que suspender el concierto —asumí.

—Y una mierda —dijo la santa.

Una vez me preguntaron si me gustaban los conciertos en teatros. Rotundamente sí. El teatro se alía con la música, ordena el universo en filas y columnas matemáticas que obligan al espectador a permanecer sentado de principio a fin. Si la pista de baile es un caos inestable de luces de neón, el patio de butacas es la oscura estabilidad cuántica.

Sin embargo, en un teatro los errores adquieren tono de tragedia. Cuando no has ensayado nada o pasas la noche anterior en una comisaría, y un pinchazo en la sien sugiere que los relámpagos de neón se producirán dentro de tu cabeza, entonces echas de menos un garito brillante y caótico que camufle tus defectos. En eso pensaba al escuchar con indiferencia que me retiraban el carné de conducir durante seis meses. En eso pensaba también mientras firmaba papeles en una oficina y recuperaba mi libertad. Y en eso seguía pensando al bajar con la señora en un ascensor repleto de botones numerados, que siempre debieron de estar ahí, aunque me había empeñado en no verlos.

La proximidad del apocalipsis se cernió sobre mí al salir a la calle nocturna, donde comprobé aturdido que mis amigos de verdad no me habían abandonado y aguardaban en la entrada con sonrisas y abrazos preparados para acogerme.

—¿Dónde está el fontanero? —pregunté subiendo a la furgoneta.

—¿Quién? —preguntó la señora montándose en el asiento del copiloto.

Creí que todavía estaba soñando al ver que los demás parecían sordos y me estrujaban en la parte trasera de forma apresurada. El portón se cerró con un golpe seco y, en un silencio tenso, surcamos calles desiertas a toda velocidad hasta un teatro en cuya puerta principal no había nadie. Aparcamos con un frenazo en el callejón lateral y contemplé entumecido la eficaz descarga de instrumentos y material. La marea nerviosa me empujó por los intestinos del viejo edificio y su laberinto subterráneo hasta una encrucijada donde mi salvadora se despidió de mí apretándome el moflete como a un niño travieso, perdonado a pesar de haber roto el cristal de la ventana.

La certidumbre del fracaso me aplastó y empecé a jadear de pánico. No podía hacerlo. Me temblaban tanto las manos que sería incapaz de manejar el teclado, mi agotada garganta solo podía graznar, y mi cerebro averiado no recordaba la letra de una sola canción, ni siquiera de las mías.

Intenté explicarles aquello tartamudeando y mal mientras me arrastraban hacia el camerino. Mis pulmones dejaron de funcionar y boqueé en busca de oxígeno como un pez fuera del agua. El fin del mundo había llegado en forma de síncope nervioso, y abrí mucho los ojos, anonadado por mi muerte inminente. Ellos me rodearon como un eficiente equipo de Fórmula Uno en el box. Roy me quitó el abrigo, Álex masajeó mi hombro derecho, y Eladio el izquierdo, Noni me hizo beber agua helada, Nico me enseñó el esquema del concierto con todas las canciones ordenadas y escritas en mayúsculas, Rubén se aseguró de que yo todavía sabía leer, y Amaro abanicó mi cara con una revista murmurando en tono sereno que todo iba a salir bien.

Me empujaron con suavidad por las estrechas escaleras de caracol que comunicaban con el patíbulo y subí despacio y agotado, como un androide al borde de la desconexión. A esas horas Leiva estaría ya en La Riviera, su pañuelo anudado al micrófono listo para sus fieles. Peldaño a peldaño, girando sobre mí mismo en un tirabuzón extraño que me acercaba al verdugo, valoré la magnitud de su abandono y me pareció imperdonable. Escalón a escalón sentí que la furia me elevaba del suelo proporcionándome una potencia

desconocida que recorría mis venas y tuberías. Mi corazón bombeó sangre a lo loco, las yemas de mis dedos cosquillearon en aquel bucle de ascenso y súbitamente me sentí capaz de seguir subiendo sin descanso, de subir hasta cuarenta mil metros de altitud, abrir la portezuela de la cápsula y estrechar a Felix entre mis brazos.

Todavía con un pie en el último peldaño, vi un magnífico piano de cola que presidía el espacio bajo un potente foco. Mis ojos se humedecieron ante aquel artefacto imponente y tuve que reconocer que era un buen lugar para morir, no sobre un viejo teclado, como auguraba el póster apocalíptico, sino frente a un hermoso Steinway perfectamente afinado.

Inspiré hondo por última vez y salí al escenario.

Entonces escuché un millón de aplausos.

Miré asombrado aquel gran espacio iluminado, repleto de butacas y envolventes palcos hasta el techo en los que no cabía un alfiler.

Creí estar sufriendo una alucinación. Mientras mis amigos salían a saludar al público y la ovación arreciaba, mi mentón empezó a temblar de forma descontrolada y sonreí con timidez a los componentes de mi delirio. Si aquello era una alucinación, solo podía agradecer a mi cerebro haber organizado un truco final tan perfecto.

En fin, no tengo ni idea de qué demonios pasó aquel día tan extraño, no sé si fue el fin del mundo o el principio de algo, solo puedo decir que contra todo pronóstico el concierto fue magnífico y eso sí que me dejó intrigado de por vida.

Después nos fuimos a La Iguana.

6

Odio entrar en un local y al instante escuchar una de mis canciones. En La Iguana esto no pasa jamás, ni siquiera sé si tienen alguno de mis discos, así que podría decir que es mi garito favorito y curiosamente en el que menos veces he tocado.

En los noventa, cuando la movida dejó de moverse, cuatro colegas hartos de tanto yeyé decidieron volver a los orígenes del rock y alquilar un bajo en Churruca, un callejón estrecho, adoquinado, húmedo, con aroma a fritanga y esa patrulla policial que ilumina de añil las sucias fachadas cada quince minutos. Los complementos perfectos para un local underground de suelos y paredes negras, banquetas y sillones de escay rojo, escaleras descendiendo al abismo, dos pasarelas gemelas sobre el vacío y varios conciertos semanales de rock del bueno. Fue un éxito. A la una y media de la madrugada no había ni un alma, pero desde las dos menos cuarto hasta las seis estaba abarrotado. Aún hoy, cuando la prensa habla de este lugar, siempre aparecen adjetivos como «legendario» o «mítico», y su camiseta es tan común en el resto del país como la de los Ramones. Nunca supe por qué eligieron el nombre de un reptil, pero supongo que para superar la decadencia ochentera fue preciso mudar hasta la piel de los párpados.

Los Piratas estrenamos aquel local antes de que lo inaugurasen, cuando todavía olía a pintura —cosas raras que pasan—, y me atrapó para siempre. Es ese sitio al que llevas a tus amigos de fuera para presumir de tu ciudad cuando te toca hacer de anfitrión, donde estás a gusto sin que nadie te dé la vara, y con uno de los camerinos más chulos que conozco, que ocupa el estrecho espacio entre el bajo y el primer piso del edificio. Se accede por una trampilla en el techo del almacén apoyando una pesada escalera de mano por la que subes a un entresuelo con tubos de ventilación plateados, sofá viejo, olor a tabaco rancio y un techo tan bajo que te obliga a caminar agachado, siempre alerta para no caer a través del hueco del suelo.

Era un buen lugar para tocar fondo acompañado de mis queridas equis y zetas. Céntrico y recóndito a la vez, sin el olor a mierda de mi estudio, allí saludaba a las visitas que subían por la trampilla y me despedía de los foráneos que descendían a las profundidades.

Al único que echaba de menos aquella noche era a Leiva.

—Que le den por culo —opinó Rubén.

—¿Estáis enfadados?

—Tiene algo que me pertenece.

Aunque la frase podría sonar a película de mafiosos, pensé que no merecía la pena enfadarse con un amigo del alma por un simple objeto. Muchas veces reflexioné sobre qué rescataría de mi casa si se declarara un incendio y nunca se me ocurría nada que mereciese la pena salvar, excepto quizá mi cafetera italiana o mi sartén de las tortillas. Me daría pena perderlas, incluso viejas como estaban, pero ni siquiera ellas eran insustituibles. No existía nada insustituible, y para dejarlo claro me mostré dispuesto a regalarle a Rubén mi cafetera.

—No me gusta el café —dijo Rubén.

—Pues entonces la sartén —resolví.

—¿Se puede saber de qué demonios estás hablando? —se impacientó Amaro.

—Te lo agradezco, chulo —medió Rubén—, pero solo Leiva puede arreglarlo.

—¿Qué tiene tuyo tan importante?

—Una Gibson.

Ah, vale. Pues si había una guitarra de por medio no había solución posible al conflicto, eso lo sabía todo el mundo.

A lo largo de la noche, escuchando la música amortiguada que venía de abajo, o tal vez desde dentro de mi cabeza entumecida, abracé a todos por turnos estructurados hasta que poco a poco se fueron desperdigando por la Tierra Media.

En algún momento la música cesó de golpe dejándome un pitido en los oídos, ruidos de vasos y botellas, y después silencio. Fin de la fiesta. Hora de abandonar el barco y volver a Gondor en taxi.

Me levanté con tanta brusquedad que me golpeé la cabeza con el techo. El dolor me nubló la vista y maldije mientras me tambaleaba hacia una trampilla que se acercó a mí como si estuviese viva. Mi pie izquierdo pisó el vacío y abrí los brazos asustado, intentando agarrar la escalera. Casi lo consigo, pero no, no lo conseguí.

Grité horrorizado, aguardando el golpe que, tres metros más abajo, me rompería una pierna o la espalda. Sin embargo, aterricé sobre un suelo blando y viscoso que refulgía tenuemente.

Me palpé el cuerpo, sorprendido de no encontrar fracturas ni dolor. Miré hacia arriba pero no vi ni agujero en el techo ni escalera; tampoco estaba en ningún almacén, sino en una especie de cueva tenebrosa con olor impreciso, del estilo de la carne cruda, como si un bicho gigante, o un alien con una boca dentro de otra, me hubiese devorado enterito.

Entonces, a lo lejos, al final de un estrecho túnel, vi la luz, y me poseyó el estupor al comprender que estaba muerto.

Así que morir era esto, la luz y ver tu vida pasar como en una película antes del tránsito al más allá… Aguardé unos instantes a que se iniciase la dichosa película, escena tras escena desde mi infancia: fiestas de cumpleaños, coger olas con una tabla de corcho, inviernos escolares en el colegio Rosalía de Castro, aprender a tocar el teclado sobre la mesa de camilla de Ángeles, con sus uñas fucsia y el pelo rubio cardado, que tal vez vagase ya por aquellos pasadizos viscosos.

Cuando me di cuenta de que no volvería a ver a mis hijos, me inundó una honda tristeza. Parpadeé rápidamente para evitar llorar; no tenía sentido lamentarse por el pasado. Salvo en la ficción, lo

que fue, fue, y no se podía cambiar, mejor ni pensar en ello, además no todo era malo, y decidí concentrarme en lo positivo. Confieso que sentí alivio por el final de mi carrera; me pareció liberador no tener que volver a hablar con IA y no verme obligado a producir otro disco. Porque ahora que todo había terminado yo sabía que ya tenía varios buenos discos en mi haber y, una vez muerto, seguro que lamentarían que fuesen los últimos.

Y ahí estaba, muerto, en la penumbra, en el aparato digestivo de un alien para toda la eternidad, aunque respiraba y veía y pensaba todavía. El apocalipsis maya me había engullido, pero no era el fin, después de todo. Me incorporé confuso, sorprendido de no sentirme en calma, sino inmerso en un malestar atenazante. El hedor a campo de batalla me provocó náuseas y me pareció injusto; morirse no era como todo el mundo imaginaba, ¿dónde estaba la puta sensación de paz?

Y en vista de que no veía ninguna película por ningún lado rodeado de paredes gelatinosas que refulgían con un extraño color anaranjado, me dieron ganas de preguntar al aire, igual que Leiva cuando fue a Gondor por primera vez y vio la muralla de eucaliptos: ¿Y aquí qué se hace?

Decidí caminar con docilidad hacia la luz, deslumbrado por su brillo migrañoso, hasta que súbitamente me vi impulsado hacia ella a la misma velocidad que si me deslizase por un tobogán. Grité, muerto de miedo, estirando las manos hacia el frente para protegerme de un golpe indefinido, hasta aterrizar en una estrecha cavidad esférica de suelo blando, parecida a la de Baumgartner, que, en lugar de una, tenía dos ventanas ovaladas.

¿Qué nuevas pruebas me tenía reservado el caprichoso destino? ¿No había llegado al final del camino todavía? Sin entender nada, al borde de un ataque de pánico, me aproximé a una de las ventanas. No vi nuestro planeta allá abajo, sino colores y formas difusas que poco a poco se fueron enfocando. Tal vez eran flores, el prado eterno donde reposaría para siempre mi mente agotada. Pero no, no eran flores, eran… ¿guitarras? Muchas. Acústicas y eléctricas, colocadas en orden, como en una tienda.

—No sé —dijo una voz en sordina—. Si se cae alguna, me da un ataque.

¿Quién hablaba? Miré a mi alrededor asustado, pero no vi a nadie.

—Ahora ya está bien amarrado —respondió otra voz—. Ni un terremoto sería capaz de tirar la estructura.

Como si estuviese dentro de una cámara de cine, mi ventana se movió para hacer una vista panorámica de un salón con sofá, mesa de centro, lámpara roja y un póster de Elvis. Apareció un hombre con mono de trabajo que apuntó con su dedo índice a una guitarra.

—¡No la toque! —gritó la primera voz, que me resultó vagamente familiar.

—Solo la estaba señalando —se defendió el hombre.

—Pues tampoco la señale.

El hombre caminó hasta la entrada y se despidió estrechando una mano que apareció de la nada en la pantalla, una mano llena de anillos con calaveras y ruta 66. Una mano que yo conocía muy bien. Una mano que había visto rasgar cuerdas, anudar pañuelos a micrófonos, coger vendas de un botiquín…

Sentí ganas de vomitar.

Mi cápsula se movió de nuevo mostrándome un salón en el que estuve alguna vez, en un edificio de Madrid. Luego avanzó por un pasillo hasta un cuarto de baño, me situó frente al espejo y la verdad se reveló al fin. ¡Era él!

Negué con la cabeza mientras veía su reflejo lavarse los dientes hasta sacarles brillo, pasar hilo dental entre cada uno de ellos, enjuagar la boca con colutorio de clorofila. Un bestial olor a mentol atascó mis fosas nasales y empecé a hiperventilar.

«¡¡¡¿Qué está pasando?!!!», chillé.

Él alzó la cabeza, me miró a través del espejo y adoptó el gesto del que cree haber escuchado algo, pero no sabe dónde. Empecé a

llorar. Me acuclillé y me abracé las rodillas, cerré los ojos y me balanceé adelante y atrás, con mis propios dientes castañeteando con tal fuerza que temí romperlos, mientras me repetía a mí mismo que era una alucinación. Tenía que ser un delirio. Las putas pastillas, las putas equis y zetas me había vuelto loco; no podía ser, no podía ser, ¡no podía estar dentro de la cabeza de Leiva!

Solo abrí los ojos al escuchar una canción. Uy, uy, uy, mi gato hace uy, uy, uy… Uy, uy, uy, mi gato hace ay, ay, ay… Cerró el grifo y caminamos hasta el dormitorio. Leiva miró la pantalla del teléfono y yo también. Amaro, leí. Sin apellido. Solo conocía a un Amaro, mi Amaro. ¡Joder! Seguro que llamaba para anunciarle mi muerte y agucé el oído. Al menos podría disfrutar del momento de ver a Leiva hecho polvo, jodido por haberse perdido mi último concierto.

—Todo preparado. —La voz de Amaro retumbó en todo el espacio —. ¿Cómo llevas tu parte?

«¡Fatal!», respondí sin poder evitarlo.

—¿Fatal qué? —preguntó Leiva.

—No he dicho nada —dijo Amaro.

¿Me había oído?

—No me hagas caso —musitó Leiva —, es que me duele un poco la cabeza.

—Escucha —se impacientó Amaro—, tenemos un equipo plenamente operativo, y con los dos tipos de la puerta podemos completar otro, pero tengo que hablar con mi hermano. ¿Sabes dónde está?

¿De qué demonios estaban hablando?

—No —dijo Leiva—. Desde ayer no sé nada de él.

Menudo mentiroso. «¡Socorro!», grité aporreando la ventana.

Leiva chilló llevándose la mano al ojo, a mi ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó Amaro.

«¡Socorro!», insistí.

—¿No lo oyes? —Leiva miró asustado a su alrededor.

Amaro guardó uno de esos silencios suyos que te hacen sentir idiota.

—No tengo tiempo para esto. No cancelaremos la misión.

«¿Qué misión?», pregunté en voz alta.

—¡¿Quién está hablando?! —gimoteó Leiva.

—Mira, tío. —Suspiró Amaro—. Sea lo que sea que te esté pasando, soluciónalo ya.

Colgó. Leiva empezó a respirar muy fuerte. Pude sentir cómo su miedo exudaba por todos sus poros, o sus tejidos, o sus neuronas… Empecé a notar un frío intenso y, al subirme la cremallera del abrigo, palpé mi teléfono en el bolsillo. Lo saqué emocionado. Tenía cobertura. ¡Estaba salvado! Pero ¿a quién llamar? ¿A un Amaro enfadado, que ya estaba harto de mis mierdas? ¿A IA, que solo estaba interesado en el nuevo disco? ¿A Leiva? No, por lo visto para hablar con él no me hacía falta un teléfono, y además tampoco estaba en disposición de ayudarme.

Marqué el 112.

—¿Emergencias? —respondió una mujer.

—¿Quién habla? —gimió Leiva.

«Necesito ayuda», supliqué.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la mujer.

—¡Me va a explotar la cabeza! —chilló Leiva.

—Cálmese —dijo ella—. ¿Cuál es su nombre?

—¡Leiva!

«¡Cállate, joder!», le ordené.

—¡No quiero callarme! —gritó Leiva.

—¿El cantante? —dijo ella.

«¡Yo soy el que está atrapado!», me indigné.

—¿Dónde está atrapado?

Yo también colgué, así era imposible mantener una conversación. Entonces, bajo mis pies se abrió un agujero que me absorbió igual que un desagüe.

Caí gritando enloquecido. Las altas copas de los eucaliptos me engulleron como un colchón y vi la piscina justo debajo de mí, lista para recibirme.

¡¡Flashhhhh!!

Me sumergí con escándalo en el agua turbia y helada. Mis pies tocaron el fondo fangoso y braceé hasta la superficie tosiendo atragantado. Me arrastré con pesadez fuera del agua e intenté recuperar el aliento, igual que un náufrago varado en la playa, feliz y horrorizado a un tiempo. Levanté la vista a un cielo malva y observé mi jardín descuidado, mi casa enmohecida, la puerta del estudio abierta para ventilar.

¿Estaba muerto, dormido, o era el colocón de mi vida? Me di cuenta de que me faltaba un zapato y me eché a reír deseando despertarme de una vez. La risa se transformó en tos mientras el malva mutaba en rosa, luego en naranja. Un rayo de sol me acarició la mejilla y supe que siempre había estado despierto. Intenté gatear sobre la hierba húmeda de rocío. Sería mejor entrar en casa y darme una ducha si no quería pillar una pulmonía, pero recordé que no había agua caliente. La ropa empapada pesaba un quintal, y me sentí tan cansado que quizá podría cerrar los ojos un minuto para recuperar fuerzas, solo un instante…

Fue agradable notar unos labios blandos y cálidos cubriendo mi

boca. Hacía tanto tiempo que nadie me besaba… Intenté responder y, a pesar del frío, me empalmé. Entonces alguien me zarandeó con fuerza y respiró su aliento en mi boca. Finalmente me dio un bofetón que me hizo incorporarme y vomitar agua sucia.

Lo siguiente que recuerdo son mis pies cadavéricos sumergidos en una tina con agua caliente, mi cuerpo desnudo envuelto en una manta; pelo y barba exhalando nubes de vapor que olían a perro mojado, en alguna parte Jeannette cantando Porque te vas.

El tembleque casi me impedía beber la infusión. En mi cocina el fontanero me miraba con el ceño fruncido y la boca entreabierta, esa boca a la que le faltaba un diente, y sentí náuseas otra vez.

—En unos días podremos conectar el agua —me informó—. Mientras tanto te aconsejo que no te bañes.

Lo miré sin comprender. Igual que si se hubiese quedado sin pilas, noté que mi mente funcionaba por los pelos. ¿Creía que me había tirado a la piscina a propósito? ¿Había intentado suicidarme sin darme cuenta? ¿O seguía muerto en ese mismo momento? Con tantas fases o niveles incomprensibles, morir parecía excesivamente complicado.

Me invadió una sensación de hastío de mí mismo.

—¿Qué hay que estudiar para ser fontanero? —pregunté con voz cascada.

—Ni idea. Yo estudié Física.

—¿Física?

—Física Cuántica.

—¿Cuántica? —Lo miré perplejo, pero él me devolvió la mirada sosegada del que no hace chistes—. ¿Ese rollo de estar en dos sitios a la vez?

El fontanero me miró impasible mientras yo sentía una excitación fabulosa.

—Parece… ¡magia! —insistí—. ¿Cómo es posible?

—Sucede, es lo único que importa.

Sucedía. Me había sucedido a mí, así que no estaba loco. Nunca lo estuve.

—De pequeño vi un ovni —confesé de pronto—, pero tuve que mentir y decir que me lo inventé.

Asintió comprensivo, sin reírse ni llamar a una ambulancia, mientras iba metiendo herramientas en los múltiples bolsillos de su mono de mahón.

—Será mejor reparar la fuga —dijo dirigiéndose al jardín.

¿La de mi mente?

—¿Qué fuga?

El fontanero solo dice:

—La de la piscina.

Me levanté alterado sin dar crédito a que pudiese estar pensando en reparar piscinas sabiendo que la magia existía, o más bien sucedía, pero cuando le daba la gana.

—Ayer vi una rana —añadió—. Lo mejor es vaciarla.

Me dieron ganas de zarandearlo.

En ese instante sonó mi teléfono y maldije a gritos. ¿Quién llamaba ahora? Era Amaro, que me riñó por no estar disponible.

—¿Para qué llamaste a Leiva? —acusé.

—No sé qué dices. Hace mucho que no hablo con él —mintió.

—¿Y la misión?

—¿Qué misión?

Tal vez me preparaban una fiesta sorpresa.

—¿Es una fiesta sorpresa?

Su silencio confirmó mis sospechas sin hacerme sentir idiota, sino listísimo, hasta que me recordó con tono irónico que la única fiesta programada era la de Nochebuena. Cenábamos en mi casa y esperaba que no lo hubiese olvidado.

—Supongo que ya habrás comprado los regalos, ¿no? —preguntó.

Tardé en responder solo una milésima de segundo, lo juro, pero fue suficiente para que me colgase el teléfono como últimamente tenía por costumbre. Una costumbre muy fea, joder.

Con machacona insistencia, cada año se repite el suplicio. Estreno del anuncio de la lotería nacional como si fuese un acontecimiento importante, luces epilépticas por todas partes, Mariah Carey vociferando en cada calle, atascos de tráfico y ese olor nauseabundo a celofán que sobrevuela el ambiente. Sí, odio la Navidad por lo mismo que todos vosotros. El mundo se detiene por su culpa, aunque tengas asuntos críticos que resolver. Para entender por qué existe la Navidad hay que hacerse la misma pregunta que en un crimen: ¿A dónde va el dinero?

Deambulando entre las calles en busca de regalos para mis hijos, preguntándome qué necesitaban que no tuviesen ya, sentí que nadaba a contracorriente entre un tsunami de brazos cargados con bolsas y papelitos con listas de parientes, que me vapuleaban por el simple hecho de no saber adónde ir. Me sentí tan perdido entre tanto mercader que habría dado cualquier cosa por hablar con alguien que no me desease un feliz año nuevo ni felicidad de ningún tipo, por tener una puta conversación normal sobre cosas insustanciales como política, extinción de osos polares o alimentos transgénicos.

Me detuve ante una manta sobre la acera en la que ya estaba el último disco de Leiva con lacitos de colores, listo para regalar. El término «agridulce» definiría perfectamente mi sensación.

—¿Tienes algo de Iván Ferreiro? —pregunté a unos ojos negros.

En ese momento mi teléfono sonó, a traición, y descolgué sin mirar.

—Hola, Iván.

Era IA, voz calmada, buena educación, conversación culta, informada y argumentada sobre la marcha de los engranajes que hacían girar el universo. Que me espiase a través de un chip telefónico me sonó muy razonable y me quedé tan bloqueado que fui incapaz de recordar a qué nombre y apellido correspondían esas iniciales. ¿Ignacio, Isaac?

—¡Felices fiestas…! —le espeté como una rata.

IA guardó silencio sin corresponderme, y algo frío y viscoso me atenazó la garganta.

—¿Qué tal va todo? —susurró.

Pues, teniendo en cuenta que me estaban sucediendo cosas cuánticas sin parar, yo diría que mal.

—De maravilla —dije al fin.

Me puse tan nervioso que divagué sobre el inexistente nuevo disco, sobre contar cosas diferentes, algo poético e intimista. Por salir de Gondor estaba dispuesto a grabarlo en Noruega si hacía falta.

Un par de ojos negros me mostraron una carátula de Álex Ubago y negué con la cabeza.

—¿Crees que en Noruega encontrarás la inspiración?

A ver, lo de Noruega era una manera de hablar. Preferiría un sitio más cerca, más cálido, grabarlo en alguna ciudad europea con solera como hizo Sabina en Praga, por ejemplo, empaparse de la nostalgia de una ciudad vieja con historia, oprimida por un régimen dictatorial, la insoportable levedad del ser y todo eso.

Me respondió su elocuente mutismo e imaginé lo que estaba pensando: «Esto es un negocio, Iván, no lo olvides».

—Intento ayudarte —dijo al fin—, pero me lo pones difícil.

Mi coraza se derrumbó. Claro que lo intentaba, deseaba para mí la felicidad completa, aunque no lo dijese, y merecía una explicación. Tartamudeando, intenté exponer todo lo que me había pasado después del concierto, La Iguana y la trampilla, la caída por el tobogán, el cerebro de Leiva y sus ojos como ventanas, el aterrizaje forzoso…

—Ya he visto esa película —me interrumpió.

Sí, sonaba a película. Todo era un disparate, incluso un plagio, y excepto el fontanero o mi madre nadie me creería. Me quedé callado, arrepentido de no haber fingido que el teléfono funcionaba mal, de no haberlo tirado a una alcantarilla, por ejemplo.

—Es para algo que estoy escribiendo —improvisé.

—¿Una canción? —Noté la sospecha en su tono de voz.

—No… Es para otra cosa, quizá una novela…

—¿Una novela? —Inspiración profunda—. Creía que estabas preparando el disco…

—Sí, claro, también estoy con eso —mentí—. Lo de la novela es un proyecto a largo plazo… Además, me están ayudando… Yo apenas hago nada… Estoy trabajando en el disco todo el día.

Oí una inspiración profunda.

—¿Y de qué va esa novela?

Eso me gustaría saber a mí. ¿De qué iba todo esto? ¿De Leiva, de mí, de los dos? Podía tratar de abducciones extraterrestres; abducen a Leiva y realizan experimentos con su cuerpo. Una buena disección con el sujeto chillando…

—Pues trata de una gira que hago con Leiva —improvisé.

—¿Una gira? Me parece muy buena idea.

—Bueno, es una gira ficticia.

Deseé a IA (¿Indalecio?) un ictus repentino. Me notaba tan cansado…

—¿Y qué pasa después? —preguntó… ¿Iggy?

—¿Después de qué?

—De meterte en su cabeza, ¿manipulas su mente o algo así? —preguntó IA (¿Iñaki?).

—¿A qué te refieres?

—Igual que en la peli, ¿no?

Mientras Ojos Negros, resignado a no venderme ningún cedé, me enseñaba bufandas horteras, la comprensión me explotó en la cabeza como un fogonazo. Yo también había visto esa película y repasé mentalmente su argumento frunciendo el ceño. También había un techo muy bajo, una puerta, y un titiritero que fingía ser ese hombrecillo verde que de vez en cuando susurraba cosas a mi oído, al oído de Leiva, en todos los oídos.

Definitivamente tenía que volver a La Iguana.

Llegué a media tarde, con la esperanza de encontrar únicamente al personal de limpieza. Delante de la puerta, un cartel publicitaba el décimo segundo aniversario del local, un fiestón repleto de nombres entre los que no estaba el mío.

Fran y Billy descargaban cerveza de un camión aparcado en la acera. Me saludaron con un gesto y, sin decir una palabra, me pusieron una caja en los brazos y ayudé a vaciar el camión pensando en una disculpa para escabullirme hasta el camerino.

Apilamos las cajas en el almacén. Con disimulo vi que la trampilla estaba abierta y la pesada escalera apoyada. A mi alrededor no había rastro de conductos que me transportasen a cerebros ajenos y me pregunté qué tendría que hacer exactamente cuando subiese, si

la caída tenía que ser fortuita o si un empujón también activaba el mecanismo.

—¿Qué buscas? —me preguntó Fran.

Di un respingo. Los neuróticos disimulamos fatal y casi me vi obligado a explicarles todo lo que pasó el día anterior.

—¿Sabíais que ayer fue el fin del mundo? —resumí.

Ninguno sonrió y me sentí estúpido.

—Tengo que subir… Será solo un momento —añadí como un niño que insiste en comprobar que el pastel está en la despensa, aunque promete no tocarlo.

—No tardes —dijo Billy.

Subí los escalones uno a uno, excitado y acojonado a la vez. Asomé la cabeza con precaución sin ver nada raro y me puse de pie con la cabeza agachada para no golpearme de nuevo. El viejo sofá con quemaduras de cigarro, la nevera de Coca-Cola zumbando en un rincón, tubos plateados de ventilación, ventanitas sucias que daban a la calle… Todo con aspecto inofensivo, un pequeño Overlook dormido.

Me situé frente al hueco de la trampilla, cogí aire y miré abajo. El suelo parecía lejísimos. Si no funcionaba habría dolor del bueno, tal vez paraplejia, asociaciones sin ánimo de lucro de rockeros en sillas de ruedas. Empecé a sudar. No podía hacerlo.

—Cuando yo caiga… —escuché a mi espalda.

Me di la vuelta aterrado y vi a Sampedro-Bardem sentado en el sofá con su jersey grueso de cuello cisne. Me miraba plácido y sonriente, pacífico, en la habitación 237.

—Como fruto maduro del árbol de la vida…

Empezó a levantarse lentamente mientras un escalofrío me recorría la columna vertebral. Aquello había sido una mala idea. Nadie había hablado de visiones fantasmales, pero una extraña fascinación

me mantuvo paralizado.

—Iván —me llamó Billy desde el almacén.

Sampedro ya estaba en pie, por primera vez en veinte años. Un tipo enorme casi doblado por la cintura en aquel reducido espacio, susurrando espantos…

—Dejadme allí mismo, donde yo caiga…

… acercándose a mí mientras mi corazón latía alocado y un grito de terror empezaba a formarse en mi garganta.

—Baja de una vez —dijo Fran.

Intenté chillar sin conseguirlo aterrado por la posibilidad de quedarme allí atrapado para siempre.

—Para que me abrace el sol y el viento y la luna.

Mi pie trastabilló al borde del precipicio mientras intentaba encontrar el escalón, sin dejar de mirar los ojos enormes, el cuello cisne, la amigable sonrisa…

—¿Qué pasa? —escuché a Fran.

Las grandes manos casi me rozaban el pecho, con ganas de darme un abrazo de bienvenida…

—Que la vida me devore mordisco tras mordisco.

Di un paso atrás y caí.

Olor a casquería, colmena de cuevas, membranas traslúcidas, el tobogán hacia la luz, la cápsula con ojos como ventanas y la duda repentina sobre si estaba donde debía estar.

Me acerqué a una ventana, pero vi todo blanco. De suelo a techo había azulejos blancos y brillantes, como un cuarto de baño o un vestuario. ¿Estaría en el cerebro de Bardem, o en medio de la estepa

siberiana?

«¡Eco!», grité.

—¡Ahí está otra vez! —dijo Leiva.

Bien, sonreí, estaba funcionando.

—¿Ahora mismo? —preguntó una voz de mujer.

¿Quién era ella? En mi plan no entraban terceras personas, aunque en realidad no tenía ningún plan. ¿Cómo se manipulaban mentes? ¿Qué tenía que decir? ¿Habría algún cursillo rápido en internet? Haga que todo el mundo le obedezca en 39 pasos, por ejemplo…

«Escúchame con atención», dije alto y claro. Parecía un buen comienzo.

—¿Qué me está pasando? —lloriqueó Leiva.

Se levantó y vi una camilla, un biombo con cortinilla, esas vendas de colores que ponen en fisioterapia, aroma a linimento. Aunque no los veía, supuse que los ansiolíticos y las benzodiacepinas no andaban lejos. Todo apestaba a medicina oficial y me enfadé, recordando las bondades de la disección.

«¿Qué haces aquí? ¿Acaso no sabes lo que hacen los médicos?».

—¿Qué quieres? —me preguntó Leiva.

«Quiero que llames a Iván Ferreiro», dije.

—Quiero que se tranquilice —interrumpió la doctora.

Era muy joven, demasiado para haber estudiado tantos años, la hija de alguien. Parecía seria y profesional, demasiado seria y profesional. ¿No sabía quién era Leiva? Ojalá no lo supiese.

—¿Para qué? —preguntó Leiva.

«¡Para proponerle una gira!», dije en tono triunfante.

—¿Cómo que para qué? Túmbese en la camilla, por favor —dijo ella

poniéndose unos guantes de látex.

—¿Los dos juntos?

«Sí, los dos juntos. Iván y tú formáis un gran equipo».

—No diga tonterías —respondió ella—. ¿Va a dejar que le examine o no?

Menuda pesada, así no había manera.

—¿Examinarme qué?

«Tu cabeza. Quiere meterse dentro, quiere manipular tu mente con pastillas».

—Está muy tenso —dijo ella—, lleno de nudos, lleno de ansiedad. En estas condiciones no resistirá ni tres asaltos.

¿De qué demonios estaba hablando? Ya no me pareció seria y profesional, sino loca, una científica chiflada.

«No la escuches, te está mintiendo, es una farsante».

—No me encuentro bien —se quejó Leiva.

—Pronto se sentirá mejor. —La doctora pinchó una jeringuilla en una ampolla y absorbió un líquido espeso—. Déjeme que le ayude.

Tal vez quería diseccionarlo allí mismo, sobre la camilla, conmigo dentro; succionarme por la nariz, como los embalsamadores egipcios.

«¡Sal de ahí! ¿Me escuchas? Lárgate de ahí cagando leches», insistí.

—No…, no soporto las inyecciones —tartamudeó Leiva.

—Tranquilo, no pasa nada. —Se acercó a nosotros con la jeringuilla cargada.

«¿No me has oído? ¡Lárgate ya!», le ordené frenético.

Allí dentro, en mi cápsula, sentí las dudas de Leiva, su titubeo. ¿Por

qué no me obedecía? La jeringa estaba muy cerca. Vi una gotita blanca en la punta de la aguja que me puso los pelos de punta. Empecé a dar patadas en la ventana.

«¡Si no te vas ahora mismo, te juro que te desconecto el puto cerebro!», le amenacé.

Leiva gritó y se tapó un ojo con la mano.

—Si todavía no he hecho nada —dijo la loca.

—¡Tengo que irme! —dijo él.

Salió. Salimos. Caminamos por la calle, muy aprisa, mientras sentía el triunfo en mis venas. El sol entró por las ventanas iluminándome como a un pequeño dios en su atalaya, llenándome de energía. Yo era el hombrecillo verde que manipula mentes, el susurrador de verdades, el lado oscuro. ¿Quién era toda esa gente que se cruzaba conmigo sin verme? El rebaño, ovejas disciplinadas saltando unas por encima de otras para huir de los bordes. Cruzamos una calle concurrida. Un bocinazo, como un insulto a grito pelado, me traspasó como una corriente eléctrica.

«¡Hijo de puta!», respondí.

—¡Hijo de puta! —coreó Leiva.

Empezamos a correr. Caras indiferentes pasaban a nuestro lado, gente ocupada en hacer cosas cotidianas: comprar pan de molde, poner el despertador, pagar el seguro del coche. Volamos sobre las aceras grises. Intocables, unidos frente al mundo, dispuestos a cantar a dúo esas cosas que nunca cambian, hasta que Leiva se detuvo jadeando, su corazón alocado retumbando en mi cápsula como un bombo.

«¡Somos poetas!», grité.

—Yo también fui un poeta —dijo—, en otro tiempo y en otro lugar.

Leiva se detuvo en seco y supe que él sabía que yo estaba allí. Se giró lentamente hacia la luna de un escaparate, mostrándome su reflejo. Me quedé de piedra. Se había rapado la cabeza y tenía un

ojo morado.

—¿Ves? —dijo Leiva con tristeza—, ahora ya no sé lo que soy.

Aquello no estaba saliendo bien. El suelo empezó a volverse gelatinoso. Me pegué a la ventana intentando que me viese, diminuto en su pupila.

«¿Qué te ha pasado?».

—¡Todo ha terminado! ¿Por qué me sigues torturando? —gimió y se sujetó la cabeza con las manos.

«No, no, no lo has entendido. ¡Todo está empezando! Tú y yo haremos juntos grandes cosas».

Sentí que algo empezaba a arrastrarme. A mis pies se estaba formando un remolino de sangre roja. Se me acababa el tiempo, se me acababa el aire.

«¡Escúchame!, puedo explicártelo todo, o casi…».

—¡Déjame en paz!

Su grito resonó como un latigazo. Me tapé los oídos con las manos mientras nos acercábamos a una farola y Leiva se daba cabezazos contra ella. Mi cápsula se agitó violentamente, zarandeándome de un lado a otro. Intenté hablar, pero solo fui capaz de balbucear, mi boca convertida en gelatina mientras mis piernas se hundían en líquido cálido. Líquido caliente en mi garganta, haciendo gárgaras con sangre.

«Para, por favor…», supliqué con la palma de la mano sobre la ventana.

—¡¡¡¡¡Sal de mi cabeza ahora mismo!!!!! —me ordenó.

El desagüe me engulló, y la piscina, un rectángulo negro tan pequeño que parecía un milagro alcanzarla, se precipitó hacia mí a toda velocidad mientras intentaba recordar alguna oración corta.

¡¡Flashhhhh!!

El agua helada empapó mi ropa en un instante y me hundió hasta el fondo, tan profundo que no parecía mi piscina, sino un pozo. Braceé desesperado intentando subir, pero la superficie se mantenía en el mismo lugar, allá arriba, lejísimos, inalcanzable.

De nuevo alguien me arrastró, el beso, mi cocina sucia, manta sobre la cabeza, los pies en una tina de agua humeante, olor a cloaca. ¿Desde cuándo tenía perro?

—Vamos a aclarar las cosas.

Un sujeto raro me hablaba, le faltaba un diente.

—Si quieres suicidarte, por mí no hay problema.

Empecé a recordar algo, como si mi mente continuase dentro del pozo y empezase a salir a la superficie con mucho esfuerzo.

—Pero antes acabo mi trabajo.

Definitivamente aquel tipo me sonaba de algo, algo relacionado con cascos de visión nocturna y tubos de goma. Por la punta de mi lengua pululó su oficio sin decidirse a brotar, quizá porque lo único que latía en mi cabeza era Leiva, Leiva, Leiva…

Sin articular palabra, repté hacia mi dormitorio y me acosté desnudo en la cama deshecha de sábanas sobadas. Con manos temblorosas encendí mi teléfono; tenía siete llamadas perdidas de Fran, ni una de Leiva. También me sonaba ese tal Fran…

Dormí el sueño de los justos, o más bien me quedé inconsciente durante veinte horas seguidas. Me desperté tan tenso como una cuerda de piano recordando todo con nitidez confusa; no sabría explicarlo mejor. ¿Habría funcionado mi plan?

En cualquier caso me sentí omnipotente, percibiendo la inmortalidad circulando por mis venas y músculos como un elixir. Salí al jardín y dejé que el aguacero del primer día del resto de mi vida lavase mi cuerpo desnudo, el cuerpo perfecto de un dios, ¡Rutger Hauer redivivo!… Bueno, no, me acercaba bastante al

amigo Rutger, aunque igual igual no era porque me dolía todo como si me hubiese atropellado un camión, y un moratón terrible a la altura de mi hígado me impedía erguirme del todo. Pero ¿qué más daba? ¿Qué importa el envoltorio cuando eres un puto dios? Un dios pequeño, pero dios, al fin y al cabo. Uno travieso, quizá un demonio, más bien.

Contemplé el cielo negro descargando un torrente cataclísmico que encharcaba el césped, por el que saltaban cientos de batracios. Me lancé hacia ellos con alegría y afán depredador hasta que conseguí atrapar una rana, viscosa y resbaladiza, y me apeteció comérmela de un bocado. Vivir me resultó fácil por primera vez en mi vida; nada importaba salvo regresar a La Iguana cuanto antes y aprender a manejar mi avatar.

Entré en casa y me encontré al fontanero mirando el váter con insistencia, fosilizado sin motivo.

Me acerqué con curiosidad y miré el agujero, redondo y tan negrísimo que parecía capaz de atrapar el alma. Yo también lo contemplé estático, suspendido en el tiempo, con la impresión de que en su interior se concentraban todas las respuestas.

—¿Qué debe decir una voz en tu cabeza para que le hagas caso? —susurré al oráculo.

Las palabras se deslizaron lentamente a través del pequeño abismo, resonando por las paredes en tenues gorgoteos que no se acababan nunca, más y más hondo, hacia el centro del planeta.

—Yo nunca les hago caso.

El fontanero ya no miraba al agujero sino a mí, y me estremecí de la cabeza a los pies.

Durante un buen rato nos sostuvimos la mirada en un duelo extraño.

—No vacíes la piscina —dije con rencor.

Arrastrando un pie que se empeñaba en torcerse hacia adentro, cojeé hasta la calle Churruca y me camuflé entre la espesa cola que hacía turno para entrar a la fiesta de aniversario.

En la taquilla, el tipo de siempre no me reconoció y tuve que pagar la entrada como todos los demás. En un primer momento me pareció indignante, pero enseguida asumí que la pátina de lo divino se rodeaba siempre de mezquindad, ¿verdad, Rutger? Magnánimo, le perdoné la vida a aquel cretino y me sumergí en el rebaño, avanzando lentamente hacia el almacén al ritmo de un molesto chunda chunda que retumbaba en cada una de mis moléculas.

—Tienes una pinta horrible —susurró la voz de Fran en mi oreja.

Su mano estrujó mi hombro con fuerza y me arrastró hacia el cuarto de baño del personal como a un chaval que pillan robando chicles.

—¿Con quién estás?

—Estoy solo. —Admito que hasta a mí me sonó triste.

Por su mirada oscura deduje que Fran estaba cabreado. Por sus titubeos, que tenía tantas cosas que decir que no sabía por dónde empezar. Por sus ojeadas al teléfono, que el ajetreo del local lo reclamaba. Bien, yo también estaba ocupado en mis quehaceres y tenía prisa, urgencia más bien, por subir al camerino cuanto antes. Si Fran aguardaba una explicación, por mí podía esperar sentado. Ni siquiera yo entendía mi ansia feroz por poseer a Leiva durante ese corto espacio de tiempo que me sabía a gloria, capaz de compensar tanto el terrorífico preámbulo como el riesgo de ahogamiento posterior. Sonaba tan ridículo que decirlo en voz alta le haría perder todo su encanto.

—Sea lo que sea que tienes planeado, es una mala idea —concluyó Fran.

Me sentí transparente como un vaso de agua, y en ese instante sospeché que él sabía algo. Veinte años pululando por el local, subiendo y bajando a través de la trampilla miles de veces, me resultó imposible creer que nadie se hubiese caído jamás. ¿A quién se le ocurría montar un tenebroso bar de copas repleto de escaleras,

pasarelas y huecos en el suelo? Había inspecciones de seguridad para esas cosas, ¿no? ¿Qué pasaba con los rockeros en putas sillas de ruedas?

Por supuesto que sabía algo; ¡lo sabía todo! Seguro que él también se había caído alguna vez, o incluso muchas; al fin y al cabo, ya era como un mito eso de qué le pasa a Fran. ¿A qué cabeza habría ido a parar él? Lo señalé fascinado, y justo en la punta de mi dedo se concentró una larga conversación que jamás pronunciamos. Porque no existían palabras adecuadas para expresar mi júbilo al saber que no estaba solo, que tampoco estaba loco, porque si alguien te comprende nunca es locura, sino metáfora o canción.

Conteniendo las ganas de escribir cien versos de golpe en un trozo de papel higiénico, nos miramos un buen rato.

—Vete a casa —dijo al fin.

Bajé el dedo.

¿Irme a casa? ¿Ahora? Me eché a reír, y mi risa sonó más aguda de lo normal, pero así reían los dioses.

Fran no se rio. Nos miramos en silencio, calibrándonos el uno al otro. Comprendí que si eres un dios no hay lugar para los amigos, ese era el precio. También que me estaban negando mi dosis, y ahí no estaba dispuesto a pagar.

El chunda chunda se convirtió en un latido que retumbaba en mi sien. Si la rabia tuviese un sabor, era el que agarrotaba mi garganta. Si el asesinato tuviese un olor, era el que yo respiraba en aquel instante. Lo notaba como algo grande y poderoso, capaz de transformarme en un superguerrero Toriyama. Pero no debía de ser muy poderoso porque Fran me agarró con facilidad por las solapas y me obligó a colocarme frente al espejo.

Observé mi reflejo, y lo que vi no era yo.

Mi cuerpo retorcido no se parecía al de un Nexus, y además me pasaba algo en la cara. Mi nariz parecía una patata arrugada, tenía un ojo cerrado por la hinchazón y me faltaba una muela. Me toqué

horrorizado, sin reconocer a aquel pequeño monstruo de mano inflamada y nudillos despellejados.

—Hay que saber cuándo dejarlo —dijo Fran.

Empecé a chillar y me rebelé intentando morder o desgarrar. Fran me lanzó con fuerza contra un rincón, donde gemí y me agaché de forma miserable sobre el suelo sucio. Lo vi sacar un llavero del bolsillo y me arrastré hasta agarrar las piernas de mi carcelero en un débil intento de súplica.

Me apartó con brusquedad, salió del baño y cerró con llave.

Cansado de aporrear la puerta, me retiré a un rincón donde escuché sonidos de una fiesta que no se acababa nunca. Me acurruqué sobre la baldosa fría, deseando que mi odio traspasase las paredes y fulminase a todos aquellos cabrones en una onda expansiva. Supongo que me sumí en un letargo plantígrado durante horas.

—¿Señor Ferreiro?

Alguien llamaba a la puerta con los nudillos.

—Señor Ferreiro, ¿me escucha?

Me levanté con pesadez, encontrándome fatal, y me acerqué a la puerta cerrada.

—¿Quién es? —gemí.

—Soy Olmet. ¿Me recuerda?

—¿Olmet? —Me activé de inmediato.

Una llave se introdujo en la cerradura y la puerta se abrió. Tras ella solo había silencio.

—Me alegro de verle, señor Ferreiro —dijo Olmet, sonrisa blanca, bigote y gomina.

Le di un abrazo, tal vez para asegurarme de que era corpóreo. Qué hacía allí, cómo sabía que yo estaba encerrado, por qué quería

rescatarme, dónde estaba la gente, cómo…

—Ya me lo preguntará más tarde; luego tendremos todo el tiempo del mundo.

Me hizo un gesto de que lo siguiera y desapareció entre las sombras. Caminé pisando los restos de la fiesta, papeles por el suelo, vasos rotos, botellas vacías sobre las barras abandonadas… Llegamos al almacén y subimos la escalera. Una gruesa capa de polvo cubría todo, el sofá desgastado, los tubos plateados con el zumbido apagado, la nevera de Coca-Cola desteñida en su rincón. O el techo estaba más alto, o nosotros habíamos menguado, porque podía mantenerme erguido sin problema.

Me di la vuelta y contemplé la trampilla. Por el hueco no vi el almacén, no vi nada, todo negro.

—Ya no hace falta —dijo Olmet a mi espalda.

—¿Por qué?

Me di la vuelta, intrigado. Olmet sacó un puro del bolsillo y fumó. Tenía un lunar en la mejilla que yo no había advertido hasta ese momento.

—Me cae bien, señor Ferreiro; por eso le contaré un secreto. —El humo era tan espeso que ocupaba todo el camerino—. Puede quedarse dentro para siempre.

—¿Dentro de dónde? —La niebla me impedía ver con claridad, y empecé a asustarme.

—¿No lo ve? Se está consumiendo.

Su voz, en cambio, podía escucharla con cada célula de mi cuerpo.

—No, no es eso. —Negué con la cabeza—. Me estoy transformando en un ser superior.

No veía nada, solo sentía un miedo escalofriante y quise largarme de allí inmediatamente.

—Es mucho mejor que la otra opción —susurró Olmet.

—¿Qué otra opción?

Caminé hacia atrás con cuidado, agarré la parte superior de la escalera y coloqué el pie en el primer peldaño.

—Solo será un instante —insistió.

Reprimí las ganas de chillar, concentrado en la escalera. Podía conseguirlo.

—¿Un instante para qué?

Bajé el siguiente escalón y vislumbré las cajas de cerveza apiladas del almacén de siempre.

—Créame, le estoy haciendo un favor.

Miré hacia arriba. Olmet estaba en el hueco de la trampilla apuntándome con una pistola antigua.

—¡Espera! —Alargué la mano en un torpe intento de interponer una barrera entre la bala y yo—. Aún no he terminado lo que tengo que hacer. Tengo… un asunto pendiente.

Horrorizado, hablando como si ya fuese un fantasma, bajé otro escalón. Mi cabeza ya estaba por debajo del nivel del camerino, casi pisando el suelo del almacén, de La Iguana, ese templo mítico, legendario y también mágico, un lugar donde fantasía y realidad se confundían. Entonces, al ver ese minúsculo círculo negro preparado para el disparo, caí. No de verdad; caí de la burra, como se suele decir, al comprender algo fundamental.

—¡Tú no existes! —Me eché a reír.

—¿Qué quiere decir, señor Ferreiro? —Olmet me miró desconcertado.

—No eres real, solo eres un producto de mi imaginación —lo acusé.

Él soltó una carcajada que se transformó en un cacareo extraño,

como de ave prehistórica.

Bajé un escalón más, con ganas de pisar suelo firme. Tal vez yo tampoco debería regresar a La Iguana jamás.

—Entonces… —dijo Olmet—, ¿esta pistola no es real?

Me encogí de hombros, deseando soltar una frase de película.

—Francamente, querida, me importa un…

Olmet disparó.

Un agudo pitido se instaló en mis oídos y me miré el pecho con incredulidad. Vi un agujero pequeño y humeante del que empezó a fluir sangre negra. Mis manos perdieron fuerza, se soltaron de la escalera, y caí hacia atrás a cámara lenta mientras Olmet sonreía satisfecho.

Por las ventanas gemelas no entraba luz, sino penumbra. La noche oscura y ciega de mi cripta. Resistí la tentación de advertir a Leiva de mi presencia mientras mi camisa se empapaba de sangre y mis fuerzas disminuían poco a poco. Todo había sido inútil, ya no habría giras, ni conciertos, ni discos, ni nada. Al menos no sentía dolor; solo agotamiento y sueño. Morir así no era difícil; dejarse llevar como flotando por un río.

Escuché suspiros y lamentos plañideros. Me arrastré con esfuerzo hacia uno de los ojos, mi gran hermano particular, y vi la cara de una mujer en pleno disfrute, deslizándose hacia el orgasmo. Creí reconocer a la joven médica, aquella de la que obligué a Leiva a huir, y me alegré de que no me hubiese hecho caso.

A pesar de mis escasas fuerzas, sentí una agradable excitación sexual. Hacía tanto tiempo… Las píldoras que intentaban fusilar mi esperma habían fallado el tiro, al menos esta vez, porque lo notaba bullir en alguna parte. Introduje mi mano atrofiada bajo el pantalón y me acaricié despacio, con cariño, una dulce despedida. Leiva follaba con ella, y yo follaba con él, un trío inimaginable.

Los gemidos de los tres fueron aumentando de intensidad, cada vez más frenéticos y placenteros. Dentro de mi recámara titilaban estallidos de luz alucinantes que me hicieron sentir un amor inconmensurable por el planeta, por la puta vida, por mi amigo Leiva.

Me corrí —nos corrimos— en un éxtasis tierno que disparó mi semen en todas direcciones, liberado al fin dentro de la cabeza de Leiva, donde reposaría para siempre mi cadáver exhausto.

«Copas de yate», musité cerrando los ojos por última vez.

—Yo también te quiero, chulo.

Las fuerzas me abandonaron. La sangre anegó mi cápsula, me empapó la ropa, subió por mi pecho y me llegó hasta la boca y el pelo. Floté en aquel líquido rojo sin remordimientos ni ansiedad, muriendo tranquilamente; adiós mundo, lo hice lo mejor que pude… Me dejé llevar sin resistencia mientras mis pulmones se llenaban de líquido, capaz todavía de sentir una fuerte sacudida, la última convulsión de un organismo vivo que se rebela después de todo, envuelto en un frío intenso, paralizante y negro.

Luego la piscina con un flash discreto, sin exclamaciones, y la confirmación de que resucitar no es un paseo agradable.

Me resistí al zarandeo y los bofetones, a las estridentes llamadas de auxilio y aullidos fuera de sí. Saltaron sobre mi pecho herido, respiraron a través de mi cuerpo maltrecho, bombearon ímpetu a mi corazón y me abrieron los ojos a mi pesar.

Hermano y hermana, padres e hijos, pequeños sobrinos. Mi pequeña familia me contemplaba, desencajado y moribundo.

—¿Y el fontanero? —Tosí.

Supongo que esperaban otro tipo de declaración por mi parte, porque se miraron unos a otros confusos.

—Es Nochebuena —balbuceó Amaro.

Le temblaba el mentón. Su camisa blanca, recién planchada para la

ocasión, estaba húmeda y sucia. Los niños me miraban asustados, sin atreverse a acercarse. Mi hermana temblaba dentro de su fino vestido de seda. Los padres eran de color azul; las madres se arañaban las mejillas.

Me negué a ir a un hospital. Me envolvieron en mantas tumbado en el sofá. No era capaz de sentir nada, un pedazo de madera. Improvisaron una cena a base de ColaCao y galletas, latas de sardinas, fabada asturiana y cacahuetes. Bebieron vino, brindaron por mí y abrieron los regalos que les compré: discos piratas de Álex Ubago y Antonio Orozco, juguetes de mala calidad, bufandas horrendas, bolsos de imitación. Un lote de cincuenta euros después del regateo de rigor, aunque nadie se quejó.

Mi cuerpo reaccionó poco a poco, absorbiendo el calor que me rodeaba, sus abrazos y mimos sinceros, aplazando los reproches. Allí se celebraba el nacimiento de un mesías, pero no era yo. Lo había perdido, lo notaba; por mis venas circulaba de nuevo sangre mortal. La congoja me aplastó por tener que vivir así hasta morir de nuevo.

Fingí que dormía mientras los demás bajaban la voz, susurrando profecías, hasta que mi teléfono sonó con estruendo.

Era Leiva. Resulta que se le había ocurrido que hiciésemos una gira.

Había funcionado, aunque casi me cuesta la vida.

—Había pensado en pequeños conciertos —me explicó—, sitios acogedores con poca gente; verles las caras, ¿entiendes? Algo chulo y sexi…

Desinflado como un globo pinchado, lo escuché divagar sobre volver a los inicios, sobre recuperar no sé qué bobadas acerca de la cercanía, la esencia de aquello que nos hizo subirnos a un escenario por primera vez, él con su guitarra y yo con mi teclado, ni bandas ni nuevas canciones, cantando cada uno las que le gustaban del otro, entremezclando éxitos pasados, ¿entiendes?, repitió dando por hecho que sus necesidades y las mías eran las mismas.

Debía de andar yo bastante espeso, con tantas equis y zetas

pululando por mis venas y todo lo demás, porque tampoco lo capté. No quería más pesadumbre ni verle la cara a nadie, ni mierdas sexis; quería un maremoto indistinto de cabezas sudorosas desatadas de pasión, quería hacer algo grande, enorme, dejar una huella imborrable en una generación al completo…

Era como regalar una calculadora Casio a un niño que espera la Xbox 360.

—Bueno —dije conformándome con la calculadora.

El rey ha muerto, viva el rey.

7

Me enteré por la prensa, porque nadie me avisó, de que la cosa comenzaría a finales de febrero.

El caso es que me vi con una gira completamente organizada en la que no pude opinar nada de nada, y a todo el mundo le pareció fenomenal, dando por hecho que la piltrafa humana en que me había convertido no estaba capacitada para tomar decisiones, y bastante suerte tenía de que Leiva todavía me dirigiese la palabra. Al final me di cuenta con pesar de que él era Íñigo Montoya, el noble espadachín habilidoso, mientras yo solo era el amigo torpe destinado a proporcionarle una oportunidad para lucirse.

Durante la espera, a inicios de aquel 2013, cuando un papa abdicaba por primera vez y Marifé de Triana moría como lo haremos todos, el insomnio me arrastraba cada noche hasta la cabaña del fontanero, casi oculta al fondo del enmarañado jardín y en la que apenas cabíamos los dos. Tenía un televisor antiguo y pequeñito de color gris claro, con dos antenas como las de un insecto y una pantalla de tamaño similar a la de mi teléfono móvil. Para no romper sus costumbres hippies, renunció a enchufarlo en mi casa con un alargador y lo conectó a la red eléctrica del vecino sin pedir permiso. Allí descubrí que Júpiter, el gran dios romano, eclipsó con su sombra al hemisferio sur, y que de madrugada el canal National Geographic solo hablaba de nazis. Ascenso y caída, megaestructuras, submarinos, estrategias de guerra, política… Se ve que cuando exprimieron todo lo típico se agregó lo atípico con epígrafes como ocultismo nazi, proyectos nazis para dominar la mente, espiritismo nazi, telequinesia nazi, extraterrestres nazis, el zoológico de Hitler. Casi un siglo después, todo lo nazi era un filón inesperado e inagotable para entretener a conspiranoicos en pijama, quién lo iba a decir.

—Es estupendo para quedarte dormido. —Sonrió el fontanero.

—¿Por qué no te pones el diente?

Por respuesta se metió un dedo en la boca y soltó un silbido agudísimo que me dejó sordo. Por su parte el perro entró al galope en la cabaña y me mordió una oreja.

—A veces descubres en las carencias nuevas oportunidades —añadió—. Voy a quitarle el tapón a la piscina.

Así era el fontanero, un hombre positivo. En cambio, yo solo pude pensar en que alguien debería inventar una alternativa mejor al espantoso tubo de goma que debes introducir en tu boca para bucear.

Esa noche, mientras un meteoro explotaba en el cielo de Cheliábinsk, medité sobre qué podría aprovechar yo de mis carencias, y no se me ocurrió nada.

Aun así, partí a Mordor animado, con ganas de cambiar de aires y codearme con los que pinchan y cortan. Amaro insistió en que me fuese a casa de Leiva, y me negué en redondo, no quería deberle más favores. Pensé que era mucho mejor que cada uno estuviese en la suya sin agobios y con algo de privacidad, ese magnífico invento de la burguesía que implica vivir en un desorden controlado que nunca te molesta porque es tuyo, pero no soportarías de los demás; o poder cagar en tu propio váter mientras hojeas una revista del corazón sin importarte el olor, que apenas aprecias porque también es tuyo, pero tampoco soportarías el de los demás. Por suerte todavía tenía alquilado un apartamento antiguo y minúsculo en Chueca por un precio abusivo, aunque decente —no sabría explicarlo mejor—. Mi casero también se dedicaba al rock, pero le iba de miedo y, por eso, aunque vivía en el extranjero, sus finanzas le permitían alojarse en un buen hotel cuando visitaba el país.

Madrid me recibió con una ola de frío polar que, unida a mis manos temblorosas, me dificultó enormemente acertar con la llave en la cerradura, hasta que comprendí que alguien había pasado el cerrojo. Me quedé un buen rato mirando la puerta sin saber qué hacer, y entonces escuché leves sonidos y llamé al timbre

desconcertado, echando de menos algún espray antivioladores para defenderme de una horda de okupas.

Me abrió la puerta Andrés Calamaro en calzoncillos, sombrero y un costurón de puntadas negras encima de la ceja.

—¿Le siguieron? —me espetó.

Atisbó a izquierda y derecha del descansillo antes de arrastrarme al interior y cerrar la puerta.

—¿Qué te ha pasado?

—La lucha y los chicos, la barra y las castañas, ya sabés.

No entendí nada, pero preferí no entrar en detalles. Lo seguí hacia el salón donde las persianas bajadas y el aire enrarecido me hicieron estornudar. Cuando me acostumbré a la penumbra, me quedé sorprendido de que, a pesar del escaso espacio y el escaso mobiliario, de alguna manera se las había arreglado para que el piso tuviera el aspecto de la mañana siguiente de una juerga universitaria.

—Mirá, ya olía a cagada cuando llegué, ¿sabés? —dijo antes de que yo pudiese abrir la boca.

Y se tumbó en el sofá tan tranquilo chupando mate de una pajita.

—¿Cómo has entrado?

—Soy tu casero, ¿recordás? Tengo llave del departamento.

Aun así, me pareció fatal que entrase en mi casa sin mi permiso, pero siempre me da pereza discutir con un argentino, así que me relajé un poco y me senté en la butaca incómoda, después de apartar su ropa tirada, como una madre que visita de forma imprevista a un hijo desagradecido, valga la redundancia.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Calculé al menos dos semanas de crisis.

—Desde ayer.

Crisis profunda, entonces.

—¿Y por qué no vas a un hotel? —Cada uno que supere sus mierdas en privado, ¿no?

—Estoy de incógnito, nadie puede saber que vine acá.

Intenté procesar esa información sin extraer una conclusión clara.

—Al menos tendrás café —dije para cambiar de tema.

—Vos necesitás algo más fuerte, pibe, te ves muy perjudicado.

Sirvió dos tequilas y me pasó uno. Pensé que no estaría mal beber hasta el desmayo, pero por lo visto el plan era ver la tele, donde una pandilla de buitres parecía aguardar algo.

—¿Qué estás viendo?

—Una metáfora sobre la vida. ¿Vos sabés eso de los tibetanos? —Sus ojos brillaron por la fiebre al tener un interlocutor para su paranoia—. Pretenden que creamos esa historia sobre alimentar a la naturaleza, reportar lo que les dio y toda esa vaina, ¡pero es una bola! La realidad es que en ese paraje rocoso y congelado la tierra no existe, ¿comprendés?

Asentí con precaución.

—Cuando alguien muere no se puede sepultar el fiambre, y sin árboles la incineración es una utopía. Pero fijate. —Levantó el dedo índice—. La solución genial no es alimentar a los buitres, la madre tierra y tal; la solución es decretar que algo es sagrado. —Soltó una carcajada—. Lo sagrado depende de su rentabilidad, pibe. Vivimos en un mundo dominado por lo rentable.

No me pareció que fuese a ganar un Nobel por darse cuenta de ese detalle.

—Eso fue beneficioso para la tribu —prosiguió—, sobre todo cuando tenés que soportar que alguien descuartice el cadáver de tus

familiares para facilitar la tarea a la jodida naturaleza, y que sea rápida, además. Ay, ay, ay, no querés ni pensar en ello. También pinchan bebitos de vez en cuando, ¿no?

Primero negué con la cabeza, después asentí, luego me serví otro tequila.

—Y el hacha del carniza no hace distinciones. El alma ya está lejos, no se sabe dónde, y la carcasa vacía debe desmembrarse por igual mientras los buitres aguardan en los alrededores con su pechera de plumas.

Miré a los buitres, colocados en una fila ordenada con sus baberos puestos y las afiladas garras como tenedores, mientras un tibetano caminaba al borde de un precipicio con un gran saco al hombro. Supuse que conocería bien a sus alados compañeros de trabajo por pequeñas marcas distintivas que la mayoría no apreciábamos. Tal vez mentalmente les pusiese nombres o incluso les cogiese cariño, pues él, un apestado, un paria entre sus semejantes, no se trataba con ningún otro vivo.

En realidad, era un hombre inteligente que había descubierto una oportunidad en sus carencias: convertirse en el puto ángel de la muerte, pero con harapos, ojos rasgados y un hacha oxidable.

—¿Vos oíste algo tan espantoso y repugnante alguna vez? —Negué con convicción, claro, no era conveniente contradecirlo—. Pues no son peores que nadie. Es un cuento que se repite desde que el mono se irguió sobre sus patas traseras y se convirtió en lo que somos ahora, supervivientes.

La pantalla mostró una panorámica de montañas y precipicios vertiginosos sin una gota de verde por ningún lado, que bien podía ser un planeta lejano que no me apeteció nada visitar. De cualquier modo, daba igual, la civilización producía buitres a sueldo en todas partes, y bastaba un pequeño tropiezo para ser desmembrado y consumido.

—¿Sabés que en Buenos Aires no puedo salir de mi casa? —protestó —. Vivo como en un barco; por eso escapé en la valija de un remisero y vine para acá. Nadie sabe dónde estoy.

Me dio la impresión de que él tampoco, habitando ese planeta marciano desde mi apartamento.

De forma instintiva pensé en cómo aprovecharme de la situación. No me juzguéis con dureza, el gremio al que ambos pertenecíamos no es muy diferente del carcelario. Reducido, a veces claustrofóbico, buscamos aceptación mostrándonos las cicatrices infligidas por gente con gabardinas grises. Lo malo es que a estas alturas todos somos depredadores, una jauría más o menos organizada siempre al acecho; si uno se despista es devorado, y los demás nos apresuramos a ocupar su lugar. Nadie confesará esto jamás, pero sucede en todas las profesiones, así que no vale la pena escandalizarnos. La caída en desgracia de Calamaro solo significaba que era mucho mejor encontrar una oportunidad en la carencia ajena que en la propia. Aunque con la mente embotada todavía no sabía cuál.

—Regalé a esa gente mil canciones. —Señaló a los buitres con la barbilla—. Aun así, indagan en mi vida privada para divertir a la vieja durante el cóctel.

—Tal vez podíamos hacer algún bolo —sugerí.

Me miró fijamente, como dándose cuenta al fin de que estaba allí, y me apuntó con el vaso de mate y la pajita.

—Hace meses que no saco una letra, y si un músico deja de grabar discos deja de ser músico —se lamentó.

No me gustó ni pizca escuchar eso.

—¿No eras tú el que decía que la música convierte la tristeza en algo bonito? —contraataqué.

—Todavía no estoy suficientemente triste, licenciado Ferreiro; más bien estoy enojado, y cuando te enojás no salen canciones, sino boludeces de las que luego te arrepentís.

Supe de qué hablaba. A veces a los micrófonos los cargaba el diablo.

—Y ahora decime vos, ¿cómo le fue esa gira? —preguntó

repentinamente tranquilo.

Trastocado ya el orden de una charla convencional, suspiré y me encogí de hombros con desgana.

—Empezamos este martes.

—¿Viste? Cuando una gira comienza un martes es que algo está fallando.

Se levantó como dando por terminada la charla y deseé que se fuese de una vez. Tanta melancolía me estaba matando. Me puse en pie también, dispuesto a despedirme.

—Por cierto, tengo que doblarte el alquiler, lo entendés, ¿no? —soltó a traición.

—¿Qué?

—Ahora soy un fugitivo, igual que Lady Di. Necesito plata. —Aturdido, me condujo hacia la puerta como un perro pastor a una oveja descarriada—. Si te va bien tenés que pagar, esa es la norma.

—Pero… —Tuve un déjà vu extraño en el que una cocinera me decía lo mismo, y sentí que algo no encajaba, aunque admiré la capacidad de Calamaro para encontrar una oportunidad en el éxito de otro…

Abrió la puerta de la entrada, miró a izquierda y derecha y me empujó fuera.

—Que le vaya bonito, che, y recordá que no me viste.

De pronto me fijé en esos rizos con sombrero y gafas y lo vi igualito a Leiva.

—Espera un momento…

—El rock es útil y gratis —susurró cerrándome la puerta en las narices.

El mundo suele ver con cierta condescendencia a esos chavales que montan una banda con sus compañeros de instituto, tocan los sábados en el garaje de un amigo y se tiñen el pelo de azul para llamar la atención. Al principio a los adultos les suele hacer gracia, te quitan la guitarra de las manos y tocan Smoke on the water para demostrar que ellos también se ilusionaron alguna vez con ser una estrella de rock.

Lo bueno de encontrarte entre músicos es que no tienes que explicarles estas cosas, saben de lo que hablas sin necesidad de contarlo porque han aguantado los acordes de Smoke on the water más veces de las que cualquiera podría soportar, en todas y cada una de las jodidas cenas familiares desde que cumplieron quince. Pero, cuando pasas de los treinta y sigues empeñado en lo mismo, el mundo te ve entonces con un desprecio que aumenta con los años y solo disminuye si alcanzas el objetivo.

Pues bien, nada de esto sucede si tienes la suerte de nacer en Alameda de Osuna.

Lo que la mayoría de los rockeros ha sufrido durante toda su adolescencia no lo saben en Alameda. Incluso cuentan que un chaval de allí quiso ser notario y a su tatuado padre le dio un infarto del disgusto, con eso lo digo todo.

El lugar donde abres los ojos por primera vez marca tu vida. Si naces en Gondomar imaginas tu futuro regentando un bar, por ejemplo: pantalla plana encendida de sol a sol, chillido de máquina de café, banda del equipo de fútbol local colgada detrás de la barra, un día te jubilas y después te mueres. Esto si eres un hombre, claro; si eres mujer, te casas, crías a un par de hijos, lavas, cocinas y planchas, trabajas en alguna oficina cobrando la mitad que tus compañeros, haces millones de cosas variadas durante toda la vida, sin parar, luego cuidas a tu anciano marido mientras regentas el bar, cuidas a tus nietos pequeños, y a tus padres mayores también; no tienes tiempo ni para morirte. Si perteneces al colectivo LGTBI, tómatelo con calma; en los pueblos poca gente sabe qué es eso todavía.

—Y si naces en Alameda te dedicas al rock —finalizó el dicharachero taxista—, así de sencillo.

—¿Conoces Gondomar?

—¿Para qué?

Exacto, ¿quién querría conocer Gondor cuando resides en la corte? Eso mismo debió de pensar Leiva la primera vez que vino a casa.

—No entiendo cómo has llegado hasta donde estás desde este lugar —dijo entre trinos de pajaritos.

Ni yo. Dicen que los obstáculos te forjan el carácter, aprecias los beneficios del tesón y la constancia para alcanzar la meta y alguna tontería más. Es falso, nunca entendí la cultura del esfuerzo, si las cosas te resultan fáciles llegas igual, y por el camino tienes tiempo de aprender cosas más interesantes, como conocer a sirenas y lestrigones, por ejemplo.

Si me hubiese dado cuenta antes de este pequeño detalle, mis hijos habrían nacido en este barrio cercano a Barajas. Parques amplios, edificios bajos, pájaros y ardillas en multitud de descampados, donde las horas no las marcan los relojes, sino los aviones del puente aéreo; definitivamente, el paraíso de cualquier crío. En Alameda de Osuna se parten el culo con las cintas de Mozart para bebés. Aquí los bebés pronuncian la palabra riff antes de decir «mamá».

Por cierto, aquí vive Leiva.

—Parece que has visto a un fantasma —me saludó.

Pensé en Calamaro escondido en mi pequeño apartamento, sonado como un viejo gladiador.

—Sí —respondí jocoso—, el de las Navidades futuras.

Había olvidado que la última vez que había estado con Leiva eyaculé dentro de su cabeza y, tal vez por eso, sentí una repentina y extraña sensación cercana al enamoramiento nada más verlo. De hecho, cuando me abrazó se me puso dura, y, al mostrarme orgulloso el enorme armazón metálico del que colgaban todas sus

guitarras, lo encontré guapísimo.

—Podría contar mi vida a través de estas bellezas —dijo mientras iba señalando varias—. La de mi madre, la primera que compré en la tienda del barrio, con la que compuse la mayoría de mis canciones, la que siempre utilizo en los conciertos, aquella blanca que no he tocado jamás…

—¿Por qué?

—Pertenecía a Rosetta Tharpe, ¿la conoces? Con ella empezó todo.

Escuchamos varios vinilos de aquella mujer cantando góspel, mientras punteaba de forma prodigiosa unos acordes en los que ya se intuían los elementos esenciales que adoptarían aquellos tipos a los que se denominaba padres del rock, aunque en realidad eran nietos. También escuchamos a las escasas nietas, injustamente ninguneadas por las antologías, como Samantha Fish, Jennifer Batten, Bonnie Raitt o Brittany Howard. Cuando derivamos hacia el rasgueo loco de Gabriela Quintero y el flamenco solemne y triste de Davinia Ballesteros y Pilar Alonso, mi vista se recreó en el talento silencioso que escondía aquel expositor. Las guitarras españolas poseían una belleza elegante y sobria, con varios tonos de madera brillante como en un Pantone de carpintería, pero había que reconocer que las eléctricas eran sensacionales. Me dejé subyugar por el ritmo melancólico de sus curvas y colores, rayas psicodélicas o irisados acrílicos, los mástiles estilizados, decenas de clavijas cromadas que apetecía toquetear… Ahí estaban todas y cada una de mis carencias, perfectamente colocadas. No pude evitar preguntarme por qué Ángeles, mi profesora de pelo cardado y uñas fucsia, a la que imaginé en sus años mozos saltando a lo loco con canciones de Elvis o los Beatles, no me advirtió de que el guitarrista siempre era el puto amo, el protagonista, el que puede hacer solos magníficos y eternos en el escenario por la gracia de deidades rockeras incuestionables.

De forma absurda, en lugar de practicar tres acordes facilones con una guitarra molona, pasé mi infancia y adolescencia intentando que mis diez dedos se coordinasen sobre las teclas y produjesen unas ñoñas melodías que encantarían a la directora de un colegio de monjas: el Himno a la alegría, Oh, Susana, o cualquier pieza del

empalagoso Richard Clayderman cuando pasabas a un nivel avanzado. Lo más contemporáneo que se podía aprender con mi viejo órgano de segunda mano era Tubular Bells, y a partir de ahí estabas solo ante el peligro. No era un duelo justo, aunque nadie se diese cuenta. Mi teclado nunca podría ganar a una guitarra en esa especie de papel o tijera amañado desde el principio.

Completado el círculo de mis tropiezos, contemplé de nuevo, con respeto y rabia, la Gibson de Rosetta Tharpe que presidía el expositor justo encima del sofá. Se veía vieja y vapuleada, pero, al igual que no se lava la camiseta sudada de tu deportista favorito si la lanza a la grada y tienes la suerte de que te caiga en la cara, sería un sacrilegio borrar su pátina heroica.

—¿Cómo la conseguiste? —Saqué la cajetilla de tabaco con ganas de hacer algo con las manos, encender un pitillo, meter mi dedo en un ojo, estrangular algún cuello…

—En realidad, la gané en una apuesta, pero no quiero hablar de eso —murmuró.

Entendí algunas cosas: que aquella guitarra representaba una dolorosa cuenta pendiente en la que no solo había perdido Rubén, sino que habían perdido los dos. Y que para ser un buen enemigo antes has tenido que ser un gran amigo.

Me sentí excluido de las grandes amistades. Aun así, debatiéndome entre la envidia y la ternura, admiré esa nariz aguileña y poderosa, repleta de virilidad, empalmado como un semental.

—Por cierto, dentro de casa no se puede fumar —dijo Leiva de pronto.

—¿Por?

—He dejado las drogas —anunció sin más.

Mi erección se vino abajo. Después de meses sobrecargado de zetas y equis, no estaba preparado para escuchar algo así. Con esfuerzo, ordené a mi cara que disimulase la perplejidad y desolación que sentí.

—Ya estoy harto —prosiguió—, últimamente he tenido unas experiencias chungas y no quiero que se repitan. Quiero una vida sana. Además, he estado informándome y no te lo vas a creer. Resulta que el colocón no lo provoca la droga; es un efecto compensatorio de tu cerebro.

Entusiasmado, me dio unos golpecillos en la cabeza con el dedo índice que me parecieron insultantes, como si el único cerebro que hacía esas mierdas fuese el mío.

Me sentó fatal. ¿Vida sana? ¿Qué demonios significaba eso? ¿Beber agua y comprarte un chándal? Leiva debía de haber alcanzado esa edad madura que te vuelve excéntrico, con aficiones estrafalarias. La comunidad del anillo convocando juegos florales y salto de pértiga; Aragorn y Legolas haciendo una tabla de pilates mañanera antes de quitar bichos del huerto y seleccionar guisantes buenos y malos para el guiso; torneos tranquilizadores para consumir testosterona sin ver sangre.

Era el fin de un sistema y el nacimiento de otro más amable y domesticado. Un cambio de paradigma. Mi cerebro contaminado se resistió a aceptar que mi mundo se desmoronaba. No, perdona, el mundo se desmoronaba. Sin un lado oscuro, castidad, deporte y rock and roll no era un eslogan que enganchase a nadie. ¿Qué decir en un disco si no te emborrachabas hasta perder el conocimiento cuando te abandonaba tu chica? ¿Y por qué te iba a abandonar tu chica si lo hacías todo bien? No, dejar las drogas no era la solución a nada.

—¿Y qué hacemos ahora?

Se me ocurrió que podríamos echar un polvo compensatorio.

—Ahora tengo que irme —dijo poniéndose la cazadora y el sombrero.

Y, después de soltarme esa bomba, sin un copas de yate ni nada, se fue.

No debería haberme extrañado porque, desde que nos conocíamos, Leiva siempre se iba y me dejaba solo. En todas partes. Incluso en su propia casa y rodeado de todas sus cosas, incluidos un perro y un gato que me miraron a la espera de qué sé yo.

Siempre me ha costado comprender la psicología de la mascota, depredadores que pasan toda su vida entre correas, ampollas antipulgas y comiendo pienso. Si fuese yo, me volvería loco y acabaría devorando a alguien. En cambio, aquel perro, grande como un caballo, se abalanzaba tres veces al día sobre una tinaja repleta de croquetas secas que no sabían a nada —aunque de forma incomprensible provocaban halitosis—; aun así, parecía la mar de contento con su situación.

En cuanto a los dueños de mascotas, solían ser unos cursis que te cagas, llegando a proclamar sin pudor que mi perro canta blues, por ejemplo.

Puse a Aretha a todo volumen, a ver qué pasaba. El perro me miró con ojos melancólicos, eso sí, pero no cantó. De hecho, fue el primero que se dio cuenta de que no podía contar conmigo para nada, así que se subió al sofá y cerró los ojos. Quedamos el gato y yo, mirándonos el uno al otro. Me dio la impresión de que pensaba «a ver, tonto del culo, sorpréndeme». Nos entendimos a la perfección: cada uno de los dos era un pequeño hijo de puta que en cualquier momento podía intentar matar al otro.

Me senté en la butaca incómoda, que resulta que era cómoda, encendí el televisor, ya sin nazis ni buitres, e hice un barrido intentando dilucidar qué estaría viendo en esos momentos nuestro fantasma de las Navidades futuras, tan solo como yo en el otro extremo de la ciudad. Dudé entre un programa taurino y varias sitcoms americanas de risas enlatadas, apropiadas para adolescentes que se resistían a hacer los deberes y tenían prohibidos los videojuegos hasta más tarde. Supe que Calamaro habría elegido los toros, cargados de muerte, tradición y poética. El Míster y Ferreiriño, en cambio, estarían viendo alguna de las abundantes series tontas, machistas, homófobas y racistas que tanto me gustaban a mí también, perfectas para seguir rumiando mi insatisfacción.

En resumen, que de Martin Sheen a Sheldon Cooper, y de Jennifer Aniston a Ted Mosby, igual que un niño hiperactivo, durante aquella tarde de aburrimiento mortal tomé dos decisiones funestas, o más de dos, que torcieron los acontecimientos hacia diversos desastres.

La primera fue desvirgar la guitarra de Rosetta Tharpe.

Sin pensar en las consecuencias, me subí al sofá tratando de no pisar a aquel perro enorme, que abrió un ojo asustado, y la descolgué con cuidado de su percha a prueba de terremotos. Me la puse de bandolera y la manoseé sin pudor, tocando todos sus tendones y orificios, restregando mi entrepierna contra su cuerpo sinuoso. Luego ensayé posturas rockeras frente al cristal de la ventana y salté por el salón imitando a jefes y reyes del rock, desmelenados y varoniles, mientras deslizaba mis dedos por todo su mástil mordiendo mi labio inferior y frunciendo el ceño por el éxtasis hasta que, sudoroso y con las falanges doloridas, tuve ganas de estrellarla contra el suelo allí mismo y mandar a todas las guitarras eléctricas del mundo y a su descarado abuso de poder a tomar por culo.

Fue breve, pero intenso. Una especie de polvo compensatorio, al fin y al cabo. Después la limpié con un paño para borrar mis huellas dactilares y la volví a colocar en su sitio haciendo equilibrismos sobre el perro, que me miró con el ceño fruncido.

En cuanto a la segunda, aún hoy me sigo preguntando quién me mandaría sacar del bolsillo las cajas de pastillas. Sobre la mesa de centro limpia como un espejo, fui colocando largas filas de diminutas píldoras marcianas con las que jugué a las tres en raya, mientras reflexionaba sobre si yo también debería abandonar aquellas drogas legales que recetaba sin escrúpulos cualquier médico de cabecera para que dejases de darle la lata. Píldoras azules que te hacían vivir una realidad razonable, o píldoras rojas que suponían más bien no tomar nada y disfrutar de una vida sin filtros, la misma que deseaba Leiva, y yo no podía soportar.

Arrebujado en mi abrigo, salí a la terraza y fumé un cigarrillo que me supo fatal. Mientras brotaban de mi boca nubes blancas de aliento y humo que se desgajaban en la oscura tarde madrileña,

medité sobre esas malas experiencias que provocaron que Leiva se convirtiese en una especie de mormón, mientras que las mías afianzaron un consumo disparatado en un intento de evitar una asquerosa hiperrealidad de la que huía desde el suceso de las aspirinas.

Nunca comprendí por qué a mis tiernas amistades de ocho años no les gustaban las aspirinas y, para tragar solo una, antes había que disolverla en una cucharada de agua con azúcar. En cambio, mi hermana y yo las comíamos a palo seco como extraños caramelos picantes que hacían llorar y provocaban escozor en la lengua, deseando que de nuevo nos doliese la cabeza, la barriga o cualquier cosa con tal de que mi madre fuese generosa. Aquella noche que mis padres salieron a cenar, me levanté con sigilo a la una de la madrugada y zarandeé a mi hermana para asaltar la mesilla de noche materna y hacernos con dos blísteres de aspirinas recién compradas. «Déjame alguna», susurró ella antes de volver a dormirse. Supongo que aquel fue el momento primigenio en que mi personalidad politoxicómana emergió con fuerza y, agachado en la oscuridad, fui saboreando un ácido tras otro sin ser capaz de detenerme hasta que quedó solo uno, que reservé para Elena como un buen hermano.

Ni el enfado de mis padres, ni los cólicos estomacales, ni el hecho de que me introdujesen un tubo en la garganta por el que vi salir horrorizado todo lo que había cenado tuvieron más efecto que afianzar mi búsqueda de emociones fuertes, quizá convencido, como decía Sampedro, de que las malas experiencias no existían. Y en aquella minúscula terracita, fumando al frío como un mendigo, supe que cualquier rockero decente se reafirmaría en su decisión de consumir todo lo que se le pusiera por delante mientras su corazón siguiese latiendo.

Diez segundos después cambié de idea, justo cuando en el interior del salón se desencadenó el infierno.

Admito que al principio me hizo gracia, cuando una serie de extraños maullidos me hicieron volverme y vi al gato haciendo acrobacias por todo el espacio aéreo del salón. Me dieron ganas de

aplaudir, de verdad, un auténtico atleta, el tío. De alguna manera conseguía impulsarse con las cuatro patas a la vez y volar hasta la lámpara, y de allí saltar a la mesa, y de la mesa al respaldo de la silla y, antes de caer hacia atrás, alcanzar el borde estrecho del póster enmarcado de Elvis, que también se derrumbó con estruendo de cristales rotos. Y continuó moviéndose a velocidad de vértigo tirando cosas, como jugando a hacer carambola en cualquier objeto que hubiese en la habitación, mientras el perro y yo lo veíamos paralizados de estupor.

La cosa prosiguió unos minutos más, como un bólido peludo fuera de control o una bala perdida rebotando por todas partes. Ingenuo de mí, en un principio pensé que era asunto de gatos, su manera de divertirse cuando el dueño se iba, hasta que, mientras con un ojo vigilaba los movimientos felinos, con el otro detecté que mi ordenado tres en raya antipsicótico había desaparecido y que había decenas de píldoras salpicadas por la mesa y el suelo.

Tragué saliva.

Me lancé desesperado sobre la alfombra y comencé a recuperar pastillas de debajo del sofá maldiciendo mi mala suerte, intentando saber cuáles, y sobre todo cuántas, se habría comido aquel cabrón. Finalmente vi horrorizado cómo se subía a la estructura de las guitarras, caminaba en precario equilibrio sobre todas ellas y se detenía al fin, con babas viscosas deslizándose de su lengua, justo sobre la Gibson antigua.

Contuve la respiración por el espanto y me acerqué despacio con las manos abiertas, dispuesto a agarrar a aquel hijoputa por el cuello y tirarlo por la ventana.

El gato me miró a los ojos con maldad de gato mientras apoyaba suavemente una pata sobre las clavijas. Entonces escuché un clic. Un pequeño clic que delataba que una placa continental se había deslizado sobre otra y ya no soportaba más presión; un insignificante clic que anunciaba mi ruina; un miserable clic indicador de que la guitarra no estaba bien sujeta en su anclaje.

¿Sabéis esos mecanismos típicos de Steven Spielberg en los que una pelotita va recorriendo un circuito y sorteando obstáculos hasta que

suena el despertador o se enciende la tostadora? Así contemplé yo la secuencia catastrófica, petrificado mientras la patita maligna empujaba un poco más la guitarra, y la guitarra caía como a cámara lenta encima de la cabeza del perro, y el perro se decidía a cantar por fin, y el gato se derrumbaba con convulsiones sobre la alfombra, y la guitarra caía al suelo y su mástil hacía un doloroso crac, y el perro saltaba sobre la mesa de centro rompiendo el cristal, y el gato estiraba las cuatro patas al aire mientras echaba espuma rosada por la boca.

Hay gente que reacciona de puta madre ante las urgencias imprevistas, cuando hay que tomar decisiones rápidas e intuitivas sobre cuál es la prioridad que debes atender en primer lugar. Yo salí a la terraza y me asomé a la barandilla dispuesto a lanzarme al vacío, con tanto dolor en el pecho que eso se convirtió en mi prioridad. Imaginé a Leiva regresando tan tranquilo de allá donde estuviese y haciéndome responsable del desastre. Imaginé a Amaro negando con la cabeza, enfadado y harto. Imaginé a IA (¿Ismael?) zanjando nuestro contrato definitivamente. Imaginé al Míster y a Ferreiriño avergonzados y sin contestar a mis llamadas. Imaginé mi cabeza estrellándose contra la acera como una sandía.

Me retiré hacia atrás mareado.

Entré de nuevo, algo más sereno, y evalué la situación. La guitarra fracturada reposaba junto al gato, que respiraba agitado cual Uma Thurman con sobredosis. Afortunadamente el perro se había escondido por algún lado, un problema menos.

El dilema que se planteó entonces era relativamente sencillo: gato o guitarra. Miré de manera alternativa a uno y otra, ambos rotos sobre la alfombra. Supuse que Leiva atendería al gato en primer lugar, porque eso hacían los dueños de mascotas, anteponer a sus animales a cualquier antigüedad única y carísima. Me acerqué al gato y coloqué mi mano sobre su lomo caliente, bajo el cual su pequeño corazón latía a mil por hora.

Bien, estaba vivo, y además tenía unas cuantas vidas de repuesto, así que estudié la guitarra.

La envolví con cuidado en una de esas mantas de sofá tejida a

ganchillo con cuadraditos de colores y, dispuesto a pagar con las escrituras de mi casa si hacía falta, me sumergí en la noche de Alameda buscando algún establecimiento que pudiese arreglar el estropicio.

No pasaba de los veinte el mayor de los dos chavales a los que pregunté amablemente dónde había una tienda de instrumentos musicales. Pantalones pitillo, cazadoras de cuero, pendientes y tatuajes, aroma a canuto… El moreno se parecía a Makinavaja con gafas, y el rubio, a un mono gibraltareño, dos buenos chicos de Alameda de Osuna pasando el rato sentados en un banco a la intemperie.

Con esa eficacia que proporciona el haber suspendido matemáticas y lengua durante dos cursos seguidos, en menos de un minuto me robaron el teléfono, la cartera, cincuenta euros y las pastillas.

Todo fue tan rápido que creí estar viviendo un sueño, que no estaba pasando de verdad. Como aquella vez que me caí de una Vespino y tuve la sensación de que todo sucedía a cámara lenta: la desviación incomprensible hacia la cuneta, la gravilla bajo las ruedas, la inclinación en un ángulo imposible mientras el suelo se acercaba a mi cara, ese arrastrarme entre polvo durante cinco metros, la quietud mirando al cielo antes de comprender qué había pasado, y el dolor del codo despellejado que dejó una cicatriz permanente. Supuse que mi mente estaba tan saturada de desgracias que no admitía una más.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó el Gafas, no contento con el botín.

Di un respingo y agarré con fuerza mi paquete enmantado dispuesto a luchar hasta la muerte. La sensación de estar soñando era tan potente que ni siquiera sentí miedo por recibir un navajazo mortal; solo indignación por entorpecer la resolución de mis problemas, ya bastante compleja sin intromisiones. ¿Me había levantado con el pie izquierdo? ¿Sería que mis dos pies eran pies izquierdos y nunca me había dado cuenta?

—No te hagas el valiente —recitó el Mono—, que me pongo muy

nervioso si me enfado.

Me gustaría decir que forcejeé todo lo que pude, pero mis brazos se quedaron inertes y blandos cuando me arrebataron la guitarra, la depositaron sobre el suelo y descubrieron el tesoro con silencio reverencial.

Me asomé sobre sus cabezas convencido de que era un sueño, dispuesto a descubrir que envuelto en la manta había algo extraordinario e inverosímil, un Leiva bebé con sombrero y gafas de sol, por ejemplo, o un Calamaro con pechera de buitre.

—¡Hostia, tío, una Gibson del 59! —dijo el Mono.

—Ni hablar; es del 52, una de las primeras Les Paul —contradijo el Gafas—. Cuerpo de aliso, mástil de caoba, diapasón de ébano, trastes estrechos y bajos… —La manipuló con mucho cuidado para darle la vuelta—. ¡Ajá!, estaba pegado y no atornillado, ¿veis?

El Mono y yo asentimos como alumnos obedientes.

—¿Se puede arreglar? —susurré vencido.

El Gafas frunció el ceño, un lutier experimentado calculando horas de trabajo y factura.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

Ambos me miraron con atención.

—Oye, ¿tú no eres ese que canta? —dijo el Mono de pronto.

—Es verdad —coincidió el Gafas.

Debo reconocer que me sentí halagado, sonriendo con modestia. Tal vez no era una pesadilla, después de todo, sino un sueño raro con final feliz. Ahora me devolverían mis cosas, me invitarían a una juerga y podría escribir una canción chachi como Sabina; una anécdota que podría contar a todo el mundo mientras tomábamos copas después del concierto.

—¡Quique González! —Me señaló el Mono.

¿Qué? Espera un momento…

—¿Ese no es del Real Madrid? —preguntó el Gafas.

—No, no —negué con convicción—, aquí hay un malentendido.

—Hostia, ¡un merengue en Alameda! ¡Menudos huevos! —se indignó el Gafas con ademán amenazador.

Perdí la paciencia. Si era un sueño quería despertarme inmediatamente.

—¡Ya está bien! Me devolvéis la guitarra ahora mismo y os podéis quedar lo demás; no quiero líos.

Se echaron a reír como pequeños demonios de colmillos afilados.

—González, tú vas flipao, tío, esta joya ni la rozas —decidió el Gafas.

—Y suerte tienes de que no te partamos tu cara bonita —añadió el Mono dándome una suave bofetada.

Y se alejaron entre las sombras tan tranquilos, felices de su buena estrella, mientras yo me desesperaba.

—¡Voy a llamar a la policía! —chillé furioso a una distancia prudencial.

—¿Con qué, gilipollas? —gritaron entre risas, sin ni siquiera darse la vuelta.

Sin teléfono, sin dinero, sin pastillas y sin guitarra, contemplé sobre mi cabeza la titilante farola, perfecta para colgarme por el cuello si tuviese a mano una cuerda.

Volví a casa de Leiva. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al menos había una terraza desde la que tirarme sin dudas de última hora. Mi suicidio era lo único que podía librarme de un juicio terrible e injusto. Incluso anular una gira la víspera de comenzar podía dar

algo de publicidad positiva al cantante de la triste figura, inmerso en el lado oscuro a pesar de los éxitos y la fama. Pero era mejor darme prisa y que Leiva no llegase antes. Lo bueno de tirarme por la ventana era no tener que dar ningún tipo de explicación ni afrontar los hechos ante nadie más que yo mismo. Además, seguro que las elucubraciones que mi muerte provocaría restarían importancia a sus extrañas circunstancias, incluso daría pie para competir con los nazis en un documental truculento del National Geographic.

Sin embargo, caminando cada vez más aprisa por un suelo que parecía de goma, aquella sensación de estar viviendo una fantasía se hizo más fuerte a cada paso porque mi cabeza no concebía que la realidad fuese tan asquerosa; y la idea de que alguien estaba manipulando mi mente haciéndome soñar algo concreto, y que morir era la única manera de despertarme, me pareció mucho más sensata que un simple suicidio real. Eso debía de estar pasando, como en la película Origen. En pocos minutos abriría los ojos desconcertado y confuso en la butaca cómoda de Leiva, tal vez con seis kilos de gato sobre mi pecho, y vería con alivio la guitarra intacta colocada en su sitio y las píldoras azules en mi bolsillo, menudo sueño más raro y vívido, joder. Mañana nos iríamos al concierto en el teatro Fernán Gómez y podríamos disfrutar del calor del público, y luego, relajados y felices, yo le contaría a Leiva mis sueños lúcidos, él me contaría los suyos, y nos reiríamos de lo curioso que era el cerebro, en lugar de estar soñando que me dirigía hacia su casa con desesperación y me lo encontraba en el portal.

—Quiero despertarme —supliqué agotado.

—Un paseíto es lo mejor, tienes que ver el parque de El Capricho —dijo Leiva en el ascensor—. ¿Sabías que hay un búnker de la guerra civil? Cientos de metros de túneles.

Durante un instante, mientras soñaba que Leiva abría la cerradura, mantuve la esperanza de que fuese mi fantasma del presente y un segundo después, ambos invisibles, veríamos a mi otro yo durmiendo en la butaca.

Fuese un sueño o no, lo lógico es que hubiese llamado a la policía, porque hasta a mí me pareció el escenario de un crimen. Pero la

lógica brilla por su ausencia en los sueños, así que, una vez superado el estupor inicial al ver el escandaloso hueco de la Gibson y tantas cosas rotas, sin relacionarme con aquel cataclismo ni acusarme de nada, Leiva hizo lo que suelen hacer los dueños de mascotas.

Él con el gato moribundo en brazos, y yo arrastrado por el perro gigante atado a una correa, corrimos hacia un local con un cartel que ponía en grandes letras: SONIA Y GLORIA, que resultó no ser una peluquería, sino la clínica veterinaria. A aquellas horas ya había cerrado sus puertas al público, pero mantenía activo una especie de timbre de urgencias que resonó en mi cabeza como una sirena antiaérea.

Admiré la eficacia de aquellas dos mujeres con uniforme sanitario que, sin hacer ni una pregunta, colocaron al gato sobre una camilla y palparon todo su cuerpo, observaron sus pupilas, auscultaron su agitado corazón, afeitaron un centímetro cuadrado de la pata delantera que tiró la guitarra con inocencia, e inyectaron algo en sus venas mientras murmuraban entre ellas términos médicos.

Por fin, estabilizado el paciente, se dirigieron a nosotros. Las dos se parecían mucho, piel clara, ojos castaños y melena oscura y lisa recogida en sendas coletas, y se movían y hablaban a la vez, perfectamente sincronizadas como siamesas.

—Solo podemos esperar —dijeron Gloria y Sonia al unísono.

—Pero nos tememos que va camino del cielo de los gatos —añadieron Sonia y Gloria.

Leiva se echó a llorar.

Yo puse mi brazo sobre sus hombros, como hacen los buenos amigos que se han librado por los pelos de dejar de serlo, aunque sin saber por qué.

La culpa es una emoción poderosa que se acrecienta con la impunidad; por eso los delincuentes confiesan con alivio, aunque no

haya pruebas que los involucren. Mi deseo de ser castigado era tan fuerte, que me convertí en un esclavo solícito que intentaba aliviar el dolor de su amo anticipándose a sus deseos limpiando el salón, recogiendo cristales, aspirando la alfombra y paseando al perro mientras Leiva velaba al gato en la clínica con cara desencajada.

Al día siguiente me encargué de lo que menos me gustaba de los conciertos, las pruebas de sonido, ajustar luces y traslado de instrumentos. Redondeé el trabajo llevando al camerino una bandeja de pasteles, una caja de birras y un termómetro, antes de anudar su pañuelo al micro con ternura para que todo estuviese preparado.

Cuando Leiva al fin llegó, parecía demacrado y sin fuerzas. En cambio yo, sin consumir mis altas dosis de estupefacientes legales, me sentía tan pletórico de energía que me costaba horrores estarme quieto, intentando alejar la duda terrible de si estaría dormido en ese momento y la pesadilla continuaba.

Como extras de una película en la que ambos éramos protagonistas, empezó a llegar esa gente que rodea a los músicos en el backstage y habla en voz muy alta para que todo el mundo conozca su privilegio. Algunos se dirigían a mí con familiaridad, a pesar de que yo no reconocía ninguna cara, ninguna anécdota; solo tenía ojos para un Leiva muy serio que al principio hablaba por teléfono sin parar y luego nos echó a todos al pasillo con la excusa de una reunión importante, justo cuando aparecían dos hombres y se encerraba con ellos en el camerino. A mi alrededor todo el mundo reía y bebía cervezas, abalanzándose sin pudor sobre los pasteles mientras el miedo me agujereaba el intestino, convencido de que una conspiración maligna se tramaba a mis espaldas y de que nada era real, sino un atrezo elaborado por un ser superior que jugaba conmigo como con un muñeco.

—Todo está bajo control —me susurró Leiva al abrir la puerta y dejar salir a unos y entrar a otros desconocidos.

La palabra «control» y yo nunca acabábamos de encajar, así que aquello sonaba a falsedad, sonaba más bien a la antesala de descubrir que Leiva había averiguado que yo era el causante de todo, el que había destrozado su casa, matado a su gato y

evaporado la Gibson, estuviese soñando o no. Empecé a sudar.

—¿Quién es esa gente?

—Negocios, ya sabes.

Asentí porque es lo que solía hacer cuando IA (¿Isaías?) me decía lo mismo, cuando cualquiera lo decía; porque es de mala educación preguntar a qué negocios concretos se refiere alguien que habla de negocios en general; incluso porque si pides detalles estás reconociendo que eres un pardillo que no sabe nada del mundo de los negocios, mundo que no descansa, aunque estés viviendo una tragedia personal.

—¿Qué negocios? —preguntó mi ansiedad.

Cerró la puerta sin contestar y apoyé la espalda contra la pared, haciendo guardia como un perro fiel mientras intentaba escuchar con disimulo algún extracto de la conversación que se desarrollaba en el interior sin conseguir captar más que palabras sueltas y enigmáticas como «polímero» o «acequia», o tal vez «plumero» y «entelequia» —imposible asegurarlo porque no se puede traducir correctamente sin tener en cuenta el contexto, y precisamente el contexto se me escurría como agua entre las manos, ya que nadie más que yo parecía extrañado de esas reuniones misteriosas previas al concierto—.

Reconocí al periodista de la libretita cuando apareció por el pasillo y puso sobre mí sus ojos aceitosos, preparado para disparar punzadas y escozores.

—¿Qué es lo que más valoras de tu contrincante? —preguntó con malicia.

Que es mi espejo, pensé, un hombre agobiado por el peso del mundo sobre su espalda que busca con ansia alguna respuesta.

—Lo que más me gusta de Iván —dijo Leiva abriendo la puerta del camerino— es que siempre está de buen humor y para él nada es importante.

Busqué su mirada con una erección embobada mientras el tipo de la

libretita escribía otra tontería.

—¿Y lo que menos? —tanteó el periodista en su incansable búsqueda de titulares.

—Los abrigos, sin duda —dijo Leiva.

Sonreímos, y supe que iba a soñar un concierto maravilloso.

Lo que no sabía es que iba a soñarlo dos veces.

9

Confirmé en aquella época que la realidad no existe, es un subproducto del cerebro, al menos del mío. Igual que ordena a mis pulmones respirar, a mi corazón latir o a mi estómago digerir, aunque yo no sea consciente de esas acciones, mi cerebro también controla mi capacidad para razonar o enamorarme, que alguien me caiga mal, indignarme por una causa injusta, el deseo sexual hacia personas o cabras, o incluso que recuerde el número de teléfono de alguien con quien no hablo desde hace treinta años; una conexión neuronal intacta que pervive de manera inexplicable, indestructible como un cáncer, con no se sabe qué intenciones.

Tampoco comprendí su propósito cuando, inmerso en una paramnesia formidable, una telaraña gigante que mantenía mis miembros atrapados a pesar del forcejeo, el jueves 28 de febrero de 2013 no hubo un concierto distinto en el teatro Fernán Gómez, sino que se repitió el mismo del martes 26. Todo sucedió exactamente igual: los mismos comentarios, los mismos pasteles de crema y chocolate, las mismas reuniones de Leiva en el camerino con los mismos desconocidos, idéntica angustia que estrujaba mi organismo maltrecho.

Antes también pensaba que cerebro y cuerpo constituían esa misma cosa que era yo, aunque ya de niño empecé a sospechar que había una frontera entre ambos, una sutil línea divisoria que a veces podía intuir en sueños, delatando que esa especie de tofu espeso que había dentro de la cabeza nunca descansaba, nunca dormía, y cada noche se divertía a mi costa al montar farándulas inquietantes con actores y escenarios conocidos, pero ensamblando las cosas de forma inverosímil con nocturnidad y alevosía. Mucho se ha escrito sobre los sueños sin alcanzar conclusiones claras. Ahora estoy convencido de que son fisuras de la gran matriz que nos mantiene engañados, fallos del sistema que el ente cerebral no ha sabido resolver todavía y a través de los cuales puedes atisbar una verdad

aterradora: todos llevamos un pasajero. Esa sustancia encefálica gelatinosa e informe, plegada sobre sí misma una y otra vez, y que es lo último que muere cuando el cuerpo muere, nada menos que ha llegado a hacernos creer que somos seres superiores, que podemos ser artistas y que Dios existe. Lo que llamamos realidad es un escenario fabuloso que solo tú ves y sientes, mas no construyes, lo construye él, el pasajero; ceros y unos orgánicos, neuronas activadas o desactivadas en una combinación determinada que provoca que tengas hambre o pienses en una jirafa, así, sin más. Porque ese parásito viscoso y engurruñado que portamos dentro haría cualquier cosa para sobrevivir, o más bien haría cualquier cosa para que sobreviva su anfitrión; por ello, no escuchar sus señales es de idiotas. Doctor, doctor, veo lagartos por las paredes. Es usted esquizofrénico, es usted depresivo, es usted bipolar, tiene un trastorno de pánico, hay un diagnóstico para su disfunción; no se preocupe, todo está perfectamente catalogado, puede librarse de los delirios, los delirios son malos, las voces son malas, las alucinaciones son malas. Si no toma la medicación, lo encerramos con los locos y tiramos la llave. Listo.

La mayoría de la gente que te rodea, meros contenedores sumisos de sus propios cerebros que dominan lo que hacen y lo que piensan, se ve impulsada a despreocuparse por el significado de los lagartos y centrarse exclusivamente en el hecho de que tú los ves y ellos no. La disonancia cognitiva les resulta insoportable, así que la maquinaria se pone en marcha para que no vuelvas a ver lagartos, aunque eso implique convertirte en un puto zombi. Todos contentos en Zelexa, todos contentos en Benzo, todos menos tú. A nadie importa qué demonios significan los lagartos, por qué los ves reptar a tu alrededor desde la cama, sudoroso y aterrorizado.

Eso pensaba, al tiempo que el espejismo continuaba su tortura lenta durante el concierto clonado. La misma gente entre el público, el mismo tropiezo al subir el escalón del escenario, mis manos deslizándose por sí solas sobre el teclado, mi garganta cantando las mismas canciones, y mismo final cuando todo terminó entre aplausos mientras yo luchaba por encontrar una explicación razonable.

—¿Qué día es hoy?

—Como me lo vuelvas a preguntar, te parto la cara, chulo —respondió Leiva revisando el termómetro.

Precisamente por eso disimulas, mientes, callas. No cuentas lo que ves y escuchas, no con ojos y oídos, sino con el ordenador encefálico; no hablas de esa realidad alterada que te rodea y persigue sin que nadie la comprenda porque es solo tuya; buscas a solas una explicación, una respuesta, una solución al acertijo, y casi siempre llegas al callejón sin salida en el que te preguntas si no será al revés, si aquellas pocas personas que abren su mente a otra verdad serán las elegidas, un mínimo porcentaje privilegiado que desarrolla una habilidad especial, ilógica para la mayoría, cuya función debes descubrir en absoluto aislamiento porque existe, porque es, aunque nadie sepa todavía para qué sirve; igual que una capacidad memorística extraordinaria, doblar cucharas con la psique, o deducir mentalmente miles de decimales del número pi, no suele concitar más que entretenimiento para un rebaño pegado a una pantalla, convencido de que también podría realizar el cómputo cuando le dé la gana con una simple calculadora, mas para qué perder el tiempo con esa tontería…

¿Qué ocurrió entre el concierto del martes y el del jueves? Ni idea. Mi pequeño tofu neuronal decidió ocultarme esa información para siempre sin preguntar mi opinión, eliminando por decisión propia un capítulo entero de este libro cuya ignorancia aún hoy, cuando pienso en ello, me provoca escalofríos. A veces creo que algún día el capítulo 8 se me revelará como una aparición o un sueño, aunque es posible que la amnesia selectiva, igual que los lagartos, esconda un motivo justificado que es mejor no descubrir.

Sin embargo, sí sé qué pasó después del concierto repetido.

Y la cosa no mejoró ni un ápice mi confusión.

Serían las tres de la mañana cuando, una vez recogido el camerino y dispuesto a consumir alcohol, bailar y ver si podía acariciar algo suave y blandito, Leiva me hizo un gesto seco para que subiese con él a su furgoneta y partimos a la carrera entre el tráfico nocturno.

Lo primero que pensé es que se había muerto el gato.

—No digas ni una palabra —dijo Leiva alzando la mano.

Me cortó como si yo hubiese abierto la boca para preguntar, aunque no quería preguntar nada, no quería saber ni compartir con él su duelo. Me sentía incapaz de consolarlo por su pérdida, temeroso, sobre todo, de confesar algo que era mejor olvidar si se ponía melodramático. En cualquier caso, si lo sucedido era definitivo e irreparable, tampoco tenían sentido la velocidad y el riesgo de ir esquivando coches como ante una nueva urgencia que reclamase nuestra intervención; y se me ocurrió de pronto que tal vez el perro, traidor de última hora, iba camino de su cielo canino en esos instantes por el golpe de la guitarra contra su cabeza, o por haber comido algunas pastillas que escaparon de la aspiradora, lo que demostraría que perros y gatos eran imbéciles.

Al menos el espejismo había finalizado porque no recordaba haber vivido ya todo aquello… A no ser que la sensación de no recordar nada también se hubiese producido el día anterior. ¿Estaría en un día de la marmota constante sin recordarlo? Sentí la necesidad imperiosa de averiguar si era martes, miércoles o jueves, pero no me atreví a preguntar de nuevo a un Leiva serio y decidido, escondido en la penumbra, que conducía enloquecido con la mandíbula en tensión.

Encendí la radio buscando informativos que aportasen algo de orden a mi caos, horario y localización, tiempo y marcador del partido de mi existencia. Anhelaba escuchar por una vez a mi narrador omnisciente, ese ente objetivo que me conocía mejor que yo y relataba los hechos de mi vida, uno detrás de otro, sin juzgarlos. Sin embargo, nadie hablaba aquella noche; solo había canciones recorriendo el dial de ondas de radio, cortas o largas. Las hermanas Llanos se lamentaban de su encuentro con el diablo y su descenso a los infiernos por mentirosas, igual que yo, a nuestro paso veloz por Hortaleza. Navegamos la calle Almagro entre los sábados tristes de Christina Rosenvinge, el paseo de Eduardo Dato con una Aurora Beltrán invicta, y volamos por la calle Velázquez y una avenida de América iluminada por la luna de Patricia Moon y el oscuro Marte de Maika Makovski. Finalmente, la música cesó y se instaló una suerte de nieve electromagnética indescifrable, al

tiempo que discurrían por mi ventana pinares escuálidos, naves y edificios de grandes corporaciones, típicos de las afueras, que me sumieron en un mutismo de sensaciones desorganizadas acorde con aquella mezcla absurda de ritmos y letras.

Con el estómago revuelto por la incertidumbre llegamos a las calles de Alameda de Osuna: Canoa, Obenque, Góndola, Piragua… Algún ser acuático atrapado en una triste oficina de urbanismo justo en el centro de la península, rebosante sin embargo de nostalgia marina, mediterránea o atlántica, decidió asignar nombres de embarcación a muchos de los canales de asfalto de aquel suburbio de edificios bajos y ordenados por los que Leiva culebreó a toda velocidad, derrapando en cada curva como si condujese por un circuito urbano desconocido para mí, y en cuya meta, un inmenso árbol, se detuvo al fin con un frenazo seco que modificó la posición de mis órganos internos.

—¿Confías en mí? —dijo muy serio con ojos enrojecidos.

Es sorprendente la de cosas que se pueden pensar en milésimas de segundo. Una parte de mi ser escondida en algún rincón encefálico, aquella que de alguna manera se esforzaba por seguir anclada a una realidad física y medible, el espacio-tiempo en su versión más simple, confiaba en Leiva y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que él me pidiese. Sin embargo, había otra porción cada vez mayor que tanteaba a ciegas con los brazos extendidos para no darse de bruces contra la pared una vez más, que no confiaba en nada y solo deseaba que la dejasen en paz. Pero lo cierto es que no había nada que pensar porque la pregunta de Leiva era una trampa que solo admitía una respuesta, confiases o no, igual que cuando alguien te dice ¿qué tal? no espera que le cuentes tus mierdas, sino solo que digas bien y reanudes tu camino.

—Claro —musité.

—Pues sígueme.

Salió de la furgoneta y empezó a trepar por el árbol.

Las grandes ciudades tienen eso, puedes ir por la calle con un repollo en la cabeza y ni siquiera te miran porque a nadie le importa lo que hagan los demás. Del mismo modo, los coches continuaban su nerviosa singladura por la calle Catamarán, o quizá Bergantín, mientras Leiva ascendía por las ramas como una araña y yo me acercaba a un robusto tronco, que precisaba de al menos tres personas para abarcarlo con los brazos, lo que indicaba una edad de varios siglos.

Paradojas de la vida, mi casa de Gondor estaba rodeada de árboles y nunca se me había ocurrido trepar a ninguno, y sin embargo ahora, en las profundidades de un Mordor de hormigón y cristal, se me ofrecía una oportunidad estrafalaria e inútil con riesgo de caída y muerte tontísima. La competición física nunca fue asunto de mi interés, por eso jamás he practicado ningún deporte; tampoco me he sentido atraído por ejercicios suaves como caminar sin objeto solo para activar el corazón o los muslos; ni siquiera cultivo el arte del paseo. Soy como una ameba pasiva e inmóvil que se traslada en coche a todas partes sin ningún remordimiento por ahora. Sin embargo, acepté el reto, una nueva contradicción del ser humano que el androide perfecto Rutger Hauer sería incapaz de asimilar. Lo realmente extraordinario de la cuestión fue que, gracias al grueso ramaje que partía cerca del suelo, nada más comenzar mi entusiasta ascenso descubrí fascinado que algo muy poderoso se activaba en mi interior: mi cerebro de simio, arcaico y reptiliano, el mejor capacitado para la supervivencia de su anfitrión en general y para la vida arbórea en particular, haciendo innecesario el entrenamiento previo para alcanzar el éxito en la empresa.

Supuse que el objetivo de Leiva era proporcionarme una experiencia distinta a la típica fiesta posconcierto, algo tan valioso como la plena consciencia de mi propio cuerpo, que, efectivamente, me atravesó como una epifanía luminosa más potente que cualquier droga. Cansancio y ansiedad, autocompasión y delirio…; todo desapareció en un instante a medida que ganaba altura con movimientos fluidos y coordinados, convencido de que podría rellenar con precisión una ficha técnica con la fuerza exacta de mis músculos, o la distancia en milímetros entre mi cadera y mi pie, como si a través de la piel pudiese ver huesos, tendones o el funcionamiento rotatorio de mis articulaciones igual que los

precisos engranajes y ruedecillas de un reloj.

No sé cuánto tiempo pasó durante la escalada porque todos mis sentidos se concentraron en lo corpóreo, el tacto de la corteza en mis dedos, la búsqueda de apoyos seguros, la elección de un recorrido u otro para llegar más alto, a la cima de aquella estructura de savia y suaves pedúnculos, nidos abandonados y madrigueras, polígonos de seda con arañas en el centro. Hacía cientos de años que una minúscula semilla adherida a algún insecto, defecada por un roedor, o transportada a lomos de una ráfaga de viento, tuvo la suerte, igual que los rockeros de la zona, de depositarse en aquel trocito de tierra húmeda propiedad del ducado de Osuna, donde pudo desarrollar tiernas raíces que se agarraron con fuerza y disponer del tiempo necesario para convertirse en el gigante que era hoy. Si la magia existía, estaba allí mismo, delante de mis narices, discreta e inadvertida a pesar de su envergadura, creciendo con lentitud inapreciable para la corta vida de un miserable ser humano.

En algún momento me detuve a descansar muy por encima de las farolas y los semáforos y miré al suelo, lejísimos. Bajo mis pies los coches fluían incansables, casi silenciosos, porque allí arriba apenas se escuchaba el sonido del tráfico difuminado entre el ramaje, y busqué a Leiva para compartir con él mi catarsis, pero no lo encontré.

—Pss.

¿Alguien susurraba? Alcé la vista a la bóveda negra donde la luna llena jugaba entre las ramas más finas, y me pareció verosímil que Leiva hubiese sido capaz de despegar con los brazos abiertos y volase en ese instante como un avión.

—Pss, ¡eh!

—¿Dónde estás? —Miré alrededor, intentando distinguir algo entre la espesura.

—¡Aquí!

Me di la vuelta, desconcertado, y por fin lo vi.

Ya no estaba en el árbol, sino en un balcón, y me indicaba con gestos que me acercase.

Me quedé tan perplejo que dejé de agarrar la rama y perdí el equilibrio por un segundo, un instante de terror que rompió el hechizo y puso de relieve una realidad ciertamente desagradable: me hallaba colgado de un árbol a cinco pisos de altura.

—¡Socorro! —grité.

—¡Shh, calla!

—¿Cómo que calla? ¡Me voy a matar!

El primate que llevaba dentro se hundió en las profundidades neuronales, y afloró la corteza cerebral de sapiens, lógica y objetiva, que me hizo aferrarme a la rama y cerrar los ojos de pavor rogando que aparecieran los bomberos.

—Tranquilo, ven hacia aquí despacio —me animó.

—No puedo —sollocé.

—Sí puedes.

—¡Que no puedo, joder! —¿Nos íbamos a poner a discutir ahora?

—Mírame. Sí que puedes. Yo lo he hecho mil veces.

¿En serio? ¿Y para qué? Tuve ganas de matarlo por poner mi vida en peligro de manera tan insensata. Iván Ferreiro, músico de éxito, se subió a un árbol y se mató. Menuda vergüenza.

—Vamos, no te pongas histérico, no es tan difícil.

Lo miré con incredulidad, sin comprender que se estuviese burlando de mí en aquellos momentos fatídicos. Poco a poco, con lentitud desesperante, me arrastré por la rama en dirección al balcón despellejándome las manos por la tensión y temblando aterrorizado. A menos de un palmo de la barandilla, con Leiva extendiendo los brazos para ayudarme, el vacío se abrió ante mí: quince metros de caída libre hasta la acera de cuadraditos. El vértigo me paralizó, mis

músculos desentrenados se agarrotaron, mi tofu cerebral envió señales inequívocas de muerte inminente que me provocaron mareos, náuseas, temblores y, finalmente, la bendita pérdida de conciencia producto del horror sumo.

No sé cómo llegué a la terraza, presa de convulsiones y tiritona, ni cómo conseguí ponerme en pie, aferrado a la balaustrada de aluminio, sudando más que a pleno sol en una playa caribeña. Creo que fue el odio a Leiva lo que me dio fuerzas, porque lo único que deseaba en aquellos momentos era desgarrar y asesinar; de hecho, creo que fue ahí cuando empecé a fantasear en serio con la idea de clavarle cosas en el cuerpo.

—Creo que debes volver a tomar drogas. Te lo digo completamente en serio —conseguí farfullar.

Aunque lo importante era salir de allí cuanto antes. Quien viviese en aquel piso se quedaría de piedra al vernos aparecer como los Reyes Magos. Solo esperaba que no llamase a la policía ni a la prensa. Tal vez nos invitase a una bebida calentita y unas galletas y nos despidiese con un abrazo, una foto y una anécdota estrafalaria para contar a sus amistades, eso estaría mucho mejor.

Espié por la ventana haciendo sombra con las manos y vi una habitación con sofá, tele, mesa de centro desordenada, cenicero repleto de colillas, una estantería con vinilos y, oh, maravilla, muchas guitarras desperdigadas por ahí. Una réplica desordenada del salón de Leiva, el salón prototipo de Alameda.

—Estupendo —opiné—, unas entradas para el siguiente concierto y todo queda entre amigos.

Sin decir nada, Leiva sacó del bolsillo un par de medias de nailon color carne, me enfundó una en la cabeza y él se puso otra. Y, a pesar de la oscuridad, el susto, el enfado y la sorpresa, al contemplar reflejados en el cristal a dos monstruos flacos de caras deformadas y feas, no pude evitar soltar una carcajada.

Siempre existe cierto alivio para el paranoico, una especie de

satisfacción condescendiente, cuando se topa de frente con uno más pirado que él.

—Repíteme eso otra vez, por favor —dije a través de la media.

No porque no lo hubiese escuchado perfectamente, sino para asimilar, en primer lugar, que lo de trepar al árbol nunca incluyó objetivos terapéuticos, y, en segundo, para comprender mejor el resumen del capítulo 8 particular de Leiva, en el que intentó averiguar quién era el culpable de todo el embrollo de la Gibson y el gato.

Lo más curioso fue que, mientras me explicaba de nuevo los pasos detectivescos que había dado, formulando una a una las preguntas de la adivinanza, era evidente que todas las respuestas conducían a mí: alguien que sabía dónde vivía, que conocía la distribución de su casa, que no había forzado la cerradura, a quien el perro no habría ladrado, que no llamaría la atención si se encontraba con algún vecino, que sabía de la existencia de la guitarra y su valor, y que se cercioró de que Leiva no estaba en casa en el momento del crimen.

Yo, yo, yo, yo, yo, yo y también yo, ¿no?

Pues no, porque resulta que en el retrato robot del delincuente también encajaba el pobre Rubén Pozo.

Se daba la casualidad de que la dichosa guitarra había sido adquirida tiempo atrás en una sucia tiendita de Nueva Orleans por alguno de los dos, siendo más tarde objeto de una confusa apuesta que todavía calentaba los ánimos de Rubén, en cuya terraza nos hallábamos en ese momento con sendas medias aplastándonos las narices, dispuestos a asaltar su casa mientras dormía.

Para partirse el culo.

—¿Te parece gracioso? —me preguntó Leiva con suspicacia.

—No, no, qué va —dije, en cambio—; es que la media está muy apretada.

Supuse que Leiva, tan furioso que no atendía a razones, concedió audiencia a numerosas almas caritativas que susurraron en sus

oídos rumores infundados y tesis ridículas; mala gente mentirosa y rastrera que esperaba reclamar el favor más adelante con intereses, o quizá no esperaba nada, solo joder a alguien porque sí. Sin embargo, imaginé a Rubén despertándose asustado en medio de un atraco y me pudo la culpabilidad. A lo mejor hasta le daba un infarto…

—Escucha —susurró Leiva—, este asunto se me ha escapado un poco de las manos.

Y tanto. Estaba mucho peor que yo. En cualquier caso, había llegado el momento de confesar, terminar con esta farsa y asumir las consecuencias allí mismo, en un puto balcón a las cuatro de la madrugada. Si había que denunciar el robo en comisaría, pues se denunciaba y punto; si Leiva no volvía a hablarme y anulaba la gira, qué se le iba a hacer. Estaba harto, con ganas de mandar todo a tomar por culo y liberarme de aquella carga tan pesada con mis frases habituales: fue un accidente, lamento que te llevases un disgusto, lo siento muchísimo, y bla, bla, bla…

—Tenemos que hablar…

—Primero yo —me interrumpió.

Por lo visto, Sonia y Gloria, mis siamesas preferidas, que todavía se desvivían en esos instantes por salvar la vida del gato, determinaron la causa del colapso.

—Veneno —susurró Leiva dándome unos guantes de látex.

—¿Veneno? —repetí sorprendido. Era cierto que albergaba mis dudas sobre las equis y las zetas, aunque no se me había ocurrido considerar que los psiquiatras me administrasen tóxicos en lugar de medicinas—. ¿Qué clase de veneno?

—¿Y qué más da? —se impacientó poniéndose los guantes—. El veneno es veneno.

Tenía toda la razón, el veneno era veneno, daba igual el tipo de envase o formato. ¿Estaría yo mismo sufriendo un envenenamiento institucional?

—Deberíamos llamar a la policía —sugerí.

Leiva me miró muy serio. Los rasgos de la cara aplastados por el nailon traslúcido, desordenados incluso, le daban un aspecto peligroso.

—Chulo —susurró agarrándome el brazo con fuerza—, no sé cómo resolvéis vuestras movidas en Gondomar, pero los de Alameda no avisamos a la pasma.

—¿Nunca?

—Jamás.

Entonces me contó lo que pasó tras la puerta cerrada del camerino.

Mi amigo Leiva, el mismo que chillaba no a la guerra en las manifestaciones, donaba grandes sumas a oenegés y se preocupaba por los refugiados y las pateras; el mismo que recaudaba fondos para evitar la extinción del rinoceronte africano y el orangután de Borneo; el que estaba al tanto de los avances para repoblar la península ibérica de linces, osos pardos y visón europeo; que además hacía yoga dos veces por semana y tenía un póster del dalái lama en su cuarto de baño; esa misma persona que yo creía conocer tan bien, consideró durante algún brote de enajenación que el agresor de su gato merecía un castigo contundente, como crucifixión o rotura de piernas, a manos de mercenarios a sueldo a los que antiguamente les brillaba un diente cuando sonreían con malicia y ahora se tatuaban espantos en los nudillos.

Visualicé de nuevo a aquellos tipos que entraban por turno en el camerino y no tenían aspecto de productores musicales precisamente. Ni trajes, ni sienes plateadas, ni teléfonos de mil kas, sino camisas ajustadas, corte de pelo hortera y gafas de sol de marca; el kit completo para miembros del hampa.

Sentí como si alguien hubiese deslizado un cubito de hielo por mi espalda. Así eran los dueños de mascotas, indiferentes a las sábanas llenas de pelos, arrepentidos de comer un huevo y disfrutando del sangriento programa del doctor Pol; buena gente en general, que, de vez en cuando, era capaz de cometer barbaridades por un gato.

De pronto, confesar se me antojó una mala idea.

—¿Qué has hecho? —mascullé horrorizado.

Sin responder, Leiva se agachó y estudió el pestillo de la puerta corredera con la linterna de su teléfono.

—Reconozco que me dejé llevar. —Leiva cogió su tarjeta de crédito e intentó introducirla por la ranura—. En cualquier caso, ahora el plan es este: entramos ahí, cogemos la puta guitarra y nos largamos. Ya arreglaré lo otro mañana.

Me dio muchísimo miedo preguntar por lo otro y cómo se podía dar marcha atrás. ¿A qué trato macabro había llegado? ¿Cuál era exactamente el pago por realizar favores especiales? ¿Se podía hablar con ellos y decirles que todo había sido un error y ya no hacía falta mutilar a nadie?

—No entiendo por qué no se abre esta maldita puerta —se quejó Leiva.

La fina media en la cabeza me provocó un sofoco tan intenso que no entendí cómo alguien podía soportar llevarlas en las piernas. Teníamos que salir de allí en ese instante o moriríamos asfixiados.

—Es que así no se hace. Déjame a mí.

Probamos una y otra vez, y, cuando la pobre tarjeta de crédito quedó espachurrada e inservible, discutimos, nos pusimos muy nerviosos y Leiva decidió que había que romper el cristal. Y entonces, oh, milagro, vimos que la puerta corredera estaba unos milímetros entreabierta.

La deslicé sobre sus rieles con sigilo sin entender qué había pasado y entré en la penumbra del salón preguntándome qué íbamos a hacer ahora, sobre todo, teniendo en cuenta que la Gibson no estaba allí.

—¿Y si no ha sido él? —susurré a Leiva para que fuese haciéndose a la idea de que la vida te da sorpresas y decepciones.

De repente se hizo la luz, un pequeño y brillante big bang que me

cortó la respiración del susto.

—Exacto —escuché decir a Rubén en voz alta—. ¿Y si no he sido yo?

Deslumbrado, a través del velo de la media vislumbré una figura borrosa que sujetaba algo a la altura de la cadera como si fuese una guitarra, pero que amartilló como si fuese una escopeta.

Curiosamente, primero vi el fogonazo y después escuché el disparo.

Luego vino el tormento.

A veces el tiempo se ralentiza tanto que casi se detiene; por ejemplo, cuando mi tofu cerebral se vio en peligro de muerte y, ante el empujón invisible que me lanzó violentamente hacia atrás, registró sin embargo una imagen estática, una fotografía en alta definición grabada para siempre en la retina que me permitió apreciar mil detalles insignificantes incluso a través del panti: la pequeña quemadura del brazo del sofá; la factura del gas sobre la mesa; un frutero con naranjas; lo mucho que Rubén se parecía a Leiva, con sus ricitos despeinados, igual que Sabina, igual que Calamaro…

Mientras mi cuerpo estupefacto volaba como a cámara lenta, no pude evitar pensar que tal vez Leiva también sentía en esos momentos cierto alivio al constatar que Rubén estaba más loco que él, aunque lo evidente para mí durante aquel instante revelador fue que, si los tres participásemos en una competición de chalados, yo ganaría el bronce, a pesar de mi vida de anarquía y perdición.

La frenética actividad se reanudó cuando mi cuerpo cayó a plomo y sentí fuegos artificiales en los pulmones, o más bien se instaló en mi pecho todo el fuego del infierno.

—¡Iván! —Leiva me arrancó la media de la cabeza.

—¡Hostia, joder! ¡Hostia, joder! —Rubén, por su parte, decidió abofetearme a pesar de que yo estaba consciente.

Creo que gemí de dolor, pero no estoy seguro, porque aquellos dos seres malignos comenzaron a discutir a gritos y a insultarse el uno al otro para determinar quién poseía mayor grado de culpabilidad en aquel despropósito.

—¡Lo has matado! —chilló Leiva.

—¡No digas tonterías! ¡Es una escopeta de perdigones, joder!

—¡Maldito cabrón! ¿Cómo se te ocurre?

—¡Es el colmo! ¿Quién entró por mi balcón con un puto pasamontañas?

—¡Pero ya sabías que éramos nosotros!

—¡Lo sabe toda la calle, gilipollas! ¡Hablabais a grito pelado! Menudo par de ineptos.

—Entonces, ¿por qué has disparado?

—¡Porque os lo merecíais! ¡¿De qué coño vais con este jaleo?!

—¡Te voy a partir la cara, hijo de puta! ¿Qué le has hecho a mi gato?

—¡No sé de qué cojones me estás hablando!

—¿Y dónde está la Gibson?

—¡No me menciones la Gibson o te rompo los morros!

Mi vida estaba en peligro. Necesitaba ayuda urgente, pero no la iba a conseguir de aquellos dos energúmenos que se enzarzaron en un revoltijo de piernas y brazos escuálidos, peleándose como cuando iban juntos al instituto. Durante una eternidad los vi forcejear y gruñir por el suelo enzarzados en su disputa personal, mientras yo me despedía tranquilamente de las estrellas y las nubes, escuchando un ladrido en alguna parte y una sirena estroboscópica cada vez más cerca, una especie de nana adormecedora que sonaba ahora sí, ahora no, ahora sí, ahora no…

—¡Calla! —Rubén se llevó el dedo a los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Leiva.

—Escucha.

Ambos se miraron a los ojos como sin verse, aguzando el oído.

—Alguien habrá llamado a la policía, digo yo… —sugerí en un murmullo agonizante.

—¿En Alameda? —dijeron a la vez.

Cerré los ojos de puro odio y extenuación, rogando que irrumpieran allí los marines.

—¡Iván, no te duermas…! —Me zarandeó Leiva.

—Llevémoslo a la cama —sugirió Rubén.

Al intentar incorporarme, noté una especie de cuchillada horrorosa que me atravesaba de parte a parte y solté un alarido.

—No me mováis, por favor —gemí—; dejadme morir aquí mismo como Sampedro…

—¡Ay, mierda! ¡Se ha quedado paralítico!

—¡Cállate, joder, lo estás asustando! —gritó Rubén—. Tranquilo, chulo, déjame ver la herida.

Me bajó la cremallera del abrigo y observó el desastre con ojo clínico.

—¡¡Dios!! —Leiva se apartó como si me brotasen los intestinos—. Lo siento, pero yo no puedo ver esto; de verdad, me estoy mareando…

—¡No empieces con tus historias! —se enfureció Rubén al ver a Leiva llevándose la mano a la boca—. Y no se te ocurra echar la pota…

—¿Dónde…, dónde está mi botiquín?

La sirena se detuvo en la calle iluminando de malva a un Leiva que tanteaba a su alrededor desorientado, como ciego de repente, tambaleándose cada vez más hasta desmayarse en el sofá.

—¡Lo que faltaba! —Rubén se levantó furibundo y creí ver que aprovechó la ventaja para estrangular a Leiva un rato—. ¡Menuda noche me estáis dando!

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta de entrada.

Histérico, Rubén empezó a arrastrarme hacia la terraza entre cuchicheos ansiosos.

—¿Qué haces? —musité.

—Escucha, Iván, estamos metidos en un buen lío. Antecedentes, prensa…, ya sabes. No nos conviene a ninguno de los tres.

No me lo podía creer.

—No, no, por favor, no me hagas esto —supliqué—. Les diré que fue un accidente, te lo juro. —Pataleé débilmente, me agarré al marco de la ventana, me agarré a una silla, me agarré a sus brazos…

—Suéltame, deja que me deshaga de esa gente y solucionamos esto. Es mejor que no te vea nadie.

—Por favor…

Arrastró mis piernas inertes hasta dejarme en el exterior y, antes de cerrar la puerta corredera, me lanzó una manta por encima de la cabeza y me advirtió:

—No digas ni pío.

Es probable que todo durase apenas diez minutos, pero a veces el tiempo se dilata tanto que entre cada tic y tac no pasa un segundo, sino mil. Cegado por la manta, inmóvil, mudo y conteniendo las ganas de pedir auxilio, escuché la airada discusión que se desarrollaba en el interior de la que solo pude descifrar intrigantes términos como «ungulado» o «autopsia», o tal vez «ondulado» y

«gimnasia», imposible asegurarlo tras el cristal y el dolor que me ofuscaba los pulmones.

Después un portazo y todo quedó en silencio.

Perplejo, contuve la respiración hasta que los oí más abajo, en la calle, todavía discutiendo al entrar en un vehículo que arrancó a toda velocidad y se fundió en la noche con su sirena chillona y azulada.

Y allí me abandonaron, malherido en la oscuridad, prisionero a la intemperie, sintiéndome el ser más desgraciado sobre la tierra.

Miles de lentísimos tics y tacs después, tiritando de frío tras los barrotes de mi jaula de aluminio, contemplé el alba extendiendo lentamente su luz pálida sobre la grisalla de Mordor. En las ventanas del edificio de enfrente, el nuevo día pronto bostezaría entre legañas, leche caliente y calcetines limpios, mientras en mi balcón indiscreto yo deseaba poder atrapar un atisbo de esa clase de normalidad que en general desprecias después de un buen concierto, pero siempre añoras cuando todo te va mal.

Como ya mencioné en el primer capítulo, mi vida se guiaba con bastante ingenuidad por la ley de la sierra —todo lo que baja acaba subiendo— y la del ladrón —vivir el ahora—. Sin embargo, tanta desdicha tenía forzosamente que tener una causa cuando mi presente era una mierda perpetua y la sierra tenía los dientes limados por algún espíritu poderoso que no me permitía levantar cabeza. Confieso que hasta aquel instante nunca había creído en el karma, esa energía o ley cósmica que generan los propios actos; pero, incluso sabiendo que estaba en deuda con Rubén por la guitarra, y con Leiva por el gato, a todo infeliz le llega el momento de preguntarse si realmente se merece todo lo que le pasa. ¿Debería confeccionar una lista y solventar mis malas acciones una a una para restituir el equilibrio, como en una serie cómica de televisión? ¿Estaría viviendo algo parecido a Me llamo Iván sin darme cuenta?

Me incorporé despacio y tembloroso. Noté mis piernas con ganas de plegarse como una silla de jardín y una sensación tan intensa de

que alguien se divertía a mi costa que por poco me ahogo. Sin poder abrir la puerta corredera, sin documentación ni dinero, y, sobre todo, sin teléfono, alertar a gritos a aquel vecindario impasible ante el delito me pareció, aparte de inútil, la peor de las humillaciones. Debía salir de allí yo solo o morir en el intento, y mi única vía de escape era la misma por la que llegué.

Primero pasé la pierna derecha por encima de la barandilla, luego pasé la izquierda, con cuidado, y después, con las puntas de los pies encajadas en una ranura estrecha como único asidero vital, vomité en cascada sobre la terraza de Rubén. Un acto de justicia poética, probablemente el último, antes de girar mi cuerpo hacia el precipicio.

El árbol seguía en el mismo sitio, sólido, centenario, a mi alcance; en cambio, mi sesera de reptil, blanda, prehistórica e inalcanzable, decidió que esta vez me las arreglase sin su ayuda. Por su parte, mi cerebro medio, emocional y límbico, tan pequeño como un anacardo, entorpeció más que nada, pues la visión repentina de Sampedro lanzándose a la ola turquesa con la prepotencia de su cuerpo joven e inmortal y la de Baumgartner monitorizado por ordenadores sin otra opción que saltar (¿tú también, amigo Felix, vomitaste antes de ponerte la escafandra dejando tu pequeña cápsula hecha un asco?) solo consiguieron que mi piel adoptase constitución gallinácea. Apelé, por último, al neocórtex superficial y gris, donde al parecer se alojaban la deducción y la lógica, para calcular distancias y energías, movimiento y reposo de los cuerpos, la física y la mecánica precisa para proseguir con mi existencia, que me inundó, sin embargo, con evidencias científicas indeseadas, como la espeluznante atracción gravitatoria de la gran masa planetaria, quince metros más abajo, y el reventón de un cuerpo blando en una pulpa de vísceras espachurradas.

Abandonado por mis tres vetas encefálicas, solo me quedó, como último y manoseado recurso, encomendarme al capricho de la divinidad, también una y trina, pero sin tiempo para oraciones ni para prometer nada a cambio, ni peregrinaciones ni sacrificios de animales en sus altares o templos, dejando que decidiese por su cuenta si merecía la pena conceder una oportunidad a un ser humano insignificante, aferrado con terror a una balaustrada de

aluminio en algún lugar del universo, antes de lanzarme sin más en un acto de locura o de fe, que son lo mismo.

Podría decirse que funcionó a medias. A pesar de la alegría por haberme desvinculado al fin de aquel balcón del demonio y por conseguir aferrarme a la rama, el encontronazo fue tan brusco y potente que, combinado con el agotamiento, el frío y la herida en el pecho, convirtió mis músculos en mantequilla. Vamos, que me solté. Descubrí entonces que también se piensa durante la caída porque es eterna, los relojes se detienen una vez más y flotas en el aire, patas arriba como un escarabajo: a mi espalda, la muerte; de frente, un cielo que se aleja; en mi boca, un murmullo desorganizado, ahora sí, de plegarias y juramentos de última hora.

Tal vez no fue exactamente un murmullo, sino gritos de terror y frustración, ya que no escuché otro pequeño clic que forzosamente tuvo que producirse. No aquel pequeño clic que a veces delata que una placa continental se ha deslizado sobre otra y ya no soporta más presión; fue más bien un pequeño y grandioso clic que evidenciaba la existencia de una rendija de intersección cuántica; un clic que esta vez no anunciaba mi ruina, sino mi salvación, tan absurda la una como la otra, porque todo el mundo sabe que en cuestión de clics el disparate se vuelve razonable, y lo lógico, inexplicable.

El caso es que sucedió un milagro y algo enorme me agarró con rudeza. Compartí el asombro que deben de sentir esas elegantes ratas blancas, con sus delicadas manos de color rosa y sus electrodos enganchados a la cabeza, al verse súbitamente extraídas de su mundo laberíntico por gigantescas manos de látex con intenciones inconcebibles. Del mismo modo, una especie de mano monstruosa de largos dedos nudosos me extrajo de los últimos segundos de mi vida y, atónito, vi cómo me elevaba entre las ramas hasta estar de nuevo a cinco pisos de altura, no frente al balcón, sino frente a un tronco ancho que de pronto abrió los ojos y me habló.

—¿Eres un orco? —dijo.

A salvo sobre mi parihuela de ramas a pesar del dolor, admiré nuestro lento desplazamiento entre calles navegantes —Carabela, Balandro, Falúa— rozando tendales con ropa húmeda, antenas parabólicas y algún Papá Noel de trapo, olvidado desde Navidad, que todavía intentaba escalar la fachada.

Nadie parecía advertir lo raro que era ver un árbol que camina. Los coches nos esquivaban con un bocinazo y un insulto, presurosos por llegar a sus despachos y oficinas del centro; los negocios abrían las persianas; las farolas se apagaron con indiferencia cuando el sol se asomó con timidez tras el esmog. Una penetrante vibración me obligó a sujetarme durante el vuelo rasante de un Nazgûl 747 que peinó las azoteas de los edificios en plena frenada, tan cerca que pude distinguir personas tras sus diminutas ventanas.

—La batalla está perdida —dijo el árbol.

—¿Qué batalla?

Me miró extrañado.

—¿En qué mundo vives, pequeño hobbit?

Nuestro lento tránsito por el asfalto nos condujo ante un paisaje inabarcable, envuelto todavía en la penumbra del amanecer, donde se desarrollaba una actividad frenética. Un ejército de monstruosos insectos metálicos y amarillos, con focos en lugar de ojos, pertrechados con sus pinzas y tenazas retráctiles, arrancaban, masticaban y aplastaban día y noche en busca de un mañana mejor. Más aparcamientos subterráneos, rascacielos de diseño, interminables pistas de aterrizaje; tapizar de asfalto, exterminar cualquier cosa orgánica bajo el vigilante ojo de Sauron.

—Muchos de mis amigos vivían aquí —se lamentó el árbol—. Ahora ya no hay hierba ni hojarasca.

Efectivamente, Mordor vencía. Ufana y satisfecha de librarse de cosas que no generaban dinero, proyectaba ya la próxima avenida Titanic, el centro comercial Costa Concordia y la autopista Polycommander, donde podrían prosperar el asma y el plástico, virus y cucarachas.

Aquel mundo desolado era también el mío, pero hasta ese instante yo tampoco lo había visto. Mi preocupación por nuevos discos, giras y guitarras, un mundo liliputiense en comparación, me había impedido apreciar lo que se revelaba una vez caído el velo: el tsunami negro de nuestras pesadillas que extendía su ponzoña a mil por hora, que pronto destruiría también los bosques de Gondor, la explanada perfecta de la marea baja, el monte Galiñeiro, sombrillas de Estrella Galicia, lechugas y tomates; todo lo verde y fresco…

—¿Por qué me enseñas todo esto? —musité.

Si mi habilidad especial, ilógica para la mayoría, era esta, no la quería. No tenía madera de héroe, ni sabía cómo salvar a la humanidad, ni siquiera quise nunca hacerlo. Solo era un músico agobiado por mis pequeños problemas en mi pequeño mundo, que aliviaba mi conciencia gracias a un cubo de basura con tres compartimentos. Si la visión tenía algún propósito, si yo era un elegido para que se me comunicara algo trascendental, se había confundido de interlocutor.

—Eres tú el que me ha despertado —indicó el árbol.

¿Lo había despertado? ¿Cómo? ¿Tenían mis caídas mortales poderes mágicos? Tragué saliva, sin saber qué decir, salvo lo de siempre.

—Pues fue un accidente… Lo siento muchísimo…

Añadí el resto del bla, bla, bla, pero no sirvió de mucho.

—Ahora tengo que cumplir mi misión —dijo el árbol reanudando el camino.

¿Qué misión? ¿Es que incluso él se había vuelto loco?

Por la calle Galeón fue acariciando con las ramas los álamos y los olmos. Conversaba con ellos en un lenguaje desconocido y antiguo que los despertaba de su letargo. Poco a poco, entre crujidos y temblores, cada uno se arrancaba a sí mismo de su escaso terreno rodeado de pavimento y empezaba a seguirnos en una procesión cada vez más multitudinaria: pinos, plátanos y sauces llorones, rododendros y camelios abandonaban las aceras; coníferas

frondosas escapaban de sus rotondas; setos geométricos dejaban desprotegidos jardines comunitarios; hasta las plantas polvorientas saltaban desde los alféizares para unirse a la caravana de refugiados políticos que huían de la miseria y la extinción.

—¿Qué está pasando? —pregunté alterado.

—Nos vamos.

Uf. ¿Todo esto era por mi culpa?

—¿A dónde?

—Al norte, siempre cuesta arriba.

Completamos el circuito que Leiva y yo habíamos hecho la noche anterior hasta llegar al parque de El Capricho.

—No, no, por favor… —supliqué.

El árbol no me escuchó. Recorría decidido templetes y parterres animando a cedros y arces, castaños de Indias, madroños y abedules, que engordaban cada vez más una comitiva que tiraba la toalla privando a las personas del oxígeno y la sombra. La jungla urbana, en su desfile de despedida, arrastraba consigo un ecosistema al completo: ardillas con maleta; ratones y culebras; orquídeas enroscadas a ramas atestadas de gorriones, mirlos, urracas y cuervos; arañas y lombrices preocupadas por perder el salvoconducto; hormigas y termitas, muchedumbres de mosquitos ocupaban su plaza sobre mi pelo largo y mi pecho quemado, reptando a lo largo de mi cuerpo incrédulo ante la hecatombe.

Si antes Mordor ya era feo, a partir de ahora sería insufrible, con mascarillas sobre la boca hasta para cantar. Aquel espanto parecía, sin embargo, una realidad incuestionable, real y verdadera tanto para el tofu como para mí, porque en ese momento todo cobró sentido. La supervivencia era lo único razonable. ¿A qué venía mi anhelo por formar parte de algo tan despiadado? Yo también debería regresar al norte a reiniciarme, lejos de focos y escenarios, sin música electrónica ni YouTube, ni la presión de generar nuevas canciones como una gramola. Mis neuronas hiperactivadas y

eufóricas, encendidas todas a la vez, me impelían a salir de mi incómoda zona de confort y homenajear a las auténticas baronesas rampantes, aferrarme a una vieja secuoya como Julia Hill, construir pasarelas para moverme de copa en copa igual que Margaret Lowman, emular a aquella ardilla legendaria que antaño recorría la península ibérica sin tocar el suelo…

¿Podría hacerlo, convertirme en el típico trastornado que abandonaba el mundo del espectáculo para regenerar el planeta…?

Por casualidad, si es que las casualidades existen, desvié la mirada hacia el escaparate de un establecimiento donde alguien había pegado un cartel. Mostraba dos capas de superhéroe colgadas de un perchero, una roja y otra negra, la de Leiva y la mía, junto a una columna de fechas con los próximos conciertos de la gira, lo que me hizo comprender que lo que yo llamaba realidad solo era un bonito sueño, y ya se sabe que los sueños, sueños son.

—Me voy con vosotros —decidí.

Un par de ojos milenarios, quizá solo unas ranuras entre la corteza producto de mi imaginación, me miraron con sabiduría jurásica mientras la espesa comparsa se detenía y un autobús escolar hacía sonar un claxon furibundo.

—No puedes —dijo el árbol.

Intuí que me iba a decir algo horrible, algo que en lo más profundo de mí mismo ya sabía, pero aun así pregunté.

—¿Por qué no?

—Porque no eres un hobbit. —La rama me depositó con delicadeza sobre el suelo gris—. Eres un orco.

Me quedé anonadado. Yo también era un orco, horrendo y egoísta. Qué disgusto darte cuenta de que has sido siempre el malo de la película…

—Mala suerte —me deseó el árbol sin más antes de proseguir su peregrinación.

Quizá fue corto, quizá fue largo, ya dije que el tiempo era caprichoso aquel jueves de febrero, solo sé que susurré una despedida, aunque nadie me escuchó, y que mantuve la mano alzada mucho tiempo después de que el cortejo desapareciera tras la esquina con sus gorjeos, chasquidos y timbales, arrastrando consigo la alegría.

Cuando todo terminó, contemplé aturdido un barrio indiferente, gente sorda que hablaba por teléfono o salía del supermercado sin advertir los huecos en la acera del nuevo paisaje apocalíptico, hasta que también yo, resignado y arrastrando los pies, por una cuestión de supervivencia, me dirigí al local del cartel y pulsé el timbre.

Supuse que, por deformación profesional, pues sabían que un perro abandonado en su puerta jamás podría explicar sus desventuras, Sonia y Gloria, uniformadas con sus sonrisas y melenas brillantes, no preguntaron nada. Me desnudaron con ternura, lavaron las heridas y extrajeron de mi carne ocho esferas de plomo que iban cayendo como campanillas sobre una bandeja metálica.

Me permitieron acostarme en un diván, rodeado de jaulas para animales enfermos que soportaban su sufrimiento con resignación y ojos brillantes y sinceros; entre ellos, el gato de Leiva, que me miraba con inocencia desde su pequeña celda.

Atontado por la sedación, hice un esfuerzo supremo para levantarme y abrir su cancela. Lo cogí en brazos y me acurruqué junto a él, acariciando al fin algo suave y blandito.

—Lo siento en el alma —le dije.

Me respondió con un ronroneo grave y constante, sin rencor, lo que me hizo llorar y, por fin, dormir.

Con todo el lado izquierdo magullado, como si un camión me hubiese atropellado solo la mitad del cuerpo, alcé el brazo derecho para parar un taxi. Al pasar a mi lado a toda velocidad pude ver en

el asiento trasero a Pedro Almodóvar, que me miró fijamente y gritó desde la ventanilla: ¡Me gusta tu pelo! En el siguiente iba Fito Fitipaldi, que respondió a mi saludo ficticio sin detenerse.

Dolorido por el gesto, bajé el brazo y me toqué el pecho herido, vendado con fuerza, que escondía un diagrama de redondas cicatrices supurantes como nueve estrellas orbitando alrededor del pezón, la constelación casi perfecta de Leo, casualmente mi signo del zodiaco si es que…, en fin, da igual.

—Solo falta un perdigón. No hemos podido extraerlo —dijeron Sonia y Gloria al hacerme la cura.

—¿Y dónde está?

—Por ahí.

—¿Puede ser peligroso?

Ambas se encogieron de hombros, habituadas a descubrir en sus pacientes antiguos proyectiles de los que nadie sabía nada hasta resurgir un buen día alojados en el hígado o el páncreas, como una perla en su ostra, sin haber causado ningún daño durante años.

—Si vas al hospital no digas que pasaste por aquí.

—¿Debería ir también a la policía?

Las vi serias por primera vez; dos buenas chicas de Alameda, por supuesto.

De acuerdo, nada de policía, nada de hospitales tampoco, decidí, con sus expedientes y suspicacias, con sus tratamientos psiquiátricos, con su posición de poder incuestionable.

—Antibióticos, analgésicos y descanso —prescribieron llenándome los bolsillos de vendas y esparadrapo.

—¿Y el gato?

—Los dos saldréis de esta.

—¿Cuándo viene Leiva?

—Hoy tenemos semifinal y el Cholo renueva —dijo Sonia, o puede que Gloria, con el tono neutro de un aviso por megafonía del toque de queda.

—Paseíllo con el Mono —añadió Gloria, o quizá Sonia, con el tono definitivo de una defunción.

—¡Forza! —Sonrieron, sincronizadas como androides, programadas para mostrar simpatía sin aspavientos.

Intuí que esa era la única explicación que iba a recibir antes de abandonar la clínica, pero a estas alturas ya estaba habituado a seguir adelante sin entender ni una palabra.

—¿Me podéis prestar veinte euros?

Salí a la calle sin saber qué hora era y con un hambre del demonio. Deambulé por las calles buscando una cafetería y me detuve con desgana delante de un mantero para verificar si vendía algún cedé mío.

—Barato. —Sonrió el empresario—. Corte Inglés sin escaleras.

Solo tenía un disco; eso sí, repetido cien veces. Jimi Hendrix, por supuesto, que presentaba un nuevo trabajo cuarenta y tres años después de morir, porque en nuestra época pueden pasar esas cosas increíbles, se puede alimentar constantemente a los fieles con descartes y ensayos fallidos remasterizados, triturados y modificados gracias a la informática. Aunque para mí solo era competencia desleal pura y dura.

Entonces me llamó la atención la manta de colores sobre la que se exponía la mercancía, sospechosamente parecida a aquella que unos días antes envolvía una Gibson del 52.

—¿De dónde la has sacado? —interrogué señalándola.

—Barato —insistió mostrándome un paloselfi.

—No, no, la manta.

Me miró con recelo durante un buen rato, calculando la potencial rentabilidad de un negocio inesperado.

—¿No quieres mejor disco?

—Te doy diez euros por la manta.

—No barato, no barato. —Negó con la cabeza—. Tengo que recoger rápido si venir policía.

—¿En Alameda? —susurré sonriendo.

Él también sonrió, dispuesto a regatear con profesionalidad. Y negociamos mirando a la manta como si la conversación fuese con ella y no entre nosotros; yo calibraba los deshilachados y la mugre, y él la pérdida de su local comercial.

Sin embargo, la puja fue muy fácil.

—Okey, treinta.

—Quince.

—Veinte. —Extendió la mano para sellar el acuerdo.

Mi estómago vacío protestó y ofrecí un ultimátum.

—¿Me prestas uno cincuenta?

En alguna parte existía un sol, que finalizaba su inútil jornada sobre la boina de contaminación mientras yo viajaba al centro en autobús con la manta enrollada en el regazo. Entrecortado por los pitidos de cada parada y el mecanismo neumático de las puertas, el murmullo monocorde de la radio escupía noticias sin fin. A pesar de las protestas, Botella y Esperanza se ufanaban de la inmediata creación de un millón de empleos, medio de Eurovegas y otro medio de los Juegos Olímpicos de Madrid 2020; Bankia aseguraba que tenía capital y liquidez para seguir concediendo créditos; segunda macrohuelga de Iberia; capilla ardiente de María Asquerino en el Teatro Español; a Isabel Coixet la estimulaba que le dijesen que

estaba loca.

Los ruidos de mi estómago provocaron gestos ofendidos de una tropa mansa de orcos que volvía soñolienta de la oficina después de vender lavadoras o hipotecas, con sus trajes arrugados, con sus gafas y sus tablets, listos para calentar canelones en el microondas y acostar a su progenie.

Fue un pequeño alivio transitorio comprobar que no estaba echado el cerrojo de mi apartamento, hasta que me di de bruces con el estropicio. Si antes estaba desordenado, ahora había pasado un huracán. Como el perito de una agencia de seguros, verifiqué que armarios, cajones y alacenas, todo lo que se podía abrir o contener algo, mostraban el vacío de maderas sin barnizar y pelusas de polvo, tripas de espuma del sofá, muelles de colchón acuchillado… No hablé en voz alta porque estaba solo, pero en mi interior, aturdido y asustado, maldije y blasfemé en varios idiomas antes de revisar la nevera y llevarme una alegría inesperada, la única alegría en muchos días, o incluso la mayor alegría de mi vida resumida en el filete más hermoso del mundo, fresco y grueso, un kilo entero de proteínas al que solo le faltaba la ramita de perejil para constituir la propaganda perfecta de una cooperativa cárnica.

Incapaz todavía de perdonar a mi casero, pero cerca, muy cerca, salivé con deleite mientras el bife ancho chisporroteaba en la sartén, vuelta y vuelta, como la ira y la indulgencia, dos caras contradictorias de la moneda humana que giraba sin cesar en su juego eterno. Después, inmediatamente, devoré en silencio cada bocado poco hecho, casi crudo, rojo inglés, como decían los argentinos, tan tierno que se dejaba cortar con un tenedor, disfrutando del extraño sabor patagónico a res extranjera, sabrosa de morro a rabo; tan solo eché de menos un rioja y una patata gallega para rozar la perfección.

Una vez saciada el hambre, me recosté en el sofá, despanzurrado. La oscuridad nocturna había llegado con sigilo e invitaba al sueño, y cerré los ojos con un suspiro anhelando la inconsciencia, un merecido descanso después de tantas cosas.

Inmediatamente mi cerebro tomó las riendas de la situación bombardeándome con preguntas sin respuesta. Dónde estaba Leiva, si seguía con Rubén, adónde habían ido en el coche con sirena (¿policía?, ¿ambulancia?, ¿protección civil?, ¿bomberos?). Más les valía estar en un calabozo húmedo con cables eléctricos enganchados a los huevos; eso sería lo único por lo que yo estaría dispuesto a perdonar el engaño, el disparo, el abandono en aquel balcón helado…

Cambié de postura inquieto, haciendo un esfuerzo por olvidar a aquellos dos gilipollas y centrarme en descansar, en dormir de una puta vez sin que nadie se preocupase por mí y mis heridas. Cambié de postura de nuevo, cada vez más furioso, cada vez más despierto. No quería perdonar nada, ni a nadie, tampoco al chalado de mi casero.

Abrí los ojos, resignado al insomnio y dispuesto a dar comienzo a la elucubración habitual, a elaborar teoremas plausibles sobre los porqués y cómos de cualquier cosa, por ejemplo, del escenario destrozado que me rodeaba, y lo resumí todo en una única pregunta: ¿Qué buscaba aquel puto demente?

Encendí la lámpara. El teléfono intacto enchufado a la pared me dio ganas de usarlo, de insultar a Leiva hasta quedarme afónico, si supiese su número de memoria, de preguntar incoherencias a la Embajada argentina, de aplastar el auricular contra un cráneo ensortijado.

Una mosca se posó sobre mi mano y la acerqué a mi cara para observar en primer plano la síntesis de todo aquello que pica, molesta y es feo. Boca en trompa, antenas olfativas y varios miles de ojos ordenados sobre dos superficies curvadas, una filigrana perfecta que podía ver absolutamente todo y recordaba a un colador o un micrófono antiguo; después, un tórax tornasolado y peludo del que brotaban seis patas rematadas en crampones capaces de agarrarse al cristal, y dos alas transparentes, nervadas como hojas, para hacer acrobacias imposibles o incluso volar al revés; por último el abdomen, un saquito repugnante que escondía el aparato sexual más insaciable, apto para generar ocho mil millones de congéneres al día.

Aquel monstruo en miniatura, horripilante en toda su extensión, también me observaba a mí con curiosidad, tanteando los poros de mi piel con su delicada trompeta para decidir si yo era comestible, si estaba listo para el consumo inmediato o prefería aguardar a que me convirtiese en un cadáver exquisito, un banquete para ella solita, y cumplir su función de hacer desaparecer la carroña implantando huevos en mis partes blandas, devorarme desde dentro en un batiburrillo de gusanos, el lado oscuro de la naturaleza.

La espanté con muchísimo asco intentando alejarme de ella, manoteando en el aire para esquivarla. ¿Qué hacía allí una mosca impertinente en pleno invierno? ¿Por qué había eclosionado la larva sin alimento a la vista? No había nada muerto allí, ¿no?

¿O sí?

De pronto pensé en el filete. Aquella carne cruda, colocada sin más en un estante de la nevera, no parecía lista todavía para el proceso mágico que convertiría un simple pedazo de músculo en un alimento prodigioso. Ni siquiera parecía haber sido comprada en una carnicería, ni cortada por una persona hábil con un cuchillo afilado, extrayendo cada una de esas partes reconocibles de los mostradores, hojablanda, jarrete, solomillo, aguja, falda, con sus vetas de grasa donde debían estar, con la forma y grosor que debían tener mas no vi en aquel extraño filete. Tampoco se podía llamar filete porque no era exactamente una rodaja, sino una masa informe de color rojo oscuro, casi granate, que no me recordó a nada habitual y, sin embargo, ingerí con curiosidad gastronómica. Aunque el hambre consigue que sepa bien cualquier cosa, confieso que me pareció delicioso aquel regustillo diferente, un poco salvaje, similar al bravío que conserva una presa de caza después del pánico y la huida al galope. Nunca he sido un remilgado: me encantan los riñones y las vísceras, los buñuelos de sesos, mollejas y orejas de cerdo; de hecho, nunca soporté a la gente que no come de todo, a la que le dan grima las texturas diferentes en la lengua, que dice no me gusta antes de que las papilas se hayan abierto por completo, y sobrevive exclusivamente gracias a pechuga de pollo a la plancha. Y, ya de paso, podría añadir que me enervan los que mezclan espaguetis con tallarines, echan guisantes a la paella, o llaman salsa de tomate a algo que, en realidad, solo es puré de tomate. Llegué a

repudiar a un pariente porque su comida favorita era el hojaldre de jamón y queso, con eso lo digo todo.

Mosca, filete. Filete, mosca. Por alguna razón esta asociación no se me iba de la cabeza. ¿De dónde había salido aquella carne?

Filete, mosca, larva. Muerte, sangre.

Noté una inquietud en el pecho, allí donde un perdigón deambulaba sin objeto, que me impulsó a levantarme de un salto, convencido de que se me escapaba algo importante. Miré a mi alrededor el salón aniquilado, los escombros difuminados entre las sombras, buscando explicaciones alternativas a una simple compra en el supermercado que no encajaba del todo, porque tampoco encontré ningún sentido a degustar el rey de los bistecs, fuese del animal que fuese, sin añadir un mínimo condimento o guarnición, que no hallé en la cocina a pesar del desorden, ni un paquete abierto de arroz, ningún frasco de hierbas aromáticas, ni siquiera ese medio limón que habita todas las neveras del mundo.

Me dio miedo registrar el apartamento y encontrar pruebas de esquizofrenia, de la total pérdida de la razón de mi yo del futuro al quedar a la deriva. Me dirigí al cuarto de baño con cautela imaginando que encontraba la bañera oculta por la cortina de ducha, me acercaba lentamente jadeando de angustia y miedo, agarraba la cortina, la descorría con un gesto brusco y chillaba enloquecido al enfrentarme al pavor más absoluto, todavía indefinible.

La puerta del baño estaba cerrada. La abrí despacio con el corazón a mil por hora y empecé a chillar sin más, anticipando el holocausto.

La bañera estaba vacía, lavabo y suelo limpios. Quizá todo demasiado limpio. Respiré con alivio, un poco mareado por el susto, y vacié la vejiga lo más rápido que pude, haciendo fuerza con el vientre para expulsar un chorro a presión que no siempre acertaba en la diana, mientras la mosca inspeccionaba el nuevo espacio aéreo. Seguí su revoloteo con la mirada hasta que se posó en la barra de la cortina y acicaló sus patas delanteras tan tranquila. Entonces me di cuenta de que la cortina de ducha había desaparecido, y de la solitaria barra solo colgaban un par de

ganchos rotos, como si la hubiesen arrancado de un fuerte tirón.

¿Cortina de ducha, mosca, filete? No, qué tontería de asociación. Me abroché el pantalón y tiré de la cisterna.

Muerte, mosca, cortina de ducha. ¿Y el filete qué? Mientras me enjabonaba las manos en el lavabo, dándole vueltas al estúpido rompecabezas, me miré en el espejo. Mejillas pálidas, ojeras moradas, conjuntivitis galopante…: parecía un resucitado.

—Muerte, sangre, filete, cortina de ducha, mosca —dije—. Esa es la secuencia lógica.

Ay, madre.

Abrí los ojos por el asombro al recordar una de las reglas del cine negro: si aparece una cortina de ducha en la primera escena, debe usarse en la tercera. Como en un tetris deductivo, fui ajustando todas las piezas una a una con tanta precisión que no me cupo duda de lo que había sucedido: un asesino a sueldo, mucho más listo que Leiva, dedujo quién era el responsable de la desaparición de la guitarra y, empeñado en cumplir el objetivo a pesar de la anulación del contrato, averiguó el domicilio, se presentó con alguna excusa verosímil y, sin más preguntas, atacó al infeliz que abrió la puerta, lo interrogó usando herramientas de cirujano, brillantes y afiladas, un mago del dolor, y, cuando se convenció de que su víctima no sabía nada, lo desangró en la bañera y envolvió su cadáver en la cortina de ducha. Antes de irse, registró el apartamento en busca de nuevas pistas, fregó lavabo y azulejos con lejía y estropajo, y abandonó el escenario dejando una macabra advertencia refrigerada que se hallaba ahora mismo en mi estómago.

La mosca se posó en el espejo, justo en mi frente. Me di la vuelta y me abalancé sobre el váter con los dedos en la garganta cuando sonó el teléfono.

Sentí cada pitido como un latigazo o una descarga eléctrica. ¿Quién llamaba a estas horas?

Mi corazón dejó de latir. ¿Y si era él, comprobando si el auténtico culpable había vuelto a casa?

No había tiempo de vomitar. Tenía que largarme de allí de inmediato, regresar a la seguridad de Gondor, que el mundo se olvidase de Iván Ferreiro por una temporada. O, mejor, para siempre.

Recorrí el piso a toda prisa para recoger mis cosas. ¿Dónde cojones estaban mis cosas? Me resultó imposible recordar qué había hecho con la maleta. Necesitaba colocar inmediatamente una pastilla bajo la lengua, busqué debajo del sofá, pero no encontré ninguna. No era debajo de aquel sofá, imbécil. Me abofeteé a mí mismo. Todo se mezclaba en mi cabeza mientras con la manga borraba huellas dactilares de pomos y superficies sudando de miedo.

Salí al descansillo.

El ascensor estaba subiendo.

Bajé por las escaleras de tres en tres, aterrado de romperme una pierna y quedar a merced del asesino.

Llegué al portal y salí a la calle en tromba.

Aparcada en doble fila estaba la furgoneta, con Leiva al volante.

Me metí dentro y cerré de un portazo.

—Hola, chulo…

—¡¡¡¡ARRANCA!!!!

Nos alejamos mientras yo miraba hacia atrás ordenando giros a derecha e izquierda hasta convencerme de que nadie nos seguía.

—¿A qué juegas? —preguntó Leiva.

A veces las palabras no son suficientes para explicar ciertas cosas. Me abalancé sobre su cuello y apreté con fuerza. Forcejeamos mientras la furgoneta se bamboleaba entre el tráfico e invadía el carril contrario; bocinas indignadas, frenazos, un coche que venía en sentido contrario derrapó para esquivarnos y nos estrellamos

contra un escaparate de zapatos, todavía con un gran cartel de saldos.

—Iván, ¿me estás escuchando?

Leiva frenó suavemente en un semáforo, justo delante de la zapatería en rebajas, y abrió la ventanilla. Una corriente de aire polar inundó mis pulmones.

—Tengo frío —dije enfurruñado.

—Es que hay una mosca pesadísima. —Rebuscó en la oscuridad de la furgoneta—. Qué raro…

¿Después de tantas cosas, eso era todo? La rabia me cortó la respiración. Todas las luces eran rojas. Empecé a verlo todo rojo, como si tuviese gafas rojas.

—Llévame al aeropuerto. Me voy a casa.

—No digas tonterías. Acabamos de empezar la gira.

Estaba de las giras hasta los cojones. No quería ninguna puta gira. Ya no me gustaban las giras.

—Además, tengo una sorpresa para ti. —Sonrió.

Estaba de las sorpresas hasta los cojones. No quería ninguna puta sorpresa. Ya no me gustaban las sorpresas. ¿Es que nadie se daba cuenta de lo que yo había tenido que sufrir? Tan solo repasarlo mentalmente me provocaba calambres. Intenté ordenar mi mente para enfadarme con propiedad y soltar todo de forma ordenada, paso a paso, desde el primer horror al último: el inicio, en el camerino, el gato y las pastillas, el robo de la guitarra, el concierto repetido, escalar al balcón, el disparo, la caída del árbol, la operación en el veterinario, el asesinato de Calamaro, el canibalismo, el asesino en el ascensor… Una de dos, o había perdido completamente la cabeza, o era la mejor historia del mundo, de esas que merecía la pena contar, incluso escribir para la posteridad. Un novelón que te cagas.

Sin embargo, tantísimo que contar, y Leiva no preguntaba nada.

¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? Si en ese instante se hubiese puesto a hablar en húngaro, no me habría sorprendido más. Dudé de mí mismo y consideré la posibilidad de haberlo imaginado todo, de que solo fuese una película dentro de mi cabeza. La mosca se posó en mi pecho, oliendo la sangre de mis heridas, y supe que todo era cierto. Miré a Leiva, su perfil relajado mientras conducía con una sonrisa en los labios y una expresión que lo hacía parecer incluso contento, satisfecho, el hombre más feliz de la tierra. Otra vez por qué. El esfuerzo mental por comprender y no conseguirlo estaba acabando conmigo; me daban ganas de tirarme de los pelos y arañarme la cara por la frustración.

Nunca dejes a un paranoico en la incertidumbre. Su proceso mental no sigue las reglas comunes, guiadas por el método y la dialéctica. En lugar de autolesionarme, en un acto de defensa propia, o simplemente de supervivencia, consideré otras posibilidades, aunque pareciesen disparatadas.

Quizá Leiva estaba con ellos desde el principio, conspirando ya en el camerino, y de alguna manera planeó que Rubén me disparase a propósito para enterrarme después en algún descampado de Alameda, por ejemplo. Pero el plan no salió bien y decidió abandonarme con la esperanza de que me desangrase en el balcón, o me congelase en el balcón, o me cayese desde el balcón. Tampoco salió bien, así que habló con ellos, les dijo dónde vivía y ordenó que me torturasen, que me rebanasen una libra de carne como advertencia antes de pasar a cuestiones relacionadas con cortinas de ducha, posiblemente al no encontrar la Gibson… Pero resultó que no era yo —otro error más—. A pesar de tanta premeditación, nocturnidad y alevosía, no debía de ser tan fácil cargarse a un tío, por muy psicópata que fueses.

Casi me hizo gracia: la novela de mi vida no era drama, sino comedia, una comedia negrísima.

Eso sí, Leiva era tenaz, insistente como la mosca; por eso, allí estaba, enfrente de mi portal. Seguramente llevó a alguien a rematar la faena, alguien que subía en el ascensor mientras yo bajaba por la escalera y me metía, yo solito, en su furgoneta con docilidad para llevarme a algún lugar donde nadie escucharía mis gritos de auxilio. Siempre agobiado por mi lado oscuro cuando

debería de haberme cuidado del lado oscuro de Leiva, de su cara de bueno, tan amable, que caía bien a todo el mundo, tan buen hijo y buen hermano… ¿A quién más habría eliminado? ¿Serían Loquillo y Ariel los siguientes?

No encontré brechas en mi razonamiento y me sentí abrumado por la revelación, como si no supiese que el ser humano era así, lo veíamos muchas veces en el telediario. ¿Cuántos días me lamentaría yo mismo si Leiva muriese de forma violenta?, ¿me afectaba lo de mi casero más allá de la vergüenza por habérmelo comido?, ¿le afectaría a él si hubiese sido al revés? Preguntar por qué era lo más estúpido que podía hacer. Orcos o buitres jamás se preocupaban por los porqués; hacían lo que debían hacer y luego se iban a su casa, pero sería genial tener un martillo y golpearme el cráneo con él.

Había un sitio para aparcar justo delante de su portal, como en una película, y Leiva salió de la furgoneta dando por hecho que lo seguiría como un cordero. No quería subir, no quería entrar dócilmente en esa buena noche, como decía otro poeta, hablando siempre de cosas importantes sin que nadie le hiciese caso (¿qué carallo sabrán los poetas de lo cotidiano?). Yo también deseaba rebelarme y enfurecerme, gritar verdades al mundo, denunciar la terrible conspiración de que era objeto. Pero ¿alguien me escucharía? ¿Quién creería mi historia? Por un momento imaginé a Dylan Thomas entrando en comisaría y explicando con bellas palabras lo que estaba pasando. Probablemente se reirían de él antes de echarlo a patadas. Además, nadie recurría a la policía en Alameda; a saber en qué se entretenía esa gente.

Bajé de la furgoneta resignado, esperanzado de no tener que entrar en ninguna puta noche de momento. Subimos en el ascensor en silencio. Delante de su puerta oí que había personas allí dentro, hablando en voz muy alta, que se callaron de golpe cuando escucharon la llave meterse en la cerradura.

Leiva abrió la puerta y se apartó para dejarme entrar.

El suelo estaba forrado de plástico, pegado con cinta en las esquinas, los muebles cubiertos como extraños fantasmas, una versión espeluznante de la cortina de ducha.

—Por favor, no me mates —susurré.

10

Una de las razones para hacer una gira es vivir la experiencia de viajar con tu banda en una furgoneta; algo similar al buen rato que pasas tras los ensayos dos o tres veces por semana, pero alargado hasta el infinito. Disfrutar de la camaradería, las improvisaciones; compartir confidencias tras los aplausos… Es fácil imaginarse libres por la carretera con el viento en la cara, paisajes alucinantes, el gran cañón anaranjado por el crepúsculo, el clásico born to be wild.

El desengaño suele llegar antes de sentirte mínimamente wild, cuando empiezas a verle las costuras flojas a todo el asunto. Por muy grande y cómoda que sea una furgoneta, por mucho aire acondicionado o asientos amplios, y por mucha amortiguación de última generación o dirección asistida que tenga, no deja de ser un espacio minúsculo para transportar por cumbres y valles a seis tíos. Día a día aumenta la introspección y el silencio, divagas sobre mil memeces y te ves asaltado por pensamientos sobre la higiene de tus acompañantes cuando se supera la costumbre de disimular los pedos. De hecho, en muy poco tiempo, y con los ojos vendados, puedes saber quién es quién solo con escuchar la cadencia que provoca la expulsión de gas del cuerpo de cualquiera de ellos, con eso lo digo todo. En resumen, la diferencia entre un matrimonio y una gira es que te casas con unos cuantos y casi nunca follas con ninguno; lo demás es bastante parecido.

En un piso preparado no para descuartizar un cadáver, sino para pintar paredes y techos —los ladrones están llenos de gérmenes, justificó Leiva—, mi improvisada pandilla me recibió con abrazos y sonrisas, dispuestos a iniciar una aventura que para mí ya había doblado la curva del apogeo y comenzaba su descenso hacia la decadencia.

Salimos de Alameda por la M-12 dirección Alcobendas, rumbo al norte, como árboles que nadie echaría de menos en aquel erial que

rodeaba Madrid, con sus guetos amurallados de boj que ocultaban chalés adosados, piscinitas color turquesa y pistas de pádel comunitarias. Conducía José Rubio. Buen chófer, nada brusco, ni aunque hubiese prisa o adelantase camiones; en el pasado he tenido sueños muy agradables mientras él pilotaba. Si dices un nombre al azar, es probable que él lo haya llevado a alguna parte. Su retrovisor ha visto de todo, pero es un hombre discreto, como los chóferes de las películas; no contará cotilleos ajenos por más que insistas; por eso confías en que tampoco lo hará con los tuyos. Fanático de las series, solo lo vi enfadado aquella vez que un gasolinero cuestionó Breaking Bad y José atascó todos los lavabos con bolas de papel higiénico. Bonachón y silencioso, por alguna razón, aún hoy, cuando pienso en él, me lo imagino en pantalones cortos, tenis y calcetines a pesar de no haberle visto jamás las rodillas.

De copiloto iba Manolón, mi road manager. Semanas antes de comenzar la gira, cuando yo todavía me buscaba a mí mismo en el desagüe del váter en compañía del fontanero, él ya estaba gestionando nuestra agenda, traslado de instrumentos, hoteles, comidas, transportes, lo necesario para concentrarte en los conciertos y nada más (sin alguien como él, los músicos todavía estaríamos palmeando tambores en una cueva después de partirnos la cara). Como indica su sufijo, si no lo conoces da un poco de miedo, pero la ventaja de un aspecto imponente como el suyo es que cualquier contrincante suele evitar enfrentamientos coléricos y se convierte, por arte de birlibirloque, en un tipo pacífico. En la furgoneta, Manolón solía ir delante; gracias a ello he transitado cien mil kilómetros admirando sin disimulo su perfil izquierdo, de bigote abundante y perilla filosófica, preguntándome cómo delineaba cada mañana esas pequeñas cerdas canosas de meticuloso diseño feudal, rematadas en tres plumeros simétricos rozando la sotabarba. Su puesto también implicaba controlar el solfeo que escuchábamos durante el viaje, que para los demás siempre suponía un dilema entre respirar oxígeno o heavy metal. Lo solventábamos con auriculares si ya no podíamos más, aprovechando para destaponar los oídos cuando lo llamaba su santa esposa, menuda en tamaño por contraste y de la que siempre sospeché que yo no le gustaba; cosas que uno intuye por ciertas miradas o muecas a lo largo de los años, o quizá porque una vez me susurró al oído: No me gustas, Iván. No

se lo reprocho, yo tampoco me suelo caer bien tres días de cada cuatro.

Como ingeniero de sonido venía Ángel Martos, que debió de empezar a desenredar galimatías de cables en preescolar y lo sabía todo del mundo musical. Había participado en la grabación de discos míticos de todo tipo, podía trabajar con Pastora Soler o Rosana de lunes a jueves, y hacer una gira con Juan Perro o Los Toreros Muertos el fin de semana. Conservaba desde la adolescencia un aspecto juvenil de sudadera con capucha y pelo despeinado —no me lo imagino con ochenta años—, y su vocabulario solía estar poblado de abreviaturas, siglas, inglesadas y términos de corte futurista; por algo todos los técnicos de sonido son fanáticos de Star Wars, Doctor Who, Galáctica y cosas así. En cualquier caso, no hablaba mucho, pero cuando lo hacía el resto se callaba. Su función principal consistía en ponerse al mando de un sinte modular, panel más propio de un submarino de la Segunda Guerra Mundial, y manipular su maraña de clavijas para controlar lo que escucha el público y lo que escuchan los músicos, que nunca es lo mismo, aunque parezca una contradicción.

Finalmente estaba Álex Martín, el backliner o pipa, ese chaval joven que toca la guitarra (cómo no) y aspira a tener su propio grupo mientras carga los instrumentos de otros, monta el decorado, afina y prueba, y sabe cómo les gustan las cosas a los músicos para que lo encuentren todo perfecto al comenzar el concierto. Muchos famosos han sido pipas en sus comienzos, un bautizo común en este mundillo, absorbiendo como una esponja modos y maneras en los primeros cursos de carrera. Simpático y rebosante de ilusión, guapo y moreno —estilo Antonio Vega con visera—, tenía Álex ese aire cándido que provoca en los veteranos nostalgia de juventud y afán protector al enseñarnos con timidez sus primeras canciones.

Digamos que, si fuésemos personajes de una película carcelaria, Álex Martín moriría acuchillado vilmente para que Manolón y José Rubio llorasen a lágrima viva, mientras Leiva y yo continuábamos con el plan de huida por un túnel infecto; pero sería un Ángel Martos autista y mudo por el impacto, con gafas pegadas con esparadrapo, el que sacaría su maletín con bisturíes y alicates.

No podría describir mejor a nuestra pequeña cuadrilla.

Cualquier profano podría pensar que al surcar llanuras congeladas con nombres castellanos, Cogollos, Valdorros, Villagonzalo, nuestra plática alcanzaba altas cotas de cultez y sapiencia polifónica disfrutando, por ejemplo, de una retrospectiva sobre las damas de la música electrónica, de Else Marie Pade a Cora Novoa, o la influencia de Daphne Oram en EME DJ; debatiendo sobre aspectos estéticos y melódicos del metal comunes con el piano de Clara Wieck; o estableciendo una comparativa tipo: Raquel Meller fue para el concepto de cuplé lo que Pina Bausch para el concepto de danza contemporánea.

—Hay una puta mosca.

Más bien ese sería el inicio perfecto de una conversación prototípica hasta Burgos.

—Ahora ya somos los siete magníficos.

Carcajadas y tirar del hilo hasta la chorrada podía llevarnos horas.

—O los siete samuráis.

—O Ana y los siete.

Nos preguntamos qué tendría el siete para generar tanta devoción y enumeramos con entusiasmo todo lo que nos pasó por la cabeza: siete notas musicales, siete días de la semana, pecados capitales y sacramentos, los infiernos de Dante, las islas Canarias, los siete sabios de Legend of Zelda, los siete enanitos, los siete reinos de Juego de Tronos, los colores del arco iris, siete cielos del islam, siete mares y bla, bla, bla… Mucha erudición no había, más o menos como las gambas de Bubba, pero en siete, aunque quizá nos daría para un concurso televisivo de sobremesa.

—¿Y por qué los tres mosqueteros eran cuatro?

Esta nueva e intrigante cuestión numérica, seguida de un silencio reflexivo, podía constituir el corte de rollo perfecto para dar por finalizada una charla que recordaríamos con camaradería toda la vida.

—Y bien —dijo Manolón cambiando de tema—, ¿qué tal fue el estreno en el Fernán Gómez?

Ese era el momento que había estado esperando desde que llegué a casa de Leiva y descubrí que viviría un día más. Aquellos eran mis amigos, los que escucharían interesados la fascinante historia de una Gibson, un gato lisérgico y todo lo demás: el Gafas y el Mono, Sonia y Gloria, tratos sucios en un camerino, asaltar un quinto piso y recibir un disparo, luces azules, árboles que hablan y bosques que caminan, asesinos que confunden a sus víctimas, canibalismo vergonzante y la huida al norte con todos ellos en la furgoneta en ese mismo instante.

Cuando me disponía a hablar, Leiva sonrió y dijo:

—Lo mejor fue lo que pasó después.

Lo miré con condescendencia y curiosidad por conocer su versión de los hechos, tal vez camuflando delitos, detenciones y armas de fuego por temor a la prensa y nefastas consecuencias profesionales, y reduciendo la cosa a nuestra estrafalaria visita a Rubén Pozo. No digo que esta parte de la historia no contuviese suficientes elementos interesantes, pero en cualquier caso era una versión muy insípida comparada con la que yo contaría a continuación, salpimentando su bolla sin sal con especias sabrosas y excitantes.

Sin embargo, volvió a suceder lo de Matrix y Santi el Portugués.

1999 fue un año peculiar, fin de siglo, fin del milenio, fin de la peseta. En cambio, resucitaron las series de televisión con el debut de una familia de sopranos y una esponja llamada Bob, iniciándose la nueva era de la fiebre audiovisual y salpicar charlas de sobremesa con conceptos como «temporada» y «miniserie». La ingenua industria discográfica todavía funcionaba, amasando sus últimos millones con Californication, la raja de una falda o diecinueve días y quinientas noches —igual que un dinosaurio sanote que contempla caer el brillante asteroide y le parece bonito — mientras los Rolling se embarcaban en su última gira europea, o al menos eso creíamos; al fin y al cabo, tenían la edad de nuestros

padres, seres de posguerra y Golpes Bajos, «cena recalentada cuando llegas tarde a casa» y tal.

Algunos dicen que el éxito de Los Piratas llegó ese año con el Fin (de la primera parte), aunque en realidad el principio del fin definitivo aguardaba a la vuelta de la esquina. De hecho, iniciamos junio en un pueblo de Lugo, participando en uno de aquellos horribles programas que organizaba Juan Pardo para la televisión gallega en los que había que tocar en playback (¿puede haber algo más deprimente para una banda?). Cuando terminó el suplicio, con la moral en el infierno, traqueteamos mil kilómetros de oeste a este hasta Barcelona, invitados a la presentación de Matrix, la película que marcaría un antes y un después en el cine de ciencia ficción, y nos esforzamos por montar nuestro pequeño bolo en una sala que no nos hacía ni caso, tan ruidosa que no podía ni escucharme a mí mismo y plagada de gente vip (tipo Llongueras) fascinada por tomar una copa con un Neo en carne y hueso.

Entonces sucedió una de esas maravillas que hacen que la vida cobre sentido: Keanu Reeves, el único del local que no nos quitaba ojo, quizá por matar el aburrimiento o por no matar a toda aquella chusma, decidió de pronto subir al escenario con nosotros.

Acostumbrados a verlo en pantalla, nos sorprendió que fuese un tipo enorme, amable y tímido. Se hizo un silencio atento mientras le indicábamos unos acordes sencillos y nos amoldamos a su ritmo para cantar no recuerdo qué canciones frente a una audiencia entusiasmada por ser testigo de algo extraordinario que no se grabó en ningún teléfono. No fue gran cosa a nivel musical, pero para nuestra autoestima fue la hostia, y un concierto insignificante se transformó en uno de los buenos. El público se alió con nosotros hasta el final —quizá aquello fue determinante para nuestro éxito posterior, quién sabe—, y después charlamos con Neo chapurreando nuestro precario inglés de tercero de BUP, asintiendo cuando no entendíamos qué decía, guiñándonos ojos fascinados sin creer que aquello fuese real. A veces pasan cosas de estas y no merece la pena preguntarse por qué.

El caso es que al día siguiente regresamos a casa como flotando y más felices que nunca, sin parar de repasar aquel evento que no empezó bien y, contra todo pronóstico, se convirtió en nuestra gran

noche con gran anécdota que estábamos deseando contar. Y después de otro interminable viaje cruzando todo el país desde levante a poniente, cuando al fin conseguí reunir a mis amigos en un garito cualquiera y me hacía de rogar al verlos tan deseosos de escuchar mi magnífica historia, va y aparece Santi el Portugués.

Y nos contó algo tan increíble que lo mío en comparación quedó al nivel de la tontería.

Nos contó que una semana antes del concierto, Mick Jagger llegó a Santiago para hacer algo de turismo. Y que, a pesar de sus mallas ajustadas, las drogas y demás extravagancias satánicas, resulta que era un entendido en enología y arquitectura antigua, románico y gótico y así. Y que le apeteció recorrer iglesias y viñas de Albariño antes de desmelenarse en el Monte do Gozo frente a cincuenta mil personas. Y que necesitaba un chófer que conociese Galicia y hablase inglés como para entender hasta los chistes. Y que alguien pensó que la opción perfecta era él, Santi el Portugués.

Tócate los cojones.

Vozarrón, carcajada blanca, simpatía de yerno ideal, Santi el Portugués apareció un día y en poquísimo tiempo ya conocía el árbol genealógico de cualquier vigués —es curioso que alguien de otro país se integre en tu entorno natal mejor que tú; hay gente que posee ese secreto—. Pues este cabrón se pasó una semana entera tomando vinos, visitando piedras y haciéndose confidencias con el mismísimo Mick Jagger, que, por si no fuera bastante, para rematar la jugada, le presentó a Keith Richards pasándole un brazo por los hombros y pronunciando una frase que podrá leerse algún día en una lápida portuguesa: This is my friend Santiago.

Tócate los cojones otra vez.

Por la ventanilla de la furgoneta seguían pasando pueblos con nombres que parecían de la comarca Bolsón, conmemorando viejas batallas o puentes sobre ríos de agua fresca, mientras Leiva relataba chuladas igual que Santi el Portugués. A veces pasan cosas de estas y no merece la pena preguntarse por qué, pero si te pasan tantas veces llegas a pensar si el título de tu biografía será del estilo Grandes momentos de mi vida ninguneados por grandes momentos

de la vida de otros, por ejemplo. Sobre todo, porque consideré que lo del disparo y la cortina de ducha era mil veces mejor que lo de Leiva y Rubén, aunque fuese completamente inesperado. Me importaba un bledo cómo se habían zafado de las sirenas huyendo en un semáforo, y mucho menos su estrafalario encuentro con Bon Jovi (¿quién es Bon Jovi comparado con Mick Jagger?). Tampoco me importaba cómo acabaron en Sevilla en una semifinal del Atleti (¿qué es el fútbol comparado con Matrix?), ni cómo volvieron en un tren de madrugada y se hicieron amiguetes de Simeone y toda la plantilla mientras eludían que yo me desangraba en un puto balcón perseguido por una panda de asesinos.

Pero la historia la escriben los vencedores y suelen escribir lo que les da la gana.

Recordé aquello que dijo Onetti de que todo lo que nos sorprende es justamente aquello que confirma el sentido de la vida, y me pareció una mierda que tuviese razón. La vida es injusta, pero hay duelos en los que es mejor envainar la espada y aguantar la humillación; por ello hice lo mismo que con la anécdota de my friend Keanu, no dije nada y me dediqué a contemplar la Tierra Media y sus vetustos topónimos, Ciudalcampo, Valdelagua, Revillagodos, mientras escuchaba un zumbido constante producido por una mosca, exclamaciones de asombro, y la destrucción de neuronas al ritmo de Judas Priest y AC/DC, que persistió incluso cuando me puse los auriculares, cerré los ojos y fingí dolor de cabeza hasta llegar a Donostia.

El hotel era céntrico, o sea, viejo, ubicado entre el río Urumea y la playa de la Concha, como siempre estratégicamente cerca de algún Eroski, Mercadona, Lidl o Froiz que permitiese a Manolón pertrecharse de galletas tipo sándwich, vicio que gustaba consumir con el portátil sobre la barriga y rodeado de migas blanduchas que perseguía por toda la península como un Pulgarcito colosal. A veces lo mismo que odias te hace amar a otros.

La cama parecía grande, o la estancia pequeña, con puerta que comunicaba con el cuarto de Leiva; un trasunto de suite de lujo para visitar San Sebastián en familia manteniendo a la estirpe a

distancia prudente. Enmarcado en la pared, un mapa de la ciudad con caminitos señalados en líneas discontinuas indicaba cómo visitar cosas turísticas desde usted está aquí: Peine del Viento, Kursaal, monte Igueldo… El teatro Victoria Eugenia, que ocupaba toda una manzana y donde en ese instante mis compañeros instalaban luces, instrumentos y demás cachivaches de nuestra liturgia, se hallaba a cinco minutos caminando, el Va Bene, a siete, y el Bataplán, a diez. Concierto, bocata y birra; eso era todo lo que iba a hacer allí, sobre todo teniendo en cuenta que tener sexo en Donostia es imposible. Una vez estuve a punto con una admiradora, pero después de unos morreos me dijo: ya basta; con esto soy feliz, y se largó tan contenta. Tal vez me equivoque, pero, generalizando un poco, deduje que al donostiarra solo le interesa su propia felicidad, así que ya no solía llevar condones.

El colchón presagiaba sosiego y prodigio onírico para los capaces de descansar y flipar durmiendo; por ello, a pesar de mi invalidez en esas mañas, me recosté vestido sin perder la esperanza. Inmediatamente después de cerrar los ojos mi pizpireto tofu cerebral, que solía adormecerse durante la vigilia, se activó reviviendo afrentas no resueltas como una moviola que se detenía y reiniciaba, dependiendo de si yo abría o cerraba los párpados a modo de interruptor orgánico —no quería ni imaginar la tortura que sería quedarme ciego, atado para siempre a esas recreaciones incesantes—, así que me levanté y abrí la puerta comunicante sin llamar, dispuesto a resolver cosas o, al menos, a discutir, que siempre relaja.

Leiva estaba tumbado en la cama semidesnudo, con pantalón y calcetines puestos como si solo hubiese tenido fuerzas para quitarse la camisa antes del derrumbe. Contemplé su semblante relajado y pálido con ojeras moradas de resaca, ojos a la funerala o a la virulé que podrían confundirse con el resultado de una zurra.

—Llevo cincuenta horas despierto —susurró medio dormido en un hilito de voz.

—Pues yo he pasado la noche con tu puto gato en brazos —respondí con rabia.

—Qué bien… —dijo con los ojos cerrados.

—¿Qué bien qué? ¡Rubén me ha disparado, joder, y ni siquiera me has preguntado cómo estoy!

—Rubén es mi colega…

Su respiración se hizo más profunda y le di una patada.

—¡Forza Atleti! —gritó mirándome sin verme.

—¡Yo rompí la Gibson! —confesé furibundo.

No me escuchaba. Transitaba ya los senderos inescrutables de esa siesta plácida y reparadora, imprescindible antes de cualquier concierto, que yo no iba a disfrutar.

Un hueco entre las nubes dejó pasar un rayo de sol que iluminó su piel tatuada e insinuaba la beatitud y despreocupación de la estatua, ajena al cambio y las vicisitudes cotidianas, cuyo único objeto es ser adorada como un Nexus perfecto. Mi dedo acarició su epidermis con intención de despertarlo y comprender por qué todo estaba saliendo mal. El contacto supuso una descarga eléctrica y agudizó mi deseo de tumbarme a su lado y machihembrarme con él, de follar o morir en Donostia, también de matar. Abrumado, retiré el dedo y cogí una almohada —almohadas frente a seres dormidos, igual que cortinas de ducha corridas: símbolos cinematográficos de lo que espera el público de la sala conteniendo la respiración— y la acerqué lentamente a su cara plácida, grabando en mi memoria sus facciones previas a desagradables rictus mortales, antes de depositarla con delicadeza sobre su cabeza, dispuesto a apretar con todas mis fuerzas.

En ese instante sonó el teléfono de mi habitación, tan estridente que di un respingo antes de correr a descolgarlo, contrariado por la interrupción.

—Hola, Iván —dijo IA.

Solté la almohada con el presentimiento de que en ese instante me observaba en una pantallita.

—¿Qué tal…? —¿Indiana?

—Tu teléfono está apagado.

Él acusó con sutileza y yo me sentí culpable, nada nuevo bajo el sol.

—Lo perdí…, bueno, es una larga historia.

Aguardé a que me preguntase qué había sucedido, pero me respondió el mutismo de quien no malgasta saliva —qué difícil es interpretar silencios sin ver los rasgos de la cara, sobre todo de una cara que hace tiempo que no ves ni recuerdas—. Aun así, impaciente por que alguien me escuchase de una vez, me llevó un buen rato soltarlo todo sin ahorrar detalles, y aguardé sus sabios consejos para solucionar el enredo: recuperar la guitarra, negociar con matones, dar cristiana sepultura a Calamaro, etc. Deseé escuchar que ya estaba viniendo raudo y veloz para reunirse con nosotros, despertar a Leiva arrojando un cubo de agua en su cabeza y analizar pros y contras, dejar todo en sus manos, que manosease mi angustia con un tranquilo, todo se va a arreglar.

—No lo veo muy verosímil —dijo, en cambio.

¿Verosímil?

—¿Qué quieres decir?

—Ni siquiera parece una novela.

Ah, sí, mi novela, mi gran cuento chino.

No se había creído ni una palabra, ni siquiera lo veía factible como ficción literaria.

—Solo es un borrador… —reculé deprimido deseando colgar el teléfono.

—Pues bórralo —me cortó—. ¿Por qué haces esto?

—¿Por amor al arte? —El sarcasmo siempre ha sido un buen escondite.

—Mal negocio, y curioso que esa expresión también signifique gratis.

Tenía razón y me reí. Él no.

—El arte no vende, Iván, no entres dócilmente en esa buena noche… —recitó.

—¿Qué has dicho?

—Literatura es sinónimo de inanición, lo sabe todo el mundo.

—No, me refiero al verso…

—Exacto, Iván, dedícate a las canciones. ¿Cómo va el nuevo disco?

—Bien, me está saliendo de lo más alegre —me burlé con asco.

—¿Cuándo podré escucharlo?

—Pronto.

—Hay que dar a la gente lo que le gusta, Iván; no lo olvides.

—Ya.

—Nos vemos en tres horas. —Y colgó.

La ansiedad fue tan molesta que decidí afeitarme en seco.

Lo último que deseaba era encontrarme con IA (¿Igor?), pero resulta que en aquella ciudad estaba su sede, la oficina que organizaba mi carrera profesional desde la distancia; voces telefónicas a las que contaba regularmente mis proyectos y bajones, mis nuevas canciones y conciertos, si tenía dificultades económicas o fiebre, si Ferreiriño suspendía geografía, o el Míster fumaba a escondidas, incluso dónde podía conseguir orugas a las tres de la madrugada en Rivendel; voces que escuchaban mis problemas con paciencia, siempre disponibles, eternamente amables y comprensivas; voces con nombres propios que me hablaban con muchísima familiaridad sin que yo supiese ni una palabra de sus alegrías o conflictos, si algo les impedía conciliar el sueño, si tenían hijos o montaban a caballo; voces a las que me costaba adjudicar

rasgos faciales concretos, caras que no reconocería si coincidía en la caja del súper o me los cruzaba por casualidad en una calle cualquiera aunque ellas supiesen quién era yo; voces tras los telones y estudios de grabación gracias a las cuales la maquinaria funcionaba, que se levantaban temprano y se acostaban tarde para que las bandas pudieran distraerse con moscas en furgonetas; voces en la cara oculta de la luna que también hablaban con Leiva, Mick Jagger y Bon Jovi para hacer sus vidas más fáciles, dando por hecho que siempre descolgaban el teléfono a pesar de husos horarios u horas improcedentes para hablar de Odiseo o John Malkovich. Voces que solo cuando tenía un concierto en aquella ciudad norteña, y cantaban mis canciones en primera fila con orgullo de madres adoptivas, se convertían en personas de carne y hueso.

Tampoco a ellas deseaba verlas cuando, insomne y desengañado, con la cara plagada de trocitos sanguinolentos de papel higiénico, bajé a la cafetería del hotel.

Nubes y claros, viento del sur y máximas de quince grados pronosticaban inflorescencias y primaveras en los tabloides vascuences. Amaia Montero almibaraba el hilo musical mientras leía que Venezuela lloraba a Chávez, y el Vaticano preparaba cónclaves y fumatas. Los príncipes de Asturias apoyaban privatizar lavanderías de hospitales públicos, buen negocio sin amor al arte ni nada, sobre todo si contrataban gente con discapacidad por sueldos infames. El Gran Wyoming, difuminado por una galerna polar, colaboraba con Greenpeace para salvar el Ártico, y una foto mostraba al Mono y al Gafas haciendo sendos cortes de manga con los meñiques.

Me incorporé con sobresalto y leí el epígrafe: Musikan etorkizun handiko bi gaztec sarean arrakasta dute: hatz txikiaren garrantzia Gibson Les Paul-i zuku guztia ateratzeko (27. orrialdea). Hablaba de música y una Gibson, eso estaba claro, pero lo demás era indescifrable. ¿Estaban detenidos?, ¿tenían la guitarra requisada en garantía?, ¿habían muerto a los 27 como los dichosos roqueros que mueren a los 27?

Si aquel era el final de mi canción sabinera, no entendía nada.

Por encima de mi hombro brotó la cabeza de Leiva exhalando aroma a champú y desodorante.

—¿Sabes euskera?

—Un poco —mentí.

Pasé de golpe unas cuantas páginas para desviar su posible interés en rateros cabrones, y nos encontramos con el careto de Calamaro sobre un nuevo baile de palabras exóticas: Banku nazionalaren atarian egindako manifestazioan, artista argentinarrak adierazi du bere azken diskoaren grabazioa oso arrakastatsua izan dela, «Heroiak izan ginen».

Si aquello no era una maldición, que bajase el puto Zeus y lo explicase.

—¿Qué dice? —preguntó Leiva.

—Que el loco se ató a un banco y se metió heroína y ginebra a lo bonzo —traduje.

Leiva se escandalizó frunciendo el ceño y abriendo la boca simultáneamente.

—Como protesta contra la prensa amarilla —añadí, francamente hasta las narices.

Me miró de frente con gesto de grima.

—¿Se puede saber qué carajo te has hecho en la cara?

Despegué un papelito. Salió una gota roja. Arranqué un trocito de servilleta y lo puse encima.

—Todo el mundo tiene una vena autodestructiva. No me juzgues, por favor.

Salimos a las calles nubladas con la mente nublada, al menos la mía. Notaba los muslos tan rígidos que alcé la mano para parar un taxi, que pasó de largo con Mikel Erentxun en el asiento trasero.

—Estamos muy cerca —alegó Leiva—, podemos caminar un poco…

—Pues no me da la gana; voy a coger ese bus —decidí enrabietado.

En la esquina intenté detener al enorme autobús, que se dividía por una articulación gomosa que le permitía tomar curvas cerradas. La conductora me miró con desprecio sin pisar el freno, deslizándose frente a nosotros en su lento serpenteo.

Entonces me vi a mí mismo sentado en su interior.

Sin duda era yo, pero distinto, con la cabeza rapada y mirada simiesca. Sus (¿mis?) labios susurraban al aire rezando una plegaria o maldiciendo la vida como los locos.

Me quedé traspuesto, paralizado, confundido por aquella alucinación malsana que transcurría despacio ante mí, a cámara lenta como una penitencia. ¿Cuál era su significado?, ¿era una premonición o un sueño?, ¿había conseguido quedarme dormido en la pequeña habitación de hotel con puertas comunicantes, pero se me negaba el sosiego con pesadillas?

En ese instante mi otro yo me miró a los ojos y me reconoció con sobresalto. Mientras el autobús se alejaba poco a poco, vi cómo se levantaba de un salto y me señalaba con el dedo índice vociferando palabras que no pude escuchar, pero que parecieron alterar a los que tenía alrededor, alejándose de él asustados. El cristal trasero, traslúcido por mil rayaduras, rompió la nitidez visual y negué con la cabeza buscando un asidero mental o, al menos, un testigo que me impidiese arrojarme a la calzada entre los coches.

—¡Dime que lo has visto! —Agarré a Leiva con fuerza.

—No puede detenerse aquí; hay que ir a la parada.

No lo había visto. No me había visto. Eché a correr tras el autobús cruzando bocacalles entre bocinazos, con Leiva a mi espalda pidiendo explicaciones, hasta la siguiente marquesina de metacrilato. Me abrí paso a empujones entre la gente que hacía cola suplicando subir sin esperas, con urgencia, el corazón en un puño, hasta estar frente a la cabreada conductora, que escupía erres y kas

como un juramento sumerio.

La ignoré y miré a mi izquierda aguantando la respiración.

El pasaje alzó el cuello con curiosidad y caras de alarma, entre las cuales no me reconocí.

Bastaba con reunir un grupito de prohombres burgueses de principios del pasado siglo para que surgiese la magnífica idea de levantar un palacio dedicado a la monarquía, incluyendo inauguración cortesana con besamanos y reverencias. Así era el teatro Victoria Eugenia: escalinatas, frescos en la techumbre, telón de terciopelo, butacas y palcos, rojo y gualda por todas partes.

—Qué maravilla —dijo Leiva.

Para mí, visto uno, vistos todos, así que no dije nada. Además, tenía otras preocupaciones más acuciantes que deleitarme con molduras y estucados; por ejemplo, mi doble.

—¿Un doppelgänger? —se interesó Leiva justo antes de empezar el show.

—¡Exacto!

—Dicen que todo el mundo tiene uno —opinó tan tranquilo, como sin darle importancia.

—Ya, pero ¡yo lo he visto!

—Qué maravilla —repitió con similar cortesía.

No hubo tiempo para más porque saltamos a la palestra. Aplausos, canciones propias, canciones ajenas. Todo el repertorio planeado se ejecutó sin un solo error, lo cual me pareció tan insólito como ser consciente de la existencia de otro yo, de que el molde que te ha forjado no se rompió después de tu nacimiento, sino que sirvió para crear otro ser igualito a ti. Esto implicaba preguntarte cosas (qué estaba pasando, quién era ese que te miraba tan asustado como tú, qué significado tenía todo esto, ¿estaría clonada toda la

humanidad?). Tal vez se me había revelado un rentable sistema de producción apoyado en una especie de vagancia cósmica, el capitalismo radical aplicado a la creación de especímenes cuando se han sobrepasado todos los límites de crecimiento, llévese dos por el precio de uno. Quizá se incluía la recomendación de situar a cada gemelo en las antípodas, Matrix bajo control y física cuántica, esa movida de las partículas sincronizadas en pareja, aunque estén a años luz de distancia —qué ganas tuve de hablar con el fontanero —, pero la superpoblación y los vuelos baratos habían aumentado las posibilidades de encuentros sorpresivos; a saber si el Bon Jovi de Leiva era original o copia…

Cantando como un autómata, haciendo chistes como un autómata y sonriendo al público como un autómata, llegó la última canción sin darme cuenta, porque creí que jamás podría volver a pensar en otra cosa que en ese encuentro de frente conmigo mismo. Hasta que se apagaron las luces para señalar el fin del concierto y, antes de hacer mutis por el foro, vi una lucecilla roja sobre mi pecho.

—Hay un puntero láser —informé a Manolón en el camerino.

—¿No estaban prohibidos? —dijo José Rubio.

—Uf —se asustó Leiva—, por culpa de uno tuve una lesión ocular.

—Mi madre dice que no se pueden mirar fijamente —recomendó Álex Martín.

—Colimado al grosor de un espagueti —instruyó Ángel Martos—, podría perforar un cubo de Rubik o un Baby Mocosete.

Aquella declaración explicaba muchas cosas, pero no era el momento de despistarse con una psicopatía infantil de nada.

—¡Escuchad! —Jadeé—. ¡No es eso!

Me miraron con curiosidad.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Leiva.

¿Acaso no era evidente? Su fingida inocencia, incluso con expresión divertida, me provocó urticaria. ¿Le hacía gracia el tremendo lío en

que nos habíamos metido?

—¡Alguien nos apunta con una pistola!

Se hizo el silencio.

—Pues menos mal —soltó Manolón.

Todos estallaron en carcajadas, incluido Leiva; y, mientras intentaba explicarle el peligro que nos esperaba, arrepentido de no haberlo asfixiado cuando tuve oportunidad, me vi arrastrado otra vez al paredón de fusilamiento.

Puede que no os hayáis dado cuenta de este pequeño detalle, pero una vez finalizada la obra de teatro nadie pide a los actores que representen una última escena. Tampoco en el cine pataleas y silbas para que repitan alguna secuencia de la película. Las bailarinas saludan al final del ballet y se van sin acrobacias de postre; los literatos conferencian, firman libros y se van sin leer una última página. En los conciertos de pop-rock las cosas no suceden así. Alguna vez, no sé cuándo ni dónde, algún músico complacido con su actuación decidió ofrecer al público un regalo, una canción extra fuera del programa original. A esto se le llamó bis. Ahora el bis va incluido en el precio de la entrada y debe planearse como parte del espectáculo, incluso aunque la audiencia se muestre pasiva, porque sabe que la orquesta no tiene más remedio que volver a tocar.

—¡Yo no me muevo de aquí! —protesté.

La cara de Leiva mostró algo parecido al miedo.

—Nos lincharán si no lo hacemos, ¿no los oyes?

Efectivamente no parecía un público pasivo, sino activo, trastornado de hiperactividad, y que exigía su píldora para no destrozar la platea.

Leiva me pasó un brazo por los hombros y me convenció para salir de nuevo, renqueante y tembloroso por la tensión, escudriñando los palcos para identificar al francotirador.

Fue horrible.

Cantar con una luz roja en el pecho esperando un nuevo disparo —cuando las cicatrices del anterior todavía supuraban— se me antojó la peor tortura, una especie de ejercicio espartano imposible de soportar. Quizá a los presentes les pareció algo divertido, un juego como traca final, porque aquellos dos últimos temas fueron mucho más rápidos de lo habitual, a un tempo frenético. Igual que el público, Leiva se esforzó por seguir mi ritmo, mirándome de reojo mientras yo no dejaba de imaginar la bala, la chaqueta metálica de aquel afilado cohete dispuesto a perforar mi corazón y proseguir su trayectoria por mi espalda, atravesándome de parte a parte.

Sin esperar aplausos, en cuanto pronuncié la última sílaba bajé del escenario y corrí entre los espectadores por el pasillo central hacia la salida, pero antes de alcanzar la puerta la gente me engulló como una ola impidiéndome avanzar. Que cien personas pronuncien tu nombre a la vez no puede ser algo bueno. Los flashes de mil cámaras me deslumbraron mientras notaba mil manos sobre mi cuerpo y cuchillos a punto de clavarse entre mis costillas, un alud de zombis hambrientos.

Me faltó el oxígeno. Iba a morirme allí mismo, ahogado en una marea humana.

Me rescató Manolón apartando cabezas y brazos con profesionalidad, abriendo una vía de escape por la que pude escabullirme, sorteando piernas como una culebra sin que la horda lo advirtiese.

De pronto el aire frío, las calles vacías, la bóveda negra, el silencio nocturno del jueves en una ciudad conservadora. Aspiré profundamente sin importarme el dolor de mi pequeña constelación pectoral, mareado como el superviviente de un cataclismo que camina por inercia sin saber adónde, evitándome mirar atrás hasta que llegué al parque de Alderdi Eder y su carrusel iluminado, gira que te gira, con musiquilla de la belle époque.

No había niños a esa hora, no había nadie salvo un hombre montado en un caballito, dando vueltas sin cesar. Flequillo abundante y canoso, me saludó con sonrisa de dientes grandes.

—Te estaba esperando —dijo con voz cascada.

Era Borja Zulueta. Hacía años que no contestaba al teléfono.

Yo aún me hacía pis en la cama —y la palabra «movida» solo significaba foto desenfocada—, cuando los hermanos Zulueta ya viajaban a Londres y Nueva York desde un caserón señorial llamado Aloha que dominaba la bahía de la Concha. A finales de los setenta, mientras Iván Z estrenaba la película Arrebato, Borja fundaba dos grupos míticos en las highlands vascas. El primero fue Brakaman, demasiado adelantado en un país que todavía se sacudía el polvo del tardofranquismo y te obligaba a hacer la mili. Precisamente en el mismo teatro del que yo acababa de escapar, en una época en la que casi nadie había oído hablar del glam, ofrecieron un espectáculo inaudito; y solo dos años más tarde, en una época en la que casi nadie había oído hablar del punk, fundó Negativo, tan precursora e incomprendida como la anterior. En ocasiones, la posteridad significa que te comparen con «una muy buena versión de Lou Reed» décadas después de haberte llamado maricón a grito pelado en cada concierto. Así son las cosas.

¿Y qué les pasó después? Más bien poco. Cuando lo das todo muy pronto, cuando llegas al final muy pronto, cuando lo último que deberías hacer es lo primero que haces, apenas queda nada para seguir tirando del carro, salvo ese caballo viejo con anteojeras que camina lentamente hasta reventar: como ilustrador, Iván realizó portadas de discos y algunos carteles para Almodóvar, y Borja empezó a trabajar en la producción musical con IA. También fue el primer road manager de Los Piratas.

—¡Sube! —gritó al trotar a mi lado.

—¿Cuándo para este artefacto?

—Nunca. Hay que subir en marcha.

Para mí fue un maestro total que sabía todo del oficio. Humilde y educado, siempre conseguía relajarme su culta conversación aderezada con la palabra «disparate» para todo. Menudo disparate esto, menudo disparate aquello, le costaba comprender aquel mundo del que ya no formaba parte.

Subí de un salto y me monté en un delfín empalado que se balanceaba en una ola perpetua.

Borja se alzó sobre los estribos, cerró los ojos, dejó que el viento aparente le agitase el pelo y recitó a Baroja al aire nocturno.

—¡A mí dadme los viejos caballos del tiovivo! ¡No tienen color de caballo, pero ¿eso qué importa, si la imaginación infantil lo suple todo?!

No recordé versos sobre mamíferos marinos, aunque sonreí igualmente, contagiado por el peterpanismo de Borja, su resistencia a hacerse mayor incluso cumplidos los sesenta. Cuando lo conocí yo solo era un pequeño saltamontes, y él ya era un exyonqui machacado por la vida, un Keith Richards acabado que se descerebraba a medianoche, como los gremlins. El hombre que sabía demasiado. La primera vez que bajé al sótano me llevó él, y tuvimos que dejar de trabajar juntos cuando temí quedarme allí abajo para siempre.

—¿Cómo sabías que iba a venir? —le pregunté.

—Me ha pasado algo maravilloso, he leído un viejo libro que habla de mí, de mi vida de principio a fin. Un puto disparate.

—¿Qué quieres decir?

—Está todo. Con mil detalles desde mi infancia: los cromos de Bambi, cada uno de los bóxeres que tuvimos, las canciones, el bar El Huerto, las bombas, Gladys del Estal, la metadona… Adónde fui y con quién estuve, qué dije y qué escuché, incluso lo que pensé, toda la gente que conocí… Venían de Bilbo en un tren plateado para oírme cantar, ¿sabes? Luego algunos se fueron a Madrid, otros acabaron dirigiendo bancos… —Se quedó ensimismado, perdido en sus pensamientos—. Es duro recordar la muerte de toda tu familia, cómo cruje la casa por las noches cuando se llena de fantasmas…

Realizó una inspiración profunda y me miró a los ojos.

—También cuenta este encuentro, aquí, contigo, menudo disparate.

—¿Leíste lo que está pasando en este instante?

Asintió.

—¿Cómo es posible? Nunca fue mi intención venir a este sitio; ha sido por casualidad.

—Llegaste a la hora en que tenías que llegar, todo encaja con precisión.

Recordé mi deambular sonámbulo por las callejuelas girando a izquierda y derecha al azar, sin saber si acabaría en el río, en el hotel o en ninguna parte. ¿Estaba escrito todo eso?

—Entonces, ¿viniste aquí por mí?

—Ahora ya es difícil saber eso. Pero me encanta el tiovivo.

Era bonito, sí, con avionetas, coches, tigres, cisnes, jirafas y lucecitas por todas partes. El techo mostraba copias pintadas a mano de cuadros famosos, y hasta tenía un segundo piso con barandilla. Me importaba una mierda aquel puto armatoste, la verdad.

—¿De dónde ha salido ese libro?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe… Hace tiempo que estoy agotado y pensar me cuesta tanto como levantar peso con los brazos. Por las mañanas estoy mejor.

—Mañana tengo un concierto en Barcelona.

—Lo sé, leeré la noticia el sábado. Solo leo el periódico los sábados, aunque dejaré de hacerlo en 2016, cuando muera Bowie. Estoy de duelo tres años antes, menudo disparate.

La fecha se posó entre nosotros como algo sólido y aplastante. Saber qué iba a pasar no parecía tan genial en aquel instante.

—¿Y yo…? —No quería preguntar, pero lo hice—. ¿Sabes cuándo…?

—Me iré antes que tú —me interrumpió—, a la misma edad que mi hermano.

Sentí alivio por mí, aunque para él quizá era demasiado tiempo. Se necesita energía para seguir vivo, después de todo. En su decrépita mansión devorada por una enredadera selvática que se comía el cemento y el cristal, mientras la polilla horadaba tapices y las viejas fotografías se teñían de sepia, la espera del tercer acto sería agónica; Little Edie sola durante años en Grey Gardens.

Bajamos de nuestras monturas a la plataforma, quietos mientras el planeta continuaba girando a nuestro alrededor, y nos miramos a los ojos. ¿Qué se le dice a alguien que conoce su futuro?

—Quizá podías darme algún consejo, como en los viejos tiempos…

—Escribe tu propia historia, viejo amigo. —Sonrió—. Yo nunca supe hacerlo.

Intuí que no volveríamos a vernos, revelándose por ello como el interlocutor perfecto para contarle mis desventuras, asumir disparates ajenos con la misma naturalidad que los propios. Pero fui incapaz de romperle la cabeza con iguanas, dobles o pistolas en aquella especie de funeral adelantado con musiquilla de varietés. Nunca volvería a ser lo mismo regresar a aquella ciudad si Borja ya no estaba allí (¿quién quiere una puta segunda casa si está vacía?…).

—Te invito a tomar algo —le propuse—. Al fin y al cabo, follar aquí es imposible.

Nos reímos.

—Ha llegado el momento del adiós —dijo.

Nos dimos un abrazo largo e intenso.

—Te llamaré —prometí con convicción.

—No lo harás.

No quise creerlo. El corazón me latía más fuerte de lo normal, pero

nada era normal.

—Siempre te recordaré con cariño —susurró en mi oído.

Yo a él también, pero no pude decírselo porque si intentaba pronunciar una sola palabra me echaría a llorar.

Me alejé despacio por aquellos cuidados jardines, caminando hacia atrás para verlo por última vez. Me saludó al montar de nuevo en su caballo, y ambos se lanzaron al galope por la pradera del tiovivo y su alegre banda sonora.

Quién sabe si aquellas eran las cosas que hacer en Donostia cuando estás muerto.

Lo que sí supe era que algún día nos encontraríamos de nuevo en un barco de lujo, en alguna parte de los Cayos de Florida, tomando copas de yate.

11

Fractura conminuta del hueso, disrupción de la barrera hematoencefálica, edema vasogénico, descenso de perfusión cerebral, coagulopatía intravascular diseminada… Luego viene la escala de Glasgow y el reflejo de Babinski, ptosis palpebral y pupila midriática, hemiparesia, hematoma intraparenquimatoso, fístulas arteriovenosas, hemorragia subaracnoidea peritroncular, neumoencéfalo… Con su palabrería técnica, carente de cualquier emoción, el parte médico de un tiro en la cabeza posee cierta elegancia estremecedora. Bonito no es, pero hay que reconocer que suena mucho mejor que papilla de cerebro, la hostia de sangre, cara destrozada, qué horror, qué horror…

Tampoco es bonito que te apunten a los ojos con una pistola. El tofu, frenético y aterrorizado, repasa por su cuenta la secuencia del estropicio desde el momento del impacto, mientras tú, inmovilizado en ese instante eterno, ni siquiera ves la mano que empuña el arma ni la cara de tu asesino en potencia, doy fe. Solo te hipnotiza ese pequeño agujero negro, más o menos del tamaño de tu ano, que condensa toda la gravedad del universo.

—Ahora quiero que sea muy sincero. Va a explicar todo, despacito y con buena letra, ¿estamos? —dijo el agujero.

Me pareció bien.

Desde los cinco años he pensado que la mentira es el principio básico para una buena convivencia. Mentimos constantemente, a nuestra madre, a tu pareja, a la prole, a empleados y jefes, a quienes están por encima y por debajo… La clase política domina estas tácticas. Mentimos por sistema, incluso a nosotros mismos. El autoengaño es la base para soportar la vida, para no juzgarnos con dureza, para justificar ofensas o minimizar averías, a nadie le agrada sentirse mala persona. Soy mentiroso, ergo todo el mundo

miente, esa es la tesis.

Sin embargo, exigimos la verdad a los demás. Exigimos veracidad mientras engañamos (contradicciones, Rutger Hauer, etc.), y eso que la verdad siempre es dolorosa, aunque al mismo tiempo decir la verdad puede ser liberador. Mentir agota, así que a veces apetece decir la verdad y a tomar por culo las consecuencias. ¿Cuál es el mecanismo mental para la sinceridad?, ¿por qué provoca esa satisfacción interna incluso cuando te perjudica?, ¿por qué sientes alivio a pesar de potenciales efectos desastrosos? Por ejemplo, ¿por qué cuando un policía, periodista o matón de tres al cuarto te dice: «ahora me gustaría que fueses muy sincero» realmente tienes ganas de serlo? No tengo ni idea, supongo que ser un mentiroso que por una vez no miente tiene esos efectos anímicos contradictorios. Quizá solo me agradó que por fin a alguien le apeteciese saber qué estaba pasando de verdad, así que se lo conté.

—Es la física de las posibilidades, que consiste en comprender el mundo de otra manera. No hay nada sólido o estable, como eso de estar y no estar al mismo tiempo o viajar más rápido que la luz, ¿me explico? Todo va de partículas microscópicas que pueden atravesar paredes y estar en dos sitios al mismo tiempo, como magia o muñecas rusas, un juego de matrioskas. Pues nos rodea todo el rato: láser, microondas, lectores ópticos, las puertas de los centros comerciales… Es mecánica cuántica, la incertidumbre, no todo se puede predecir porque es aleatorio. Igual que cuando nos morimos solo nos modificamos porque la energía ni se crea ni se destruye y todo eso. Buscamos respuestas, qué es la muerte y tal, pues fíjese que yo he visto un fantasma hace poco y charlamos tan tranquilos. El universo no está compuesto de energía, sino de información, que crea la realidad que vemos ahora, usted, yo y todo lo demás, ¿me explico? Creemos que todo está predeterminado, pero la realidad no está completamente definida. Alguien dijo que Dios no juega a los dados, pero nosotros sí, aunque no sabemos cómo. Hay un entrelazamiento de partículas y estarán siempre entrelazadas estén donde estén, incluso en extremos opuestos de la galaxia, ¿no es flipante? Sin embargo, es un sistema que tiende al equilibrio, una arriba y otra abajo, una gira en un sentido y la otra en el contrario, conectadas para siempre. El universo es más una idea que una maquinaria. Cada uno define su realidad, que no es

igual que la mía. 328 × 275 puede ser 90200 o no. ¿Yo existo? ¿Qué es existir? Tal vez tampoco estemos aquí ahora mismo. Hay posibilidades infinitas que se concretan en una al observarla. ¡Creer es crear! ¡Todo es posible! Creamos una u otra realidad en función de lo que creemos, ¿entiende? Lo de la caja de Schrödinger, lo del gato vivo o muerto o ambas cosas a la vez, porque es el observador el que modifica la naturaleza al mirarla. Nadie lo entiende, pero es así. Es la bilocación, bilocarse: hallarse en dos lugares distintos al mismo tiempo, por eso todos tenemos un doble y yo he visto al mío en un autobús. Es geometría en estado puro, la perfecta armonía. Comprendo la armonía, ¡es música!

—¡¿Qué cojones…?!

Alguien dijo que existe una imposibilidad técnica de contar lo sublime: o no eres interesante o resultas ridículo.

—¡Pégale un tiro, por Dios!

—Mejor que empiece desde el principio.

—¿Con la física de las posibilidades?

—¡No, imbécil, me refiero a ayer!

—¿Ayer? —Intenté recordar el concepto de «ayer»—. Creo que tocamos en Donostia.

—¡Pues al día siguiente, joder!

—Al día siguiente Álex Martín había desaparecido…

Noté un golpe en la nuca y se hizo la oscuridad.

Estaba en un cuarto estrecho, tumbado en una camilla acolchada, con un dolor agudo atravesándome el cráneo desde el cuello hasta los ojos. Parpadeé deslumbrado por el tubo fluorescente del techo y me incorporé con un gemido sin reconocer nada. A mi derecha había una pequeña y vieja mesa de despacho repleta de papeles; a mi izquierda, sillas con patas rotas y asientos desatornillados. Sobre un estante, un viejo transistor en el que Karina buscaba en el baúl de los recuerdos, uhuhu.

Me acerqué mareado a la única ventana. No daba a calle, jardín o patio, sino a otra habitación, como la garita del vigilante, el cubículo del que vende tiques, o la cabina de un supervisor. Al otro lado del cristal estaba Leiva sentado en una silla, los codos en las rodillas, las manos sujetando la cabeza. Golpeé el cristal con los nudillos, pero pareció no escucharme. Me dio la impresión de que en su lado había un espejo y tampoco podía verme. Lo llamé sin éxito hasta que se levantó y miró a la puerta por la que entraron dos tipos que parecían buenos moliendo huesos. Uno era un gigante con barba rizada, y el otro, más alto aún, con cabellera grasienta y expresión de platelminto. Leiva se estremeció, y yo con él, ante Tormund el Salvaje y Sandor Clegane, alias el Perro.

En la radio, ABBA también comenzó a interrogar a una niña —Chiquitita, dime por qué—…— mientras Leiva digería con bastante elegancia un guantazo tras otro del Perro. Cuando se cansó, Leiva escupió sangre con profesionalidad y contó mentiras: que no sabía nada de una Gibson, que a él no le habían robado nada, ni había ido a casa de Rubén, ni sabía nada de Calamaro. En cuanto a la gira, aseguró que era maravillosa, nos lo pasábamos tan bien como estar de vacaciones… ¿Y qué podía decir sobre Iván Ferreiro? Nada malo, que mi nuevo disco saldría en verano, que era alegre y luminoso, que mi agente estaba muy contento… Para darle un Goya, en serio.

A través del espejo, el platelminto me miró a los ojos y me cagué de miedo. Intuí que después me tocaba a mí y supe que no tenía la sangre fría de Leiva, que suplicaría lloriqueando ante la vista de una simple cuchara, que tenía que huir como fuese.

Convencido de que estaba encerrado, me dirigí a la puerta dispuesto a zarandearla con pánico, pero se abrió sin resistencia ni ruido, con bisagras bien engrasadas. Agradecido a los dioses encargados de proteger a cobardes y quejicas, salí a un ancho pasillo con luz verdosa de acuario y puertas a ambos lados. Apoyé la oreja sobre aquella tras la que debían de estar torturando a Leiva y solo escuché susurros extraños, fórmulas matemáticas que me pusieron los pelos de punta. Ya que al fin y al cabo parecía arreglárselas bastante bien él solo, pasé de largo y avancé rápidamente en busca de la salida del edificio; torcí a izquierda y derecha, subí y bajé escaleras sin

conseguir orientarme, asustado por aquellas finas paredes de las que brotaban murmullos indefinidos, algún grito, el sonido desafinado de una flauta dulce, ¿una fábrica de martirio sistematizada?

Tras el siguiente recodo escuché unos pasos que venían hacia mí. Vislumbré una bata blanca antes de abrir la puerta más cercana y colarme dentro con respiración agitada. Aguardé hasta que todo quedó en silencio y me di la vuelta. Estaba en una biblioteca, esa estancia antigua con estanterías de suelo a techo, mesas alargadas con lamparitas, libros polvorientos tras vitrinas con candado, en la pared un reloj parado en la hora en que la vida olía a serrín y sueldo de camarero. Sentí la inquietud morbosa del que visita un gabinete de curiosidades, con sus frascos de engendros, polilla y papel apergaminado que nadie leía hace tiempo. En una esquina, envuelta en la penumbra, una mujer estaba sentada a una mesa frente a un legajo abierto.

—Parece que has estado bastante ocupado… —opinó mientras pasaba páginas viejas y crujientes.

Al inclinarse hacia delante, iluminada por un haz de luz que parecía provenir del manuscrito, vi a la cocinera envuelta en su gran mandil.

Mi corazón dejó de latir.

—¿Cómo…? ¿Qué está pasando? —balbuceé.

Ella abrió el libro al azar y leyó en voz alta:

—Los poetas llevan siglos hablando de lo mismo. —Sonrió reforzando mi impresión de que ese hombre me conocía—. Cuando emprendas tu viaje a Ítaca pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias —recitó con voz de tenor.

—Y bla, bla, bla —dijo y cerró el libro de golpe con gesto de fastidio.

—¡Espera! ¡Era Olmet! —dije perplejo—. ¿Qué significa todo esto?

—Significa que los poetas son poco prácticos. Lamentos y más lamentos por lo perdido o lo que no llegan a alcanzar. En mi opinión, ese Kavafis es un incordio, con el maldito camino, los cíclopes y tal. —Frunció los labios desilusionada—. En todas partes mencionan su dichoso poema como si hubiese descubierto la pólvora.

—No entiendo nada —gemí echándome las manos a la cabeza.

—Yo tampoco. Mientras el ingenioso Ulises alcanzaba la gloria en una guerra lejana y absurda, ¿a quién dejó la responsabilidad del reino y la crianza de su heredero? A Penélope, cuyo viaje vital careció injustamente de honor y reconocimiento histórico. ¿Por qué no hay versos sobre Penélope en tu libro?

—¿De qué estás hablando? —La habitación empezó a dar vueltas y sentí que iba a vomitar de un momento a otro.

—De cómo solucionar todo este embrollo.

La cocinera mostró una hoja en blanco, la última. Y tuve la espantosa impresión de que mi vida entera, el delfín de Baiona, cuando vi por primera vez La princesa prometida o visité el lugar donde Sampedro cayó en picado, incluso el episodio de la orina y la cerveza, todo, estaba registrado por escrito en aquellas hojas amarillentas por el paso del tiempo.

—No sé… Yo solo escribo canciones… —Debía de haberme vuelto loco de verdad y me habían ingresado en un manicomio—. ¿Dónde estamos, en una especie de hospital?

—Siempre es aquí y ahora, señor Ferreiro.

Y, con su voz grave y aterciopelada, de locutora de radionovelas, comenzó a leer en voz alta:

Al día siguiente Álex Martín había desaparecido. Y no me refiero a que se hubiese largado o a un secuestro; sencillamente había dejado de

existir.

Me interesé por él antes de partir. Era temprano, hacía frío y nos montamos en la furgo sin quitarnos los abrigos.

—¿Quién es Álex? —dijo Manolón.

Al principio creí que era un chiste, pero lo preguntó sin curiosidad, con esa especie de desgana del que no está gastando una broma.

—El pipa —contesté—, ¿quién va a ser? ¿Nos vamos sin él?

José Rubio me dirigió un ceño fruncido por el retrovisor. Ángel Martos y Leiva se miraron de reojo. Manolón silenció por un momento los alaridos de Azucena Dorado y se volvió hacia mí con gesto preocupado.

—¿Has dormido bien?

—Como un lirón —mentí—, ¿por qué?

—Te veo cansado —susurró con cansancio.

Nadie más habló, ni de Álex ni de nada, durante un trayecto que dejaba a nuestra izquierda una cordillera abrupta y nevada. Pliegues y cabalgamientos tectónicos conformaban un mar rígido cuyo recorrido, igual que el mío, también seguía la ley de la sierra. Disimulé cogiendo mi nuevo teléfono para buscar el número de Álex y revisé el WhatsApp por primera vez en muchos días. De un tal Ori, el primer mensaje ponía: El viernes alguien dejó abierto un grifo del baño del segundo piso y soltó agua durante todo el fin de semana. Gracias. El segundo era de alguien llamado Mandamás: Urgente Iván!! Techo quinto antes semana santa.

Algo caliente se hinchó en mi barriga, con ganas de reventarme por dentro, mientras deslizaba el dedo con rapidez por aquellas conversaciones extrañas que hablaban de puentes, festivos y pintura acrílica al por mayor. Abrí la agenda y constaté la catástrofe: hay algo peor que perder el teléfono, tener uno nuevo y comprobar que una parte de tu vida se ha perdido en el ciberespacio. De pronto alguien decide eliminar todos tus contactos: hijos, madre, hermano y amistades desintegrados en un instante, una gran extinción humana contenida en ese minúsculo dispositivo, y te quedas a oscuras en el planeta como si el sol hubiese gastado todo su combustible, sin saber qué hacer, repasando

por orden alfabético esos otros que ha decidido conservar y no reconoces: Susana Lengua, Teresa Newton, El Electrón, La Caballo… ¿Quién era esa gente?, ¿qué clase de nombres eran aquellos?, ¿de qué los conocía?, ¿por qué me conocían ellos a mí? Apenas cincuenta personas entre los que no había ningún Álex ni Leiva, tampoco fotos, sustituidas con esa carita triste que indica que el programa ya no puede leer códigos obsoletos.

Perplejo, examiné el aparato por haz y envés deseando encontrar algo distintivo que lo identificase como de mi propiedad, obviando que ninguno de mis antiguos teléfonos tuvo apenas nada que lo distinguiese de los ajenos, salvo una fotografía en el salvapantallas, que, en este caso, ni siquiera existía todavía.

Con ganas de solucionar algo, aunque fuese minúsculo, apunté a Leiva como quien no quiere la cosa y pulsé el disparador. Luego me volví hacia mi ventanilla y fingí disfrutar del paisaje durante el resto del trayecto mientras contemplaba su foto a escondidas, su perfil pirenaico, con laderas sombreadas y glaciares de barba, intentando asimilar la sinrazón antes de llegar a Barcelona y guardar el archivo en un álbum predeterminado, ignorado hasta la fecha, pero muy práctico, denominado Testimonios de cordura.

La cocinera alzó la vista asintiendo con la cabeza.

—¿Has leído todo eso? —pregunté con incredulidad.

—Sí —dijo mostrándome las páginas repletas de texto.

—Pero ¿quién ha escrito eso?

Ella se encogió de hombros.

—A lo mejor fue ese tal IA.

—¿Qué?

—¿No son las siglas de Inteligencia Artificial? Es lo que nos faltaba, robots escritores —dijo con desprecio.

Me temblaron las piernas. No quería pensar en IA en ese momento, quería pensar en ella, en la cocinera y en ese texto que leía y hablaba de mí. Al fin y al cabo, IA era una constante en mi vida, un asidero mental que jamás había cuestionado. Sin embargo… Tanta eficacia, tantos tratos con tanta gente, tal capacidad de resolución de problemas… Tal vez por eso nunca recordaba su nombre, porque no era una persona sino una supercomputadora. Unos instantes antes habría jurado que en algún momento tuvimos contacto personal, pero empecé a dudar hasta de eso, incluso me pareció verosímil que aquellos encuentros fuesen con un holograma de última generación. ¿Por qué no?, ¿cómo creer hoy en día lo que ven tus ojos? De hecho, ya había películas sin intérpretes de carne y hueso, programas informáticos que daban conciertos multitudinarios, asistentes médicos virtuales que pasaban consulta… IA ni siquiera tenía que ser un superordenador, bastaba con que fuese mi pequeño ordenador personal, ese que generaba mi vida particular, con sus éxitos y fracasos, simulando cotidianidad para eludir sospechas de manipulación psicológica mientras me extraían fluidos corporales desde una estantería inmensa…

Todo encajaba, o más bien no encajaba nada, que venía a ser lo mismo; los extremos se tocan y toda esa mierda… Pero, dentro del sinsentido general, que IA fuese el autor tenía menos sentido todavía. Si su pretensión era que yo produjese discos como una cadena de montaje, ¿para qué volverme loco?, ¿para qué agitar el avispero o provocar inquietud al rebaño? ¿Para qué agriar la leche que te alimenta?

—No puede ser… —me resistí.

—En cualquier caso, ¿es cierto lo que cuenta?

Recordé mi descenso a los infiernos por el valle del Ebro en aquella furgoneta con mal ambiente, todos más serios de lo habitual, sin chistes ya sobre mosqueteros ni moscas hasta llegar a Barcelona.

—¿Me dejas echar un vistazo?

La cocinera dio una palmadita a la silla que tenía a su izquierda, me senté a su lado y leímos en silencio.

Para mí Barcelona es un misterio, siempre. No es fría, pero sí muy hermética, y no me refiero a la cuestión musical, sino a la cuestión de la vida en general. Por ejemplo, si en Vigo te acercas a un grupo del que solo conoces a uno y dices: Hola, ¿qué hay?, todos dicen hola. En Barcelona no, tú dices hola y nadie dice nada, aunque tiene mucha lógica si lo piensas bien. Una de las peculiaridades de vivir en un gran centro turístico, ese lugar al que quieren ir todos los guiris y todos los erasmus del mundo, es no hacerte amigo del viajero que viene un día o dos, no por antipatía, sino por una cuestión práctica. Por eso, durante los dieciocho años anteriores, después de los conciertos, me llevaban a un bar cualquiera, tomaba algo con los míos y me iba al hotel sin saber dónde se metía la gente de allí para pasarlo bien. Por eso había un montón de bares para japoneses y luego había unos bares para ellos, para estar a su puta bola hablando en catalán. Por eso, sin invitación, no entras.

Yo entré por Ricky Falkner y Julián Saldarriaga, un catalán medio belga y un catalán medio colombiano, cuando un día me dijeron: Nos vemos en el Vinilo. Todavía me resulta sorprendente haber tardado casi dos décadas en conocer el mejor garito del nordeste peninsular. Barra de madera oscura, faroles y gramófono, evocaría a esa taberna color cerveza a la que llegan Frodo y los demás para encontrarse con Gandalf, si no fuese por una proyección de Barbarella en la pared y Édith Piaf o Björk en los altavoces. Un local lo suficientemente pequeño como para que enmudezca el parloteo cada vez que entra un foráneo. Los desconocidos te miran en silencio, calibrando si merece la pena molestarse en entablar conversación o amistad contigo, quién es este idiota que viene a destrozar nuestra tranquilidad. Una vez superado este pequeño escollo, todo iba rodado.

A estas alturas de la gira ya no había sorpresas en el escenario, montábamos, cantábamos y nos íbamos entre aplausos. Así que el mayor aliciente era cenar en un buen restaurante y tomar copas en un lugar confortable. Leiva y yo hablábamos cada vez menos, trataba de alejarse de mí en los intermedios escuchando música con auriculares, o quedándose en su habitación con excusas de cansancio o dolor de cabeza. Pero no colaba, su energía era archiconocida, casi legendaria, y se notaba a leguas que pretendía evitarme. Y, cuanto más intentaba

evitarme, más aumentaba mi nerviosismo por llamar su atención; es una ley inmutable de la psicología evolutiva.

El caso es que aquella noche Manolón y José se quedaron en el hotel (a saber en qué dimensión estaría el pobre Álex Martín), y Ángel Martos, Leiva y yo nos fuimos al Vinilo. Supuse que para no hablar conmigo Leiva invitó a Daniel el Rojo, un tipo gigante y simpático —del estilo de Tormund, el pelirrojo de más allá del muro— que lo sabía todo del mundo de la delincuencia. La última vez que salió de la cárcel, hacía unos quince años, decidió dejar de consumir drogas duras y ser casi decente, dando inicio a una nueva etapa profesional como guardaespaldas (el prefería decir asistente personal) de algunos músicos. Tenía un buen humor incombustible que le hacía estar todo el rato contando anécdotas tremendas rematadas con un jo, jo, jo a lo Papá Noel. De hecho, cuando terminó el concierto y salimos a la calle, Dani miró la fachada del edificio con nostalgia y dijo:

—La última vez que estuve en esta sala la atraqué. Tres tíos con dos cuchillos y una pistola: Señorita, caballero, buenas noches. Esto es un atraco. Carteras, relojes, etcétera, y pa fuera. Un trabajo limpio, jo, jo, jo.

Cuando llegamos al Vinilo los invité a una raya en el cuarto de baño.

—¡Hostia, tío!, ¿qué es esta mierda? —preguntó el Rojo después de aspirar como un huracán.

Igual que la langosta cubana, que para un gallego no sabe a nada, la farlopa catalana es malísima. De hecho, mi teoría es que ni siquiera contiene coca, sino que es un medicamento llamado Narigal 500 que solo sirve para que te pique la nariz.

—Se llama «cocaína» —respondí muy ufano.

—¡Jo, jo, jo! —opinó Dani el Rojo.

En aquella época estaban de moda los mojitos, así que eso hicimos, tomamos farlopa gallega, porros y mil mojitos mientras nos divertíamos diciendo chorradas. Un cóctel explosivo. No debí olvidar que el problema de los mojitos es que se te suben a la cabeza de golpe y sin avisar. Ángel Martos, por ejemplo, empezó a volverse transparente.

—Puedo verte los órganos internos —farfullé con una sonrisa.

De hecho, olvidé casi todo lo que pasó después.

Lo último que recuerdo fue al Rojo, con mirada de sobredosis, diciendo que le apetecía atracar algo.

Las siguientes páginas estaban en blanco.

La cocinera se levantó frotándose las lumbares y caminó hacia la puerta.

—Me queda muchísimo trabajo todavía. A lo mejor volvemos a vernos antes del final —dijo antes de salir.

—Pero si no hay más texto… —dije al vacío.

Bajé la vista y descubrí que habían aparecido unas líneas.

—Me queda muchísimo trabajo todavía. A lo mejor volvemos a vernos antes del final —dijo antes de salir.

—Pero si no hay más texto… —dije al vacío.

Bajé la vista y descubrí que habían aparecido unas líneas.

Me levanté de un salto, completamente acojonado.

—¡¿Qué está pasando?! —chillé.

De forma instantánea, aparecieron letras en la siguiente página:

Me levanté de un salto, completamente acojonado.

—¡¿Qué está pasando?! —chillé.

De forma instantánea, aparecieron letras en la siguiente página:

En mi vida sentí tanto miedo.

En mi vida sentí tanto miedo.

Cerré el manuscrito de golpe como si fuese portador de un virus mortal.

De pronto empezó a sonar una sirena a más decibelios de los soportables. El techo se sacudió con un ruido infernal y en el piso de arriba resonó un arrastrar de muebles por el suelo. Parecía como si mil fantasmas alzaran la voz, liberados de su reclusión. Caí de rodillas aterrorizado y me tapé los oídos, a punto de vomitar, temiendo un bombardeo.

Salí de la biblioteca. Las voces estaban más cerca, eran cientos y gritonas, y se acercaban a mí desde todas direcciones. Corrí sudoroso por aquellos pasillos sin encontrar la salida. Empecé a tener la extraña sensación de no saber si era yo el que corría o si el suelo se deslizaba en dirección contraria bajo mis pies. Corrí tan rápido que las paredes empezaron a difuminarse y a volverse traslúcidas, dejando entrever una calle nocturna y ruido de tráfico. El suelo de baldosa se transformó en asfalto húmedo después de un chaparrón, y me di cuenta de que delante de mí también corría alguien de anchas espaldas: Dani el Rojo, alias Tormund el Salvaje. ¿Lo estaba siguiendo o persiguiendo?

A mi lado trotaba alguien más. Era Leiva, con expresión de terror. Me alegré muchísimo de verlo libre.

—¿Dónde está el Perro? —Le sonreí mirando por encima de mi espalda.

Me miró con desconcierto y odio inmenso.

—Antes de que todo esto acabe —masculló entre jadeos—, voy a matarte.

Los pasillos desaparecieron definitivamente y me di cuenta de que

avanzábamos por el medio de las Ramblas y sus quioscos cerrados de flores y pájaros. Giramos por un callejón estrecho y nos escondimos en un portal, resollando como animales atrapados.

—¿Qué está pasando? —pregunté casi sin respiración.

—¡Que eres gilipollas! —escupió Leiva.

—¡Silencio! —ordenó el Rojo sacando una pistola reluciente.

—¡Llevas una pistola! —redundó Leiva asombrado.

El Rojo mostró la expresión complacida del que prefiere morir matando que morir sin más.

—El mundo es un lugar peligroso —dijo espiando a través del cristal en pose peliculera—. Aunque confieso que echaba de menos toda esta mierda, jo, jo, jo.

Leiva abría la boca para protestar cuando se oyó un coche derrapar sobre adoquines y unos focos apuntaron al portal. Pegamos la espalda a la pared mientras Tormund el Salvaje, más salvaje que nunca, rompía con la culata el cristal de la puerta, como en las películas del Oeste.

—No me pillará vivo —juró antes de ponerse a disparar como un poseso.

Quienquiera que estuviese ahí fuera respondió a tiros también.

—¡Todo es por tu culpa! —me recriminó Leiva.

Debo decir que encajé su acusación con bastante serenidad, sintiéndome culpable sin saber por qué. Gracias a su alta frecuencia, empezaba a acostumbrarme a esa especie de desasosiego; ya se sabe que lo habitual permite automatizar ciertas conductas y rebajar el grado de angustia, maravillas de la adaptación a situaciones adversas, e incluso dejar un pequeño hueco para la reflexión. El caso es que recordaba perfectamente haber ido al Vinilo, pero no la cadena de sucesos que nos había conducido hasta allí. ¿Estaría escrito todo eso?

Una bala silbó entre nosotros y dejó un rastro de humo en el aire. Nos agachamos a la vez y Leiva me zarandeó agarrándome por las solapas.

—¡Maldito sea el día que iniciamos esta gira! —me gritó tan cerca que noté su aliento a mojito de fresa.

¿Gira? Ah, sí, la dichosa gira. Casi ni me acordaba de la puta gira. Estaban pasando tantas cosas que pensar en la gira en esos momentos era como lamentarse por la picadura de un mosquito cuando te está mordiendo un cocodrilo.

Me eché a reír entre las balas.

Leiva me miró con expresión de horror.

—Has perdido la cabeza de verdad…

—¡Esto se está poniendo feo! —advirtió el Rojo mientras disparaba a diestro y siniestro.

—Puedo explicarlo —afirmé, no muy seguro—. Tú no tendrás el teléfono de Borja Zulueta, ¿no? Es que mi agenda es rarísima…

—¡Pero ¿qué estás diciendo?!

—¡Se acabó lo que se daba! —gritó el Rojo—. ¡Tenemos que buscar otra salida!

A pesar de mis quejas, me vi arrastrado hacia las escaleras del edificio y subimos a trompicones. Oímos estruendo de cristales rotos que llegaba de más abajo y pasos agitados subiendo tras nosotros. Me asomé un instante por la barandilla y se me heló el corazón al ver al auténtico Sandor Clegane, con sonrisa de medio lado, apuntándome a los ojos con un arma. El Rojo me empujó hacia atrás y respondió con fuego. Obedientes, Leiva y yo nos precipitamos escaleras arriba.

Igual que cuando escaló el árbol, Leiva me sacó ventaja rápidamente y desapareció de mi vista como un sherpa mientras yo, jadeando al borde de un síncope y lamentando cada cigarrillo de los últimos cuatro años, tanteaba a mi paso todas las puertas en busca

de un escondite. Al fin una se abrió y me asaltó una luz blanquísima.

No era una vivienda, como esperaba, sino la minúscula cápsula de Baumgartner.

Mi corazón se paró con un golpe que me sacudió el cuerpo entero.

Allí estaba Felix con su traje de astronauta, listo para saltar por donde yo había entrado, mirándome patidifuso desde su escafandra. Su boca abierta dibujaba formas extrañas, como si hubiese olvidado cómo pronunciar palabras.

Sentí que mi mente se desgarraba rápidamente de lo terrenal estirándose como un chicle, a punto de enloquecer sin retorno.

Antes de que la conexión se rompiese definitivamente cortando el último hilillo de cordura, el corazón reanudó su latido con una pirueta dolorosa y una conclusión mucho más práctica: No tenía tiempo para esto.

—Perdón, me he equivocado —dije muy educado antes de salir de nuevo.

Intenté esconder aquel suceso demoledor en un rincón lejano de mi cerebro y, desbocado, subí otro piso escuchando un poco más abajo al Salvaje y al Perro entretenidos en su particular canción de hielo y fuego.

La siguiente puerta también se abrió. No parecía una nave espacial, así que entré con cautela y cerré a mi espalda. Me hallaba en un trastero oscuro, con cajas y botes de pintura viejos. Aguanté la respiración y apoyé la oreja en la puerta para intentar dilucidar qué demonios pasaba en las escaleras. De forma un tanto simplona, calculé que solo tenía que esperar a que aquellos dos dementes siguiesen subiendo para poder bajar con sigilo y largarme caminando por la calle. Aguardé un montón de tiempo, cinco minutos por lo menos, hasta que me di cuenta de que había alguien a mi espalda.

Todos los pelos de mi cuerpo se pusieron de punta a la vez, y,

cuando digo todos, me refiero a todos todos.

Me di la vuelta agotado.

—Llevo mil años buscándote —me reprochó un hombre alto con cara picada de viruelas.

Ya nada me sonaba raro, así que tardé unos segundos en comprender que era una frase hecha y no se refería a mil años de verdad. Además, no tenía pinta de hechicero; a pesar de su gran altura, no llevaba ni túnica ni báculo, sino pantalón vaquero y camiseta del Che, coleta y gafas anticuadas, barba frondosa como cualquiera, tal vez un funcionario. Echó a andar haciéndome un gesto para que lo siguiese y caminé tras él por un pasillo demasiado ancho para cualquier vivienda que me resultó vagamente familiar. Letanía de flautas desafinadas, humedad verdosa y murmullos algebraicos nos acompañaron al entrar en una especie de salón de actos cutre.

Al fondo había una tarima con una mesa, y, sobre ella, como una maldición, estaba el libro. Tragué saliva. El barbas se acercó al ventanal con persiana a media asta, e intentó subirla accionando una manivela atascada.

—¿Qué opinas?

Me acerqué a la ventana. A pesar de haber llegado de noche cerrada y de haber subido cinco o seis pisos, era de día y el exterior estaba a ras de suelo, mostrando un descampado con un arbolillo solitario y una vieja mesa de ping-pong, cochambrosos ambos bajo un cielo encapotado.

Intenté procesar aquella triste imagen de mediocridad asfixiante, una alegoría del fin de los tiempos más contemporánea que tópicos como el hongo atómico desintegrando la tierra, el meteorito en llamas a punto de estrellarse contra el planeta azul y tal.

—¿Que ya es tarde para arreglar nada? —sugerí.

Él puso los ojos en blanco y suspiró.

—Muy gracioso —dijo agarrando la manivela—. Espero que para

esto no.

Al parecer no hablaba de alegorías. Entonces pasó algo curioso: mi mirada pasó de la manivela oxidada a la parte superior de la persiana y, de repente, como por ciencia infusa, comprendí de golpe su mecanismo y posibles fallos.

—Se ha roto el cable o el rotor —me escuché a mí mismo pronunciar—. Quizá el fleje de sujeción.

¿«Fleje»? ¿Qué carallo era un fleje?

—Pues manos a la obra —dijo el barbas antes de irse.

Esperé indeciso unos instantes. Sobre mi cabeza se activó una cisterna estruendosa y en alguna parte una soprano cantó la palabra «cenutrio».

Aguardé acojonado a que sucediese un nuevo prodigio, o al menos a que me diese un ictus de una vez.

Pero no pasó nada más. Estaba solo en aquella estancia fría con persianas estropeadas y paisaje triste, con ruidos incomprensibles a mi alrededor.

Solo con el libro.

Se me ocurrió la tontería de que aquel manuscrito poseía una especie de vida propia.

No, más bien una certeza se disparó desde mi subconsciente como un funesto fuego de artificio: que el libro era el causante de mi encierro en aquel lugar más allá de cualquier horizonte lógico, donde las ventanas mostraban contradicciones espaciotemporales y las puertas te llevaban a otras dimensiones físicas, donde el texto se hacía realidad o la realidad se convertía en texto…

—¿Qué quieres de mí? —gemí.

No obtuve respuesta, pero sí la intuición loquísima de que el libro estaba vivo y deseaba ser leído, tal vez como todos los libros porque esa era su razón de ser. Y presentí que nada sucedería hasta que lo

hiciese; que ambos podíamos permanecer eternamente en aquel sitio infernal, cristalizados en el tiempo, hasta que la Luna escapase de su órbita y el Sol se convirtiese en una enana roja.

Pues no iba a hacerlo. No iba a leer nada. Ni siquiera pensaba acercarme a aquella cosa.

¡Bravo! ¡Por fin una decisión correcta! ¡La decisión que daría paso a una vida plena y útil! ¡Se concentró en su carrera! ¡Terminó el nuevo disco! ¡Limpió la piscina! ¡Fue un buen padre! ¡Tiró a la basura las equis y zetas! ¡Saboreó triunfos! ¡Murió feliz!

Caminé hasta la mesa y abrí el libro.

—Hay quien dice que el mal no existe, que solo hay malas acciones, ¿comprendes?

Al fondo del local, el Rojo y Leiva me hicieron gestos imperiosos para que les llevase las cervezas de una vez, pero me demoré en la barra charlando de esto y lo otro con un alcohólico muy majo. Camiseta del Che, barba y coleta, gafitas, cara picada de viruelas, un filósofo decepcionado que a estas horas de la madrugada ya tenía la mirada algo perdida y la lengua suelta, aunque todavía conservaba un discurso bastante coherente.

—Algunos lo denominan simplemente «azar». —Hizo un gesto de desprecio con la mano—. Ya sabes, cuando coinciden injusticias, todas juntas: pisas un charco, la tostada cae por el lado de la mermelada, tu equipo vuelve a perder…

—Se borran tus contactos del teléfono… —apunté con simpatía.

—Exacto. En general es algo insignificante, pero a veces puede cambiarte la vida —reflexionó desde el fondo vacío de su vaso—: una mosca entra en el coche y tu casa se derrumba; comes un filete y hay un maremoto; abres un libro y un meteoro cambia de rumbo… Acción, reacción, así de simple, sin motivos malvados —dijo masticando un cacahuete.

—Tengo mis dudas al respecto. —Alcé el brazo para llamar la atención

de la camarera—. Últimamente la fatalidad me persigue.

Me dedicó una sonrisa cómplice.

—Coincido, coincido… Digan lo que digan, así, como quien no quiere la cosa, el mal siempre te encuentra. ¡Zas!

Descargó su palma abierta sobre la barra y di un respingo.

—¿Qué se puede hacer?

Se encogió de hombros.

—No puedes bajarte de un tren en marcha a velocidad supersónica: causa, efecto, causa, efecto, causa, efecto —canturreó ladeando la cabeza a izquierda y derecha—. Intentar comprenderlo no ayuda mucho, pero…

Asintió en silencio, como dando vueltas a un pensamiento recurrente.

—¿Pero…? —lo animé a seguir.

Miró hacia ambos lados con misterio.

—A veces surge la oportunidad de hacer algo, algo que lo cambia todo —sentenció pidiendo otra copa con un gesto.

—¿Como qué?

Se acercó a mí como para revelarme un secreto y se me erizaron los pelillos de la nuca.

—De vez en cuando apetece subir a una azotea y liarte a tiros, ¿no crees? —Sonrió.

—No sé… No me parece buena idea —opiné mientras sentía un escalofrío.

—Yo solo digo que a veces hay que tomar cartas en el asunto.

La camarera nos interrumpió y se rompió el hechizo.

—Es la última —advirtió mientras rellenaba su vaso con vodka y mal

humor—. No quiero líos.

—La última la decido yo —farfulló el filósofo.

La camarera se alejó mirándome con reproche.

—¿Ves? Pon a alguien detrás de una barra y ya se cree que manda, que sabe lo que nos conviene a todos, el poder corrompe, etcétera, etcétera. —El filósofo vació la copa de un trago—. ¿Y qué nos queda?

—¿Portugal? —Sonreí parafraseando a Siniestro Total.

Me miró como el que se descubre hablando a una planta, y comprendí que su hilo de pensamiento se había roto. Si aquel tipo sabía algo importante, si estuvo a punto de revelarme alguna clave trascendental, debía de haberla olvidado.

—¡Me refería al fútbol! —aulló.

Me di cuenta de que su melopea había pasado a otra fase, alejándose de esos estallidos de lucidez que a veces sienten los borrachos. De hecho, estaba ya tan exquisitamente borracho que había alcanzado la fase de furia justiciera que también a veces sienten los borrachos.

—Pues tampoco: nos lo han quitado todo de golpe. —Excitado, el filósofo me roció la cara con gotículas de saliva mientras todo el mundo nos miraba—. ¿No lo ves? Ya no hay colores ni números; hemos pasado del cronómetro a la corbata, de la bengala a la banderita, de la táctica al culturismo, de cromos de Panini a laboratorios para peluqueros, ¡qué asco más insoportable!

—Si quieres algo más auténtico pásate al fútbol femenino —sugirió la camarera al acercarse.

El filósofo me dirigió una expresión indignada, como buscando mi aprobación.

La camarera me dirigió una expresión retadora, como buscando mi coalición.

—A mí no me miréis, no me interesa ningún deporte —me escabullí como un gusano.

A lo lejos Leiva me hizo gestos de apremio. El filósofo le echó un vistazo por encima de las gafas.

—¿Se puede saber de dónde narices habéis salido vosotros dos?

—De Madrid —resumí.

—Ah, ¿sí? —Se soltó la coleta y el pelo le ensombreció media cara.

Intuí que se forjaba una nueva alianza cuando filósofo y camarera me miraron frunciendo el ceño, con repugnancia tal vez. Entonces decidieron ignorarme y empezaron a discutir, cada vez más acalorados.

Los escuché durante un rato hasta que pude escurrirme como una culebra, con las manos cargadas con cuatro cervezas.

—Está caliente —acusó Leiva al probar la suya.

—¿Dónde está Ángel? —pregunté.

—¿Qué Ángel?

—Ángel Martos, el técnico de…

—¿De qué hablabas con ese tío? —me interrumpió el Rojo muy serio.

—De nada, de fútbol.

Leiva se rio.

—¿Qué sabrás tú de fútbol?

—Pues más de lo que crees —rebatí picado enumerando con los dedos —: Conchi Amancio, Lis Franco, Inma Castañón, alias la Maradona… ¡Ja!

Intrigado, Leiva miró hacia el otro lado del local, donde aquella extraña pareja gritaba y gesticulaba como si quisieran arrancarse los ojos. Desmelenado, el filósofo se puso en pie para intentar amedrentar con su estatura. La barman no se achicó y agarró una botella. Otro camarero se acercó con mirada furiosa para apoyar a la mujer. El aire se llenó de electricidad y me dio la impresión de que ya no se oía la música.

Después de unos minutos de tensión (quizá solo fueron unos segundos), el filósofo apretó la mandíbula y decidió envainar su rabia con media sonrisa. La música volvió a sonar alegremente, las conversaciones se reanudaron, la camarera se fue a atender a otros clientes, el filósofo echó una ojeada indiferente sobre gente indiferente hasta que se fijó en nosotros con expresión sombría.

Sentí como si alguien me pasase el dedo índice por la columna vertebral.

—Nos largamos —nos ordenó el Rojo después de una inspiración profunda.

De pronto me invadió un amor loco hacia Dani el Rojo, tan grande como Tormund el Salvaje, que sabía qué hacer en situaciones peligrosas.

—¿No será un boixo? —susurró Leiva poniéndose su estrecha cazadora.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras me ponía mi cómodo abrigo acolchado.

Salimos a la noche fría y empezamos a caminar rápidamente.

—Los hooligans del Barça —explicó el Rojo mientras yo casi corría para seguir su ritmo—, del estilo del Ku Klux Klan, pero en fútbol. Tienen himnos, tienen consignas: el Barça significa la vida —declamó—. Se consideran soldados, el ejército blaugrana que defiende esta tierra y toda esa mierda. En la trena siempre hay unos cuantos, lo mejor de cada casa. Ellos se consideran unos románticos, aunque yo creo que debieron de pegarles mucho de pequeños porque ahora es gente que lo odia todo. A lo mejor ni siquiera les gusta el fútbol; el único requisito indispensable es odiar más al Madrid de lo que amas al Barça. —Al cabo de un par de manzanas nos detuvimos a coger aliento—. Bien, pues de este grupo al tipo ese lo echaron por fanático, ojito con el menda.

Los pelos de la nuca se me erizaron.

—¡Si a mí el fútbol me importa un bledo! —confesé.

—¡Y yo soy del Atleti! —se indignó Leiva. Luego me miró con el ceño fruncido—. Espera un momento. ¿No le habrás hablado de mí?

—¿Yo? —Fingí cara de inocencia—. No, bueno, un poco, lo típico…

—¡Joder! —Leiva se echó las manos a la cabeza—. A saber qué le has contado. ¿Por qué cojones tienes que hablar tanto?

—No sé, mi madre siempre dice que…

—¡Cállate! ¡No digas ni una palabra más!

—Shhh —ordenó el Rojo mirando hacia atrás.

Miramos los tres hacia la puerta del Vinilo.

El filósofo salió del local, olfateando el aire como una hiena.

—¿Qué fue lo último que te dijo? —me susurró el Rojo.

—Nada malo, que le había alegrado el día, o algo así.

Leiva me miró con pánico.

El Rojo bajó la cabeza con los ojos cerrados, juntó las palmas de las manos y pareció rezar una plegaria a quien suela rezar la gente como él, a Pablo Escobar, quizá.

Cuando finalizó solo dijo una palabra, y no era «amén».

—Corred.

«Y hasta aquí puedo leer», dijo alegremente Mayra Gómez Kemp en algún andurrial de mi cerebro.

Efectivamente eso era todo. Revisé las siguientes páginas, pero estaban vacías. Cerré el libro e intenté recapitular los acontecimientos, reordenar lo vivido y lo leído en una secuencia lineal y precisa, asimilar el mensaje oculto.

En el exterior, un hombre con impermeable y capucha se acercó al árbol con una caja de madera y una pala, y empezó a excavar en su base.

Leiva estaba en lo cierto, yo era culpable de hablar demasiado, aunque hablaba menos de lo que él creía. Desde que tengo memoria soporto varias conversaciones simultáneas dentro de mi cabeza, y la que pronuncia mi lengua, lenta como chapotear en el barro, solo es un pálido reflejo de la mental, veloz como un misil. Mientras digo palabras en voz alta (siempre pocas), millones recorren mi cerebro contestando y argumentando, contrarréplicas invisibles mucho más ágiles que cualquier músculo. Así todo el rato. Si soy cansino para los demás, ni os cuento cómo es para uno mismo.

El hombre hizo un agujero de medio metro de profundidad, amontonando la tierra en un cono negro.

A veces divertido, a veces insolente, en el colegio me decían que era una máquina de decir sandeces, el payaso de la clase. Yo era ese idiota que no podía resistir la tentación de soltar el último chiste aun intuyendo que el profesor se contenía para no estrangularlo. Creía que solo era un modo de sobrevivir sin sucumbir de aburrimiento y soledad, hasta que mi psiquiatra me dijo que era un caso claro de hiperactividad mental, nada más. Una mente hiperactiva, ese había sido mi gran problema durante toda mi vida.

El hombre metió la caja en el agujero, quizá el cadáver de un gato o un perro pequeño, y empezó a cubrirlo de tierra.

Dentro de mi cabeza había un tipejo que correteaba de un lado a otro sin parar, intentando arruinarme la vida. Desde que me levantaba hasta que me acostaba, mientras realizaba acciones cotidianas como comer, mear o hablar por teléfono, estaba al mismo tiempo persiguiendo y acosando a ese pequeño bastardo para intentar atraparlo. Muchos días me agotaba antes que él, eran los peores; pero otros conseguía agarrarlo con firmeza y obligarlo a producir canciones. Entonces sucedían cosas increíbles, oh, sí, porque el hijoputa trabajaba como un demonio.

El hombre alisó la superficie, esparciendo hojas y musgo para camuflar la pequeña tumba. Caminó hacia atrás para observar su trabajo, dándome la espalda, y se bajó la capucha. Su cráneo rapado me resultó familiar y aguanté la respiración mientras se daba la vuelta poco a poco.

Un frío helado me invadió el cuerpo entero.

Era como yo, el mismo yo que había visto en un autobús vasco.

Esta vez él no hablaba, estaba serio y callado, mientras me miraba. Después se echó la pala al hombro y caminó hacia el interior del edificio.

—¡Espera! —Golpeé el cristal con la palma de la mano—. ¡Tenemos que hablar!

Salí de la sala y lo busqué por aquel laberinto, intentando orientarme sin conseguirlo. Abrí una puerta y me encontré en una habitación con vistas al mar. En una cama de hospital había un hombre tetrapléjico con jersey de cuello cisne. Pero no eran ni Ramón Sampedro ni Bardem, también era yo.

Solté un grito ahogado.

—Ola, meu —dijo (dije) ofreciéndome un vaso de plástico con una pajita—, convídoche a unha copa de veleno.

Cerré la puerta con horror y justo entonces empezó a sonar la atronadora sirena. Me encogí del susto.

—¡Eh!

Me volví. Vi la espalda de Olmet antes de desaparecer tras la esquina, envuelto en una nube de humo.

En el piso superior se escuchó arrastrar de muebles, voces, gritos, carreras, cientos de personas escapando del terremoto, del bombardeo, de la explosión nuclear, de lo que cojones hubiese sucedido en ese submundo de persianas y arbolitos.

Me lancé tras Olmet y su figura anticuada, con chaleco y zapatos de charol, que se esfumaba tras puertas y recodos sin darme tiempo a alcanzarlo. Por fin se detuvo al lado de una ventana. Me acerqué temeroso, medio ciego por el humo dulce de su puro, medio sordo por el aullido insoportable de la alarma. La ventana daba a otra habitación en la que estaba Leiva con polo de Ralph Lauren. El platelminto le había puesto la cara bonita.

—¡Basta! ¡No me pegues más, por favor! —Leiva suplicaba con voz chillona—. Te digo que no sé quién es ese Ferreiro. Tampoco me llamo Leiva, solo conozco a Leivinha, un futbolista que me gustaba de pequeño. ¡Te he dicho mil veces que mi nombre es José Miguel Conejo y soy bailarín!

—Te voy a cortar la nariz. —El platelminto cogió una tijera podadora y sonrió hacia la ventana.

Tenía mi cara.

—No, no, no, no. —Sollocé horrorizado.

—Te advertí que era mejor la otra opción —dijo Olmet.

Lo miré, y de nuevo me vi a mí mismo con bigote y pelo brillante, ondulado por la gomina.

Caminé hacia atrás incapaz de pronunciar ni una palabra hasta que me di la vuelta y me quedé paralizado.

Mientras el edificio retumbaba hasta los cimientos y la sirena destrozaba tímpanos, oleadas de personas me envolvieron en una cacofonía de voces, fantasmas errantes que tropezaban unos con otros, y cada uno de ellos tenía mi cara y mi voz. Todos eran Iván Ferreiro.

Jóvenes y mayores, calvos o con pelo largo, más altos y más gordos, enfermos o sanos, locos y cuerdos, de piel oscura u ojos rasgados como el carnicero tibetano; vestidos de formas distintas, uno de ellos con sombrero y anillos de calaveras, otro completamente desnudo, y otro con pierna ortopédica. Inmersos en una cháchara incomprensible con alguien invisible, o tal vez consigo mismos, todos mis yos posibles me rodeaban a la vez. Yo solo era uno más en aquel teseracto: mi mente desquiciada elevada al hipercubo.

No sé cuánto tiempo transcurrió porque allí el tiempo no existía. Me hallaba congelado en el centro de una singularidad cósmica insondable, un agujero negrísimo del que no podría escapar jamás, contemplando un desfile demencial.

Realicé un esfuerzo supremo para cerrar los párpados, rígidos como

el acero, con la esperanza insensata de que lo que yo no viese no sucedía. Mi cuerpo pesaba cien mil toneladas, pero conseguí dar un paso, y luego dos. Con los ojos cerrados, tapándome las orejas con las manos para amortiguar la espantosa sirena, me alejé de allí poco a poco, desesperado por huir de ese delirio, aterrorizado de que no fuera un delirio.

Perdí pie y rodé y rodé escaleras abajo, igual que aquella piedra mexicana, hasta dar con mis huesos en un sótano oscuro.

Me incorporé lentamente, sintiéndome en el lado equivocado de un telescopio. Allá arriba, un cuadrado de luz permitía ver la procesión de mil yos en su eterno peregrinaje, balando en la bruma como un rebaño de ovejas perdidas.

Frente a mí había un montacargas cochambroso con la reja abierta. No me planteé nada de nada, sencillamente entré.

Botón rojo, botón azul.

—¡¡Me cago en todo, joder!! —grité al aire.

Desesperado y harto, incapaz de elegir nada más, me lie a patadas con las paredes del cubículo.

No debió de gustarle porque se puso en marcha solo y empezó a subir a tanta velocidad que me aplastó contra el suelo. Tras la reja se precipitó el planeta entero hasta que aquel trasto mugriento se detuvo tan bruscamente que salí despedido hacia el techo y volví a caer en una maraca de dolores.

«Ha llegado usted a su destino», dijo una voz metálica.

—¿Dónde estamos? —susurré temeroso.

«En Valencia», dijo la voz.

La reja se alzó sola y salí a gatas a una azotea bañada de luz crepuscular, por la que Leiva corría de un lado a otro como el tío loco de mi cabeza.

Vale —pensé—, otra vez es este aquí y ahora. Me levanté despacio,

comprobé que no tenía huesos rotos, y caminé hacia la barandilla.

Ya no estábamos en las Ramblas. El sol acababa de asomarse sobre un Mediterráneo en reposo y azul. Las farolas de la calle titilaron con desidia antes de apagarse a la vez. Allá en el horizonte, un aire fresco y transparente permitía ver a contraluz, cosa harto extraordinaria, el perfil mallorquín de la sierra de Tramontana.

La sirena se escuchaba dulce y lejana como un clarinete…

—Qué maravilla —susurré aliviado.

O tal vez fue: Qué alivio, susurré maravillado…

Respiré hondo y contemplé el mundo, al menos aquel mundo, con sonrisa balsámica.

Leiva se abalanzó sobre mí con ojos desorbitados y el termómetro en la boca.

—¡Eshtamoch atdapadoch! —farfulló.

Me alegró un montón que tuviese la nariz en su sitio y le di un fuerte abrazo, como si hiciese años que no nos veíamos.

—Se acabó —le dije asintiendo—, este es mi destino. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

Se sacó el termómetro de la boca.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te he contado alguna vez que yo conocí a mi gran amor aquí, en Valencia? Una amante que se fue a la guerra…

La sirena sonó más cerca. Nos asomamos y vimos al Rojo, que huía entre las callejuelas sin mirar atrás. Me pregunté qué pensaría de eso de entrar en un portal en Barcelona y salir del mismo portal en Valencia.

—¡Eh! —le gritó Leiva inclinado sobre la barandilla—. ¡¿A dónde vas?!

—Tranquilos… —dijo una voz a nuestra espalda.

Nos dimos la vuelta y vimos a Sandor Clegane, alias el Perro, todo quemaduras y testosterona, sonriendo de medio lado muy satisfecho.

—Al que corra ya lo cogeré después.

Era la voz de un gánster, con el tono frío y sereno del que disfruta con su trabajo, aunque no cobre. El termómetro se rompió contra el suelo y Leiva lo miró catatónico, como si fuese su último asidero antes de perder el juicio.

—Escucha. —Agarré su mano con fuerza—. Ahora no hay tiempo para explicártelo, pero no es real, no puede hacernos daño.

—¿Q-Qué? —Leiva miraba al Perro hipnotizado.

El Perro se acercó sin prisa, desenvainando una gran espada.

—Cierra los ojos —dije con suavidad—, como yo.

Cerré los ojos con fuerza —lo que yo no viese no sucedía— mientras notaba, a través de su mano, que Leiva temblaba sin control.

Fue muy rápido. Escuché un zoummm aterrador y la mano de Leiva se relajó de golpe.

Abrí los ojos. La cabeza de rizos, todavía con el sombrero puesto, se hallaba a una distancia del resto de su cuerpo que imposibilitaba el intercambio de fluidos. De hecho, los fluidos empapaban el suelo en un charco cada vez más grande.

Solté su mano muerta repleta de anillos rockeros, y el mundo se tiñó de rojo.

Caí de rodillas.

¿Y si me había equivocado? ¿Y si este era el fin? La conclusión de esta vida, de la de Leiva, el último capítulo de mi existencia, el fin de todo…

Allá abajo, en la calle, donde quizá seguía siendo Barcelona, frenaban coches con sirenas azules y se escuchaban botas sobre el pavimento, órdenes, un megáfono desde el más allá.

Miré a mi verdugo. Bajo su pelo grasiento, bajo su cara quemada, bajo su boca entreabierta con expresión de animal salvaje, reconocí mis dientes, mis ojos, mi lunar en la mejilla…

—¿Últimas palabras? —preguntó (pregunté) alzando la espada.

Imaginé líneas de texto que se escribían rápidamente sobre el papel y describían lo que estaba pasando en ese instante.

—Valar morghulis?

—Valar dohaeris —respondió (respondí) sonriendo.

Bajé la cabeza y ofrecí mi cuello.

Zoummm.

Abrí los ojos, otra vez. La resaca era tan salvaje que, por un momento, pensé que mi cabeza yacía separada de mis hombros. Me incorporé del suelo de linóleo en una habitación con mesa, tres sillas y ventana de espejo. Había tanto silencio que el aire tenía peso. El tiempo lo marcaba una gotera. Mis muñecas estaban esposadas. Entró un policía uniformado de azul marino y pistola al cinto.

—Última oportunidad —dijo.

Dejó caer el manuscrito sobre la mesa con un ruido que sonó a puñetazo.

—Está metido en un buen lío. Si espera que me crea una sola palabra de este pastiche está muy equivocado. Y, como empiece otra vez con gilipolleces sobre partículas conectadas o la bilocación, le parto la cara, ¿estamos?

Asentí.

—Buen chico. Ahora le voy a decir yo lo que pasó y usted va a mantener la puta boca cerrada.

El policía se sentó y encendió un pitillo.

—Todo empezó en Madrid… —Hizo una pausa mirando el humo que ascendía hacia el techo, como si buscara inspiración. Luego suspiró, tal vez sin ser capaz de elaborar una bonita historia—. Resumiendo: su carrera está acabada, a su amigo le iba bien, y por eso lo mató.

No ganaría un Premio Planeta, no.

—Para eludir su responsabilidad —prosiguió—, ha decidido hacerse pasar por trastornado, decir que ve espectros, árboles que andan, etcétera. Nada relevante. Cada día llegan mil tipos como usted a comisaría, aunque orinar en la cerveza de la gente es una cerdada poco común, hay que reconocerlo. Ha enviado a cinco personas al hospital, ¿sabe? Por otro lado, a todos nos cuesta pagar el alquiler y no nos liamos a hachazos con el casero, tch, tch. —Movió el dedo índice de un lado a otro—. Eso fue bastante feo; ya están dragando el Manzanares, aunque no importa, en el piso hay tanta sangre que no puede estar vivo. En fin, que todo el mundo toma pastillas y no por eso vemos vacas volando, ¡nos drogamos con sensatez, joder! Tanta queja, tanta queja… Que si estoy loco, que si pobrecito, qué desgraciado soy, mi madre era sobreprotectora… Bah —se burló con vocecilla aguda—, en la sala de espera tengo cada día a veinte más con la misma letanía y estoy más que harto. El mundo no se divide entre cuerdos y locos, sino entre fuertes y débiles. Ya no hay asesinos de los de antes, con dos cojones, te mato porque me da la puta gana, ¿estamos? Ahora todos son blandengues que no asumen lo que hacen, las cárceles se vacían, pero se llenan los psiquiátricos, un desastre. ¿Sabe qué?, que por culpa de tipos como usted aún van a prohibir los ansiolíticos, los antidepresivos, los antipsicóticos, los relajantes musculares y el ibuprofeno… Entonces sí que se va a liar gorda, se lo digo yo.

Sacó la pistola y la puso sobre la mesa.

—Bien, le voy a decir lo que va a pasar ahora. Ahora vamos a ver a la jueza y va a decir la verdad. Sin mencionar gatos ni perros ni

estupideces por el estilo, ¿estamos?

Me agarró del brazo y me arrastró hacia el garaje del edificio, donde nos esperaba un furgón oscuro con la puerta corredera abierta.

—Solo falta un detalle. —Me mostró un fajo de papeles y me ofreció un bolígrafo—: Esta es su declaración; firme y no nos volvemos a ver.

¿Firmar? Después de todo lo que estaba sucediendo me dio miedo confesar algo que no había hecho. ¿Y si me pasaba el resto de mi vida en una celda? Cogí los papeles. En la parte superior leí mi nombre…

La mano abierta del policía se aplastó contra mi expediente.

—¡No va a leer nada! ¿Qué es lo que no ha entendido? —Me miró a los ojos, sus dientes chirriaban unos contra otros—. Mira, hijoputa, te lo voy a explicar de una manera que los cabrones como tú lo puedan entender: si esto no es real, si yo no soy real, si solo estamos en una ilusión de tu puta cabeza, en un puto libro, entonces no importa que confieses cualquier cosa, no importa lo que firmes, ¿estamos? Con un poco de suerte, tal vez te rescate un jodido platillo volante. La única cuestión en la siguiente: ¿quieres salir de aquí o no?

Firmé.

Entré al furgón y me senté, con las manos esposadas sobre el regazo. El policía me lanzó una mirada de asco antes de cerrar la puerta con un golpe seco y todo quedó oscuro. El furgón se puso en marcha en el interior del garaje subiendo una rampa en espiral que me inclinaba hacia un lado. Poco a poco la oscuridad se disipó dando paso a la luz de un viernes. Poco a poco empecé a escuchar una radio. Poco a poco pasó de mensajes de centralita a noticias, de noticias a música.

Abandonamos el garaje y la luz del día me deslumbró como una llamarada.

—Cierra la ventana, que entra un frío de la hostia —dijo José Rubio.

Parpadeé y me froté los ojos. Mis muñecas no estaban esposadas. La furgoneta era la misma de aquella banda que un día salió de gira y mermaba a ojos vista. Manolón comía galletas tipo sándwich mirando al frente. Leiva dormía con la cabeza apoyada en el cristal y los auriculares puestos. A mi lado, sobre el asiento, entre cedés y revistas para matar el aburrimiento, un manoseado manuscrito pretendía esconderse.

Llegábamos tarde y José Rubio volaba hacia La Rambleta. Manolón y su bigote estaban serios como magistrados, la radio apagada. Leiva volvía a ser Leiva, con la nariz en su sitio, tan alejado de mí como podía en el asiento trasero. Nadie hablaba y no me importó. Yo también ardía en deseos de llegar a Valencia porque esta vez pensaba quedarme.

Abrí la ventanilla. El aire ya empezaba a oler a azul y palmera cuando cerré los ojos, y recordé aquella vez que fui el rey de Persia y ella mi Sherezade —ombligo que podía contener una onza de aceite de moringa y nalgas pesadas como dos dunas—. Me escondí en su estudio diáfano con vistas al mar, sin paredes ni puertas maliciosas, y pasé todo aquel octubre de 2011 metido en la cama.

De noche ella me contaba cuentos: la historia del daguerrotipo de mercurio y plata, la leyenda de la cámara oscura y su mundo al revés, la fábula del diafragma y el objetivo como un gran ojo, el mito de revelar la película y congelar el tiempo. De día yo dormía mientras ella registraba una realidad que me resbalaba como agua sobre aceite: desahucios, protestas, condenas y demás periodismos me la arrebataban hasta que el sol declinaba de nuevo.

Creí que podía quedarme allí para siempre hechizado por su melena leona, comiendo dátiles y aceitunas, bebiendo besos dorados, escuchando a la Niña Pastori y Mayte Martín.

—¿Nunca duermes? —susurraba amodorrado entre las sábanas.

—No tengo tiempo, Habibi, el mundo me necesita.

Para ella yo era Habibi, su amor. Para mí ella era pluscuamperfecta como una diosa.

—Yo también te necesito —me quejé.

—Preferiría que solo me amases.

Deseaba irse sola al desierto, caminar entre escombros, ver el horror sin anestesia a través de su cámara. Tal vez yo no sabía amar…

Cuando me despertaba sentía frío y sed, desperezándome lentamente sobre una almohada con sabor a saliva y enredadera. Y esperaba inmovilizado en la oscuridad, sin ser capaz ni de encender la luz, mientras desde su librería otras reporteras me miraban acusadoras, Rosa María Calaf y Maruja Torres, Cristina García Rodero, Sandra Balsells. Cuando al fin ella llegaba, desteñida y cansada, yo reclamaba mi dosis de caricias, comer y beber vino aderezado con mi relato exótico sobre Oriente y sus países de arena y camellos: Siria, Turquía, Afganistán, Iraq, política de reyezuelos malvados y ejércitos salvadores. Alepo y el Líbano, palestinos e israelíes, campos de minas y ríos contaminados, montañas de basura occidental, partos en sótanos, explosiones de edificios, niñas secuestradas del colegio, niños que juegan al fútbol entre ruinas, Egipto, Sudán, saharauis y yemeníes. El barómetro de conflictos era interminable; nutría la parte final de los telediarios con luchas constantes en territorios asolados, bombardeados, violados, saqueados, ocupados, primero expoliados y luego abandonados a su suerte, la astuta Europa mirando siempre hacia otro lado ante aquel largo etcétera de horrores que para mí eran distantes y fantásticos, irreales como mandrágoras y dragones.

—Si no me voy es por ti —me decía antes de que mis ojos se cerrasen de nuevo, casi sin oírla ya, caminando entre sueños agradables.

Al final me fui yo, con alma de marinero. Volví al escenario y al oropel, a mis problemas de opereta, al pop despreocupado. Y no miré atrás.

Ahora regresaba vencido, ondeando un pañuelo blanco y sucio, sí, pero regresaba al Mediterráneo como el hijo pródigo.

Nos escribimos mensajes y respiré hondo por primera vez en años, ansioso por llegar. Dicen que el concierto fue estupendo, aunque al que

ocupa el escenario, preocupado de que todo salga bien, le cuesta percibir las impresiones del graderío. Solo puedo decir que lo disfruté, que me gustaron los chistes de Leiva, que me gustaron las canciones, que me gustó la gente porque sabía que Ella estaba entre el público con su melena de selva negra, oculta tras una cámara réflex. No la vi después, en la fiesta que comenzó en el camerino con Iago Castrillón, canapés de delicias y vino delicioso, ni tampoco más tarde, cuando reí y bailé hasta el fin de la noche en esa ciudad loquísima, donde todo es excesivo y los felices años veinte duran y duran. Esa ciudad que sería la mía a partir de ese momento, donde iba a vivir polimerizado con mi dulce Sherezade y sus cuentos exóticos.

Amanecían sol y mistral cuando llegué a su cama, vacía y deshecha desde un viejo octubre, y encontré todo intacto, congelado en el tiempo de mi memoria. Me recibieron el polvo y ese olor a vacío que ocupa los parajes donde fuiste feliz. No había cámaras ni discos; nevera con moho y aire tóxico de pirámide; el agua del grifo me supo a escultura de piedra. Abrí las ventanas con náuseas, y el viento fresco me estremeció el alma, de Algeciras a Estambul las palmeras se infestaban de escarabajos.

Me tumbé en la cama y miré el techo. Deseé quedarme quieto hasta que ella regresase o yo me muriera, descomponerme en un burbujeo de gusanos. Dormí. Cuando desperté, ella estaba allí. De fondo se escuchaba a Su Garrido y su melancólico Cantar do mes de maio.

—Creí que no volverías. —La abracé como un mono, con brazos y piernas. No pensaba soltarla jamás.

—Cuando desapareciste viajé al desierto, Habibi, de día arena y de noche estrellas.

Sus ojos de almendra reflejaban espejismos.

—¿No me vas a contar un cuento?

—Me fui a la guerra. Ahora solo soy tu pandelirio.

¿«Pandelirio»? Rimaba con «martirio».

—No te vayas, por favor —supliqué—. Todas las promesas de mi amor

se irán contigo…

—Me olvidarás, me olvidarás… —Ella se hacía viento entre mis brazos —. Hace mucho que me fui.

La angustia me impedía respirar.

Ahora debes despertar, susurró el viento. Despierta.

—¡Despierta! ¡Voy a pillar una pulmonía!

Abrí los ojos con un respingo y cerré la ventanilla como un autómata. Leiva dormía con la boca entreabierta.

Conduciendo por la autopista a la vez que manipulaba la radio, Manolón sustituyó a Jeanette por Nieves Lucerón. El asiento del copiloto estaba vacío.

—¿Y José? —Tuve que gritar por encima de los acordes.

—¿José Antonio Manzano? —gritó Manolón.

—¡José Rubio!

—No lo conozco, ¿es hard o heavy?

No respondí. Aturdido y mareado, a punto de vomitar, contemplé el paisaje reseco de la meseta peninsular, en medio de ninguna parte entre el Mediterráneo y el Atlántico.

Revisé mi teléfono con ansiedad buscando a mi amante guerrera, pero ya no existía. En los chats —Ori insistía en lijar las mesas del patio y Mandamás sugería suprimir la calefacción a partir de las doce— no encontré ningún mensaje de ella, ni reciente ni antiguo. Si alguna vez tuve la oportunidad de ser el rey de Persia la había dejado pasar hacía años, y maldije mi suerte por llegar siempre demasiado temprano o demasiado tarde a mi vida, ser un inepto para identificar lo urgente de lo importante antes de que se evaporase la oportunidad.

Me vacié llorando en silencio. Dejaba el amor mediterráneo y regresaba sin remedio a la confusión atlántica. Volvía a unos hijos que no entendía, a una familia que no me entendía, a una piscina llena de hojas, a una casa maloliente, a vagar por el Val Miñor como un fantasma con asuntos pendientes que no sabía resolver, a la soledad más absoluta rodeado de gente.

A medida que me acercaba a mi destino, Manolón, que me acompañaba desde el principio de los tiempos, era cada vez más traslúcido y podía ver el volante a través de su cuerpo.

—Et tu, Manolón? —musité.

No me oyó. Su contorno, apenas una corriente de aire, se fue difuminando rápidamente. Cuando desapareció del todo, la furgoneta condujo sola por la estrecha carretera que finalizaba en mi casa, girando en cada curva como un robot. Al detenerse frente a mi puerta, donde la oveja pastaba con indiferencia, el motor gripó.

12

En lugar de eucaliptos encontré una fábrica de cemento. Brotó como una seta en mi breve ausencia, sucia y decrépita como si la hubiesen concebido polvorienta desde el principio. Constaba de varias estructuras independientes —depósitos, tolvas, cintas de transporte, mezcladores, dos altos silos— que se rellenaban y vaciaban gracias a volquetes y hormigoneras con dibujos geométricos que giraban sin cesar. Producía un ruido constante de organismo vivo que no descansaba ni de día ni de noche; una sucursal de Mordor diseñada para atormentarme, no tuve duda, porque, igual que un reloj parado, el paranoico acierta dos veces al día, aunque nadie le haga caso.

El roble remontaba gracias a filtrar vómitos y mierda, y sus ramas se llenaron de tiernas yemas augurando una primavera fecunda. Sin embargo, la casa se había hundido medio metro, escorada hacia un lado. Aparecieron grietas, las puertas no cerraban o no había forma de abrirlas y, como en Poltergeist, si colocabas una silla en un lugar determinado, recorría sola todo el pasillo. A Ferreiriño le encantaba y al Míster tal vez también, aunque no pensaba admitirlo; estaba en la edad de quejarse y no desaprovechaba ninguna ocasión. En esas dos semanas le había cambiado la voz y, aunque cada vez que hablaba me daba un susto, tenía que disimular para que no se enfadase.

—¿Podemos ir mañana al concierto? —preguntó con un gallito.

—¡Claro! —dijo Leiva.

—Ni hablar —dije yo.

—¿Por qué no?

No me apetecía explicar nada. De hecho, no podía explicar nada, y eso me estaba devorando por dentro. Estaba inmerso en un proceso

enigmático, luchando por comprenderlo, o al menos luchando para detenerlo de alguna manera. Presentía que los conciertos eran una especie de portal a ese otro mundo de fantasía, presencias fantasmales o regresiones temporales, y bastante tenía ya para preocuparme por la seguridad de mis hijos en esas condiciones impredecibles. Quizá no era tan mal padre, después de todo.

—Porque no —zanjé muy serio.

Los tres me miraron sin discutir. Parecía que Leiva no recordaba nada de lo que había pasado, que nadie le había pegado en un cuartucho deprimente, que nadie le había disparado en unas escaleras, que nadie había cortado su cabeza en una azotea valenciana. Consideré si le habrían borrado la memoria o cambiado el cerebro; me enfrentaba en soledad a fuerzas colosales capaces de cualquier cosa.

—¿Entrenamos un poco? —propuso Leiva.

Noté que le molestaba hablar conmigo. No diría que me ignorase, pero me vigilaba con la misma fascinación de quien descubre un incendio. Creo que hasta me tenía miedo. Cuando le mencioné la misteriosa desaparición de los miembros de la banda, no tenía ni idea de qué le estaba hablando: ¿qué banda? Ni siquiera sabía quién era Manolón, como si Manolón fuese un producto de mi mente.

Había traído de regalo un balón de reglamento, duro como una piedra. Lo hizo botar contra su rodilla, pom, pom, pom, mientras salía al jardín con la arrogancia del flautista de Hamelín, convencido de que los niños lo seguirían hipnotizados.

—Antes hay que estudiar. —Decidí tirar un cubo de agua fría.

Mis hijos me miraron con decepción mientras yo notaba una intensa sensación de déjà vu, o más bien de desdoblamiento. Sabía que me hallaba en casa, pero también sentía que estaba en otro lugar, una habitación superpuesta de contornos líquidos, conocida y extraña al mismo tiempo, desenfocada si miraba al frente, aunque casi nítida de reojo, inalcanzable y al alcance de mi mano simultáneamente.

—¿Para qué? Tú empezaste cuatro carreras y no acabaste ninguna

—me acusó el Míster—. He decidido que yo también voy a ser músico.

Siguió a Leiva con docilidad ratuna y vi cómo se saludaban con un copas de yate. Tragué bilis.

—Yo solo tengo deberes de plástica —dijo Ferreiriño.

Me enseñó una maqueta de cartón pluma. Un ancho pasillo separaba unas estancias de otras a escala 1/30. En un par de sitios había escaleras que subían hacia el vacío. A pesar del reducido tamaño, con paredes de diez centímetros de alto, aquellos espacios no me resultaron desconocidos.

—¿Qué sitio es este?

—Mi instituto.

Me puse colorado. Aparte de su vivienda, el instituto era el universo de cualquier adolescente, donde pasaba más horas cada semana, donde estaban sus amigos y enemigos, sus potenciales parejas, la jerarquía dirigente de su vida estudiantil.

—Esta es la secretaría —señaló—; esta, el aula de música; la biblioteca…

Yo nunca había estado allí. No tenía tiempo para tutorías o reuniones con docentes, ni para escuchar quejas sobre vagancia o sobre mesas del patio que habían rayado, valorar la posibilidad de repetir curso, elegir asignaturas optativas, o participar en el diseño de la trayectoria profesional de mis descendientes. Quizá no era exactamente buen padre, sino solo un padre normal y corriente…

—A mí me toca fabricar personas de plastilina. Mira, ya tengo dos.

Colocó dos figuritas en la pequeña biblioteca. La que estaba en calzoncillos se parecía a mí, y la otra, con torso desnudo de culturista, a Leiva.

Sentí un potente escalofrío y me dejé caer en la silla.

—¿Por qué no terminaste ninguna carrera?

Me hablaba desde muy lejos, desde otra dimensión. Las paredes se desdibujaron y en su lugar aparecieron las estanterías de suelo a techo con libros polvorientos, el reloj parado que indicaba la hora de levantarse a los animales de granja…

—Papá.

Por la ventana vi una vieja mesa de ping-pong, empapada por un aguacero atronador.

—¡Papá!

—¿Qué? —La visión se evaporó, reemplazada por un fuerte mareo —. Ah…, porque así sé un poco de todo —musité frotándome las sienes.

Mi hijo me miró con esa fijeza inquietante con que miran los niños.

—Entonces, ¿no tienes ningún diploma?

—Sí claro… —Pensé con rapidez—. Al fin y al cabo, estudié cuatro años. Me han dado un título especial —añadí sin mucha convicción.

Efectivamente, Ferreiriño no pareció muy convencido.

—Pero te voy a decir algo —añadí para compensar—: se ha escrito un libro sobre mí. Y eso no le pasa a cualquiera.

Sus ojos me perforaron, intuyendo cosas.

—¿Y quién lo escribe?

—Pues…, alguien que me conoce bien…

—¿Puedo leerlo?

—Todavía no… —Sobre todo porque no pude encontrar el manuscrito, a pesar de haber registrado toda la casa. Quizá se había volatilizado como Manolón…—. Es un secreto, ya te contaré.

—¿Vienes a jugar con nosotros?

Pom-pom, pom-pom… El latido de la fábrica de cemento me taladró

el cerebro.

—Voy a echarme un rato. Me duele la cabeza.

El pasillo estaba tan inclinado que llegar a mi cuarto fue escalar una montaña. Me derrumbé sobre la cama torcida, que se movía como un barco al ritmo del oleaje. Al cerrar los ojos, el pom-pom se volvió estruendoso. Aunque bajé la persiana, me tapé la cabeza con la almohada y metí algodón en los oídos, cada vez sonaba más alto. Me levanté sin poder soportarlo y salí al pasillo. No entendí por qué estaba todo tan oscuro, pero a lo lejos vi claridad. Caminé a tientas buscando un interruptor. Noté las paredes húmedas y aparté la mano con grima. Avancé despacio. Debía de haberse roto alguna tubería porque por el suelo corría agua helada. Llegué hasta una sucia claraboya —¿quién había montado allí aquella ventana redonda?— desde la que vi el jardín iluminado por el sol. El césped estaba recién cortado y había flores, la piscina refulgía limpia y turquesa, las abejas zumbaban, la oveja balaba. Leiva jugaba al fútbol con los niños.

—¡Hola! —grité.

No me oyeron. El Míster se reía a carcajadas con su nueva voz; hacía mucho tiempo que no lo veía tan contento. Con su camiseta de rayas blancas y rojas, Ferreiriño correteaba feliz con el balón entre las piernas. Leiva lo persiguió y acabaron revolcándose por el suelo, muertos de risa.

—¡Eh! —Aunque golpeé el cristal, no podían oírme.

¡Pásamela, papá!, gritó el Míster a Leiva.

—¿Qué…?

Ferreiriño corrió para atraparla. En la parte trasera de su camiseta ponía… ¡Leivinha!

—¡No!

Me desperté sobresaltado. Pom-pom, pom-pom, el latido del corazón de cemento se mezcló con el mío. ¿Qué clase de pesadilla repugnante era aquella?

Me levanté y miré por la ventana.

Pom, pom, pom. El balón seguía su danza de una rodilla a una cabeza, de un pie a otra rodilla, y así sin cesar. Los celos me clavaron su aguijón mientras los observaba pasando un rato increíble. Si me cayese por las escaleras probablemente les fastidiaría el día perfecto. Quizá ni siquiera escuchasen mis gemidos, ahogados por exclamaciones de júbilo y compañerismo.

Me rendí ante dos evidencias: la primera era que no había nada que pudiese hacer un padre para sentirse recompensado. La evolución nos había transformado de simples animales en seres emocionales, por ello débiles y atormentados, condenados a sufrir.

La segunda era peor: sencillamente preferían estar con Leiva que conmigo. Casi parecían capaces de hacerse futbolistas solo por fastidiarme. Incluso puede que yo solo fuese un obstáculo para sus exitosas carreras deportivas, porque a cualquiera que llegue a esa edad en que confirma que todo lo que quería hacer le ha salido mal, se le ocurre tarde o temprano si su destino no será conseguir que sus hijos hagan todo lo que quieren hacer y que les salga bien.

Es un momento horripilante, debo añadir.

Contemplé con rencor a Leiva, que recogía beneficios sin haber invertido nada. Salvo por el bigotito, hasta me pareció de rasgos físicos similares a Íñigo Montoya. Él era el gran espadachín, talentoso y delicado, que lucharía hasta el final por vengar la muerte de su padre. Lo más deprimente fue pensar que yo debía de ser el rubio de piel pálida, sin un solo tatuaje, que alzaba las manos a lo ¡soy ciudadano americano! Qué vergüenza.

Vencido, arrastré los pies hasta el jardín y fingí que me apetecía muchísimo jugar con ellos.

La portería iba del tronco del roble a una de las hamacas apoyada contra el muro. Por enésima vez Ferreiriño entrecerró los ojos, calculó la trayectoria, la fuerza de la patada, el efecto, y me coló la pelota entre las piernas antes de que su anciano padre pudiese

mover un pie.

—Gol —señaló el despiadado Míster mirando a Leiva, apoyado con desgana contra el árbol mientras chupaba una hierba seca.

—No quiero jugar más —se quejó Ferreiriño.

—¿Por qué no? —Yo tampoco quería, pero intentaba convencerme de que aquello era superdivertido.

—Será por el aburrimiento. —Con su nueva voz, el sarcástico Míster se burló de mí tumbándose en la otra hamaca—. Eres un portero malísimo.

Pateé la pelota con rabia mal disimulada.

—Otra vez. —Flexioné las rodillas y adopté una postura animal, los muslos en tensión.

Ferreiriño tiró de nuevo con fastidio, despacito para que yo no fallase. Lo intenté estirando las piernas en un ángulo poco adecuado, que me provocó un tirón en la ingle antes de caer de culo sobre la hierba mojada, mientras la pelota rebotaba contra el muro de enredadera.

—Gol. —El Míster se rio de forma exagerada, agarrándose las costillas.

Apreté tanto los dientes que me dolió la mandíbula.

—Una vez más —indiqué a Ferreiriño.

—¿Por qué no dejas que tire Leiva? —sugirió el malicioso Míster—. ¿O no te atreves?

—A lo mejor el que no se atreve es él —mascullé con rabia.

Leiva y yo nos retamos con una mirada intensa, de esas que podrían matar.

—¿Ya no sois amigos? —Compungido, intuyendo esas cosas que intuyen los niños, Ferreiriño me lanzó una mirada acusadora.

Bien, la cosa no podía ir peor. Tal vez había llegado la hora de hablarles de la amistad, ese maravilloso vínculo que se establece entre dos personas que no comparten la misma sangre. Un vínculo más frágil de lo que parecía —todos nos creemos Jimmy el Santo cuando las cosas van bien, hasta que las cosas van mal—; de hecho, en ese momento se me antojó una relación tan extraña que fui incapaz de comprenderla.

—Claro que sí —mascullé intentando tranquilizarme—. Que pruebe él —sugerí con la suavidad con que se desliza una serpiente.

Leiva levantó la cabeza y me miró muy serio, intuyendo problemas.

—Mejor que no —dijo.

—¿De qué tienes miedo? —escupí.

Mis hijos aguantaron la respiración; miraban a uno y otro como en un partido de tenis. La tensión en el ambiente era similar a esos momentos previos a la llegada de un huracán: aire con sabor metálico, luz demasiado brillante, los pájaros enmudecieron.

Entonces Ferreiriño, de todo lo que podía decir, dijo sin duda lo que más podía fastidiarme.

—Quiero irme a casa.

—¡Gol! —aplaudió el Míster.

La traición traspasó mi pecho como un rayo.

—¡Esta es vuestra casa! —les grité a los dos.

Por ellos había dejado Mordor, donde pasaban las cosas importantes y donde podía hacer la única carrera que me interesaba, y lo había cambiado por esto. Me había gastado hasta el último céntimo en aquella casa que detestaba, en hacer una piscina que siempre tenía hojas, en cuidar un jardín desastroso. Todo para nada.

—Papá, no seas maleducado, que tenemos un invitado —me reprendió el Míster con recochineo.

Tuve ganas de estrangularlo.

Leiva cerró los ojos y se los frotó con cansancio, supuse que harto de nosotros.

—De acuerdo. —Escupió la pajita y se acercó con decisión.

Ferreiriño respiró hondo y cedió su lugar aliviado. Leiva colocó el balón en el punto de penalti, caminó hacia atrás cuatro pasos y se detuvo, preparado para un disparo fatídico.

Nuestros ojos se cruzaron un segundo como dos espadas restallantes, y supe que el juego se había terminado. No sería una patada de fuerza controlada como cuando se juega con chavales; iba a ser un tiro de verdad, de los que se veían en los partidos reales, solo que muchísimo más cerca, cerquísima.

Miré el balón frente a mí y me pareció inmenso, un planeta. Si me daba en una mano, no volvería a tocar el piano; de hecho, intentar detenerlo era una malísima idea. Por otro lado, si el golpe era en pecho o cara, era hombre muerto; o, como mínimo, habría que contactar con la asociación de rockeros en sillas de ruedas. Tragué saliva cagado de miedo, arrepentido de mi osadía en aquellos instantes de silencio extraño, los cuatro congelados en una foto fija, hasta que Leiva avanzó como un tanque y lanzó el balón con todas sus fuerzas.

Reconozco que ni lo vi. Solo noté una ráfaga de viento en la oreja y escuché un silbido de obús que me puso los pelos de punta antes de rebotar contra la enredadera. Ni siquiera el Míster se atrevió a cantar gol.

Leiva se quedó mirándome muy serio, despreocupado de consecuencias nefastas. Después me dio la espalda y caminó hacia la casa tan tranquilo con la chulería de un vaquero. Mis hijos no se movieron, tal vez indecisos entre defender a su padre o aliarse con el nuevo líder. Sentí una humillación y rabia horrorosas, que tiñeron mi visión de rojo, con ganas de vengarme inmediatamente.

Despacio, sin ninguna prisa, agarré aquel balón duro como una piedra y entonces, de pura casualidad, sucedió algo extraordinario:

le propiné una patada magnífica, de profesional. Vamos, que, si hubiese un premio a los balonazos, ese habría quedado en los primeros puestos, estoy seguro; ¡el puto balonazo del año! Porque en los escasos metros que nos separaban, y a la velocidad de una bala de cañón, la pelota atravesó el aire trazando una línea recta perfecta, sin curvatura de ningún tipo, y se dirigió a la cabeza de Leiva con puntería milimétrica.

Lo vi todo a cámara tan lenta que mi corazón se detuvo durante aquellos segundos eternos, absolutamente fascinado. Cuando la pelota estaba a un metro de su diana, Leiva se dio la vuelta y vi su expresión de sorpresa un instante antes de recibir el impacto fatal. Creo que sonreí, no podría asegurarlo, pero un instante de satisfacción plena era lo único a lo que podía agarrarme después de tanta ignominia, aun anticipando la hecatombe: ambulancia, cirugía plástica, fisioterapia durante años, suspensión del concierto, suspensión de la gira, y, por supuesto, enfado para siempre, irresoluble; incluso una denuncia de mánager y despachos de abogados carísimos. Nada me importó. Asumí las consecuencias a cambio de ver mi maltrecha autoestima ascendiendo como un cohete por el cielo azul.

Duró muy poco, apenas un nanosegundo, antes de fastidiarse todo. Ocurrió que sencillamente, con reflejos que envidiaría un felino, Leiva inclinó la cabeza unos centímetros y la pelota pasó de largo.

Y detrás de él vi a Ferreiriño, su cara de susto mofletuda y sonrosada, sin reflejos felinos ni de ningún tipo todavía.

El siguiente nanosegundo fue de horror, anticipando la tragedia con el balón detenido en el aire antes de estrellarse contra mi hijo. Mis músculos se quedaron sin fuerzas mientras escuchaba una voz interna que chillaba enloquecida, ¡¿qué has hecho?, ¿qué has hecho, maldito cabrón?! Ni siquiera maldije mi mala suerte. Solo pude imaginar el dolor con mayúsculas, lo irreparable de verdad, los periódicos cebándose, el mundillo de la música conmocionado, Miguel Bosé perdonando nuestras desavenencias frente a tamaña desgracia…

Muchas horas después de la serie de catastróficas desdichas, pocas horas antes del concierto en el teatro García Barbón, me derrumbé en la butaca incómoda en la noche más larga de toda mi vida seguro de que no volvería a dormir jamás, atrapado en el repaso sin fin de la sucesión de acontecimientos.

Mientras me dolían los ojos de tanto mirar a Ferreiriño con un trozo de solomillo sobre el ojo —que yo levantaba cada treinta segundos con la esperanza de que todo hubiese sido una pesadilla y no estuviera amoratado como si su padre le hubiese partido la cara—, me concentré en el odio a Leiva por tantas cosas. Lo odié por tranquilizar al Míster mientras yo estaba paralizado; lo odié también por chivarse a Amaro —la cosa debió de parecerle tan grave que ni me gritó ni me riñó, como cuando las cosas son tan graves que ni riñes ni gritas—, y lo odié todavía más cuando recibió a M. con una mano en el hombro, apaciguándola antes de enfrentarse a mí.

Me despedí de Ferreiriño con caricias y besos, rebelándome internamente contra el proceso que convertiría en pocos años a ese ser dulce, sin pizca de hostilidad, en un cabroncete irónico como su hermano, con sus hormonas y gallitos. Sin embargo, mi hijo mayor me sorprendió con un abrazo sincero, susurrando en mi oído que me quería con esa nueva voz que tendría el resto de su vida, tal vez intuyendo que el tiempo de las chanzas se había terminado y era hora de comportarse como un adulto. Creo que este gesto fue lo más demoledor.

A pesar de que su madre prefirió tirarme el solomillo a la cara en indignado silencio, mientras se alejaban en el coche —sin intuir que aquella sería la última vez que hablaría con ellos—, les dije adiós con la esperanza de que el tiempo hiciese pronto su trabajo de curar heridas de todo tipo, casi seguro de que algún día absolverían mis torpezas porque ellos también serían padres torpes como todos los demás.

Inmediatamente después Leiva se fue a su cuarto sin más y cerró de un portazo, como si el ofendido fuese él y no yo.

Sin encender la luz, dejándome envolver por la oscuridad, me di cuenta de que había superado algún umbral de truculencia que me

proporcionó una especie de serenidad o estupor realmente práctico para la reflexión y la síntesis: todo había sido culpa de Leiva. Se había pasado de la raya al arrollarme con su superioridad y dejarme mal una y otra vez. Al no encajar un golpe que le correspondía, había provocado un incidente que pudo ser definitivo y ni siquiera me pidió perdón.

Estaba claro que no me hacía falta su colaboración para arruinarme la vida, yo solito me bastaba para eso. Incluso sin hacer nada los problemas venían a mí por sí solos, pero sentía como si me estuviese ahogando y él me pisase la cabeza. Como si el mundo entero me pisase la cabeza.

En resumen: la amistad se había terminado. Solo quedaban la profesionalidad y el fingimiento, acabar la gira y si te he visto no me acuerdo, una de tantas anécdotas de cabreos musicales del estilo de Sabina y Fito Páez, especulaciones sobre nuestra separación definitiva, periodistas con libretitas al acecho en camerinos mientras se me pudrían las entrañas. Tal vez me estuviese pudriendo ya porque no me sentía vivo. Tampoco muerto. Estaba en un purgatorio, purgando ser mal padre, mal marido, mal hermano y mal amigo. Imposible solucionar tanta purga, mi condena sería pasar la eternidad en aquel estado permanente de malestar.

Al menos, como siempre, todavía me quedaba la música, la camaradería, las juergas, los festivales, colaboraciones y versiones de temas de otros, las luces y las chicas, esas cosas que nunca cambian de las que hablan los poetas; mi refugio ante una hiperrealidad inasumible. No era poca cosa; sin embargo, ya no lo compartiría con Leiva, eso no.

En algún momento de la noche encendí la tele buscando aquella existencia paralela, a mis camaradas de profesión desmelenándose en los conciertos de Radio 3. No encontré un concierto, sino entrevistas por el Día de la Mujer, aunque ya estábamos de madrugada y era el día siguiente. De alguna manera ese hecho confirmaba el ninguneo del que se quejaban todas, mirándome directamente a los ojos, hablándome solo a mí.

—*El rock no es un espacio construido para nosotras.*

—Tienes que estar todo el tiempo demostrando que te mereces estar ahí, es agotador.

—Hay muchos festivales en los que solo hay hombres.

Agoraphobia, Zahara, Canteca de Macao…

—Radio y televisión trabajan 24 × 7 para eliminarnos del cartel.

—¿Cuántos grupos de hombres triunfáis sabiendo tocar mal cuatro acordes? Eso a las mujeres no nos funcionaría.

—Las vocalistas cantamos siempre bien, pero muchos hombres cantáis mal y no pasa nada.

Ella Baila Sola, Rosana, Skaparapid…

—Os escudáis diciendo que hay muchísimas mujeres tras los escenarios.

—Decís que no sois machistas. Os ponéis camisetas con mensajes de rollo alternativo, libertad, rompe el sistema, frases luchadoras…, pero lleváis anteojeras cuando se trata de vernos a nosotras; lo nuestro os da igual.

—Os tomáis más licencias para hablar de nuestro físico, nuestro cuerpo, si somos más o menos guapas, gordas o viejas. Cómo nos vestimos. Eso no se hace con vosotros.

—A la Sirenita le dicen que no cantará nunca más, que su belleza es suficiente.

Ojos de Brujo, Shakira, Amparanoia…

—En el rock, los referentes siempre son masculinos. ¿Cuántas niñas quieren ser lo que no conocen, lo que no ven de forma habitual?

—¿Somos de verdad tan pocas, o nos estáis pasando por alto?

—No es cierto que haya menos grupos de mujeres. Solo es cuestión de conciencia, de buscar, investigar, abrirse a otros estilos, invitar a esas bandas y que muestren lo que saben hacer.

—Condescendencia, paternalismo, estamos hartas, queremos romper cosas.

La Kinky Beat, Mercedes Peón, Luz Punk (Malayerba), Rozalén…

—¿Por qué al público le interesa menos lo que tiene que decir una mujer? Porque está menos acostumbrado, y nosotras, más invisibilizadas.

—Los músicos tenéis una responsabilidad.

—Tú, Iván, también eres responsable.

Me agobié muchísimo. ¿Es que lo hacía todo mal, absolutamente todo?

—¿Por qué me decís estas cosas? ¡Yo soy feminista, joder!

—Eso repetís todos como un mantra, pero ¿estás seguro?

Pues no. Tampoco me había puesto a reflexionar con calma sobre todo aquel asunto, la verdad, así que no, no estaba seguro. Pensé, por encima, en todo lo que me estaban echando en cara y por una vez me vi sin argumentos sólidos para defenderme, así que me refugié en la masa ignorante a la que yo también pertenecía.

—¿Y Leiva qué? —Durmiendo tan tranquilo mientras la injusticia se adueñaba del mundo—. ¿Por qué a él no le reprocháis nada?

—Mírate a ti mismo, reflexiona sobre tus privilegios, analiza, piensa. ¿Qué aportas en todo esto?

—¡No nos des la espalda! ¡Ayúdanos a crear referentes femeninos!

Intenté disculparme de forma rastrera explicándoles que ser músico de rock también podía ser una mierda: las multinacionales se quedaban casi todo el beneficio, e internet nos chupaba la sangre como un vampiro; la prensa se cebaba en aspectos no musicales; el público se enfadaba si rompíamos el grupo o cambiábamos de estilo; los amigos desaparecían al menor indicio de fracaso; éramos maridos pésimos y padres asquerosos; vivíamos en la resaca y moríamos jóvenes y llenos de arrugas…

—¡Eres patético!

—¡Pareces el Gorila Llorica!

Incapaz de asumir más críticas, pasé al plan B y apagué aquel trasto del demonio con el mando a distancia, pulsando el botón rojo como si disparase una pistola.

En lugar de silencio, escuché un molesto pitido en mi oreja y, fijándome en un misterioso botón azul que no se me había ocurrido pulsar jamás, dudé si estaría apagada de verdad.

Siempre creí que los fabricantes de mandos a distancia colocaban muchos botones para sugerir funciones avanzadas con el objetivo de captar más clientes, aunque no sirviesen para nada. Pero quizá el botón azul proyectase en la pantalla contenidos diferentes en plan internet profundo, solo para los más valientes. La tele profunda. El lado oscuro de la televisión, que debía de ser el luminoso, aunque nadie lo conociera porque, en una cosa al menos, ellas tenían razón (¿y si tenían razón en todo?): la tele era lo peor, el entretenimiento pasivo, ver y escuchar algo masticadito, regurgitado; digiere papilla sin esfuerzo: nosotros te indicamos lo que debes pensar, lo que debes creer; no pienses, este es el soma de tu generación, nosotros somos el soma; la felicidad está en consumir; desea y compra, compra, compra…

Pulsé el botón azul, pero no pasó nada. El televisor siguió apagado.

Decepcionado, me levanté con decisión e indagué en su parte trasera. Varios cables negros se conectaban a distintas clavijas de la pared. Desenchufé todo cuidadosamente y cogí en vilo la pantalla plana, no sé cuántas pulgadas de esquina a esquina, ni puta idea de cuánto era una pulgada ni por qué nos vendían cosas en pulgadas. Salí al jardín con el aparato en brazos —el suelo helado bajo mis pies descalzos, piel de gallina bajo mi bata de cuadros, testículos minimizados bajo la fina tela de los calzoncillos— y lo arrojé a la piscina.

Mientras se hundía entre burbujeos, la temperatura de mi cuerpo descendió hasta los límites de la hipotermia. Arriba, en la bóveda celeste, las cosas permanecían en calma. Dos luces rojas

intermitentes abandonaban el aeropuerto de Peinador y deseé presenciar un accidente aéreo, una explosión gigantesca por encima de mi cabeza, una catástrofe de verdad que colocase mis pequeñas catástrofes al nivel de la tontería.

Miré la ventana tras la cual dormía Leiva tan tranquilo mientras la injusticia se adueñaba de todo, y sentí el impulso salvaje de volar mi casa por los aires con él dentro y de prender fuego de paso a esos objetos que representan tu vida y habían perdido de pronto su significado: robots de cocina, cojines para el sofá, ensaladeras de vidrio, muebles zapateros, sillas de imitación escandinava… Un porcentaje escandaloso de mis ganancias se hallaba entre aquellas paredes torcidas cristalizado en madera y plástico, en una bicicleta estática que usé dos veces, en un telescopio que me aburrió enseguida, en un aparato de masaje shiatsu que nunca funcionó, pelapatatas y fajas reductoras, lámparas sin enchufe y batamantas. Nunca necesité nada de todo aquello; probablemente no necesitase nada de nada.

Tampoco necesitaba a Leiva.

Tenía por delante dos o tres horas más de insomnio y angustia antes de iniciar un día más terrible que el anterior, si es que semejante cosa era posible. Me sentí solísimo, con ganas de compañía y tolerancia, así que aproveché para buscar al fontanero, al físico cuántico, a quien tenía respuesta para las cosas atroces que me pasaban últimamente.

Me dirigí al fondo del terreno, hacia la cabañita de palés. En la entrada, camuflado entre la maleza, el perro estaba dormido o muerto. El interior se había vuelto espacioso, con capacidad para estufa de leña, sofá y mesita de centro. Hasta me pude poner de pie.

—¿Qué ha pasado aquí? —balbuceé.

Mientras mi casa se fracturaba y descomponía, la suya mejoraba exponencialmente.

—Te estaba esperando —dijo el fontanero echando un leño a la

estufa.

Ah, ¿sí? Deseé de verdad contárselo todo; sin embargo, me quedé mudo, boqueando como un pez fuera del agua sin saber cómo empezar mi relato, cómo explicar el despropósito o la falta de control, las energías cósmicas que me tenían atrapado, el pozo sin fondo al que había caído sin merecerlo.

Durante un minuto entero me miró en silencio a través de sus gafas, como si entendiese mis desventuras sin necesidad de contarlas.

—Cuando llega el momento, casi todo el mundo se echa atrás. — Metió en la mochila una linterna, un rollo de cordel, tiza, el tubo de bucear y se la echó a la espalda—. Citas recordadas a última hora, dolor de barriga, trabajo…, pero me alegro de que hayas venido.

—¿Echarse atrás para qué?

Salimos de la cabaña a la luz de la luna llena. Lo seguí por una especie de sendero apenas distinguible y atravesamos una puerta camuflada por una cortina de hiedra. El zumbido de la fábrica de cemento se hizo más fuerte y a través de los árboles pude entrever los silos pintados de naranja y blanco. Avancé intentando esquivar lacerantes tojos que me arañaban las piernas desnudas, hasta que me detuve y contemplé la muralla negra de eucaliptos que se alzaba ante nosotros, inmensa como el muro de Juego de Tronos.

—¿Adónde vamos?

—Al monte Galiñeiro.

La espesura lo engulló al instante. A mi espalda la maleza se cerraba borrando nuestro rastro, y corrí para alcanzarlo.

Desde la distancia, el bosque se muestra como un ente compacto y delimitado, incluso simple, un conjunto de árboles y ya está, pero si penetras en su interior descubres que el concepto se amplía, aumenta de tamaño y forma. Hasta el viento cambia, el tiempo cambia, el vaho de tu aliento se desplaza tras de ti flotando lentamente. Uno podría esconderse durante años en este lugar sin paredes, caminar en círculos sin rozar su perímetro o perderse con

facilidad mientras te adentras más y más entre las sombras.

Me estremecí ante lo desconocido y atávico. Al comprar una casa en las afueras, me creí que ya vivía en el campo, pero descubrí que no estaba hecho para esto. Yo ya formaba parte de la nueva raza electrónica, permanentemente conectada a internet, que se había vuelto inútil entre plantas y arañas en una sola generación. Tal vez por eso eran populares los programas de supervivencia, autoabandonarse en islas desiertas, falsas aventuras en pelotas, vómitos y diarreas antes de pulsar el botón de rescate…

—Te estás rezagando —me advirtió mi stalker—; no me pierdas de vista.

Cruzamos un riachuelo saltando sobre piedras resbaladizas. Durante una hora seguimos su curso entre matorrales tupidos hasta llegar a un pequeño claro con una gran mancha negra en el centro: un socavón lleno de basura. Me asomé y vislumbré un sofá destripado parecido al de mi estudio, un sucio ordenador, un sintetizador lleno de cables, una bicicleta estática… Todo me resultaba tremendamente familiar. En el borde, un viejo zapato me llamó la atención y lo cogí. Intrigado, constaté que había perdido uno igual en La Iguana, en la cabeza de Leiva… Aunque era de mi talla y justo el pie que me faltaba, estaba mohoso y acartonado después de años a la intemperie; el tejido se desintegraba entre los dedos; no podía ser el mismo, qué tontería… Lo lancé al socavón con repelús y en ese instante el suelo tembló. Los cachivaches del agujero se movieron hacia el centro, hundiéndose más y más en un lento remolino. Entre chasquidos y estrujamientos, en los que unos objetos se sumergían y otros afloraban, surgió de pronto una vieja guitarra sin mástil. Sucia y rayada, con una cuerda acaracolada, grietas en la madera, pintura mate y pringosa; la reconocí con un terrible escalofrío sin entender cómo había ido a parar ahí. Me arrodillé y extendí el brazo todo lo que pude, rozándola con la punta de los dedos, para intentar alcanzarla antes de ser engullida.

—Cuidado. —El fontanero me apartó con brusquedad—. Si te caes ahí, a saber dónde sales.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te advertí de que esta montaña es como un queso gruyer.

¿Me lo advirtió?

—¿Te refieres a cuevas?

—Sí. También a colectores, tuberías, emisarios… Facilitan mucho las cosas; ya te expliqué por qué —dijo antes de salir del claro y ascender la colina.

Al parecer, ya habíamos mantenido más de una conversación sobre aquellos asuntos, aunque no pude recordar cuándo. Fascinado, me retrasé observando los movimientos tectónicos que continuaban su ajuste hacia un nuevo equilibrio. El sofá y un cochambroso teclado desaparecieron en las profundidades de la sima y en su lugar fue emergiendo una nevera blanca, igualita que la mía, como un iceberg dándose la vuelta. Cuando quedó al descubierto en su totalidad, la puerta se abrió sola. Sentí un miedo intenso cuando en su negruzco interior, con estantes de rejilla metálica verdosos por el moho, pude ver un viejo libro de páginas húmedas y apelmazadas, que aun así empezaron a aletear como si una mano invisible las fuese pasando una a una. Igual de asustado que ante un oso, caminé despacio hacia atrás sin quitarle el ojo de encima hasta alejarme corriendo de allí.

El fontanero caminaba con decisión, y yo lo seguía sin preguntar y sin saber adónde nos dirigíamos. Perdí la noción del tiempo, concentrado en poner un pie después del otro sobre el suelo negro, cada vez más encharcado.

—La cosa empezó cuando se dieron cuenta de que el observador siempre influye en lo que mide —explicó sin bajar el ritmo de la marcha—. La paradoja del observador: si son medidos e identificados, los átomos se comportan de una manera; si nadie los vigila, de otra. Son impredecibles, se escabullen. Es como una película que nadie ve, o un libro que nadie lee; lo que hay entre sus páginas son posibilidades infinitas que, cuando alguien lo abre, se concretan en una sola. ¿Comprendes?

—Pues no —jadeé.

—Nadie lo entiende; por eso Everett tuvo la idea de los universos paralelos. En lugar del observador externo, introdujo el concepto de división. Cada vez que ocurre un evento cuántico se abre un nuevo camino. Cada decisión genera un nuevo universo, un nuevo yo y un nuevo tú. Nos bifurcamos. Hay una versión de ti que no ha venido aquí y se ha dormido en la butaca. Hay otra que está en la cárcel, otra que se ha ido a China. El gato no está vivo y muerto a la vez: en un universo está vivo, y en otro, muerto. Esa es la forma en que funciona el mundo.

Árboles, árboles y más árboles. Pensé que no sabría regresar yo solo, que estábamos a cincuenta kilómetros de cualquier sitio civilizado.

—Entonces, ¿hay un universo en el que los árboles hablan?

—Quizá aquí también hablen, aunque no sabemos escucharlos. La idea es que puede pasar todo lo que te imagines, hacerse real una fantasía. De hecho, cualquier cosa que pueda suceder está sucediendo ahora mismo en alguna parte.

No entendí ni una palabra. Pensé que los físicos de mediados del siglo pasado, con sus levitas y perillas, debían de estar como cabras. Tenía que haber una respuesta más sencilla…

—¿Y no te has preguntado alguna vez si existe Dios?

—Lo que me pregunto es si será un niño… —murmuró.

El fontanero se detuvo y choqué contra su espalda. Se había quedado estático como un robot, mirando al frente, como tenía por costumbre.

Miré por encima de su hombro. Entre zarzas y matorrales se abría una tubería de dos metros de diámetro. Un agujero negro. Tan negro que ni siquiera la luz escapaba a su influencia. Tan negro que al mirarlo me dio la sensación de haberme quedado ciego.

Temblé de la cabeza a los pies. ¿Qué me aguardaba allí dentro? ¿Marte y el Dr. Manhattan? ¿Las minas de Moria? ¿Un desgraciado minotauro?

—Supongo que por esto eres físico cuántico —susurré.

—No —dijo avanzando hacia las tinieblas—; por esto soy fontanero.

Ató un extremo del cordel a una rama y al instante la oscuridad nos envolvió, como una manta pesada. El fontanero encendió una linterna ajustada a su cabeza que iluminaba la nada. Mis pies habían dejado de existir, y aun así los notaba empapados. El frío dolía. El miedo también. Al principio descendimos con suavidad, luego siempre fue ascenso. Parecía el cauce de un río subterráneo. Cuando me di cuenta, el nivel del agua ya me llegaba por las rodillas y seguía subiendo. De vez en cuando me rozaban cosas blandas que flotaban.

Torciendo a izquierda o derecha por túneles cada vez más estrechos, perdí cualquier referencia espacial o temporal; solo caminaba sin más dentro de un gran laberinto al compás de las goteras. Encontramos varios colectores taponados por ramas y basura, otros derruidos por falta de mantenimiento. Algunos eran tuberías recientes de PVC, pero la mayoría eran de plomo o cemento carcomidos por líquenes, algas y bichos antiguos, con sus crestas y apéndices como pequeños saurios, que se quedaban paralizados ante el tibio calor de la linterna creyendo que habían alcanzado el paraíso de las sabandijas.

Horas después, o tal vez días, vi un tenue resplandor lejano y, aliviado, aceleré el paso hacia aquello pequeño y redondo que anunciaba el final del camino. Parecía una estrella que latía como un corazón, pom-pom, pom-pom, pero a medida que me iba acercando se convirtió en una sucia claraboya, más o menos del tamaño de una paella, cubierta por una película traslúcida y amarillenta.

Tras ella se alternaban los movimientos y quietudes de algo semejante a un embrión.

—¿Qué asco es este?

El fontanero ya no estaba a mi lado. Me di la vuelta hacia la negrura, pero solo vi la luz de su cabeza. Noté un estremecimiento bestial muy adentro, en mi centro de gravedad.

—¿Por qué te has quedado atrás?

—Te he guiado hasta aquí —dijo la luz—. Ahora debes continuar solo.

Nos separaban unos veinte metros y no pude distinguir sus rasgos. A contraluz su cara era también una mancha oscura. De pronto me dieron ganas de preguntarle por qué trabajaba de noche, por qué seguía viviendo en mi jardín, qué papel jugaba en esta historia.

—¿Quién eres? —gemí.

—¿No querías ver? —dijo la oscuridad.

Con el agua por los muslos, miré con aprensión la repulsiva claraboya que, iluminada desde el otro lado, parecía un huevo a punto de eclosionar. Acerqué la mano y toqué con grima aquella membrana citoplasmática. De la punta de mis dedos partieron ondas concéntricas que poco a poco aclararon la imagen, como si mi vista hubiese estado desenfocada y me pusiese gafas, hasta revelar con nitidez lo que había al otro lado: pasillos y habitaciones vacías, gente de la música, sonrisas y nervios, el ascenso por una escalera de caracol, el escenario con el piano, el público vigués aplaudiendo en el teatro García Barbón.

Al principio creí que volvía a estar dentro de la cabeza de Leiva, hasta que lo vi tocando la guitarra.

Entonces comprendí que estaba dentro de la mía.

Fuera, el concierto discurría ante mi claraboya como un ruido de fondo de avalanchas controladas que se acercaban y alejaban. Versos en sordina, conversaciones con el público, colegas del gremio que subían y bajaban del escenario, mis manos largas bailando rápidas sobre el teclado, mi voz de cantar, cascada, raspando el aire de ahí fuera, bajo la cúpula neobarroca de un gran teatro. Dentro, en el interior de mi esférica cabina, similar en tamaño a la de Baumgartner, el agua fría acarició mi cintura y, pobre homúnculo, floté sobre aquella superficie espesa y contemplé

estupefacto la bóveda de mi cráneo.

¡Pasen y vean, curiosos visitantes, el palacio cerebral y su engrudo de circunvoluciones! ¡La anémona gelatinosa que igual provoca que te pique un huevo que genera la conciencia!; ¡la misma herramienta que utiliza tanto la cirujana de renombre como el que aprieta tornillos ocho horas al día y sueña con tuercas!; ¡el tofu cremoso fabricado en serie, sin saber cómo, por cada nuevo espécimen humano!

Igual que aquella vez en mi estudio, cuando me puse el casco del fontanero y miré al techo, vi conexiones neuronales que titilaban en oleadas eléctricas, chispazos de emoción, calambres de razón, conexiones delirantes, estrellas fugaces de comprensión. Vi un cosmos infinito de inmateria y galaxias, planetas habitados, cometas helados; un engranaje vivo, completo y perfecto. Vi mi universo personal único e irrepetible: el infinito tejido de celdillas encadenadas en el interior de otras celdillas encadenadas donde estaban todas las cosas que me interesaban y hacían mi miserable existencia algo más soportable: la alegría de la música, la ilusión del cine y la esperanza de la literatura, el atractivo misterio de la ciencia ficción, la fantasía y el surrealismo; el mundo que siempre me gustó de verdad.

Podría haberme quedado allí para siempre, embelesado por aquel proceso interminable, refugiado de las inclemencias de la intemperie, asilado físico y político, inmigrante sin papeles en el país de mi mente. Pero sin lucha no hay vida, aunque fuese esta vida extraña. Me desperecé lentamente y, asomado con curiosidad a esa mirilla turbia, fui testigo envidioso del abrazo que se dieron Leiva e Iván. No yo, sino ese otro Iván que yo había ocupado.

Si yo no era aquel Iván Ferreiro, ¿quién era?

Quizá aquel Leiva tampoco fuese el mismo que ahora dormía en mi casa, sino otro; puede que su cabeza estuviese también conquistada por un minúsculo Leiva loco y desesperado como yo; quizá ambos éramos esos pequeños bastardos que correteaban chocando contra la corteza cerebral con intenciones nefastas; esos hijoputas que se empeñaban en arruinarles la vida a los Iván y Leiva originales; esos capaces de fabricar canciones si nos ataban en corto porque no

conocíamos el descanso y trabajábamos como demonios sin poder evitarlo.

¿Sería aquel mi Matrix personal?, ¿creerme real para no darme cuenta de que era un esclavo intracraneal? ¿Era esto lo que debía ver en las cuevas y colectores del Galiñeiro: el texto y la TEXTura alanmooreana del auténtico Iván Ferreiro?

El concierto entró en la recta final.

Leiva e Iván se despidieron del público entre aplausos y salieron del escenario. Desde el interior de mi cápsula, vi que la mano del otro Iván acercaba un vaso a la boca. Grandes tragos tronaron al tiempo que el líquido que me envolvía ascendió velozmente hasta la cintura, y luego hasta el pecho. Me dejé llevar con pasividad a través de los pasadizos y encrucijadas oscuras de aquel otro laberinto exterior, siempre laberintos. No supe qué hacer, no supe si estaba en mi mano hacer algo, no sabía si debía hablar con mi otro yo, si debía advertirle de mi presencia o intentar manipular su mente. No me parecía como la última vez, cuando estuve en la cabeza de Leiva. Esto parecía distinto, mucho más serio.

Contemplé la vida de ese otro Iván, con sus complicaciones cotidianas, sí, pero no inmersa en el delirio que vivía yo. Nos cruzamos por los pasillos con gente alegre, copas de yate con Amaro, copas de yate con un Ferreiriño de cara intacta, copas de yate con un Manolón grande y corpóreo que me puso un nudo en la garganta, hasta que sonó mi teléfono. No el que llevaba en el bolsillo de la bata, sino el otro, el de fuera, el que tenía la agenda intacta, donde estaba el número de mi Habibi. El otro Iván, al que también odié por haberle tocado un universo mucho más amable que el mío, descolgó sin dudar.

—¡Me encanta el nuevo disco! —dijo IA.

¿Nuevo disco?

—¡A mí también! —respondió el otro Iván. Un Iván relajado y seguro de sí mismo; a todas luces un Iván falso. No me reconocía en aquel impostor que se parecía a mí.

Tampoco IA sonaba a programa informático. Aquel otro IA parecía una persona, con entonaciones y entusiasmos difíciles de fingir. Probablemente había sido un bebé y su madre le había puesto un nombre.

«Pregúntale cómo se llama», dije rabioso. A lo mejor hasta se llamaba Iván como yo, como nosotros.

—Ya sé cómo se llama —me contestó el otro Iván.

—¿El disco? —preguntó IA.

—Estoy valorando títulos; por ejemplo, Val Miñor-Madrid: Historia y cronología del mundo.

«¿Y por qué no Gondor-Mordor: La verdadera historia de Meteoro y el Señor Conejo?», sugerí con sarcasmo.

El otro Iván se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —dijo IA.

—¡Acabo de tener una idea fantástica! —chilló el impostor.

El otro Iván se despidió del otro IA y se dirigió al baño rápidamente mientras pulsaba las teclas del teléfono. ¿Qué estaba haciendo? Vi cómo levantaba la tapa de un váter y empezaba a mear. En el interior de mi cápsula, el agua se agitó turbulenta y creció como una ola hasta llegarme al cuello, como si la meada me estuviese cayendo encima.

—¡El nivel está subiendo muy rápido! —escuché a mi espalda la voz cavernosa del fontanero, invisible en la oscuridad.

En algún sitio tras la claraboya el público aullaba, silbaba, pataleaba dando palmadas. El teatro retumbaba hasta los cimientos de forma exagerada. Más que un concierto, aquello parecían disturbios policiales.

—¡Espera! —protesté recordando de pronto que estaba en un sistema de colectores gigantes.

Con un delirante primer plano cenital de mi propia polla, dirigida por una mano izquierda igual que la mía, vi mi otra mano derecha marcando numeritos cantarines, ti, tu, ti, to…

—¡Hay que largarse! —gritó el fontanero.

Empecé a flotar sin hacer pie y clavé las uñas en aquella pared fangosa para que no me arrastrase la corriente.

Contestó una mujer. Su voz me sonaba de algo.

—Escucha —dijo la polla sacudiendo gotitas—, estoy en medio de un concierto y solo tengo unos minutos. ¿Recuerdas aquello que comentamos? Pues se me ha ocurrido algo genial: ¿y si escribimos una novela sobre esta gira?

Fue lo último que escuché antes de soltarme.

El agua helada me envolvió y me vi arrastrado por un tsunami estruendoso en el que nadar no servía de nada. Todo estaba negro, casi no podía respirar, imposible agarrarse a nada. Por las corrientes que envolvían mi cuerpo advertí bifurcaciones que dejaba a izquierda y derecha, sin poder elegir ni encontrar aquella ridícula cuerdita que el fontanero ató a una rama de la entrada.

Tragué litros de agua sucia. La potencia del río me llevó adonde le dio la gana por el laberinto mientras el nivel del agua subía hasta el techo, y supe que moriría ahogado allí mismo, circulando a velocidad tremenda por los túneles del Galiñeiro. En aquellos últimos instantes de vida pensé que no me había despedido de Amaro; pensé en la horrible despedida de mis hijos; pensé en Leiva y me di cuenta de que la rabia se solidificaba como hormigón armado. Pero luchar era inútil; un par de minutos y todo habría terminado. Relajé los músculos y esperé sin más, respirando líquido amniótico. Cintas de algas como sargazos de agua dulce se ondulaban con las corrientes envolviendo mis piernas inertes. Dejé que mi propio peso me llevase a lo profundo, donde las hojas olvidadas formaban una alfombra natural. Con mi olfato anfibio pude apreciar su podredumbre bajo el agua, donde un televisor encendido era engullido, y, esta vez sí, esta vez, la última, pude ver la película de mi vida proyectada en aquella pantalla, página a

página. Allí estaba el final del camino, en la muerte.

Cuando mis pulmones absorbían las últimas moléculas de oxígeno, vi la luz al final del túnel. No sentí alivio; solo me pareció extraño que no fuese redonda, sino cuadrada. La corriente me impulsó hacia ella a tanta velocidad que extendí las manos en un reflejo protector antes de ser catapultado al Más Allá como un pingüino saliendo del mar.

Caí como un fardo junto a mi negra y maloliente piscina y, atragantado, empecé a vomitar agua de alcantarilla mientras la oveja me observaba irguiendo la cabeza. Supuse que ahora pastaba de noche para evitar depredadores recién llegados; por eso hacía días que no nos encontrábamos.

—Chica lista —la felicité alzando un tembloroso dedo pulgar.

Me tumbé en la hierba y recuperé el aliento poco a poco mientras la luna brillaba tan tranquila, desplazándose hacia poniente con lentitud.

Al final, tal vez todo fuese culpa del insomnio. Solo sé que allí, empapado y al borde de la congelación, en aquel pedazo de terreno por el que había hecho tantos sacrificios inútiles, me sentí completamente indefenso. Tonto de mí, siempre había creído que mis decisiones, buenas o malas, me habían conducido hasta donde estaba, pero la realidad era que, desde que estuve con Leiva en el lugar donde Sampedro se lanzó al abismo, hiciera lo que hiciese, irremediablemente todo acababa en desastre, y no había nada que dependiese de mí para modificar el abismo hacia el que yo también me dirigía. Y justo en ese momento una idea estrafalaria atravesó mi cerebro: si llevaba tanto tiempo esforzándome por hacer las cosas bien, y, aun así, siempre salían mal, tal vez había llegado el momento de intentar hacerlo todo mal a propósito, para ver si por casualidad algo salía bien. Le di vueltas en la cabeza durante un rato y la manida expresión lógica aplastante no me pareció inadecuada en absoluto.

Me incorporé con la pesadez de un hipopótamo y contemplé mi

casa, o más bien lo poco que quedaba de ella después del incendio.

Negué con la cabeza, incapaz de aceptarlo. Aquella ruina todavía humeante representaba años de trabajo tirados a la basura, años de cálculos hipotecarios, cuentas corrientes, intereses y cláusulas, miles de por-la-presente, el portador-de-este-documento, de-una-parte y de-otra-parte… La odié desde el primer día, era cierto, seguramente ella también me odiaba a mí, pero con los años habíamos llegado a una especie de adaptación mutua comunicándonos sin palabras, con olores y chasquidos, dilataciones y contracturas, molestias y agrados, igual que un viejo matrimonio. ¿Qué cojones había pasado? Solo había dos opciones, o un accidente en el que Leiva había ardido con ella, o Leiva era el pirómano. Si existía una tercera opción, no la quise considerar pues, dadas las circunstancias, echar la culpa a Leiva era lo más cómodo. También lo más indignante porque, del mismo modo que puedes decir que tu padre es gilipollas, no consentirías que nadie se lo llamase en tu presencia.

Me pregunté dónde se habría escondido el criminal después de la fechoría y me fijé en mi estudio, casi sepultado por los escombros. Hacía siglos que no ponía un pie allí, desde aquella vez que reuní a una banda improvisada y les mostré un elefante de moho. Ahora tenía las ventanas rotas cubiertas con cartones, periódicos y rendijas de luz que se filtraban por los resquicios. Sigiloso, busqué un hueco para atisbar el interior. Había alguien allí dentro, alguien que se movía de un lado a otro. Me acerqué a la puerta con cautela y delante de ella me topé con las nucas rasuradas de dos tipos, quietos como estatuas, vestidos de negro de la cabeza a los pies.

—¡Eh! —Tosí desde una distancia prudencial.

Los tipos ni se inmutaron y me acerqué un poco más.

—¡Esto es propiedad privada! ¡Voy a llamar a la policía!

No movieron ni un músculo.

Con muchas precauciones me puse frente a ellos y me costó reconocerlos. Eran Pablo Novoa y César Pop con pinta de delincuentes juveniles.

—Joder, tíos, qué susto me habéis dado.

No me miraron, no me hablaron.

—¿Qué hacéis aquí?

Nada, mudos como maniquíes.

De pronto se abrió la puerta del estudio y salió Manolo García con uniforme de general y un brazo en cabestrillo. Su pelo leonado había sido sustituido por una gran cabeza.

—¡Qué alegría verte! —Estaba a punto de darme un achuchón cuando se dio cuenta de que yo estaba chorreando—. Te va a coger frío, ¿no?

—Pero ¿qué está pasando? —Tirité sin entender nada.

—Mejor sin preguntas, ya sabes —me cortó.

Me pasó el brazo por los hombros para conducirme al interior, como si aquel fuese su estudio y no el mío. Antes de entrar, miré por encima del hombro a Pablo y César, que seguían estáticos.

—¿Y ellos?

—¿Quiénes? —Manolo los miró como si hasta ese momento hubiesen sido invisibles—. Ah, espera un momento.

Su cara se transformó de golpe, mostrando un cabreo de mil demonios.

—¡Tú, tienes demasiada barba! —acusó a César—, ¡y tú, demasiado bigote! —gritó señalando a Pablo—. ¡No me hagáis perder el tiempo y largaos de aquí cagando leches!

Ninguno de los dos movió una pestaña.

—Bueno, venga, pasa de una vez. —Manolo se volvió hacia mí con una sonrisa—. Los demás ya están abajo.

Lo seguí con docilidad estupefacta y nada más entrar constaté que

ya no era mi estudio, sino solo un sótano destrozado. Sofá, teclados, sintetizadores, cables, atriles, la mesa del ordenador, el ordenador…, todo había desaparecido. En su lugar había una mesa grande de madera basta repleta de artilugios electrónicos, herramientas y recipientes de plástico sucio, de múltiples tamaños, que contenían fluidos de colores.

Manolo me quitó la bata empapada y me echó sobre los hombros una mantita de ganchillo con cuadraditos de colores.

—¿Qué ha sucedido con mis cosas?

—Eso nos preguntamos todos. —Suspiró—. Es duro ver que nuestras cosas ya no sirven para nada. Por eso estamos aquí, ¿no?

Olía a detergente y naftalina; a vinagre y gasolina. El elefante de moho estaba cubierto de papeles con notas, esquemas, horarios, direcciones…

Al fondo del estudio había un boquete en la pared por el que de pronto salió un hombre agachado, también vestido de negro y con botas de soldado. Boquiabierto, di un paso atrás. Cuando el tipo se incorporó y caminó hacia mí me quedé de piedra. Era José María Cano, calvo y con la cara hecha un cristo. Una tosca cicatriz recorría su mejilla, todavía con puntadas.

Perplejo, vi cómo se cuadraba ante mí haciendo un saludo militar antes de acercarse a Manolo. Asintió ante sus instrucciones en voz baja, cogió un pesado bidón y vertió un líquido azulado con un embudo.

—¿Eso no es peligroso? —advertí.

—Haciendo lo que toca, ni el torpe se equivoca —recitó José María con sonrisa de loco.

No entendí qué quiso decir, pero no se lo pregunté porque me quedé ensimismado mirando a Manolo mientras unía dos recipientes con cinta adhesiva y un pegote de algo parecido a la plastilina. Luego abrió uno de ellos y vertió un líquido humeante.

—¿Habéis quemado mi casa? —pregunté horrorizado.

—El que avisa no es traidor, pero es gilipollas, que es peor. —Sonrió José María.

—No le hagas caso —dijo Manolo—. Es mejor que salgas de aquí. —Se colocó una máscara antigás que le dio aspecto de saltamontes gigante y me señaló el boquete—. Nosotros aún tenemos que terminar las últimas unidades.

Aquello tenía muy mala pinta. De hecho, empecé a notar un escozor preocupante en los pulmones. Caminé hacia atrás para alejarme de aquel par de pirados intentando no tropezar con cajas, trastos y una bañera mugrienta, hasta llegar al tosco agujero.

Parecía que lo hubiesen abierto con pico y pala. Asomé la cabeza y vi un túnel estrecho excavado en la tierra que descendía en ángulo de 15 grados. Al fondo había luz.

Descendí agachado unos veinte o treinta metros hasta salir por otro agujero que daba a una especie de pequeño almacén con una camilla acolchada, una mesa de despacho y sillas con patas rotas. En el transistor Rosa León cantaba miles de buitres callados van extendiendo sus alas… Al alba, al albaaaaa…

Parecía el diorama de Ferreiriño y me di cuenta de que yo ya había estado allí. La única ventana no daba a la calle, sino a otra habitación, una biblioteca polvorienta y vacía de mesas y sillas con una bombilla pelada iluminando el centro de la estancia. Al otro lado del cristal había un corrillo de hombres rapados y descalzos, con pantalones de camuflaje, negros o del Ejército; y los conocía a todos: Enrique Bunbury, Jota, Dani Martín, Xoel López, Coque Malla, Miguel Ríos, Pau Donés, Santiago Auserón, Marc Ros, el Chino, Mikel, Nico y los demás, apiñados sin hablar en la penumbra; repletos de tatuajes, hematomas y cicatrices viejas y nuevas; ojos hinchados, narices rotas, dientes partidos; una jauría organizada en semicírculo, atenta a la pelea que se desarrollaba entre Robe Iniesta y Santi Balmes.

Aquel era mi gremio, no muy diferente del carcelario, y estábamos muy cabreados.

Nada más entrar en la sala percibí el aire viciado, húmedo de transpiración. Me saludaron con gestos tenues, barbillas asintiendo, recolocando posiciones para dejarme sitio en primera fila. El silencio interrumpido únicamente por los acordes del combate: golpes contra carne y hueso, el aire escapando de los pulmones al recibir un impacto potente, gemidos de dolor ante órganos machacados, ese chapoteo de sangre salpicada y nudillos despellejados a puñetazos.

Comprendí que allí, bajo la brillante bombilla de una vieja biblioteca, no se estaban debatiendo conflictos personales; más bien era un desafío al sistema. Aquellas cuatro paredes se habían apartado del mundo y sus leyes para convertirse en un espacio sagrado, un altar presidido por el dios de la muerte en el que cada púgil combatía en realidad contra sí mismo, explorando sus límites físicos y psíquicos, lo máximo que podía dar y aguantar, de cuánto era capaz. Una experiencia absoluta de autoconocimiento.

Y me pareció hermoso.

Percibiendo lo profundamente sensual de aquel ritual —la exhibición de potencia física, lo erótico de la lucha pegajosa como un cortejo de apareamiento, la persecución y bloqueo del adversario, el intercambio de sudor y saliva entre dos hombres abrazados con todas sus fuerzas—, de pronto sentí una potencia descomunal al tensarse mis muslos y brazos, apretando los puños sin darme cuenta, que me produjo un exquisito bienestar. Súbitamente fui consciente del organismo que burbujeaba bajo mi piel, bajo la piel de cada uno de nosotros, aunados en un solo cuerpo listo para la acción. Yo era el hipotálamo de Jack que ordenaba secretar epinefrina. Yo era la glándula suprarrenal de Jack que liberaba catecolaminas. Yo era el subidón de adrenalina de Jack que incrementaba el ritmo cardiaco, aceleraba la respiración, dilataba las pupilas, expandía los vasos sanguíneos, provocaba euforia y reacciones químicas similares al clímax. ¡Yo era el orgasmo de Jack!

En el suelo Santi murmuró basta y lo ayudaron a levantarse. Robe y él entrechocaron un desmañado copas de yate sin rencor y despejaron el ring improvisado.

—¿Quiénes son los siguientes? —preguntó alguien.

Di un paso al frente sintiendo una excitación inmensa parecida al hambre, unas ganas locas de morder y masticar carne cruda, ese intenso arrebato generado cuando ves que un tipo empieza a sangrar en serio.

Hubo un murmullo generalizado al desprenderme de la manta y esperé a mi contrincante en calzoncillos mojados, listo para cualquier cosa.

—Acabemos con esto —escuché.

Igual que Moisés y el mar Rojo, los hombres se movieron como una masa compacta y se abrió un pasillo hasta el fondo de la habitación, donde aguardaba mi adversario.

Leiva avanzó despacio con pasos elásticos de gato. Sus rizos también habían desaparecido, y ello destacaba su nariz aguileña y su pinta de matón barriobajero. Despojándose de los anillos con calma, se detuvo bajo la bombilla desnuda y desabrochó la camisa despacio, botón a botón, como en un estriptis, desvelando un cuerpo delgado y fibroso, de simétricas proporciones y líneas armoniosas. Nuevos tatuajes azulados, cuyo único objeto era ser adorado como un Nexus perfecto, surcaban una musculatura flexible de suavidad aterciopelada.

Lentamente, sin quitarme el ojo de encima, realizó una serie de estiramientos asombrosos doblando por detrás del cuello unos brazos irrigados por gruesas venas, rotando dos hombros robustos, flexionando el torso sobre el eje de la estrecha cintura, tensando un vientre plano sin pizca de grasa.

Temiendo que mi polla se agitase bajo la fina tela del calzoncillo, admiré con deportividad lo bien que rellenaba su propia piel. ¡Quién iba a decir que su amanerado estilismo setentero escondía semejante maquinaria de guerra!

Terminó al fin con sus preparativos y nos quedamos frente a frente, mirándonos como en un espejo, diciéndonos cosas con los ojos.

Al final de un camino largo y tortuoso, estábamos en el día D y la hora H. A punto de celebrarse el último concierto de la gira, habíamos llegado por fin al desenlace de aquel duelo, y por lo visto iba a ser un duelo a hostia limpia.

Podría decir, sin más, que lo que pasó después fue demasiado prosaico, demasiado brutal para explicarlo. No contábamos en nuestro haber con un cronista diestro como Talese o Mailer para retransmitir la contienda con maestría y emoción, aunque supuse que uno de esos periodistas con libretita sabría cómo apañárselas —para algo interesante servirán esos cretinos, digo yo—. Con esto quiero decir que siempre me ha fascinado un buen relato de boxeo a pesar de que me desagradaría presenciarlo en directo, no sé si me explico, la literatura posee esa magia y tal.

El caso es que me pregunté cómo sería la crónica de nuestro combate final…

13

«Leiva vs. Ferreiro: El combate»

Es aquí, en el auditorio Al-Ándalus de la ciudad de Sevilla, con sus butacas espaciosas y cómodas y una acústica que permite escuchar con nitidez hasta los pensamientos de los músicos; es aquí, repito, el lugar en el que su más leal servidor, el Niño de la Libretita, desea estar. Porque esta noche se celebra la última contienda entre Iván Ferreiro y Leiva, conocidos en los cuadriláteros de costa a costa como Meteoro y el Señor Conejo. Un evento épico largo tiempo esperado, el combate del siglo entre dos pesos pesados de este pintoresco club de la lucha de rockeros frustrados, el duelo que nadie quería perderse y cuyo desenlace llevamos esperando desde que se pactó la boyante gira de siete conciertos a pelo, o, mejor dicho, a pecho descubierto.

Poco más se puede decir de cada contendiente; de sobra conocemos su vida y milagros por prensa y redes sociales, aunque nunca está de más un breve resumen de sus bien distintos estilos pugilísticos. El Conejo de Alameda se ha ganado el mote en virtud de sus reflejos animales, haciendo gala de esa imposibilidad de pillarlo desprevenido en la lona —hay quien dice que tiene ojos en la espalda—, pero sobre todo por su ejecución impecable de la maniobra binky, recientemente patentada, que consiste en propulsarse de forma repentina a una altura considerable girando el cuerpo al mismo tiempo para asestar un golpe fatal; por si fuera poco, a toda esta energía podríamos añadir la potencia de mordida de sus incisivos (en cuanto a la polémica sobre la oreja de Ramoncín, nos remitimos a la sentencia del Tribunal Supremo que absolvió al de Alameda). Por otro lado, el gondomareño es conocido como Meteoro por su constitución ferrosa y porque nunca se está quieto en el ring (ni en ningún otro sitio). Su baile de piernas ha

creado escuela, su rapidez supersónica que no ves venir es similar a un fogonazo, y cuando el golpe da en el blanco produce un cráter de impacto que deja huella para toda la vida (que los apellidos de estos dos púgiles coincidan con algunas de sus capacidades es pura casualidad…, o no).

Dicho esto, me gustaría reseñar que, a pesar del impresionante historial del de Barajas —no ha perdido ni una sola disputa desde el inicio de su carrera musical—, de su buena forma física y de provenir de un entorno chulesco y motivador que nos ha dado varios campeones en la última década, las apuestas se inclinan levemente a favor de Ferreiro por tres razones: la primera es que, aunque parezca blandito, sobrepasa a su contrincante en casi diez kilos de pegada; la segunda es que también lleva encima más años de experiencia; y la tercera y más importante es esa capacidad arbórea de recibir azote y seguir en pie.

Así las cosas, solo el desplome, el KO o la cobardía podrían acortar el combate. Sin embargo, es indudable que ambos se las han apañado anteriormente para evitar golpes letales, de la misma manera que ninguno se ha hecho famoso por distribuirlos; tampoco por abandonar el escenario cuando vienen duras. En conclusión, los dos tendrán que luchar, en primer lugar, contra el cansancio mental y físico, y, en segundo, contra el castigo acumulado. Todo hace predecir una noche larga.

Y aquí estamos, damas y caballeros. Se nos ha hecho interminable, ha sido incluso delirante por momentos, mas al fin hemos llegado al último encuentro y quien diga que puede predecir el resultado miente. La rivalidad ha ido aumentando a lo largo de esta gira y ahora mismo las hostilidades son tan manifiestas que el enfado entre ambos solo puede añadir emoción a la gala. En el edificio no cabe ni un alfiler, las entradas se agotaron a la media hora de ponerse a la venta, y el público aguarda expectante desde hace un buen rato pidiendo sangre. Queremos dolor, queremos pasión, y sabemos que estos dos monstruos del escenario no nos van a defraudar. ¡Que empiece el espectáculo!

No se estrecharon las manos.

Por nuestra izquierda se aproxima al ring el flamante ganador del disco del año, el invicto Señor Conejo, causando sensación, como siempre. Con quimono de seda y chistera negra, acompañado de su hermano Juancho (alias Kid A Mnesia) y el asiduo séquito de chupatintas, amantes que quitan el hipo y dos cachorros de tigres albinos, pelea con su sombra mientras transita el pasillo de jovencitas, entre las que se producen desmayos y lipotimias.

Por el lado derecho aparece el autoproclamado «Artista de Mierda», el gallego Kid Ferreiro, con aspecto desaliñado, como suele ser habitual —en lugar de albornoz, lleva bata de lana con pelusas y una comitiva de moscas—, necesitado con urgencia de una victoria, un buen afeitado y una ducha.

Mientras escuchamos el Himno a la Alegría en directo con Miguel Ríos, que todavía usa esos pantalones de rayas, atrona el aplauso unánime para nuestro réferi, el árbitro del evento, el tercer hombre del ring: ¡Joaquín Reyes!, que igual vale para un roto que para un descosido y ha asumido el peligroso desafío de subir al cuadrilátero y lidiar con dos toros bravos. Peligrosa profesión la de árbitro, que, armado únicamente con su pajarita, debe hacer valer su autoridad frente a dos tipos enfurecidos. Se acerca a cada rincón a revisar los guantes de los contendientes para comprobar si tienen el peso adecuado y están bien atados. Parecen dos bolas negras, los guantes, todavía limpios y brillantes cuando reflejan la luz de los focos, pero llenos de acción. Y ahora Reyes pide un poco de silencio para presentar como es debido a los contrincantes:

—¡En la esquina azul, con una estatura de 1,77 metros y 64 kilos con 400 gramos de pura fibra, enfundado en pantalón de cuero negro y con un récord profesional de 116 giras nacionales, 24 KO y ninguna derrota en el escenario, el niño bonito del pop-rock español!: ¡¡¡Leiva, el Señor Conejooooooo!!!

El Conejo alza los brazos y recibe aplausos unánimes del patio de butacas.

—¡Y en la esquina roja, con 1,65 de altura, 73 kilos y 250 gramos, y roñoso calzoncillo de algodón de cuadraditos azules y blancos, uno de los luchadores más experimentados, con un récord de 78 victorias, 12 KO y 15 conciertos anulados, el excampeón humillado,

el eterno aspirante a mejor disco del año!: ¡¡¡Meteoro Ferreiroooooo!!!

También estallan aplausos y algunas risas cuando un bromista dispara insecticida con recochineo. Desnudos frente a frente, cada púgil en su esquina y mirándose con odio, ha llegado el momento de la verdad. ¡Se acabó la espera, se acabó la incertidumbre, esto está a punto de empezar, y si pestañean se lo van a perder, como dice Lobato!

El árbitro los convoca bajo la brillante bombilla, advierte que quiere una pelea limpia, que no tolerará golpes bajos, etcétera, y los conmina a estrechar manos con deportividad. ¡Pero no lo hacen, señoras y señores! Silbidos y abucheos en las butacas, los dos pesos pesados respiran y resoplan nariz con nariz como dos búfalos en celo.

Cómo han cambiado las tornas, qué frágiles son las amistades de escenario y qué triste es la vida en general. Ya conocemos, a grandes rasgos, los conflictos de este duelo, pero intentaré averiguar los detalles más jugosos porque el público merece saberlo todo y el que habla es su más humilde servidor. ¡Esto está más caliente que una plancha! Batalla de hashtags en las redes, apuestas frenéticas en esos últimos segundos hasta que por fin suena la campana. ¡Que gane el mejor!

Primer round: «Se abre el telón»

Son las 22:30 en punto cuando empiezan las hostilidades en Al-Ándalus. Ambos púgiles salen al centro con cautela, aventurando golpes de tanteo, calibrando a su oponente. Entra con un jab suave el Señor Conejo; esquiva Meteoro y responde con directo al aire. Se mueve bien el gallego; el veterano sabe bien cómo es picar piedra desde el principio, aunque sonríe malicioso. Todos sabemos que es un maestro de la lucha verbal en el cuadrilátero, con picadas agudas y divertidas para que las escuche el público.

—Te voy a machacar, flacucho presumido —le suelta a su rival.

Primero Leiva mira hacia atrás y luego se señala a sí mismo con recochineo. El público ríe a carcajadas y Ferreiro también, animadísimo. Aprovecha el madrileño para transferir el peso hacia delante intentando encajar un directo de derecha a la velocidad del rayo. No pilla desprevenido al gallego, que gira la cintura con rapidez supersónica y escapa del obús danzando por el ring, burlándose del Bailarín de Barajas. ¡Ya les dije que sería divertido, ya les dije que no se aburrirían! La batalla acaba de empezar y ya contenemos la respiración.

En este primer round, vemos que los golpes todavía son básicos o de tanteo. El jab es uno de los más utilizados porque tiene gran alcance y permite distanciarse del oponente y mantener la guardia a la vez. Pero el más usado por los diestros es el cross o directo de derecha, más potente que el jab al transferir el peso a la pierna delantera y realizar una leve rotación de cadera.

Pelea limpia hasta el momento. Con más de cuarenta años, Kid Meteoro continúa bailando alrededor de su oponente lanzando dos directos de derecha y un gancho de izquierda. El croché o gancho es un golpe lateral que busca la cabeza del adversario, con el brazo a 90 grados con respecto al torso, pero por ahora Leiva sabe mantener la distancia ideal. Parece un gladiador grecorromano el Señor Conejo, que para con el guante y aprovecha para dirigir su puño a la cara; el gondomareño se protege con una finta y ataca desde abajo con dos uppercuts consecutivos a la velocidad de una centella, lo que obliga al de Mordor a retroceder en este igualado primer asalto en el que ambos guerreros han presentado sus cartas.

El Sr. Conejo es una maravilla, con un instinto ante los golpes que lo convierte en un genio. Puede parecer distraído a veces, mirando hacia fuera del ring o incluso hablando con alguien durante la pelea. En ese momento su contrincante se lanza a su nariz y él, sin ni siquiera mirar, por pura clarividencia, lo sabe todo sobre ese golpe, su potencia y su dirección. Sencillamente aparta la cabeza unos centímetros eludiendo el nocaut como si nada y sigue a lo suyo.

Ferreiro, por su parte, es, sin duda, un púgil fabuloso. Cualquiera diría que nació con un número determinado de combates a punto de consumirse, aunque de alguna manera siempre consigue

reinventarse y seguir luchando. No se parece a ningún otro; podría decirse que Kid Meteoro es una categoría en sí mismo, un auténtico ave fénix que renace de sus cenizas una y otra vez.

Buen juego de piernas del gallego, que sigue la máxima de boxear con los pies —como dijo Fred Astaire, un buen boxeador es como un bailarín: debe ser agradable mirarlo, aunque se le mire solo a los pies—, aunque sus golpes son demasiado cortos y no provocan daños de momento. Se puede apreciar que cada uno de sus nervios está vivito y coleando, mientras que el madrileño respira tranquilo y parece muy sereno, dejando que Ferreiro lo persiga por el cuadrilátero. Puede que el Conejo parezca a la defensiva, pero sabe lo que se trae entre manos, se lo digo yo. Su cabeza pelada permite apreciar un rostro sombrío y sólido, casi inexpresivo, salvo por ese brillo en los ojos que recuerda a un animal salvaje, atento a cualquier brecha o fallo de su contrincante.

Ahí están los dos cogiendo aire, en el centro del cuadrilátero, pensando dos veces antes de lanzar la mano. Descarga el Conejo y se agacha Ferreiro, que está haciendo un buen trabajo con su izquierda, manteniendo a distancia al de Madrid. Cross de Leiva y otra vez la zurda del gallego que no hace daño, no pone el peso del cuerpo en el golpe y no tiene la carga adecuada para hacer pupa. Round cerrado, round parejo, no hay un dominador absoluto en la primera batalla, tranquilidad en ambos rincones por el momento. Diez segundos le quedan a esta primera vuelta en la tierra de la Giralda, con el Niño de la Libretita retransmitiendo para todo el mundo. Tres, dos, uno, y finaliza el asalto número uno.

El público disfruta en sus butacas, y prorrumpe en aplausos y silbidos entusiastas cuando ambos púgiles se dirigen a sus esquinas. Durante el largo minuto de espera, la música sube de volumen: Lola Flores quiere que se la coma el tigre, la gente se levanta para fumar y me cuentan que hay una tonelada de palomitas de maíz y pipas a disposición de los más nerviosos, además de vasos de papel rellenos de refrescos y alcohol (aunque me advierten de que no se lo diga a nadie).

Sentados en sus banquetas entre el jolgorio, nuestros luchadores son los únicos del teatro que rezuman seriedad al recibir masajes y susurros sobre técnicas y estrategia. Me acerco con la libreta

desenfundada al rincón azul, que parece una convención de skinheads malencarados, y formulo una interesante pregunta a Rubén Pozo: «¿Esta reconciliación indica que volverá Pereza?». «No es el momento de hablar de eso», dice sombrío. Cuesta reconocerlo con la cabeza rasurada y vaticino que esta nueva moda será la ruina de las peluquerías.

Me impide acercarme al rincón rojo un tipo conocido por Manolón. Luce complicados arabescos bigotudos —que podrían hacer repuntar el negocio de las barberías— y sugieren la conveniencia de tenerlo por amigo. «Ábrete, marrullero», me suelta con muy mala educación. Reculo con un «solo estoy haciendo mi trabajo», que es lo que solemos alegar los de la libretita cuando molestamos. Afortunadamente cazo al vuelo a Enrique Villarreal, el Drogas, con una magnífica pregunta: «¿Es cierto que te han echado de Barricada?». Por respuesta me ha escupido en un ojo, así que ya tenemos la primera gran noticia de la noche. Me vuelvo hacia la platea para localizar entre el público a algún otro famoso, pero hay tantos que la cosa aturde: Sabina y su sombrero, Santiago Auserón y Carmen París, Martirio con el Trono de Hierro por peineta… Si toda esta farándula está en la lista de invitados, pronostico una recaudación misérrima. En fin, prometo intentar conseguir más exclusivas en los siguientes descansos porque ha comenzado la cuenta atrás para el segundo asalto y, rodeado de gritos y excitación, me apresuro a ocupar mi sitio en primera fila. Show must go on!!

Segundo round: «Dar a la gente lo que le gusta»

¡Arranca el segundo asalto en la tierra del rebujito! Se retiran banquetas y ambos púgiles saltan al centro de la pista de baile. El de Alameda decide pasar al ataque con un doble recto buscando con insistencia a Ferreiro, que esquiva una y otra vez. ¡Qué maravilla, qué rapidez de movimiento exhibe el Meteoro, igual que en Matrix, señoras y señores! Ahí vemos su derecha por primera vez en este asalto, y contesta con varios jabs el madrileño intentando entrar y romper la guardia. Ambos están ya cubiertos de sudor mientras continúa el pasodoble, exhibiendo una depuradísima técnica y buena forma física. Observen esos músculos del estómago de Leiva,

correosos como sogas trenzadas, que esconden más energía que una central nuclear. Decide cambiar de táctica y, en lugar de a la cara, se lanza ahora a la zona abdominal de su adversario. Mucho trabajo de esa mano izquierda que busca el hígado e intenta restar oxígeno y potencia al punch. Se mantiene firme el vigués que reside en Gondomar, que sabe bien cómo recibir castigo para cansar a su oponente. No obstante, me atrevo a presagiar que, si el combate se prolonga mucho, acabará con algunas costillas rotas.

—Pegas como una niña —suelta el Meteorito con malicia al asimilar un gancho perfecto.

Guasón, sonríe al auditorio y pide palmas. En la lucha verbal Ferreiro siempre ha sido un maestro, tanto fuera como dentro del cuadrilátero. Todo ello añade diversión al espectáculo, incluso algunas carcajadas del respetable, pero que nadie se engañe porque no es un juego. Las burlas o insultos pueden afectar al estado psicológico de los contendientes e incluso hacer que alguno pierda la cabeza si no está a la altura de la retranca. Esto no le sucede al Señor Conejo, que sabe perfectamente que siempre hay que contestar para dejar claro que no existe el miedo.

—No eres nada —responde bajando los guantes con provocación—; solo un enano mamarracho.

¡Uy, uy, uy, uy, uy! La cosa se calienta, señoras y señores; no se queda corto con el insulto, no señor. El público grita de excitación ante la pulla, y se nota que al de Gondor no le ha hecho ni pizca de gracia. La tensión se puede cortar a cuchillo, mientras giran uno alrededor del otro buscando el fallo, la brecha, el hueco para meter la mano y hacer pupa.

El Niño de Alameda observa a Ferreiro bajo una máscara de aplomo, intentando ocultar ese perfecto mecanismo que regula mente y cuerpo, listo para obedecer con celeridad cualquier orden. Posee una cualidad fabulosa para la lucha: la relajación. La tensión de los músculos consume mucha energía, y el boxeo exige el uso de todos los músculos. Es una de sus ventajas frente al vigués: poder relajarse en medio de un combate, como si entrase en una especie de trance, justo antes de una arremetida.

En compensación, Ferreiro puede ser malo como meada de gato y propinar malos sentimientos en cada descarga. Esa fanfarronada de bajar las manos no puede quedar impune y aprovecha para lanzar un nuevo ataque: dispara una ráfaga de golpes a la cara y luego se pone fuera del alcance del madrileño huyendo del peligro. Un poco más estático que antes, Leiva asimila el castigo como un campeón mientras persigue a su contrincante con insistencia e intenta conectar un puño potente. No pilla al vigués, que se contenta con un izquierda-derecha rápido y luego retrocede con rapidez y empieza a bailar el twist por el ring al alejarse de las cuerdas. Mientras, el de Barajas descubre la cara y desafía a su rival con valentía. Entran ambos en un esquema mutuamente agradable: Leiva ofrece la cara como blanco, Ferreiro golpea, y el madrileño contragolpea al cuerpo.

Estamos en la mitad del asalto y los dos empiezan a pegar duro, disfrutando de la pelea en una especie de equilibrio de fuerzas, dando a la gente lo que le gusta. No olvidemos que el boxeo no es como los otros deportes; aquí la cosa no va de ver cuál llega primero a la meta o encaja más pelotas en la línea, sino de destruir físicamente a tu oponente, de tumbarlo en la lona o dejarlo KO si es posible. Ojo, no es fácil. La civilización moderna ha sido educada desde la infancia para no pegar a los demás. Generación tras generación el Homo sapiens se ha ido autodomesticando para eliminar los genes más violentos de nuestro ADN; por eso, como contaba Mailer, el boxeo despierta dos de las inquietudes más profundas del ser humano: el temor a ser herido contra el temor, no menos importante, de herir al otro; sobre todo porque, cuanto más fuerte pegas a tu adversario, más libre se sentirá él de atacarte sin remordimientos. Tengamos presente entonces lo difícil que puede ser administrar un buen golpe, y la conveniencia de respetar al enemigo. Sentir algo de miedo te hace estar alerta, y la cabeza debe mandar sobre el corazón, aunque, digan lo que digan, al final el corazón siempre es el que manda.

¡Qué bien llega ahí el de Barajas cuando se acercan los luchadores, bailando pegaditos como canta Sergio Dalma! Se siente un vengador el Sr. Conejo, boxea con su cara sin miedo a una lesión importante y disfruta de lo que mejor sabe hacer, dejando que su rival se agote. Ferreiro se ha anotado una docena de golpes buenos en este asalto,

la mayoría en el pómulo izquierdo de su contrincante, aunque Leiva ha conseguido machacarle las tripas al gondomareño y ahora le alcanza en el hombro cuando retrocede, consiguiendo así que se desestabilice y se apoye contra las cuerdas. ¡El público se levanta de sus butacas conteniendo la respiración! ¡El vigués está acorralado, no puede esquivar un golpe que venga desde abajo, y Leiva intenta conectar un uppercut de izquierda que arrodille a su rival…! Logra escapar Ferreiro por su izquierda y aún aventura un croché a la sien sin demasiada fuerza. Se encuentran de nuevo en el centro del escenario y lucha el expirata como si tuviese los pies planos, evitando la tensión de las caderas y los músculos del tracto inferior, guardando fuerzas para lo que haya de venir porque en este instante suena la campana y ambos se retiran a sus rincones.

Se escucha un hondo suspiro en el auditorio al finalizar este trepidante round. ¿Qué más se podría añadir, señoras y señores? Las hostilidades no han podido iniciarse con mejor pie. Empezamos a ver jugadas interesantes, aunque bastante controladas por ahora. Estos dos púgiles tan experimentados van a intentar que el espectáculo se prolongue lo máximo posible; por eso están rebajando los motores, sin prisa por encajar todavía un golpe definitivo.

La gente se levanta para estirar las piernas y se acerca a los rincones para conseguir selfis y autógrafos al comenzar mi ronda, micrófono en mano. Escuchamos de fondo a Rocío Dúrcal —me gustas mucho, tarararaaaa, me gustas mucho tú— cuando pasa a mi lado Amaro Ferreiro con un botiquín muy coqueto, y constato que sus gafas rotas pegadas con esparadrapo son un primor. Él es el cutman del Meteoro, el que se ocupa de la vaselina y la bolsa de hielo, el capaz de desinflamar hematomas en un pispás, de cortar el flujo de sangre con su mera presencia.

—¿Habrá alguna vez un nuevo disco de Kid Artista de Mierda?

—El arte de la autodefensa es el mejor de todos —afirma muy serio —, y el boxeo es el mejor arte de autodefensa. Como deporte, es mucho mejor que el fútbol.

Me mira a los ojos decidido a defender esta idea con uñas y dientes, pero no me amilano y le conecto otra incisiva pregunta.

—¿Se encuentra tu hermano en un KO creativo?

—Para noquear debes manejar la mano como si fuera un pistón. Primero con la derecha le das sin parar en el ojo hasta que se lo cierras. —Me muestra el movimiento dirigiendo su veloz puño hacia mi propio ojo, aunque deteniéndose a escasos milímetros—. Cuando intenta defenderse de lo que no puede ver, empieza la izquierda, pa, pa, pa, hasta cerrarle el otro. —Repite su pantomima contra mi otro ojo—. Y entonces, ¡zas!, llega el uppercut de izquierda. —Su mano apareció de la nada y me sujetó la barbilla poniéndome de puntillas —. Ese es el KO del zurdo. ¿Alguna otra pregunta?

Se larga sin esperar mi respuesta, y tropiezan conmigo los tirantes patrióticos de Tony Lomba. Lleva un parche en un ojo —también con la bandera española—, y observo que le falta media oreja derecha, ya cicatrizada.

—¿Cuál fue el origen de este club de la lucha clandestino?

—Estar hasta los cojones —me espeta sin más cruzando los brazos sobre el pecho—. Representa un sentimiento de hermandad pura. Aquí todos somos iguales, igual de mediocres, quiero decir. Nos desnudamos y trabajamos en lo que más nos falta: un gancho más potente, una derecha más ágil, alguna combinación… Luego nos vamos a cenar juntos y tan amigos.

—¿Por qué no te has rapado la cabeza como los demás?

—Me gusta ir a contracorriente; ser rebelde es mi lema.

—¿Te veremos próximamente en el ring?

—Mi problema es que canto con los ojos cerrados y me dan unas palizas horrorosas. —Asiente reflexivo—. Podría decirse que soy el sparring oficial, aunque a veces conecto algún buen hostiazo.

—¿A ciegas? Pues no entiendo cómo…

—Yo tampoco, aunque supongo que no hay que entenderlo todo en esta vida.

Ah, gran verdad, queridos espectadores y espectadoras, gran

verdad. Y con este regustillo filosófico nos preparamos para presenciar el siguiente asalto. Todo el mundo ocupa sus asientos, aunque ya hay algunas personas que se quedan de pie por los pasillos laterales para ver mejor. Último trago de agua, últimas recomendaciones de los entrenadores, aléjate de las cuerdas, no te trabes, cuida el equilibrio y cosas así.

Campanazo y se retiran taburetes.

Tercer round: «A nueve de cada diez dentistas les gusta el boxeo»

Nuestros protagonistas vuelven a la acción, vuelven a la escena en esta tercera vuelta y van al fregao rápidamente. Leiva va para adelante y entra con la mano derecha. Ese puño tiene muy malas intenciones. Amaga el gallego, que no puede entrar a la pelea e intenta enfriarla. Esquiva Meteoro nuevas andanadas con agilidad, no solo con desplazamientos laterales, sino también con rápidos retrocesos. Empieza el de Barajas con fuerza, metiendo una marcha larga. Ferreiro no entra por ahora en la guardia de su rival porque sabe que si se mete a la corta va a sufrir con el intercambio, que puede suceder cualquier cosa. ¡Ojito con el derechazo del madrileño! Míster Conejo pretende arrinconar y cerrar huecos, pero sale bien Ferreiro con su jab, guardando la distancia e intentando mantener lejos la potente diestra de su oponente. Buena la reacción del Conejo sacando las manos rectas en un uno-dos. Perfecto control del espacio de Ferreiro, que evita el golpe doble con facilidad y aventura un rapidísimo croché al mentón que no llega por poco. La velocidad lo es todo para un boxeador, pegar y retirarse, pegar y retirarse, uno-dos-uno, izquierda, otra vez izquierda, derecha, y vemos que el vigués parece seguir la consigna de Alí: vuela como una mariposa y pica como una avispa.

Pese a la diferencia de diez años de edad entre los luchadores, el veterano Ferreiro muestra a plenitud su repertorio de boxeo, en el que predomina su rápido jab de izquierda, el juego de piernas y la anticipación de los golpes del rival. Dominio y superioridad del gallego en la defensa, anulando los arañazos del Gato. Técnica depuradísima también del de Barajas, que no cesa en su acoso y persigue un golpe contundente. Observen ese gancho de izquierda

doblado después con un cross de derecha a la cabeza, combinación formidable; tremendos los impactos que obligan a Kid Meteoro a cubrirse de las oleadas de Míster Rabbit. En cualquier momento puede llegar una mano, una mano fuerte, una mano poderosa, un auténtico martillo golpeando sobre el yunque ferroso de Gondor, que aun así demuestra no tener miedo del ariete de Mordor. Este deporte requiere astucia, eficacia, eficiencia, velocidad, fuerza y extremada concentración, por lo que muchas veces, casi de manera absoluta, quien lo practica no piensa en las consecuencias de un mal golpe.

Saca la zurda Ferreiro para mantener lejos a Kid Leiva, que lanza una combinación de golpes. Zigzaguea el Meteoro esquivando como un maestro. Buen intercambio de jabs con mano adelantada. Intenta el de Alameda llegar de nuevo con la derecha, pero no logra el objetivo. Le cuesta al Señor Conejo tocar al vigués, lanzando puñetazos a un blanco que nunca está quieto. Se nota que no está cómodo, que no puede conectar como le gustaría. Lanza derecha-izquierda, nueva finta del Meteoro, se separan y vuelta a empezar cuando llegamos al ecuador de esta ronda. Por el momento el aspirante, el que vive en Matrix, ha evitado toneladas de golpes del campeón. Vemos la frustración del madrileño, que busca una y otra vez meter en problemas al gallego al poner toda la intensidad en el cuadrilátero y, sin embargo, pegando al vacío. Le quedan 80 segundos para intentar quebrar a Ferreiro en este tercer acto, pero es un combate largo, y ambos deberían reservar fuerzas, pensar los golpes y moverse con calma, no ponérselo fácil al enemigo, aunque ninguno ha desplegado todavía todo su registro.

Ahora derecha larga de Leiva, y Meteoro retrocede una vez más sacando la zurda. Los golpes resuenan más rápidos, ¡parece que en lugar de cuatro manos haya ocho! Menuda clase magistral estamos viendo, señoras y señores: cruzado de derecha, gancho de izquierda, uppercut, directo de izquierda…, palabras y expresiones que tienen una dirección, que pueden convertirse en acción y evidencian que son algo serio. Cuidado con algún impacto que roza la legalidad. Ahí está el Señor Conejo con la zurda al pecho, intentando sorprender cambiando el ángulo del disparo. Meteoro se defiende con derecha-izquierda. ¡Queda un minuto y aumenta la tensión en Hispalis! El público se mantiene en silencio y concentrado, aguanta

la respiración, calibra si sus apuestas tienen posibilidades. Un pletórico Señor Conejo ha salido con una fuerza increíble y trata de destruir a su oponente. Para él este tercer round ya no es un round de tanteo, ni mucho menos, y busca noquear desde el primer segundo. Cross poderosísimo, aluvión de golpes sobre el aspirante, que está metido en problemas. Ferreiro carga el peso sobre la pierna derecha, balancea el cuerpo y recibe mucho, muchísimo castigo para cansar al campeón. Pretende aguantar en pie al robot de Alameda de Osuna y dejar que se gaste, ver si tiene gasolina para 10 asaltos.

¡Qué bien ha sacado el Meteoro esa izquierda recta que ha impactado en el rostro de Leiva! ¡Lo ha sentido el madrileño, sí señor, lo ha sentido! ¡Se traba al adversario para evitar la caída! Si Ferreiro le encaja dos de esos seguidos, el Conejo es historia. A ver qué truco se saca de la chistera para aguantar las acometidas de este rocoso y duro meteorito. Se abrazan el uno al otro aprovechando el respiro; estos dos monstruos antaño tan amigos se jadean en la oreja como enamorados.

—Esto es por el balonazo —susurra el de Gondor.

—Ha sido solo una caricia —responde Leiva.

El réferi tiene que entrar a separarlos y se alejan mirándose a los ojos con furia. El odio se puede cortar a cuchillo en el cuadrilátero sevillano. No esperábamos menos de esta contienda. ¡Qué noche estamos viviendo!

Quedan menos de veinte segundos y sigue buscando el Conejo engañar a su rival. Ha entrado bien esa derecha, llega con varios uppers buenos esa mano de poder. Se defiende el gallego con un golpe potente al hígado. Aguanta el madrileño y se lanza a la faena, lo engaña con la guardia, ¡menudo derechazo! Le salta el bucal a Ferreiro y vemos algo que sale volando de su boca. ¡Le ha arrancado una muela! ¡Increíble, inaudito, qué derecha le ha metido! Zarpazo del Gato al Meteoro, que cae contra las cuerdas sorprendido. El árbitro para la pelea, se acerca para comprobar los daños mientras el gallego se ríe, ¡se ríe el vigués con la boca llena de sangre!

—Gracias por el favor —dice en voz bien alta.

El público enloquece, el árbitro duda. Leiva baila en el centro del ring preparado para seguir pegando, para rematar lo que ha empezado. Pero se acaban los segundos y ¡suena la campana!

Felicitaciones en la esquina azul de Leiva, nervios crispados en la esquina roja de Ferreiro, que sangra como un cerdo degollado. Joaquín Reyes suda, dialoga con los entrenadores y observa con mirada odontológica si conviene cancelar la pelea. Aunque Meteoro tiene la boca llena de algodones que presionan la herida, alza el pulgar derecho al respetable.

—¡¿Quieres más?! —lo provoca Leiva, con el pómulo hinchado.

Se pone en pie y lanza golpes al aire; boxea con un rival invisible en un claro desafío al gallego. Nos levantamos todos, confusión en el graderío. Resuenan vítores de una parte de la platea y silbidos de la otra. Parece que se han formado dos grupos de fanáticos, cada uno de los cuales anima a su púgil y pide guerra. Con tanto follón es difícil escuchar a Malú, me has enseñado túúúúúú, tú has sido mi maestro para hacer sufriiiiiiir… ¡Sube diez grados la temperatura sevillana! Se abandonan chaquetas y aletean abanicos entre amontonamientos e insultos. Recibo empujones y pisotones mientras todo el mundo se acerca al escenario para ver mejor, para obtener primeros planos de los luchadores. Nacho Cano salta al ring y se hace con el trofeo, ese molar ennegrecido de la discordia, y declara en voz alta que se hará un colgante o un anillo, que lo subastará en eBay. Se sube más gente, se lo intentan arrebatar y él se resiste. Ana Torroja aprovecha para asestarle un poderosísimo directo en la nariz que lo tumba en la lona; sangra el Mecano y resbala Lolita Flores muerta de risa.

Qué espectáculo dantesco, niños y niñas. Follón en el cuadrilátero. Un histérico Joaquín Reyes echa a patadas a los invasores. Suda a mares el réferi frente a los abucheos del público, sin saber cómo recuperar el control del combate. Ahora pretende arrebatarle la campana al juez, este se resiste, intenso forcejeo en los aledaños del ring, protestas de las esquinas del cuadrilátero, amenazas de demandas ante la federación, lo nunca visto, queridos espectadores, La hora chanante en directo, Muchachada Nui en vivo. Finalmente,

Kid Reyes le arrebata la campana al juez y la hace sonar antes de tiempo.

Cuarto round: «Si esto sigue así, que dure veinte asaltos»

Ambos púgiles salen al centro bailando, moviéndose, como si el suelo quemase. Un pletórico Ferreiro, milagrosamente recuperado, sale con mucha fuerza, con ganas de vengar la afrenta y destruir a su oponente, mientras Leiva ajusta la distancia para contraatacar. Buena derecha cruzada del gallego; se cubre el Conejo agachándose con rapidez e intenta golpear desde abajo al plexo solar. Da en el blanco con vigor, pero resiste Ferreiro y contragolpea a la cara. ¡Esquiva Leiva en el último segundo y evita así un impacto potentísimo! También el gallego debe tener las tripas revueltas por esa mano de poder de Leiva. Recordemos que los guantes de boxeo no hacen tanta herida superficial, pero lastiman por dentro, recolocan los órganos internos, por así decirlo, y provocan mucho más daño que un puño desnudo.

Ahí va de nuevo a la ofensiva el Meteoro como si no tuviese un orificio en la mandíbula, como si no tuviese cuarenta y dos años, como un león joven en busca del KO de su vida. Buena combinación: derecha larga e izquierda en cross. Boxea el de Gondor como un artista, se siente un vengador y disfruta de la pelea. Lo espera el madrileño con la guardia alta, aprovechando cualquier resquicio para meter sus manos. Pero Ferreiro va con la izquierda cargada, y el de Alameda debe tener mucho cuidado porque si baja la defensa puede acabar viendo pajaritos.

Va para adelante el Meteoro, que acepta recibir algún golpe para poder conectar. El madrileño le ha pillado el tranquillo y pretende agotarle a base de golpes al cuerpo. Nuevo obús del Conejo directo al hígado, y aguanta Ferreiro como un campeón. Se ha venido arriba el vigués. Observen esas cicatrices redondas que exhibe su pecho. No podemos decir que esos marcados pectorales podrían detener una bala, pero así debería de ser un músculo, sí señor. Sonríe el Meteoro con la boca llena de sangre, mostrando una mueca terrorífica.

—Sangras como un cerdo —dice Leiva con gesto de asco.

Responde Ferreiro con la zurda a la cara siguiendo con su rapidísimo juego: tira golpes en series de dos y de repente lanza series de tres o cuatro, con lo que intenta sorprender al adversario y anular una contraofensiva. Una vez más avanza el vigués tratando de acorralar y se echa literalmente encima del madrileño intentando enchufar un golpe contundente. Lo alcanza con la izquierda y con la derecha en la mandíbula, y el Conejo abre mucho los ojos, perplejo. No le ha hecho mucho daño, pero el ataque lo ha cogido por sorpresa. Es un buen boxeador y no ha perdido el control, pero no parece que a Kid Leiva le vayan muy bien las cosas en este asalto. Aventura un directo de izquierda que pasa por encima del hombro de Meteoro, justo sobre su oreja. Aprovecha el gallego la zona descubierta y lanza un uppercut rápido que alcanza con fuerza las costillas. Suelta un gemido el Conejo, confirmando que le ha dado fuerte, y Ferreiro conecta un nuevo derechazo en el hombro que hace girar en redondo a su rival. Anticipa el madrileño la izquierda que le viene, se agacha y devuelve otro golpe bueno al cuerpo del gallego.

Estamos viendo sin duda el mejor boxeo en esta cuarta ronda. Ambos están bien calentitos y da gusto verlos, porque cuando los dos púgiles llegan bien es un combatazo. Aunque todavía no podemos predecir el resultado, nadie puede saber cómo pasará a la historia la contienda entre estos dos gigantes, cuál será el título definitivo del combate Leiva vs. Ferreiro; tal vez se recuerde como aquella vez en que la Fiera de Alameda mandó a dormir al Loco de Gondor; o, por el contrario, como cuando Kid Meteoro tumbó a Míster Rabbit. Solo sabemos que es casi tan bueno como Kinshasa 1974, querida afición, casi tan magnífico como el legendario enfrentamiento entre Alí y Foreman. Pero todavía está siendo, sucede en estos instantes, lo vemos con nuestros propios ojos, silbidos y jaleos de la platea, mucha excitación entre el público que anima a sus favoritos, mucho calor también en el suave invierno sureño. Una especie de nube sobre las butacas hace que parezca que estemos en una piscina cubierta o en un concurrido gimnasio al final de la jornada laboral. Llegamos a los dos minutos y la gente se levanta para intentar ver mejor. A ver si abren una ventana o encienden un ventilador, o esto va a ser una sauna.

Caras de preocupación en la esquina del aspirante, que no consigue sentar a su adversario a pesar de los golpes. Ahora buena combinación de Leiva por dentro y por fuera, buscando sorprender y que Ferreiro no le huela las manos; entró ahora el Meteoro con el uno-dos y lo recibe el Conejo con el croché. Amaga maravillosamente con la derecha el vigués para que el Gato no se las huela todas, a veces es importante amagar y engañar y no solo conectar. Atentos a esas dos derechas del de Barajas, que no arriesga porque puede venir el contragolpe, pero poco a poco va minando, siempre al cuerpo, como un martillo pilón. Se traban el uno al otro contra las cuerdas, rapiñando golpes para sumar puntos. Nueva zurda del madrileño. Aguanta el gallego y replica a la cara, buscando entre los ojos, ¡encuentra un hueco en la defensa y lanza un jab a la nariz que ha hecho pupa al madrileño! ¡Hemos oído el crujido de ese tabique nasal! El Señor Conejo pone cara de no saber dónde está e intenta recuperar el aliento. ¡Sangra el campeón! ¡Qué dolor, señoras y señores! ¡Le ha hecho la cirugía estética al de Alameda, le ha cambiado el perfil al Conejo con ese golpe tremendo! Este echa los brazos encima de Ferreiro y se abrazan. Intenta el gallego despegarse pegando con furia en las costillas, pero están demasiado cerca para ser eficaz eficaz. Sangra el de Mordor sobre el hombro de su rival e interviene el réferi, que envía a Meteoro a su esquina y muestra dos dedos al Conejo, y luego tres.

La gente se viene arriba, gritos y silbidos, locura en la platea por si se detiene el combate, por si el madrileño no puede seguir. Incertidumbre en Sevilla. Quedan treinta segundos para finalizar el round y el rincón rojo protesta, litiga con la mesa para que se reanude la pelea, para que Ferreiro pueda noquear con un golpe certero y conseguir una victoria. Pero el árbitro duda, demora su decisión. Abucheos de un sector del público. Aumenta la tensión en el auditorio. Quedan solo diez segundos y la gente corea a gritos la cuenta atrás: ¡Diez, nueve, ocho…! ¡Salvado por la campana!

Qué suerte han tenido los de la esquina azul, que se lanzan hacia su hombre con bastoncillos y algodones. Cubren de hielo la cara del Señor Conejo para intentar solucionar el estropicio. Resignación en la esquina de Meteoro, que tendrá que esperar al siguiente asalto para rematar lo que ha empezado.

El público grita y silba y se levanta de sus asientos. Todo el mundo chilla exaltado y vemos al fondo mujeres que alzan pancartas: «Nosotras también queremos pelear» o «Abajo la testosterona». ¡Esto es increíble! ¿Qué está pasando? Por mi derecha se acerca una cuadrilla de chaladas y ¡rapan la cabeza de una chica en directo! Se sube Yurena al escenario y canta «No cambié» a capela. La agarra del brazo Fon Román, pero aparece la madre de la artista y lo ataca con un ladrillo. Combate a tres en el ring, el expirata derriba a la madre de un derechazo, y la hija le araña la mejilla. Mientras, una espontánea se pone en pie sobre una butaca y aúlla a través de un megáfono: «¡Fuera Joaquín Reyes! ¡Queremos a Eva Hache!». El aludido señala a la alborotadora e intenta que los de seguridad la expulsen sin mucho éxito, boquea el réferi como un pez fuera del agua, la pajarita torcida, sin saber qué hacer. Locura en el Al-Ándalus en el minuto de descanso, en el que no descansa ni el apuntador.

¡Ladies and gentlemen, menudo combate estamos presenciando!

Quinto round: «Con todo»

Campanazo y un agresivo Meteoro sale al centro con ganas de terminar cuanto antes, mientras el Conejo se mueve con pasos laterales y evita los ataques. Presiona el gallego y ajusta distancia el madrileño para evitar un impacto fuerte mientras busca el hueco para contragolpear. Parece que se acabó el tiempo de los trucos y las sorpresas, y los púgiles se mueven con más cautela observando la técnica del rival. Puede que con esta niebla los de atrás no aprecien bien el estado de los contendientes, así que yo soy sus ojos y oídos e informo para todo el mundo desde la primera fila. Y esta es la terrible noticia: es evidente que ambos se encuentran físicamente bastante perjudicados. El Señor Conejo tiene una patata marchita por nariz y es un milagro que pueda ver algo. Por su parte, la mandíbula de Ferreiro está tan inflamada que parece el hombre elefante, y observen —si pueden— ese morado del costado que le impide mantenerse derecho; posiblemente tenga ya alguna costilla rota o, en el peor de los casos, una hemorragia interna. Más golpes en esa zona podrían suponer un KO de libro, y lo sabe; por eso mantiene la guardia un poco más baja de lo recomendable. Boxea

Kid Meteoro sin protegerse la cara, como si estuviese rodando una película, y deja una vía libre que aprovecha Mister Rabbit. Cada vez que el colchonero le conecta un golpe, Ferreiro suelta un salivazo de sangre y sonríe, sonríe el celtarra que da miedo verlo. Parece decir a su oponente que si quiere pegarle tendrá que estar dispuesto a recibir y, para demostrarlo, lanza la diestra y le abre el labio a Leiva hasta que este sangra más que el suyo. Los dos luchadores están ahora compensados y escupen rojo, charcos colorados en el ring. Que alguien pase la fregona, por favor.

Una y otra vez busca el Meteoro ese golpe definitivo que tumbe al campeón. Ya no habla, lo provoca con gestos de la barbilla y las manos incitándolo a acercarse, aunque magnífico el Conejo aguantando las embestidas. Bien abajo Mr. Rabbit, pero poco a poco Ferreiro va haciendo camino con el jab. Público como loco. El vigués lo está machacando mucho con esa izquierda, buscando acortar distancias mientras Leiva bloquea, reacción formidable. El gallego ha golpeado ya en todas las partes habidas y por haber, y el madrileño aguanta como un punching ball. Cada embestida del Meteoro sobre el campeón parece directamente una crueldad. Suenan los puños contra la carne, y se extiende su eco por todo el auditorio como en una vieja película del Far West. Las admiradoras del madrileño lloran, se muerden los nudillos, se tapan las orejas para no oír la paliza de su ídolo, ¡pero Leiva no cae, señoras y señores! Haciendo un alarde de técnica de piernas, soporta las durísimas entradas del aspirante, lo sujeta, lo traba, táctica de desgastar al rival, de esperar al ferroso y duro Meteorito, que poco a poco se agota, jadea, respira ya con la boca abierta.

Lo cierto es que en este asalto ambos han perdido bastante velocidad y empezamos a apreciar claros síntomas de cansancio. Tres minutos por round puede parecer poco tiempo; sin embargo, es una eternidad cuando debes darlo todo, cuando la concentración tiene que ser extrema para evitar un misil. Se paga un precio muy alto en solo tres minutos. Puedes ver tu vida entera pasar en esos ridículos tres minutos. A veces el agotamiento es de tal calibre que es más fácil aceptar un puñetazo en el cráneo que levantar un brazo para pararlo; un brazo que pesa una tonelada, un brazo que se ha convertido en plomo y cuelga como un peso muerto, un miembro fantasma que ya ni siquiera siente dolor y no reconoces como tuyo.

Un minuto para el final cuando se traban resollando, se apoyan el uno contra el otro intentando coger aire, un aire caliente cargado de vapor y sauna, cargar pilas mientras esperan a que el árbitro los separe. Quién sabe qué estarán pensando estos dos mientras se respiran al oído. Tal vez intentan planear la nueva jugada, estrujarse los sesos para encontrar el escurridizo punto débil del adversario, o, por el contrario, se preguntan qué demonios hacen aquí. Interviene el réferi y los obliga a apartarse. Se miran el uno al otro sin moverse, como si se les hubiese agotado la batería. Pasan los segundos y silbidos del público que se aburre, que quiere guerra, que nunca está satisfecho, nunca hay demasiada sangre en la arena.

Finalmente se aproxima Ferreiro, lanza la derecha y la frena el Conejo sin acobardarse, sin rendirse todavía, sonriendo en un claro desafío a pesar de tener la cara hecha un cristo. Avanza de nuevo el gallego desde abajo con un upper de izquierda, pero no retrocede el de Alameda, sino que intenta recuperar ventaja. ¡Qué buena derecha de Leiva! Con el gancho está llegando muy bien ahora el de Barajas, que se viene arriba y ve los pocos huecos, busca abajo y arriba, ¡qué bien busca! En un alarde de rabia, se resiste a ceder el título, informa al veterano de que no va a ponérselo fácil. Sorprende al Meteoro con ese swing al rostro —el swing es un golpe largo de trayectoria descendente que rompe la guardia por arriba e intenta impactar en la sien o en la mandíbula— y consigue el objetivo. ¡Se inflama el ojo del vigués! ¡Ferreiro lo ha sentido! Sí, está aturdido, se toma un par de segundos y responde como un molino; cuidadito cómo responde. ¡Se cruzan las manos! Lo han sentido los dos, se han retado mutuamente estos dos titanes, ¡precioso momento de intercambio de golpes!

Campana y nueva parada en boxes. ¡El asalto más bonito hasta ahora! ¡Ambos han catado el poder de su rival! Los púgiles se arrastran hasta los banquitos, y los técnicos evalúan daños, introducen algodones y bastoncillos, embadurnan con vaselina, aplican el endswell —también conocido como plancha, yugo, ojo de hierro o pomulero—, conservado en un cubo con hielo para aumentar su eficacia.

La humedad se asienta sobre las butacas y sudamos la gota gorda. La gente se levanta excitada y sube el volumen de la música; Ángela

Carrasco proclama que cree en Dios firmemente, pero en Al-Ándalus todavía creemos en Leiva y Ferreiro, creemos en este duelo lisérgico que se está acercando a su último capítulo sin defraudar ni un instante. Miradas asesinas desde ambos lados de la platea. El pasillo central milagrosamente vacío, una especie de tierra de nadie que separa dos ejércitos enemigos. De uno y otro lado se lanzan improperios y objetos, vasos de papel con cerveza, latas e incluso zapatos. Alto voltaje al aparecer los primeros luchadores espontáneos al pie del ring. A mi izquierda Abraham Boba golpea a Nacho Vegas; a mi derecha se hace un corro para presenciar la pelea paralela entre Mon Cancela y Juanes sin camisa negra. Doble directo de derecha del colombiano. Buena combinación del gallego, derecha larga e izquierda en cross al ojo. Noquea a su oponente y se lía a tortazos con los hermanos Estopa. A Kid Cancela le ha nacido el instinto homicida y ha salido atropellando; alguien le ha quitado el tapón y cualquiera diría que se quiere comer a los rivales ahí mismo. ¡Embrollo en Sevilla! El público se enreda con los espontáneos y suenan tortas en la niebla, difícil ver quién pega a quién en estos momentos. Todo se mueve como un torbellino menos Leiva y Ferreiro, los protagonistas del evento. Estos grandes luchadores se miran a los ojos el uno al otro mientras reciben cuidados médicos en sus rincones, y se dejan dar masajes en bíceps y cuello. Sus respectivos entrenadores les gritan al oído instrucciones, pero no parecen escuchar nada; se muestran quietos, serios y callados, como si no estuviesen aquí con nosotros en medio del jaleo, sino en otro sitio, muy lejos, tal vez juntos.

Faltan pocos segundos para que se reanude el combate y Leiva parece sentenciado. Meteoro parte con ventaja, y lo más probable es que tumbe a su oponente en los próximos minutos, aunque en realidad ambos se encuentran bastante machacados y puede pasar cualquier cosa. Estamos llegando al final, damas y caballeros, y no se lo pueden perder.

Sexto round: «Esperpento»

Comienza el asalto. Iván sale con todo y arrincona a Leiva, que esquiva como un sauce en una ventolera. Magnífico el madrileño; apenas se tiene en pie, pero no se rinde, sino que retuerce el torso,

lanza un uno-dos de látigo, ese clinch fulminante para salir de las cuerdas. Se entromete el réferi, jadean los contrincantes con las manos bajas, exhaustos, aunque llevamos menos de un minuto de esta ronda. Sobrevuelan recriminaciones desde todos lados, como pájaros de mal agüero, que incitan a los púgiles a moverse. Meteoro avanza de nuevo con un directo de izquierda, antaño su golpe de poder, que aparenta ser cada vez menos contundente. Insiste, aun así, con todas sus fuerzas, las últimas que le quedan, mientras el de Alameda esquiva sin contestar. También parece acabado el campeón, le cuesta levantar los brazos y se dedica a virar el torso, a girar la cara; es increíble que pueda ver algo con esos ojos hinchados, con esa nariz destrozada.

El público se crispa por momentos, envuelto en vapor de agua. Quien use gafas las tiene empañadas; quien alce un brazo muestra una axila sudorosa. Una voz indignada exige que enciendan el aire acondicionado, y lo secundan muchas otras, sin éxito por ahora. Se levantan excitadas las primeras filas, lo que obliga al resto a subirse a sus asientos para no perderse la pelea. Desde el fondo se escuchan airadas protestas para intentar ver mejor. Los ánimos están muy exaltados, y los de seguridad se ponen nerviosos, hablan por radio, ocupan lugares estratégicos.

El vigués sigue presionando, lanza un uppercut al hígado mientras Kid Leiva bloquea y defiende como un maestro, sin flaquear jamás. Es increíble lo que estamos viendo: este hombre debería de estar ya besando la lona; sin embargo, poco a poco aumentan los contragolpes del de Barajas, que, contra todo pronóstico, saca energía de no se sabe dónde y comienza a responder. Cualquiera diría que Mister Rabbit se ha tomado un brebaje hipertónico, un sorbo de la pócima de los galos, porque se está igualando la pelea en este asalto, uno mejor por los golpes, y otro por la defensa. Minuto y medio y pueden observar cómo Iván está perdiendo velocidad y Leiva comienza a meter buenas manos. Desconcierto de Ferreiro, que no puede conectar al madrileño. Desconcierto también de los que presenciamos el combate con esta resurrección del ave fénix. Hace treinta segundos habríamos dicho que era imposible, pero lo estamos presenciando, lo estamos viendo con nuestros propios ojos, el campeón todavía tiene algo que decir a su adversario. Ferreiro empieza a desesperarse, su velocidad solo

encuentra la nada, pega al aire mientras Leiva llega una, dos veces a la cara. Comprende el de Alameda que su única oportunidad está en la pegada; por eso ahora también él busca noquear, lanzando potentes andanadas. Sus fans gritan como locas, llegan silbidos desde la niebla del fondo. ¡Menudo gancho de izquierda ha tirado el Gato, que, de haber impactado en el gallego, habría finiquitado el evento! ¡Cambio de tornas en el ring! La primera entrada potente de Leiva de este asalto. Vuelve a atacar con el jab a la nariz. ¡Ojo al ataque, ojo al ataque! ¡Se venga el madrileño con esa réplica feroz y elegante! Ferreiro lo ha sentido y da dos pasos atrás sacudiendo la cabeza. El réferi se acerca al gallego y le hace contar dedos mientras Leiva aprovecha también para recuperarse. Todo el público se pone en pie y avanza sudando por los pasillos, por encima de las butacas; tropezones y empujones. Reparto codazos y patadas para no perder el micro. Me acorralan y me defiendo para poder seguir adelante con la emisión del encuentro. Nerviosismo en las esquinas, tensión en Andalucía con el Niño de la Libretita retransmitiendo para el mundo entero.

Se reanuda el combate con un Meteoro que entra en la atmósfera y empieza a desintegrarse. Intenta eludir los golpes de su oponente, pero su réplica llega tarde, ha perdido punch y retrocede hacia las cuerdas. Resopla el vigués completamente agotado, necesitado de un inhalador, y mira a un Leiva que se ha puesto derecho, que ha crecido veinte centímetros de repente. ¡No doy crédito a lo que ven mis ojos! ¡Creíamos que no sería capaz, que no tenía fuerzas suficientes, pero sí, ahí está, ahí viene la maniobra binky! Los espectadores aguantan la respiración mientras Leiva se concentra; prepara el de Barajas su próximo movimiento con calma, como si tuviese todo el tiempo del mundo, como si el reloj no siguiese contando los últimos segundos de este sexto asalto. Parece que lo vemos a cámara lenta, se coloca como Karate Kid buscando el equilibrio, la postura perfecta. Ferreiro lo mira hipnotizado, sabe que solo un deus ex machina puede salvarlo, solo si la misma Atenea baja de los cielos en este momento y fulmina a su oponente con un rayo. Pero eso no va a pasar hoy. Vemos a Leiva acercarse despacio; se alza sobre el gallego como un gigante, volando, despegando los pies del suelo. Vemos ese puño derecho, esa mano de poder, ese yunque indestructible que se carga de potencia con el giro del pecho, con el ángulo del hombro… ¡Impacta! ¡Menudo

torpedo se le vino encima al Meteoro! ¡Lo lanza por el aire como a un muñeco! ¡Flota el gallego sobre el ring antes de caer como un fardo! ¡Rebota contra el suelo! ¡Lo mató al vigués con ese golpe perfecto! Se me saltan las lágrimas de emoción, damas y caballeros. Lo ha conseguido de nuevo el de Alameda. Miren la pasta de la que está hecho, porque de esta pasta está hecho un ganador. Sobre un cuadrilátero las cosas pasan muy de prisa, pero ¿quién podía imaginar semejante contraofensiva? Leiva cae de culo también, incapaz de mantenerse en pie después de su hazaña final, los guantes posados sobre el suelo, tan extenuado como su rival. El árbitro se toma su tiempo para empezar la cuenta, público como loco, poseído por todos los demonios, protestas de dopaje de un lado —¿qué le han dado al colchonero? No es normal esa recuperación, meter tres goles en los últimos minutos— y argumentos defensivos del otro —concentración exquisita, mente poderosa o el instinto de supervivencia, ¿qué más da? Chapurrean un poema a gritos y mal: no te acerques a esa buena noche, furia, furia, resiste— cuando al fin Joaquín Reyes empieza su letanía: ¡Uno, dos, tres…! Lágrimas de Amaro Ferreiro, ¡cuatro, cinco…! Abre un ojo machacado su hermano, tumbado en la lona, ¡seis, siete…! Alaridos de júbilo en la esquina azul que ya anticipan la victoria por KO, la salida triunfal, el honor salvado in extremis, ¡ocho, nueve y…!

De pronto suena una tímida campana, como si una vaca se pasease por el ring haciendo tolón, tolón. Se hace un silencio espeso en la niebla, apenas unos instantes antes de escuchar a Nena Daconte (ya no lloro lo que ya he perdido, ya no tengo ganas de seguir igual, ya no siento nada si no estás) y de que se desate el caos. ¡¿Qué?! ¡No puede ser! ¿Finaliza el asalto sin llegar a diez? Pues sí, finaliza el asalto y la cuenta del réferi, que tampoco sabe dónde meterse y discute con la mesa. Confusión generalizada, estupor infinito. Los rojos transportan deprisa a Ferreiro a su banqueta, literalmente salvado por la campana. Sujetándose unos a otros para no matar al juez, los azules alzan en volandas al campeón semidesmayado y lo arrastran a su rincón. Frenéticos, los cutmen se emplean a fondo para reanimarlos en un todo vale de infarto: abofetean a sus púgiles para despertarlos de su letargo, embadurnan bigotes con amoniaco, pellizcos en los testículos y cosquillas en las plantas de los pies —la santa Inquisición estaría orgullosa de estos profesionales del deporte

—. Por su parte, preparadores, parientes y amiguetes les chillan al oído que no ha terminado el suplicio todavía, expresan su frustración con insultos al árbitro, insultos de esquina a esquina, bombardeo de improperios y gestos soeces mientras el cuadrilátero se convierte en un box de urgencias hospitalarias: toneladas de pomada en cejas y pómulos, se enderezan tabiques nasales, se unen cortes con pegamento, gorros y bufandas de hielo, abanicos y adrenalina.

Joaquín Reyes va de un lado a otro muy enfadado hablando de repúblicas bananeras, se niega a reanudar el combate y amenaza con marcharse si no se respeta su autoridad. Se enfrenta con valentía a los entrenadores, que rechazan tirar la toalla, que no van a rendirse de ninguna manera, aunque sus púgiles estén para el arrastre, se niegan a dejar pasar el título de campeón para su hombre. Los jueces se levantan de la mesa y abandonan el recinto protegidos por guardias de seguridad. El público silba, abuchea y arroja cosas. La campana impacta en la sien del réferi y lo derriba mientras algunos aprovechan para darle algunas patadas. Se lo llevan en camilla entre pitos y burlas. Esto es el anarquismo, lo nunca visto. Meteoro y el Sr. Conejo —ojos medio cerrados, narices partidas, la cara convertida en puro corte y hematoma— se miran en silencio, vomitan y no dicen nada. Están más allá del umbral de dolor, más allá de reglamentos y lógicas; imposible imaginar qué piensan sus maltrechos cerebros en estos instantes.

Séptimo round: «Homo homini lupus»

En vista de que la campana no aparece, alguien golpea dos objetos metálicos para iniciar este asalto, completamente ilegal, por cierto, mas a ver quién es el guapo que se atreve a protestar ante la muchedumbre exaltada que patalea y bate palmas. Retumba el auditorio hasta los cimientos exigiendo que continúen mientras les quede a los púgiles un hálito de vida. Desde sus respectivas esquinas los empujan con furia a la lona y los incitan a pelear, a saludar a los espectadores con un morituri te salutant, a regresar sobre el escudo si hace falta, pero de rendirse nanay —ya sabemos que en el mundillo del espectáculo no se hacen prisioneros—.

Bien, pues todo se decide aquí y ahora, caballeros y caballeras. Tres minutos para conocer el final, aunque no creo que duremos tanto. Los ayudantes de Ferreiro han conseguido abrir a medias su ojo derecho —seguramente podemos dar el otro por perdido—, aunque todavía deforma su mejilla un terrible flemón que lo obliga a escupir rojo cada quince segundos. Leiva no lo tiene mucho mejor: aparte de la nariz destrozada, los párpados del ojo izquierdo sobresalen por encima de su ceja como dos longanizas, y encima de la otra tiene una buena brecha que le hace llorar sangre. Todo esto sin contar los estragos internos que también estarán pasando factura en ambos luchadores. Resumiendo, dado el estado lamentable que muestran campeón y aspirante, no sería raro que alguno caiga por su propio peso en cualquier momento.

Un cumulonimbo ocupa el techo del auditorio cuando Meteoro aventura un par de directos de derecha muy lentos, que falla por kilómetros. Aunque no es necesario, Leiva esquiva girando la cara con desidia y lanza una zurda pesada, pesadísima, apenas puede alzar esa mano el madrileño. Se les acabaron las pilas, apenas dan más de sí y ninguno puede dar ya puñetazos, solo palmetazos lamentables. Lo que presenciamos ahora es un auténtico calvario; la agonía de la Semana Santa se adelanta en Andalucía mientras asistimos a la procesión de los nazarenos en pleno martirio. El público se desespera, anima a sus favoritos con silbidos y estrépitos, pero ellos se mueven a cámara lenta. Contemplamos estupefactos esos brazos que no llegan, que resbalan, que se apoyan en el contrincante para coger fuerzas. Convertidos en tentetiesos, se inclinan en ángulos imposibles, mas no hincan la rodilla, ninguno besa el suelo, ¿cómo es posible? Parecen un par de zombis que boxean más por instinto que por voluntad consciente. Los entrenadores se miran unos a otros con la toalla al cuello, listos para soltarla si es necesario, pero ese tren ha pasado; deberían de haberlo pensado antes porque a nadie importan ya esos dichosos trapos.

Poco a poco se hace el silencio, solo interrumpido por el ruido de los golpes contra la carne. Se ha detenido el tiempo en Sevilla, y se diría que el auditorio al completo se precipita en una singularidad cósmica. Igualados en el espanto, las caras de los púgiles se han transformado en máscaras, en patatas podridas: apenas

conseguimos reconocerlos por los calzones ensangrentados. Parecen dos muñecos articulados que, casi consumida la batería, mueven los brazos como autómatas para golpearse sin fuerza. Charcos rojos en la lona; casi hay que poner más atención en no resbalar que en derribar al oponente; aquí empieza a oler a carnicería. Quién diría que hay tanta sangre dentro del cuerpo, que se puede perder semejante cantidad sin sucumbir.

Espero que comprendan mi nerviosismo al encender un cigarrillo y permitirme divagar, encontrar alguna reflexión que suponga un descanso mental y físico para tanta tensión. Pienso que una persona «normal» habría desistido hace tiempo. Los seres «normales» solemos desarrollar un instinto de supervivencia que prevalece sobre cualquier otro cuando la propia vida peligra. Pero me obligo a recordar que nada de lo que sucede en el escenario es «normal». Tampoco lo querríamos, por supuesto; deseamos que esa gente que se sube al cuadrilátero sea lo menos normal posible, que no compartan con el resto casi ninguna cualidad; necesitamos presenciar heroicidades de vez en cuando para soportar lo cotidiano. Esa es la función del boxeador. El púgil, igual que el artista, de alguna manera aprende a reprimir su propio instinto animal de supervivencia, a dominar el pánico y la pulsión natural de evitar el dolor para, desnudo e indefenso, abandonar la seguridad del rebaño y lanzarse en plancha a lo desconocido. Podríamos llamarlo locura, sobre todo cuando constatamos que la mayoría se estrella al fondo del barranco. Mas en ocasiones, muy pocas, sucede la magia y comprobamos estupefactos que sí, que existen los milagros. Alzamos la vista al cielo y contemplamos el vuelo con adoración. Es entonces cuando el rebaño recupera la fe en la vida, aunque para ello tenga que perder a algunos miembros, rápidamente denostados y olvidados, a nadie le gusta mirar abajo.

Llueve en el pasillo central y hay mutismo en las gradas mientras prosigue este espectáculo lamentable que no tiene fin, el ángel exterminador en el auditorio. Asistimos en este instante a una incertidumbre plástica, los dos flotando sobre el vacío, ni volando ni cayendo, congelados en el espacio-tiempo. Les aseguro que es cualquier cosa menos divertido; en consecuencia, al pie del barranco la cosa se descontrola. La incomprensión genera un miedo cerval, y los espectadores se agitan. Balidos temerosos se alzan en el

aguacero, tímidas críticas entre el público que, horrorizado y aburrido, se queja. Incluso llegan a mis oídos murmullos indignados y sospechas de amaño o tomadura de pelo. Oh, sí, hay una línea muy fina entre lo que gusta y lo que no y, definitivamente, Leiva y Ferreiro han dejado de dar a la gente lo que le gusta. Apoyados el uno sobre el otro, les flaquean las rodillas, les flamean las piernas como banderitas. Les gritan desde las esquinas que se separen ellos solitos porque no hay tercer hombre en el ring. Finalmente se apartan jadeando, se miran, incluso se hablan.

—Creo que ya es suficiente —susurra Ferreiro.

Aunque es difícil identificar sus rasgos, diría que el de Barajas sonríe.

—Hace tiempo que tú y yo ya no decidimos nada —responde.

—¿Qué quieres decir?

—Que este capítulo no acaba así.

—¡Has encontrado el manuscrito! —Ferreiro da un paso atrás como si le hubiese propinado un puñetazo invisible.

Convertidos en monstruos, apenas se les escucha, y la gente chista pidiendo silencio. ¿Qué majaderías están diciendo? ¿Qué significan esas tonterías? ¿De qué nos advierten? «¡Mátalo!», incitan las fans del madrileño. «Acaba con él», exige el bando del gallego con Julián Hernández a la cabeza, siniestro como el Padre Karras.

—¿Y cómo termina? —musita Iván.

—Sin dios ni ley.

De pronto el Conejo avanza y le conecta a Ferreiro dos ganchos rápidos de izquierda justo en el ojo medio abierto y lo cierra de nuevo, pero le ha pasado factura el esfuerzo y acusa el cansancio. Medio ciego, Meteoro lo busca y lo encuentra entrándole a la cara y al cuerpo mientras Leiva apura el clinch, se abraza a Ferreiro y ambos apoyan la cabeza en el hombro del otro. Como por inercia, se dan golpes al hígado, al plexo solar, al estómago. Ninguno puede más, pero ninguno para. ¡Dos izquierdas seguidas a la cara del

Señor Conejo, un gancho exactísimo a la nariz del Meteoro, que se apoya contra las cuerdas! El público se viene arriba, exige vengar esa afrenta, pero Ferreiro se ha quedado sin argumentos, se abraza a su enemigo y lo traba con los brazos. Leiva se revuelve, intenta librarse de esas tenazas, sin conseguirlo, y se lanza a morderle el cuello. ¡¿Qué tenemos aquí?! ¡Le salió el vampiro al de Alameda! ¡Hannibal Lecter se vino al cuadrilátero! Chilla el Meteoro intentando librarse de esos incisivos, se revuelve, empuja; baja la cara el Señor Conejo, y el gallego le propina un cabezazo en la frente que le abre una profunda brecha; sangran a dúo en el escenario. ¡Juego sucio y no tenemos réferi que lo detenga! Los segundos se deslizan a chorro y sobrepasamos los tres minutos reglamentarios, pero no se escucha ningún gong.

Se desata un huracán en el auditorio, locura total entre el respetable, que ha perdido todo el respeto por cualquier norma o persona y se lía a tortas, a porrazos, a zapatazos. También los equipos de los púgiles se abalanzan unos sobre otros y se pegan bien, sí, señor: podemos ver golpes de los buenos mientras van ocupando el ring. Rockeros contra rockeras, leivistas contra ferreiristas, norteños contra sureños, se muestran los dientes como fieras, poseídos por fuerzas telúricas, como si hubiese luna llena, suben las mareas y se excitan los ánimos, homo homini lupus en Al-Ándalus, niños y niñas. Me refugio bajo la mesa cuando un gigante calvo se sube al escenario. Es Jorge Martínez, de Ilegales, que, con sonrisa siniestra, se desabrocha el abrigo y muestra satisfecho el cinturón de explosivos que rodea su torso. Lo nunca visto, un anarquismo, una revolución, ¡el advenimiento de un mundo sin dios ni ley!

14

Un destello, un estruendo, un empujón, una succión, y de repente ya no estaba allí, sino aquí. Así sin más. Desde la explosión deambulé por una prisión imaginaria de Piranesi, pasillos negros, bóvedas altísimas, fosos sin fondo, subiendo y bajando escaleras que no iban a ninguna parte, Adso de Melk extraviado en las membranas de Umberto Eco. Envuelto en el silencio, supuse que mis tímpanos habían estallado; una suerte porque ya no escuchaba los gritos. También creí que me había quedado ciego y no me importó no ver ese cuadro del Bosco del que había conseguido huir, sin saber cómo, para acabar en otro que tampoco se diferenciaba del infierno.

Me di cuenta de que este podía ser el último acto de mi historia. ¿Me hallaría en un psiquiátrico, recorriendo mis propias circunvoluciones cerebrales sin moverme de una celda acolchada? La ciencia empírica me decía que no, pero ya se sabe que el empirismo no suele tener en cuenta al alma; al fin y al cabo, la realidad es un concepto bastante indigno de confianza. Lo único que me apetecía era tumbarme en el suelo y dejar de pensar. Ordené a mis piernas agotadas que se detuviesen, pero no me hicieron caso y seguí caminando sin saber por qué. Me arrastré como un tardígrado por los túneles, tecleando muros y techos con mis ocho patitas; Gregor Samsa transformado en escarabajo, indiferente al mundo exterior. Quizá estaba muerto, aunque tenía sed. Quizá estaba vivo, pero aquí. Cualquier cosa que pueda suceder sucede ahora mismo en alguna parte.

De pronto un chirrido penetró en mi tofu de sabandija y poco a poco descifré tonos, claves, una melodía que se convirtió en voz.

—Vas en dirección contraria.

Me di la vuelta con rapidez coleóptera, o sea, con lentitud, y recuperé la conciencia y la voluntad de forma inaudita, o no tan

inaudita porque, como nos ha contado el maestro mil veces, «cuando el horror depone sus máscaras no hay nada que la mente humana no pueda resistir».

—¿Eres Stephen King? —pregunté al aire.

—Tienes que volver a entrar —añadió la lejana lucecilla, apenas un parpadeo que se desvanecía en la negrura.

—¿Entrar dónde?

Frenético, me dirigí hacia el débil resplandor chapoteando y palpando las paredes húmedas de aquel teseracto que abría bocas en múltiples dimensiones, sin indicaciones del camino correcto, hasta que mis dedos entumecidos tocaron algo que tardé un buen rato en reconocer: una cuerda, o más bien un simple cordel, al que me aferré con gratitud bastante maravillosa.

Seguí su recorrido con la esperanza de llegar a un bosque cercano a mi casa quemada. En algún momento el silencio se fue diluyendo y en su lugar empecé a oír una canción lejana y familiar —Desde aquí, desde mi casa, veo la playa vacía—, más nítida a cada paso, que me atraía como la luz a una polilla. Cientos de voces cantaban Turnedo a coro —¿se puede saber qué esperas?— cuando llegué al final del cordel, anudado a una barra horizontal a la altura de mi cadera, y comprendí que estaba frente a una puerta de emergencia —el doctor me recomienda que no esté ya más contigo, pues el tipo soy yo mismo— de esas que suelen acompañarse de un cartel con una silueta fugitiva. Me quedé paralizado delante de esa puerta cerrada convencido de que tras ella —aunque sigas suspirando por algo que no era cierto, es algo que llevas dentro— me esperaban con los brazos abiertos la verdad y el terror, que por desgracia suelen ser sinónimos. ¿Qué alternativas tenía? Podía agarrar el cordel —yo no puedo aconsejarte, ya es muy duro lo que llevo— y desandar mis pasos hasta llegar al bosque —dejemos que corra el aire y digámonos adiós— y a la montaña de desastres que había dejado atrás, aunque hubiesen sido todos esos desastres los que me habían traído hasta aquí. O podía alejarme de aquella puerta y aquel cordel —¿quién no tiene el valor para marcharse?— y seguir adelante, vagando para siempre por el laberinto —marcharse y aguantaaaar— con la vaga esperanza de encontrar —¿quién prefiere

quedarse y aguantaaaar?— otras salidas a otros mundos, otros universos, otras vidas.

Mi gran coro griego, que respondía a mis preguntas con los versos de una canción pop, se quedó en silencio de golpe. De pronto el silencio y el negro opaco y la duda y el miedo, siempre el miedo, mi compañero más fiel. Supe que tras esa puerta estaba el final de mi viaje, me gustase o no; que podía vagar por el laberinto del espacio-tiempo eternamente, con cuerda o sin cuerda, y siempre acabaría frente a aquella dichosa puerta una y otra vez.

Si quería resolver el enigma, debía saber la verdad. Al fin y al cabo, eso me haría libre, ¿no?

La abrí.

Me encontré el mismo auditorio Al-Ándalus, intacto. El cuadrilátero se había transformado en escenario y sobre él vi al otro Leiva y a mi otro yo cantando a dúo. Ni rastro de heridas ni de sangre, ambos limpitos y bien vestidos, con pelo en sus cabezas, disfrazados de estrellas de rock. Con un nudo en el estómago contemplé al mismo público ordenado en sus butacas, satisfecho con el espectáculo mientras cantaban esa canción que definía el final de todos mis conciertos. Temblé de la cabeza a los pies, aturdido por aquella visión que, sin claraboyas de por medio, parecía mucho más real; tan real que era real.

Descubrí en qué consiste estar loco: no asimilar lo que tus ojos ven y tus oídos oyen, así de simple. Terraplanistas y reptilianos, antisistema y radicales, inmigrantes y artistas, los auténticos parias de la sociedad, saben de lo que hablo. Quizá los trastornos psiquiátricos eran eso, la incomprensión absoluta de las reglas que rigen el mundo, un mundo sin dios ni ley.

Como sonámbulo, recorrí el pasillo central hacia el escenario, justo delante de aquellos Iván y Leiva que continuaban cantando tan tranquilos, y me volví hacia el público exponiendo otra verdad, la mía. Quería que todo el mundo me mirase, que viesen a dos Iván Ferreiro delante de sus narices; que todas aquellas personas

duplicadas supiesen que poseían una versión peor, de cuya existencia no tenían ni idea, capaz de pegar, morder y poner bombas, yo he visto cosas que vosotros no creeríais, diría el amigo Rutger.

Nadie me vio. Incluso alcé los brazos para llamar su atención, pero nada, sus ojos estaban puestos en el escenario, ciegos a cualquiera que contradijese su realidad. Me había vuelto transparente o fantasma, igual que Olmet, mezclándome entre los asistentes a mis conciertos.

Miré mis manos, nítidas, sólidas, magulladas después del combate, sin saber qué hacer. Tal vez aún podía enfrentarme a los doppelgängers en el camerino, o al menos partirles la cara hasta matarlos, que no sonaba mal del todo. Pero, cuando la canción terminó, nadie se levantó, todos se quedaron estáticos, anclados al escenario y a las butacas como en una fotografía tridimensional.

Fue durante aquella milésima de segundo cuando volví a escuchar el clic, antesala de prodigios, tan leve que apenas pude apreciarlo. Con los pelos de punta entre una multitud petrificada con el brazo en alto, la boca abierta en medio de un grito y demás movimientos a medias cristalizados en ámbar, afiné mis sentidos al máximo para detectar un nuevo disparate, aunque fuese insignificante.

No fue insignificante, fue colosal.

Quien manejase los motores reinició la escena desde el principio —Desde aquí, desde mi casa, veo la playa vacía— y el público cantó a coro esa segunda vez como si fuese la primera, verso a verso, hasta detenerse al final en las mismas posturas que antes. Después, igual que un loop mal ajustado, vino el clic y la tercera vez, y luego la cuarta, y la quinta, como un disco rayado. Una espantosa pesadilla a ritmo de clics.

Llegué a pensar que la historia no iba hacia ninguna parte y terminaba así, en un bucle insoportable y mi propio colapso mental, cuando advertí que, al fondo del auditorio, tras el mar de personas que seguían cantando sin verme, alguien me miraba: el Leiva rapado y de cara magullada con el que había peleado en el ring, fumando con la espalda apoyada en la pared.

Me acerqué a él. En el suelo, a sus pies, había varias colillas. Su mirada enrojecida indicaba que había estado llorando.

—¿Por qué nadie nos ve? —dije—. ¿Estamos… muertos?

—Ojalá —dijo conteniendo la furia—. ¡Tú eres músico! ¿Por qué narices escribiste esta locura?

—¿Qué más da? ¿Qué daño puede hacer un simple libro?

—¿Qué más da? —repitió con sorpresa—. ¿Me tomas el pelo?

—Ni siquiera estoy seguro de haber sido yo —me disculpé—. A veces me llama alguna editorial…

—¿Y crees que a mí no? ¡Me cago en las putas editoriales!

Clic, la canción volvió a empezar.

—Mira —dije—, no entiendo por qué sacas ahora este tema. ¿Qué tiene que ver eso con esto?

—Pero ¿tú no ves lo que está pasando, inconsciente de mierda?

Me agarró la cabeza con rabia y me obligó a volverme para ver el auditorio, la gente, la canción repetida. Entonces, desde mi espalda, sonando como la voz cavernosa de mi cabeza, dijo algo fabuloso, increíble:

—Todo esto está en tu novela —susurró la voz en mi oreja—. Esta conversación, lo que estamos diciendo ahora mismo, solo son frases en un libro. ¿Lo entiendes ahora?

Clic. Dejé de respirar.

La verdad, cristalina como el agua, lacerante como una pedrada en el ojo, se reveló al fin. No hizo falta formular preguntas como un detective porque las respuestas estaban ahí, delante de mis narices, y todas me señalaban a mí: yo, yo, yo y también yo. Por mi culpa ambos habíamos cruzado la puerta de Tannhäuser y ya no estábamos en el mundo real de Rutger Hauer, sino en el de su personaje Roy Batty, un universo literario habitado por replicantes

programados. Incluso puede que quien me había dado pistas en las cuevas no fuese Stephen King sino Pennywise, tan ficticio como yo ahora, un par de payasos nada más, que solo reinaban entre las páginas de un libro.

Clic. Había nacido de nuevo, pero me había estrellado contra el suelo.

Desolado, seguí la letra de Turnedo como un hilo que me indicaba el sendero, y cada vez que se repetían aquellos versos —dejemos que corra el aire y digámonos adiós— iba asimilando que no solo era el final del concierto y de la gira, sino que estaba presenciando mi propio adiós, la despedida de mi puta vida. Con aquella artimaña delirante, el otro Iván Ferreiro —¿quién no tiene el valor para marcharse?— me echaba de un universo que no me correspondía; un universo —¿quién prefiere quedarse y aguantar?— que ya no era mío, sino suyo. Él era el auténtico culpable, el Iván de los primeros capítulos, el Iván que yo mismo fui alguna vez. Un idiota que se creía muy listo.

Más me valía no haber comido la píldora roja. Mi otro yo había elegido la azul y ahí seguía, tan contento con su nuevo disco, tan ufano con su nueva novela, mientras yo me hundía. Así era la última etapa del viaje, un pequeño Odiseo zarandeado por océanos y cíclopes, o más bien zarandeado por su novelista para diversión del público; el ingenioso Ulises, el pirado de Iván Ferreiro…

Clic. Desde aquí, desde mi casa, veo la playa vacía…

Había llegado al final del camino, solidificado en la repetición infinita de la misma escena, la última en la que Ivanes y Leivas coincidían. Una intersección cuántica de dos vías que se bifurcaban alejándose cada vez más.

Si alguien había perdido aquel duelo no eran ellos, éramos nosotros.

Miré por última vez el escenario y lloré sin aspavientos, igual que esa llovizna tranquila que lo empapa todo sin darte cuenta, convencido de que aquel momento también se perdería en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Quizá había llegado el tiempo de…

—No quiero morir aquí —dije.

—Yo tampoco —dijo Leiva.

—Quiero volver a casa.

—Yo también.

Llevábamos horas caminando por una carretera comarcal, de esas con cunetas polvorientas que todavía ocultaban cadáveres de la guerra civil.

—No puedo dejar de pensar que toda nuestra movida del duelo se refería al luto —dije—. ¿Te suena lo de las etapas? Primero negación, luego enfado y después aceptación.

—¿Por qué no te callas? —me escupió Leiva, mi Leiva, mi único amigo en este universo desconocido.

—Veo que aún estás en la fase de enfado…

Se detuvo de golpe y me miró con odio. Obedecí y guardé silencio, durante un par de kilómetros al menos, preguntándome cuáles serían las dichosas etapas cuando el muerto era uno mismo, igual que en aquella película de soldados americanos que llevan diecisiete años junto a un avión destrozado sin comer ni beber, jugando al béisbol, esperando a que los rescaten. Intuyen que están muertos y solo quieren que encuentren sus huesos y recibir un entierro decente en Iowa o Wisconsin.

—¿Y si los fantasmas son ellos? —se me ocurrió de pronto—. Los otros Iván y Leiva, mi hermano, el tuyo, la gente gritando…

A lo mejor había muerto toda la humanidad y éramos los únicos supervivientes. A estas alturas ninguna opción era descabellada.

—En ese caso, los has matado tú, por escribir cosas.

Vaya, me había convertido en un homicida literario, quién lo iba a decir. Pero por alguna razón esto me consoló: no es lo mismo

asesinar a unas cuantas personas que a todas. Solo era cuestión de perspectiva. De cualquier modo, nosotros no estábamos muertos, vivíamos en un jodido libro. Costaba asumirlo. Sonaba rarísimo. Sin embargo, todo parecía normal, salvo por aquel cielo demasiado oscuro, sin estrellas, con dos lunas.

—Las lunas también están en fases distintas, ¿te has fijado?

—O te callas o te mato.

Mostré las manos en son de paz, consciente de que los personajes también podían morir. De formas horribles, además. Era facilísimo, cualquiera podía escribir cosas espantosas y sangrientas mientras tomaba un café. Mira Pennywise, por ejemplo, que empezaba arrancándole el brazo a un niño. Por culpa de su autor, ahora los payasos daban miedo. Pobres payasos, pobres hoteles solitarios en medio de las montañas, pobre niña telequinética cuando Almodóvar, en cambio, hizo que la suya empapelase una cocina. En fin, sí que tenían poder los libros y la ficción. Mucho cuidado con inventar historias. ¿Conocerían las editoriales este secreto?

Me pregunté quién me estaba escribiendo, quién escribía que caminaba junto a Leiva por aquella carretera con dos lunas sobre nuestras cabezas. Cuando era pequeño, igual que extraterrestres y monstruos, existía un dios; luego me fui olvidando. Mas ahora una chispita de esperanza volvió a brillar porque eso de los dioses era genial: podías pensar que los disgustos no eran por tu culpa, rezarle y prometerle cosas, creer en la eternidad. Miré hacia arriba con ganas de preguntar al aire, de hablar de tú a tú con mi deidad particular. ¿Sería yo mismo? Entraba dentro de lo posible, desde luego, siempre había sido lo bastante irresponsable como para lanzarme a proyectos arriesgados sin evaluar las consecuencias.

—¿Tú no tienes hambre? —pregunté.

Leiva no respondió. Si tuviese el manuscrito podría ver si había aparecido texto nuevo en la última página. No estaría mal que fuese: Dos tipos caminan en la oscuridad y de pronto encuentran un pollo asado. Imaginé pollos asados y los invoqué como al demonio. Luego me dio miedo estar invocando al demonio sin darme cuenta e intenté dejar de pensar en él, sin conseguirlo. No era fácil ser

personaje, tan difícil como ser persona, aunque mi estómago, fuese ficticio o no, hacía ruidos. Tal vez esa era la última frase escrita, fuese ficticio o no, hacía ruidos, y las demás, en blanco —se hace camino al andar y tal—. No parecía tan distinto de la vida real, sin saber nunca qué iba a pasar a continuación, recordando solo las páginas del pasado. Me sentía capaz de lidiar con eso, de ir tirando día a día convencido de que decidía cosas, la ley de la sierra y la ley del ladrón. Ese tipo de vida ya estaba inventada.

Caminamos y caminamos, y eso que no podíamos estar más magullados. Sentía tanto cansancio que me dolían los huesos. Acabamos avanzando paso a paso, sosteniéndonos el uno al otro y escupiendo sangre, flemas y mocos cada cinco minutos más o menos. Un asco: comemos pollo y lo transformamos en porquerías. Cuánto material de desecho esconde nuestro cuerpo. Si pudiésemos poner en una balanza todo lo que expulsamos durante ochenta años, pesaría mil toneladas. Las personas se pasan la vida deshaciéndose de sí mismas, a eso dedicamos la mayor parte del tiempo. ¿Por qué seguía pensando si no quería pensar nada? Ser mente también debía ser un tormento. ¿Es que no existía una sola cosa que fuese fácil?

Mientras tanto alguien ordenó que lloviese. Avanzamos resignados en medio de la nada como dóciles ovejas, permitiendo que el aguacero nos limpiase. Luego escampó y empezó a hacer frío, aunque yo solo podía imaginar pollos. Tiritando empapados, vimos un puntito brillante a un par de kilómetros. Nos dirigimos hacia la luz con el deseo de que fuese un pequeño y cálido infierno, deseando haber invocado al diablo y que estuviese esperándonos, porque yo ya no era capaz de dar ni un paso más.

El infierno era una camioneta que chisporroteaba bombillas y olores aromáticos. Como mascarón de proa tenía las letras cursivas de la revista Rolling Stone; como banda sonora, el silbido de Kill Bill, Daryl Hannah de enfermera asesina. Sentada en una silla plegable junto a una pequeña hoguera, la cocinera nos daba la espalda.

Nos detuvimos a unos metros, sorprendidos y acojonados.

—¿Os vais a quedar ahí? —dijo ella sin volverse.

A su lado había otras dos sillas y nos sentamos sin más. Al fin y al cabo, ya dijo Borges, maestro de maestros, que si lo sobrenatural ocurre dos veces deja de ser aterrador. Sobre todo, si ocurre muchas veces o estás muerto de hambre.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Leiva.

—Yo diría que me habéis encontrado vosotros a mí. —Nos echó una ojeada de arriba abajo y negó con la cabeza—. Vaya, vaya, parece que habéis tenido un viaje interesante —opinó acerca de nuestro aspecto lamentable, más o menos como si nos hubiese atropellado un camión.

—Es una larga historia —murmuré agotado.

—Genial. ¿Primero queréis cenar o pasamos directamente a los chupitos?

Contestó mi estómago, guiado por las órdenes del tofu, el exigente alien dentro de mi cabeza, como un niño goloso que solo quiere caramelos. Miramos hipnotizados cómo la cocinera seleccionaba, cortaba, picaba, aderezaba y asaba directamente en la hoguera; convirtiendo ideas crudas en alimentos ricos para el cerebro. Luego nos contempló ella a nosotros mientras resucitábamos al comer con los dedos algo delicioso que no sabía a pollo. Solo deseé que no fuese carne humana, otra vez.

—¿Qué haces en este sitio tan solitario? —preguntó Leiva con la boca llena.

—Estoy atascada. —Con un gesto señaló una rueda trasera enterrada en la arenilla de la cuneta—. Necesito un poco de ayuda para llegar a mi destino.

—¿Y de dónde vienes? —dije.

—De muy lejos.

—¿Has oído algo sobre nuestro último concierto?

—Se rumorea que saltasteis por los aires.

Confuso sobre nuestro nuevo estado, fijé la vista en las Polaroid que había dentro de la furgoneta. Para aquella gente ahora Leiva y yo estábamos en el más allá, más allá del mundo que conocíamos; en otro no sé si solo en alma o también en cuerpo porque no podía apreciar la diferencia. Sin embargo, para nosotros los del más allá eran ellos, estáticos en las fotografías o en medio de una canción de despedida, muertos los unos para los otros.

Era muy inquietante, pero, quién sabe, no estamos diseñados para entenderlo todo. Aunque Stephen Hawking demostró que antes del big bang no existía el tiempo, mi mente fue incapaz de representar semejante idea hasta que viendo una película le di al botón de pausa. Los personajes quedaron inmóviles en medio de un movimiento, dando un salto en el aire o a punto de meter la cuchara en la boca. Comprendí que no existía el tiempo ahí, en esa imagen paralizada. En eso consistía el antes del big bang, el principio de todo, que podía traducirse en un ¡luces, cámara y acción! de quien ejercía el papel de poner el cosmos en marcha. Visto así, el movimiento era sinónimo de vida, y el estatismo, de muerte; eso lo podía entender incluso la oveja.

De todas formas, morir en el escenario no tenía por qué ser tan malo. Mi mente proyectó un futuro sin nosotros al otro lado del espejo, habiendo alcanzado en compensación la cumbre soñada de convertirnos en mito. Habría un macroconcierto multitudinario a modo de panegírico con desfile de famosos que cantaban todos nuestros éxitos. Los de las gabardinas grises se iban a forrar con programas de investigación, documentales, nuevos discos y cajas, recopilatorios y versiones; incluso acabarían remasterizando canciones inéditas como con Hendrix. IA estaría contento al fin, y mis hijos serían millonarios gracias a mi desgracia, mira qué bien.

—Yo no tengo tan claro que estemos muertos —opinó Leiva sin entrar en pánico ni nada.

La cocinera lio un peta, lo encendió con una brasa y fumó un par de caladas.

—Tampoco lo cree ese periodista —dijo al pasármelo—. Está

convencido de que tu piscina es un portal a otra dimensión y de que habéis conseguido dislocar el espacio-tiempo.

En ese instante, mientras fumaba abstraído por las llamas que subían y bajaban, tuve una alucinación. Regresaba al norte, a mi Ítaca personal, sin casa, ni hijos, ni profesión, ni fama; a un lugar donde Mordor volvía a ser Madrid, y Gondor había perdido su magia. En ese mundo paralelo, similar a la maqueta de Ferreiriño, me vi a mí mismo convertido en un ser inimaginable que pululaba por los anchos pasillos a las órdenes de Ori y Mandamás, arreglando persianas y grifos, y pintando el techo del quinto C. Pasaban los años sin que pasase nada. Me crecían el pelo y la barba, mis gafas eran cada vez más gruesas, adoptaba a un perro, se me caía un diente y aprendía a silbar por el hueco. Cada noche deambulaba por las cuevas del Galiñeiro buscando un portal, una entrada a mi vida anterior, mientras confundía el viento con los lamentos de Pennywise.

La visión se evaporó. Aturdido y tembloroso, me atraganté con el humo como un novato, preguntándome qué narices estaba fumando.

—También dice que hay un libro misterioso que esconde instrucciones para viajar entre universos. —La cocinera entró en la furgoneta, abrió la nevera y se acercó con el manuscrito—. Supongo que se refiere a este.

Igual que ante una serpiente venenosa, me quedé paralizado.

—¿Dónde lo encontraste?

—Leímos juntos algunos párrafos, ¿no te acuerdas?

Visualicé una vieja biblioteca con un reloj parado en la que ella leía frases que se escribían solas… Una biblioteca igual que la de la maqueta… Una maqueta que estaba sobre la mesa de la cocina de mi casa… Una casa que había ardido mientras yo me perdía en cuevas oscuras…

Inspiré muy hondo, exhausto, sin entender el motivo de aquel despropósito, pero convencido de que yo era el único culpable, no

solo de mi propia caída en desgracia, sino también de la de Leiva.

—La cuestión es que hicimos una gira y ahora somos personajes —resumió Leiva con sencillez—, aunque no entiendo bien qué significa.

—Me pregunto qué pasa con los personajes cuando se termina la novela —pensé en voz alta.

—Lo que yo me pregunto es cómo empezó —dijo ella.

Ambos me miraron. Tragué saliva, tan espesa como un chicle.

—No sé… Es demasiado complicado, no sabría ni por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio?

—Me parece perfecto —soltó Leiva sin animosidad—, porque no tengo ni idea de cómo hemos llegado hasta aquí.

Qué bien sonaba aquello de volver al principio, cuando todavía éramos dos músicos, con nuestros conciertos y discos, que hablábamos de amor y desamor en nuestras canciones. Entre donde estábamos y donde estuvimos había un océano profundo repleto de monstruos. ¿Dónde estaba el inicio exacto del horror? ¿Cuándo comenzaba esta peripecia demencial?

Mi cerebro excitado, empachado de glucosa y THC, rebobinó la cinta a toda velocidad y empezó a proyectar la película al revés, como cuando girábamos en dirección contraria la manivela del Cinexín, del fin al principio desde la explosión: Veo una flor de fuego que se comprime y atrae vísceras y miembros amputados, recomponiendo los cuerpos antes de sentarlos en sus butacas. Mi puño en el ojo destrozado de Leiva vuelve a mí dejando su ojo intacto, su nariz se recoloca en su sitio mientras mi mano se aleja y la muela vuela hasta mi encía. Luego el club de la lucha, como muñequitos que se mueven a cámara rápida. Repto por el túnel con los pies por delante de forma milagrosa hasta encontrarme con César Pop y Pablo Novoa, que siguen quietos como estatuas. Cada vez más rápido, me veo recular por mi jardín y tirarme a la piscina

de espaldas de un simpático saltito; soy ingerido por canales inundados hasta la claraboya y los camerinos, donde un chorrito de pis se introduce con precisión en mi uretra antes de que mi otro yo camine hacia atrás por el escenario hasta encontrarse con el otro Leiva. Después el bosque oscuro alejándose tras la coleta del fontanero, los objetos del socavón brotan de la tierra y el televisor sale despedido de la piscina hacia mis manos; el balón se despega de la cara de Ferreiriño, Leiva lo esquiva sin verlo y luego vuela por el aire como un misil, en una línea recta, justo hasta mi pie. Un delirante viaje en furgoneta, marcha atrás y sin conductor; de pronto aparece Manolón y luego José Rubio, mientras el manuscrito salta de mis manos al asiento donde Leiva duerme. Me deslizo por una espiral de un garaje donde un policía cabreado me obliga a borrar mi firma escribiendo de izquierda a derecha con un bolígrafo mágico. En una azotea valenciana, el Perro une la cabeza de Leiva con una espada que aspira la sangre hasta metérsela en el cuerpo, desciendo en un ascensor bibotonal hasta los pasillos por los que caminan hacia atrás todos mis posibles doppelgängers, contemplo una persiana estropeada y bajo unas escaleras donde veo a un filósofo que aspira balas perdidas con su pistola. Después, en el Vinilo, todos muy contentos, vomitamos cerveza limpia en vasos limpios con Dani el Rojo, que se atraganta haciendo oj, oj, oj. Borja Zulueta cabalga en sentido contrario en un tiovivo disparatado, regreso al público tumultuoso del Victoria Eugenia y subo al escenario saltando de espaldas. En un autobús vasco mi doble grita tras la ventana y luego se sienta. Converso por teléfono con IA en un idioma extinto y coloco una almohada en la cabeza de Leiva, guapo como un Nexus, antes de reír en la furgoneta con una mosca y la banda al completo. Sigo a la mosca hasta mi apartamento de Chueca, subo las escaleras de espaldas y de tres en tres, regurgito un filete de Calamaro; Sonia y Gloria me introducen ocho perdigones en el pecho y un árbol me devuelve a un balcón mientras todos los demás árboles se enraízan de nuevo en sus estrechos huecos en la acera. Rubén Pozo aspira de mi cuerpo un fogonazo, y se cierra la puerta de su terraza. Nos quitamos las medias de la cara, descendemos del árbol y conducimos marcha atrás en la noche madrileña. El Mono y el Gafas me devuelven la guitarra, la cartera y mi teléfono. En casa de Leiva se reordena todo como si hubiese llegado Mary Poppins, el perro vuelve a dormir, el gato lozano y flexible regresa a mi pecho. Calamaro redivivo me

acoge en mi piso y vemos buitres. Navidad con mi familia, los dejo para lanzarme de espalda a la piscina y follo con Leiva dentro de su cabeza; luego Olmet me extrae una bala del pecho absorbiéndola con una pistola antigua y subo al derecho al camerino de La Iguana. Saco cajas de bebida del almacén con Billy y Fran y, gracias a una especie de magnetismo, las lanzamos a un camión dejándolas perfectamente ordenadas. La señora de Aldeas Infantiles me abandona entre un pelotón de guardias civiles, mis colegas me devuelven a una furgoneta cochambrosa que bascula a dos ruedas por la carretera, dejamos a Rubén en el aeropuerto y volvemos a mi estudio, donde todos succionan el vómito del roble y se lo tragan sin dejar ni una gota. El universo sobre mi cabeza desaparece cuando el fontanero me quita un casco y se lo pone él. Nos alejamos de la camioneta de la cocinera y reculamos por pasillos hasta subir a la azotea de la discoteca Kapital, donde voy recogiendo cien cervezas llenas de orina que, una a una, mi polla succiona con puntería magistral. Retrocedo en silla de ruedas por un hospital, y un rebaño de miles de ovejas me expulsa en el centro de Madrid. Discuto con Leiva en el palco de un teatro, Olmet inspira humo de habano, meto un montón de cosas en un botiquín y, esta vez sí, lo dejo perfecto. Ferreiriño y sus colegas corren de espaldas en un partido supersónico. Regreso a Madrid, pasando por Benavente, hasta el sótano del Galileo, donde Wyoming saca su cepillo de dientes de mi boca. Felix Baumgartner levita hasta su cápsula dando vueltas por el cielo. Me coloco en la placa que conmemora la tragedia de Sampedro, donde Leiva me deshace una foto y los delfines nadan al revés. En el jardín, la oveja del vecino ingiere conguitos por el culo, y en mi salón veo a María, que, como una maga, mastica huesos de fruta para extraer de su boca cerezas perfectas antes de preguntarme: ¿isetsiconocsomoc?…

Espera, ¿empezaba así?

Sin darme cuenta la manivela había ido girando cada vez más aprisa y a aquellas alturas la proyección, a cámara superrápida, era tan veloz que sentía los ojos dando volteretas dentro de las cuencas. ¿Cómo cojones se pausaba la película? Igual que un caballo desbocado, mi mente había cogido carrerilla y durante un momento espeluznante temí sobrepasar los límites de la memoria, llegar a la velocidad de la luz hasta mi infancia, hasta los dinosaurios, hasta el

puto big bang.

La cocinera chasqueó los dedos delante de mi nariz y salí del trance dando un respingo.

—Suéltalo ya, muchacho —dijo mientras servía tres chupitos—, o nos van a salir telarañas.

Musité nazdrave al entrechocar mi vaso con los suyos y bebí de un trago un licor que descendió por mi esófago como fuego líquido. Después, sintiéndome tan miserable como el que esnifa las cenizas de su padre, decapita de un mordisco a un murciélago en el escenario, o copula con una joven admiradora y se larga sin preguntarle ni su nombre, esas cosas mezquinas que a veces hacemos los rockeros y no deberíamos confesar jamás, empecé a hablar.

—Una vez alguien me preguntó cómo nos conocimos y no pude recordarlo. Me escabullí diciendo que los músicos nunca nos conocíamos de una vez, que nos íbamos encontrando por ahí…

Pasaron horas, chupitos y leños mientras contaba mi relato desde su big bang hasta su big boom. Porque así acababa lo nuestro con el universo que habíamos abandonado: muertos o desaparecidos, que era lo mismo, con un gran estallido final.

Cuando terminé se instaló en mis oídos un pitido desafinado, preludio de una jaqueca monumental. Ante mis ojos bailaban chiribitas y cuatro lunas que se escondían poco a poco por poniente; hacia el este había un cielo rojo a punto de producir un nuevo sol o dos, quizá más.

Entonces algún piñón se insertó en su engranaje y comprendí súbitamente que el propio libro era la única clave. No era una máquina del tiempo o una nave a otra dimensión, era un libro sin más, pero capaz de crear mundos. ¿Había sido idea mía? Me vino a la mente el recuerdo difuso de una noche lejana en que propuse a alguien un plan divertido e inofensivo con la única aspiración de compartir algo único con Leiva, arrimarlo a mí todo lo posible al

contar lo que sucedió en la gira, a pesar de que, en realidad, no había pasado nada extraordinario.

De pronto, como si hubiese escuchado un clic, recordé todo con claridad deslumbrante: solo había sido una gira más, sencilla y corta, con su cansancio y sus ensayos, con su furgoneta y sus luces de colores, con su lista de amistades que solicitaban entrar gratis de ciudad en ciudad, tan semejantes unas a otras que parecían siempre la misma, los mismos hoteles para descansar, las mismas copas posconcierto, los mismos problemas esperándome en casa, tan similares a los de cualquiera… Así que ¿por qué no inventar una historia diferente? ¿Por qué no dejar volar la imaginación y rellenar los huecos con maravillas? ¿Quién iba a sospechar que el país de las maravillas me atraparía para siempre entre sus páginas? ¿En qué momento perdí el control sobre el texto, si es que alguna vez lo tuve, y me dejé engatusar por su fabuloso horizonte de sucesos?

El aire se hizo más denso y me costaba respirar. No, no había sido la gira, sino escribir sobre la gira. A Everett se le ocurrió la idea de los universos paralelos, y a mi otro yo la del libro, y eso constituyó un evento cuántico que abrió una brecha espaciotemporal por la que me colé sin darme cuenta. Un Iván Ferreiro mantuvo su vida de siempre con la música y los discos, siendo padre de dos chavales y amigo de Leiva. Pero otro Iván Ferreiro, la piel que habitaba en ese instante, emprendió un nuevo camino en la ficción literaria. El otro como persona, y yo como personaje.

Qué extraordinario era darse cuenta de que aquella gran avería era producto de algo tan simple como una idea…

Estrujando contra mi pecho el maldito libro, la clave de todo, un agujero negro que se había tragado todo mi mundo, decidí que debía recuperar mi vida de antes, aunque no supiese cómo. Me devané los sesos intentando hallar la manera de desescribir el texto hasta la primera letra, despensar la puta idea de mierda, desidear aquella ilusión hasta su origen. Pero no había por allí ninguna trampilla mágica que me llevase otra vez al interior de mi cabeza para poder destruir tejido neuronal, hacerme una lobotomía desde dentro, desvincular mis hemisferios cerebrales a machetazos. Recordé aquel episodio en el que Homer Simpson descubre que tiene un lápiz incrustado en el cerebro y, al extraérselo, se vuelve

inteligente y desgraciado: pierde a los amigos, pierde el trabajo, sabe cómo terminan las películas de Julia Roberts. Al final recupera la estupidez y la felicidad estúpida gracias a metérselo de nuevo por la nariz. ¿Podría yo hacer algo similar?

En un impulso repentino, con la vaga esperanza de que la cinta volviera a rebobinarse a toda velocidad y se rompiese el maleficio que nos tenía atrapados, lancé el manuscrito a la hoguera. El fuego se alborotó salpicando chispas y se me pusieron todos los pelos de punta, transformado en un Ozymandias destructor de mundos. Así de bajo había caído, a que me resultase aceptable quemar un libro para poder despertar de la pesadilla en mi cama con mi vida de siempre, esa que detestaba y ahora me parecía sencilla, agradable y cómoda, mi zona de confort. No era la primera vez, ni sería la última, que se cometía este sacrilegio, pero era innegable que terminar con un sacrilegio como último acto poseía cierta belleza literaria, aunque se me retorciese el estómago para siempre.

Ni Leiva ni la cocinera intentaron detenerme ni expresaron ninguna queja. Los tres, autor y cómplices del crimen, nos pusimos en pie ante la víctima sacrificada que expulsó humo espeso y maloliente, sus tapas se retorcieron sobre sí mismas, las páginas aletearon y crujieron resistiéndose al martirio.

Si había un momento perfecto para escribir FIN, tenía que ser este, cuando no quedó ni el más mínimo vestigio del dichoso manuscrito.

No se desencadenó un torbellino que lo absorbiese todo ni me desperté en mi cama. Lo único que sucedió fue que se levantó una brisa helada, preludio de la salida de un sol o dos tras las montañas, donde los movimientos tectónicos continuaban con su ajuste hacia un nuevo equilibrio.

—¿Qué ha pasado? ¿Estamos fuera del libro o no? —preguntó Leiva.

—No sé —contesté.

El loro empezó a silbar la canción de Brian crucificado, recomendándome que viese el lado bueno de la vida. No era un mal

consejo; ¿qué otra cosa podía hacer?

—Pues, en vista de que no nos hemos evaporado —la cocinera bostezó estirando los brazos—, creo que llegó el momento de decirnos adiós.

—¿Te vas? —pregunté desconcertado.

—Llevo mucho tiempo en vuestra compañía. A todos nos vendría bien cambiar de aires.

Extrajo del mandil su cuaderno, cada vez más grueso, y revisó las últimas páginas. No me pareció que hubiésemos comido tanto.

—Me temo que no podemos pagarte —dijo Leiva rebuscando en los bolsillos vacíos.

—Esta vez invito yo. —Asintió mientras anotaba algo antes de cerrar la libreta con un golpe seco—. Al fin y al cabo, me habéis contado una gran historia, ¿no?

Sí, tal vez era una gran historia después de todo.

Agotados y renqueantes, la ayudamos a plegar sillas, recoger platos y vasos, y cerrar la ventana lateral de la camioneta, antes de posar con torpeza frente a su cámara. A contraluz delante de la hoguera, parecíamos dos demonios salidos del subsuelo sin muchas ganas de hacer fechorías y, aunque tal y como estaban las cosas podría parecer una tontería, me gustó formar parte de aquella constelación de polaroids que quizá escondían otras epopeyas tan intensas como la nuestra.

La cocinera se despidió de Leiva con un enorme abrazo y después la abracé yo, saboreando el misterio de haber encontrado de forma inesperada a quien pediría que fuese mi madrina de boda en el improbable caso de que me volviese a casar.

Cuando nos separamos teníamos los ojos húmedos.

—Sé que no ha sido fácil. —Me acarició la mejilla con cariño de madre, como si supiese algo que yo ignoraba.

—¿Volveremos a vernos?

—Cualquier cosa que pueda suceder sucede ahora mismo en alguna parte, ya sabéis —dijo mientras se ponía al volante—. Solo falta un último empujón y ya puedo seguir sola.

Mientras ella aceleraba, empujamos con todas nuestras fuerzas. Envueltos en una espesa polvareda que se nos metió por los ojos y la boca, las ruedas avanzaron centímetro a centímetro hasta que de pronto empujamos al vacío y caímos de bruces sobre la cuneta. Cuando nos levantamos, tosiendo y con una pátina de tierra cubriéndonos de arriba abajo, la furgoneta ya se alejaba traqueteando por la carretera con su pájaro azul.

Contemplando en silencio cómo las bombillas se dirigían hacia un terco horizonte que se resistía a liberar al sol, me pregunté a qué mundo pertenecía la cocinera, si sería solo un personaje sin contrapartida en la otra vida, alguien inventado por alguien como esa amiga imaginaria que acompaña a niños solitarios, o si conocía el secreto para transitar entre membranas cósmicas, para estar fuera y dentro del libro a la vez y también allí, al final de tantas cosas. ¿Sería ella la autora, escribiendo en su cuaderno lo que yo pensaba y hacía? ¿Lo escribía antes o después? Imposible saberlo: los personajes no suelen relacionarse con su creador y las personas tampoco; por eso dudamos de su existencia. En cualquier caso, la cocinera formaba parte de mi vida, aunque yo no supiese con qué objetivo, y, presintiendo que algún día volveríamos a encontrarnos como dos viejos amigos, de esos que se saludan con un copas de yate sabiendo de lo que hablan, deseé que su viaje fuese largo y repleto de experiencias en busca de otras historias, una yonqui de las historias.

Nos quedamos solos, sentados en el suelo junto a las brasas, fumando hierba, eludiendo decisiones en aquel mundo vacío.

Bañados por una luz dorada de película, se me ocurrió que alguien podía estar vigilándonos tras la bóveda celeste, como en El show de Truman; un demiurgo frente a un panel de mandos repleto de clavijas que generaban viento o lluvia, indicaban que pasase algún conocido en taxi o lograban que apareciese un food truck en medio de la nada como por arte de magia. En ese instante su dedo divino se resistía a pulsar el botón del amanecer, a la espera de que los protagonistas reanudasen su camino hacia otras metas y horizontes, y montar así una bonita escena final con música de orquesta y los créditos ascendiendo por la pantalla.

—¿Nunca te cuestionas si merece la pena? —preguntó Leiva ensoñador.

—¿Ser personaje?

Ser personaje tenía sus ventajas. No era más fácil que ser persona, pero podía ser mejor. Si el objetivo de la vida real era prosperar económicamente, tener pensión de jubilación o pagar un seguro de decesos para no suponer una carga para tu familia, el objetivo del personaje era la transformación, el crecimiento, transitar por el dolor a través de las páginas y llegar a conclusiones existenciales, quién sabe a cuáles, que hiciesen reflexionar al lector.

—No. Me refería al escenario, los discos, los conciertos… Todo eso.

Removí las brasas con un palo y me pregunté cómo habría sido mi vida si no hubiese elegido la música, deslizándome aburrido por un año tras otro, currando en algo aburrido, aburriéndome casi todo el rato. A la edad que tenía ahora ya estaría bastante jodido, aunque de estar jodido no te librabas en ningún sitio, eso estaba claro. Además, si ninguno de los dos se hubiese dedicado a la música, probablemente nuestros caminos nunca se habrían cruzado y, con toda seguridad, ni nos habríamos conocido.

—La verdad es que no sé hacer otra cosa —respondí—, para qué me voy a engañar.

—Pues ahora mismo ser estrella de rock me parece agotador —dijo Leiva.

Yo, que siempre había sido un bocazas, que antes de procesar cualquier pensamiento ya lo estaba vocalizando, me quedé mudo sin comprender sus conclusiones existenciales recién adquiridas. Lo miré con compasión y remordimiento, su nariz aplastada de púgil, su ojo hinchado, su cabeza rapada de piel blanquecina que no conocía la luz solar. ¿Qué le había hecho? ¿En qué se había transformado por mi culpa? Desnudo de sus cachivaches rockeros parecía una persona diferente, irreconocible para cualquiera de sus fans, no muy distinto del Mono y el Gafas después de suspender mates y lengua, o de cualquier otro individuo que no hubiese degustado las mieles del éxito y se dedicase a verlas venir sentado en un banco en plena noche con tal de no compartir sofá con sus padres, fantaseando con oportunidades perdidas, aprovechando

poder dar el palo a algún pardillo despistado con una Gibson bajo el brazo.

—Por favor, dime que no me odias —supliqué.

Tardó un rato en responder mientras yo aguantaba la respiración.

—En el fondo ha sido divertido —dijo al fin—. ¿De verdad te enamoraste de mí?

Me tembló la barbilla.

—Todo el mundo se enamora de ti.

Qué alivio y gratitud sentí por que fuese mucho mejor que yo. Los dos habíamos sufrido y luchado sin descanso para llegar a la meta y gracias a mis delirios todo había terminado. Para mí también, pero sobre todo para él. En eso me había convertido yo, en el ser más abyecto sobre aquella tierra extraña de astros duplicados, indigno de cualquier cosa buena, merecedor de perderlo todo. Sin embargo, no lo había perdido a él, al adversario contra el que me había empeñado en luchar durante toda la gira y, a pesar de todo, después de la batalla seguía a mi lado. Deseé arrodillarme a sus pies, ofrecer el cuello desnudo y jurarle lealtad eterna.

—Todavía podemos empezar de nuevo —dije mirando el paisaje desolador.

Leiva tardó en hablar, entretenido en recoger piedritas del suelo, y presentí que algo se me escapaba.

—¿Sabes? Yo creo que hay un universo donde tú y yo hacemos una pequeña gira, yo con mi guitarra y tú con tu teclado —dijo al fin—. Viajamos en una pequeña furgoneta, conduce José Rubio, y Manolón pone heavy metal. Cada noche Ángel y Álex montan las luces y prueban el sonido mientras nosotros dormimos una siesta. Después tocamos bonitas canciones en un local abarrotado y más tarde cenamos entre risas, y es esa pequeña y preciosa gira lo que nos une para siempre. —Fumó mirando a unas nubes rosas—. Estoy convencido de que, al otro lado del espejo, quizá en otro tiempo y en otro lugar, esa realidad existe, y en ella seguimos juntos experimentando a tope lo bueno y lo malo,

¿entiendes? —Hablaba con la ternura con que le explicaría a un niño que su perro no va a volver nunca más—. Pero en este mundo ya no.

En ese instante me di cuenta de que ya no íbamos a caminar juntos, de que él quería seguir su viaje sin compañía, al menos sin la mía.

—Me dejas… —afirmé asombrado.

El dolor me golpeó como un relámpago y noté el suelo blando, a punto de tragarme. ¿Tanto sufrimiento para nada? ¿Era esta la escena final que planeaba el puto demiurgo en su sala de control? La cabeza me dio vueltas y empecé a temblar. La historia de los dos terminaba allí, nuestros caminos tomaban direcciones distintas, se bifurcaban de nuevo dislocando el espacio-tiempo. El cosmos me castigaba por mi osadía, por llevar una nave espacial hasta la velocidad de la luz sin saber cómo frenarla.

Sereno, tranquilo, más relajado de lo que lo había visto nunca, Leiva lanzaba piedritas, aguardando a que yo abriese los ojos.

No quería entenderlo, pero a mi pesar lo comprendí. Gracias a mí había tirado el anillo al volcán y, con él, la presión de llevarlo encima. Para mí ser personaje era una putada, pero para Leiva, capaz de transformar sus carencias en nuevas oportunidades, representaba una liberación. De hecho, si me consideraba su amigo, debía dejarlo ir y ser generoso, al menos al final.

Inspiré hondo y asentí, aferrándome al tibio consuelo de que todo lo que podía suceder estaba sucediendo en alguna parte. Había un universo en el que el libro no existía y yo seguía con mi vida de músico. Veía crecer a mis hijos y al roble, cada tarde limpiaba la piscina de hojas y dormía sin pesadillas. Un universo en el que hacía otras giras con Leiva y era padrino de su boda. Una vida en la que los dos seguíamos dando guerra por los escenarios durante muchos años.

Pero en este mundo ya no.

—No te preocupes —intentó animarme—. Seguro que volvemos a encontrarnos.

—Ni siquiera sabemos dónde estamos…

—Siempre es aquí y ahora, señor Ferreiro —dijo imitando el tono de voz de la cocinera.

Sonreímos mientras el demiurgo pulsaba el botón del primer rayo de sol anunciando el momento adecuado para el adiós.

Ambos permanecimos sentados con rebeldía.

—Quizá estemos en un universo donde no nos vemos más —sugerí.

—Imposible. —Sonrió negando con la cabeza—. Si todo esto es ficción, no se desperdicia a dos protagonistas cojonudos así como así.

Nos echamos a reír. Era maravilloso poder reír cuando había llegado a pensar que la risa como concepto se había volatilizado. Lie otro porro y lo encendí retrasando todo lo posible la despedida, sin saber si sería suficiente con un copas de yate porque nadie te suele explicar cómo te despides de un amigo que se marcha de tu universo, a pesar de las quejas de los lectores.

—Creí que siempre seríamos Leiva y Ferreiro —susurré con la piel de gallina.

—Yo también.

Fumamos mirando las lunas. Una de ellas se desvanecía poco a poco mientras la otra deslumbraba, indicando que uno de los mundos se apagaba sin remedio.

—Entonces, ¿quiénes somos?

—Supongo que Meteoro y el Señor Conejo.

FIN

Agradecimientos

Este proyecto se ha cocido a fuego lento durante varios años de conversaciones, recuerdos, investigación, dudas y muchísimo trabajo.

Mil gracias, querido Leiva, por permitirnos hacer contigo lo que nos dio la gana hasta el extremo de expulsarte de la realidad, eso sí, siempre con mucho cariño.

También a ti, Diego, te estamos eternamente agradecidos por ejercer el papel de primer lector y dedicar horas y horas a la lectura del manuscrito, por prestarnos tu visión de artista con sugerencias y consejos, y por tu paciencia infinita al aguantarnos.

Por supuesto también a nuestra agente, Mónica, queremos expresarte nuestro agradecimiento por tu confianza y por ser capaz de trasladar nuestra idea del universo de las posibilidades al de las certezas.

Y por último a Elena y al resto del equipo de HarperCollins, deseamos mostraros nuestra profunda gratitud por vuestro entusiasmo y profesionalidad al convertir un texto virtual en un objeto real, precioso y eterno.